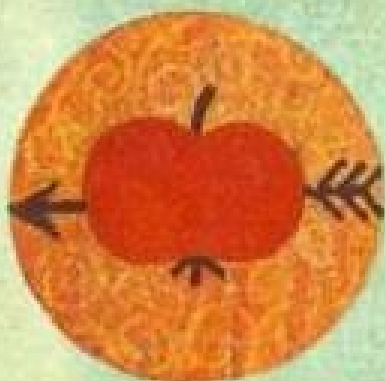


# ANECDOTAS HISTORICAS

REPOLLES AGUILAR



**J. Repollés Aguilar**  
Historiador y crítico literario

# **ANÉCDOTAS HISTÓRICAS**

1969

# ÍNDICE

<b>PRÓLOGO.....</b>	<b>9</b>
<b>EDAD ANTIGUA.....</b>	<b>11</b>
<b>DE LA BATALLA DE MARATÓN A LA MUERTE DE ALEJANDRO.</b>	<b>12</b>
.....	12
«MEJOR, ASÍ COMBATIREMOS EN LA SOMBRA» .....	15
(Leónidas).....	15
«PEGA, PERO ESCUCHA».....	18
(Temístocles) .....	18
«SÓLO SE QUE NO SE NADA».....	19
(Sócrates).....	19
«DEJO MI IMPERIO AL MÁS DIGNO».....	21
(Alejandro).....	21
<b>DEL PATRIARCADO ROMANO A LA DICTADURA DEL CÉSAR. 27</b>	<b>27</b>
« ¡QUE HERMOSO CAMPO DE BATALLA...! » .....	27
(Pirro).....	27
«LIBREMOS A LOS ROMANOS DE SU TERROR» .....	29
(Aníbal).....	29
« ¡INGRATA PATRIA, NO POSEERÁS MIS CENIZAS! ».....	33
(Escipión).....	33
« ¿HASTA CUÁNDO, CATILINA...? » .....	35
(Cicerón).....	35
«LA SUERTE ESTA ECHADA».....	39
(César, en las Galias).....	39
«LLEGUÉ, VI Y VENCÍ».....	44
(César, Emperador).....	44
« ¿TÚ TAMBIÉN, HIJO MÍO? ».....	47
(César, al morir).....	47
<b>DE CLEOPATRA A LA RUINA DEL IMPERIO DE OCCIDENTE....</b>	<b>50</b>
«TAN CIERTO COMO QUE ESPERO DAR LEYES...».....	50
(Cleopatra).....	50
«SI HE EJECUTADO BIEN LA COMEDIA, APLAUDIDME».....	52
(Octavio).....	52
« ¡QUÉ GRAN ARTISTA PIERDE EL MUNDO! » .....	56
(Nerón).....	56
«HE PERDIDO EL DÍA.....	58

(Tito).....	58
«CON ESTE SIGNO VENCERÁS».....	61
(Constantino).....	61
« ¡VENCISTE, GALILEO!» (Juliano «el Apóstata»).....	69
«VE, CONDE, Y MUDA LA CABEZA A ESE...» .....	71
(Valentiniano).....	71

## **EDAD MEDIA.....75**

### **DE LOS BÁRBAROS A LOS MONGOLES.....76**

«MEJOR SE SIEGA EL HENO CUANTO MÁS ESPESO ES».....	76
(Alarico).....	76
«DONDE PISA MI CABALLO NO VUELVE A CRECER LA HIERBA».....	78
(Atila).....	78
«SI LA MONTAÑA NO VIENE A MÍ, YO IRÉ A LA MONTAÑA».....	87
(Mahoma).....	87
«MALA LA HUBISTEIS, FRANCESES...» .....	91
(Anónimo).....	91
«ANTES HABÉIS DE JURAR EN SANTA GADEA...» .....	94
(El Cid).....	94
«LA MAYOR FELICIDAD CONSISTE EN APLASTAR AL ENEMIGO».....	99
(Gengis-Kan).....	99

### **DE LA ALEMANIA FEUDAL A LA VENECIA REPUBLICANA....105**

«NUESTRO AMOR ES ETERNO» .....	105
(Federico I «Barbarroja»).....	105
«ATADLO CON CADENAS DE PLATA» .....	108
(Ricardo «Corazón de león»).....	108
«TU CABEZA SERÁ EL BADAJO DE LA CAMPANA» .....	111
(Ramiro II).....	111
« ¡NI AUN LOS PECES SURCARÁN EL MEDITERRÁNEO!» .....	115
(Roger de Lauria).....	115
«NO FALTAN INFIELES EN MI TIERRA» .....	118
(Fernando III «el Santo»).....	118
«NI QUITO NI PONGO REY, PERO AYUDO A MI SEÑOR».....	122
(Du Guesclin).....	122
«NO TEMAS, HIJO, MI PULSO NO TEMBLARÁ» .....	126
(Guillermo Tell).....	126
« ¡DE LOS PARIENTES ME GUARDE DIOS!» .....	128
(Marco Polo).....	128

### **DE LA "DONCELLA DE ORLEÁNS" A LA "BELTRANEJA".....133**

«NADA TEMO, SINO LA TRAICIÓN» .....	133
(Juana de Arco).....	133
« ¡MALHAYA QUIEN PIENSE MAL!» .....	136

(Eduardo III).....	136
« ¡BAH! LO TRISTE ES MORIR...» .....	139
(Don Alvaro de Luna).....	139
«TOMA, REY, PARA QUE MATES EL HAMBRE».....	142
(Un pastor a Juan II).....	142
« ¿QUÉ, BELTRAN, OS GUSTA MI ESPOSA?» .....	146
(Enrique IV).....	146
«SIEMPRE ME PARECIÓ QUE TIENE LAS PIERNAS DEMASIADO FLACAS».....	151
(Don Beltrán de la Cueva).....	151

## **EDAD MODERNA.....158**

### **DE LOS REYES CATÓLICOS AL "ÚLTIMO CABALLERO FRANCÉS" .....159**

«TANTO MONTA, MONTA TANTO,...» .....	159
(Fórmula de los Reyes Católicos).....	159
«CUANDO ME DEVOLVÁIS LAS OTRAS» .....	165
(Fernando «el Católico»).....	165
«LLORA COMO MUJER...» .....	171
(Aixa, a su hijo Boabdil).....	171
« ¡SOY LA MÁS DESGRACIADA DE LAS MUJERES...!».....	174
(Juana «la Loca»).....	174
« ¡ESTOS SON MIS PODERES!» .....	177
(Cisneros).....	177
«NO GOBIERNAN LOS PIES, SINO LA CABEZA» .....	180
(Carlos V).....	180
«TODO SE HA PERDIDO MENOS EL HONOR».....	187
(Francisco I).....	187

### **DEL REY "BARBA AZUL" AL "REY SOL" .....192**

«YO NIEGO MI OBEDIENCIA AL PAPA».....	192
(Enrique VIII).....	192
«MI AUTORIDAD NO LLEGA HASTA EL INFIERNO» .....	194
(Paulo III).....	194
«YO NO ENVIE "LA INVENCIBLE" A QUE LUCHARA CONTRA LOS ELEMENTOS».....	199
(Felipe II).....	199
«PARIS BIEN VALE UNA MISA».....	204
(Enrique IV de Francia).....	204
«OS PERDONO DE TODO CORAZÓN» .....	206
(María Estuardo).....	206
«EL ESTADO SOY YO».....	211
(Luis XIV).....	211

<b>DE LA BATALLA DE LEPANTO A LA RUSIA IMPERIAL.....</b>	<b>216</b>
<i>¡VAMOS A LEPANTO, SEÑORES...!</i> » .....	216
(Don Juan de Austria).....	216
«TENGO AL PARLAMENTO EN EL BOLSILLO».....	222
(Cromwell).....	222
«EN MÍ TENÉIS EL VERDADERO PATRIARCA» .....	225
(Pedro I «el Grande»).....	225
« <i>¡DESPUES DE NOSOTROS, EL DILUVIO!</i> ».....	230
(Mme. de Pompadour).....	230
« <i>¡QUÉ TALENTO TIENE ESTE HOMBRE!</i> ».....	234
(Catalina II).....	234
<b>EDAD CONTEMPORANEA.....</b>	<b>239</b>
<b>DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA A WATERLOO.....</b>	<b>240</b>
«ESTO ES UN MOTÍN» .....	240
(Luis XVI).....	240
«YO SOY QUIEN HA MATADO A MARAT» .....	244
(Carlota Corday).....	244
«ARANDA, ERES MAS TERCO QUE UNA MULA» .....	247
(Carlos III).....	247
«SOY UNA CIUDADANA FRANCESA».....	250
(María Antonieta).....	250
« <i>¡LA SANGRE DE DANTON TE AHOGA, ROBESPIERRE!</i> ».....	258
(Fouché).....	258
«SI DESENVAINO MI ESPADA...» .....	261
(Napoleón, Cónsul).....	261
« <i>¿TAN MAL ME QUEREIS VOS QUE TAMBIÉN ME HALAGÁIS?</i> »....	265
(Napoleón, Emperador).....	265
«PREFIERO LA MUERTE A SANTA ELENA» .....	271
(Napoleón, cautivo).....	271
<b>DE TRAFALGAR A LA GUERRA DE SECESIÓN.....</b>	<b>276</b>
«LA PATRIA ESPERA QUE CADA CUAL CUMPLA CON SU DEBER»..	276
(Nelson).....	276
«NO ME GUSTA ESTE RETRATO QUE GOYA ME HA HECHO».....	280
(Wellington).....	280
«SEÑORA, MANOS BLANCAS NO OFENDEN» .....	282
(Calomarde).....	282
«CREÍA TENER MÁS HONDAS RAÍCES» EN ESTE PAIS».....	286
(Isabel II).....	286
«SI YO TUVIERA OTRA CARA NO USARÍA ÉSTA» .....	292
(Lincoln).....	292
« <i>¿PARA QUÉ ME HA PUESTO DIOS EN ESTE LUGAR?</i> » .....	295

<i>(Lincoln, presidente)</i> .....	295
<b>DEL HÉROE DE CASTILLEJOS A LA DICTADURA ESPAÑOLA. 302</b>	
« <i>¡O FAJA, O CAJA!</i> ».....	302
<i>(Juan Prim)</i> .....	302
« <i>MÁS VALE TENER HONRA SIN BARCOS...</i> » .....	304
<i>(Méndez Núñez)</i> .....	304
« <i>ANTES PREFIERO PERDER LA CORONA...</i> » .....	305
<i>(Alfonso XII «el Pacificador»)</i> .....	305
« <i>¡QUÉ CONFLICTO! ¡Y CON ESTA TONTA...!</i> » .....	312
<i>(Cánovas)</i> .....	312
« <i>UNIÓN SOBRE TODO</i> ».....	314
<i>(Bolívar)</i> .....	314
« <i>¡SUBLEVACIÓN A ESTAS HORAS!</i> » .....	315
<i>(Sagasta)</i> .....	315
« <i>DIOS NOS VE Y NOS GUÍA</i> ».....	318
<i>(Botzaris)</i> .....	318
« <i>ESTOS SON GAJES DEL OFICIO</i> » .....	319
<i>(Alfonso XIII)</i> .....	319
« <i>MIENTE MÁS QUE LA "GACETA"</i> » .....	323
<i>(Dicho popular)</i> .....	323
<b>DE LA PODEROSA AMÉRICA A LA MISTERIOSA ARABIA..... 330</b>	
« <i>PALABRA SUAVE Y MANO DURA</i> ».....	330
<i>(Teodoro Roosevelt)</i> .....	330
« <i>ÉSTE ES EL PRINCIPIO DEL FIN</i> ».....	335
<i>(Francisco José)</i> .....	335
« <i>LE DARÉ EL RETRATO DE MI MADRE</i> » .....	338
<i>(Eduardo VII)</i> .....	338
« <i>PERDERÉIS VUESTRO HIJO, VUESTRO TRONO Y VUESTRAS PROPIAS VIDAS</i> ».....	343
<i>(Rasputín)</i> .....	343
« <i>SOY EL REY, SIN CORONA, DE ARABIA</i> » .....	348
<i>(Lawrence)</i> .....	348
<b>DEL ASTUTO CHURCHILL AL TENAZ DE GAULLE..... 352</b>	
« <i>NADA HAY MÁS FÁCIL QUE DEJAR DE FUMAR</i> » .....	352
<i>(W. Churchill)</i> .....	352
« <i>¡JAMÁS NOS RENDIREMOS!</i> ».....	357
<i>(W. Churchill, segunda etapa)</i> .....	357
« <i>¡REGRESARÉ!</i> ».....	361
<i>(Mac Arthur)</i> .....	361
« <i>¡ES USTED UNA DESGRACIA PARA EL EJERCITO!</i> » .....	364
<i>(Patton)</i> .....	364
« <i>VICTORIA COMPLETA; NADA MÁS</i> ».....	368

(Eisenhower).....	368
«NUESTRA OBRA APENAS HA COMENZADO. ....»	370
(De Gaulle).....	370
<b>DEL TERCER REICH</b>	
<b>A LA MUERTE DE KENNEDY.....</b>	<b>378</b>
«GRACIAS POR NOMBRARME CABO HONORARIO» .....	378
(Hitler).....	378
«QUE SE ADMITA A ESE MUCHACHO» .....	381
(Truman).....	381
«ASÍ PODREMOS DESCANSAR LOS DOS» .....	384
(Juan XXIII).....	384
« ¿CÓMO PODREMOS RECONSTRUIR TODO ESTO?» .....	388
(Adenauer).....	388
«ME ESTÁ ARREBATANDO EL TELÉFONO DE LAS MANOS».....	391
(Khrushchev).....	391
« ¡QUE DIOS ME AYUDE!» «AHORA O NUNCA».....	394
(Presidente Johnson).....	394



## PRÓLOGO

En sus «*Ensayos*», Montaigne escribió: «Una sentencia provechosa, una hermosa frase, vaya al principio o al fin, siempre está en razón. Si no dijese bien con lo que la precede o lo que la sigue, está bien en sí misma».

Se atribuye al famoso escritor Anatole France:

« ¿La frase más hermosa? La más corta».

Después de la caída de Napoleón I, el general inglés Wellington pidió a David, el pintor de las glorias napoleónicas, que le hiciera su retrato. David le contestó:

—Yo sólo pinto Historia.

Nosotros, a través de las anécdotas que hemos espigado, intentaremos «pintar» la Historia Universal con numerosos hombres representativos y frases hermosas. Deseamos hacer desfilar, por un retablo de maravillas, los acontecimientos más sensacionales, sirviendo de fondo a frases y biografías anecdóticas célebres.

Picaresca, intriga, catástrofes, guerras, heroicidad... notas agudas y sobresalientes de los acontecimientos mundiales, historia de los hechos tremendos y decisivos acaecidos desde la edad antigua hasta nuestros días, quedan plasmados en la gran película que constituyen las páginas de este libro.

Sabido es que la anécdota, de carácter eminentemente popular, «es siempre un rasgo de ingenio en el que mejor se puede reflejar la personalidad de sus protagonistas. Y, al mismo tiempo, contribuye a la formación de la pequeña historia, que a no ser por la anécdota quedaría sin registrar».

El valor de una frase va ligada, casi siempre, con la figura de quien la dijo, para reafirmar su personalidad. Y el tiempo les va dando permanencia y difusión. Durante siglos las frases y anécdotas fueron divulgándose y conociéndose en relación al protagonista de las mismas y a la trascendencia

de su huella o del episodio que las motivó.

Actualmente, la Radio, la Televisión y la Prensa, han conseguido que lo anecdótico, al igual que los demás sucesos y acontecimientos, sea conocido de inmediato por millones de seres de todo el mundo. Por esta razón es por lo que incluimos, no sólo las frases y anécdotas de personajes antiguos, sino también las ocurrencias más famosas y representativas de hombres célebres de los últimos años. Son frases y anécdotas que por su fuerza, expresividad y trascendencia no tardarán en pasar a formar parte del rico acervo de la Historia Universal.

Como todo en el mundo, en nuestro libro quizá no consten todas las anécdotas y frases; y, desde luego, no están todas las que han sido. Se trata únicamente de una recopilación de entre las más características e ingeniosas y destinadas a formar, como decíamos, la interesante, la amable y pequeña historia anecdótica.

Queremos señalar que no todas las anécdotas que «circulan» son auténticas. Algunos historiadores afirman que muchas son falsas o les han sucedido a personajes históricos distintos de aquellos a los cuales se les atribuyen. Es posible que tengan razón en parte, si bien la verdad es que la tradición las ha popularizado y atribuido. Y «*Vox populi, vox Dei*», como sentenció Hesíodo.

Nosotros, entretanto, nos hacemos eco de las palabras de Oscar Wilde, cuando expone en la segunda parte de «*El crítico artista*»: «Un crítico no puede ser imparcial en el sentido vulgar de la palabra. Sólo podemos dar una opinión imparcial sobre las cosas que no nos interesan. Sin duda por eso mismo las opiniones imparciales carecen siempre de valor».

Por lo que a nosotros respecta, deseamos vivamente que nuestras citas y frases resulten muy valiosas. Y, sobre todo, que el lector sonría, comprensivo, al final de la lectura de cada una de las anécdotas y de las frases recogidas en estas páginas.

## ***EDAD ANTIGUA***

# I

## De la batalla de Maratón a la muerte de Alejandro.

¡HEMOS VENCIDO!

(Filípides)

La aparente debilidad de los griegos excitó la codicia de los persas, que ambicionaban nada menos que conquistar el mundo entero. No tardó el rey Darío I en preparar un numeroso ejército para invadir Grecia por mar y por tierra, poniéndolo a las órdenes de su yerno Mardonio. Pero la escuadra resultó deshecha por los temporales al doblar el promontorio de Athos, mientras las fuerzas terrestres eran derrotadas por los tracios.

Irritado el rey persa por el fracaso de esta expedición, dispuso una segunda, mandada por sus mejores generales, Datis y Arzafernes, y guiada por Hippias.

—Hemos de apoderarnos como sea de toda Grecia —dispuso Darío I—. Quiero que los griegos sean nuestros esclavos y sus ciudades nuestro botín.

Al día siguiente, un ejército de más de cien mil hombres se hallaba preparado para iniciar la conquista de Grecia. Su plan consistía en desembarcar cerca de Atenas, en la llanura de Maratón, donde la caballería y los elefantes persas maniobrarían bien y podrían aplastar fácilmente a la escasa infantería griega.

Ocurrió entonces que uno de los esclavos griegos que tenía el rey Darío, sabedor y asustado de lo que amenazaba a su patria, consiguió huir del campamento persa, que se hallaba en El Pireo, y llegar a Atenas después de mil penalidades.

—Los persas se preparan para atacarnos por Maratón —anunció en el Senado ateniense.

Inmediatamente se discutieron los planes de defensa y los senadores nombraron al general Milcíades como jefe del pequeño ejército griego. Las diez tribus de Atenas proporcionaron cada una mil infantes y otros mil que envió Platea, única ciudad que dio auxilio a los atenienses. Se reunieron en total 11.000 soldados.

—Necesitamos la ayuda de Esparta —dijeron algunos senadores.

Y como la cosa urgía, en lugar de enviar un *hemerodromo*, que eran los mensajeros o correos de aquella época, llamaron al ateniense Filípides. El mejor atleta del país y el vencedor en las carreras de la última Olimpiada.

—Saldrás inmediatamente para pedir a Cleómenes, gobernante de Esparta, que nos envíe tropas de refuerzo en nuestro auxilio —le dijeron.

Tan pronto como el gran corredor Filípides recibió el mensaje de los senadores, partió veloz hacia Esparta, despreciando el caballo que le ofrecían, porque ágil y resuelto se consideraba más rápido yendo a pie.

— ¡En Maratón nos veremos! —dijo al partir.

Aquella carrera fue aproximadamente de unos 180 kilómetros. Pero Filípides los recorrió tan sólo en dos días.

Su esfuerzo, sin embargo, resultó inútil porque el jefe espartano se negó a prestar ayuda a los atenienses. Indignado Filípides por tal negativa, requirió su lanza y su escudo y salió corriendo, con todas sus energías y decisión, hacia la llanura de Maratón, donde esperaba reunirse con el reducido ejército ateniense que, al mando decidido de Milcíades, iba a intentar detener el avance del persa invasor.

Desalentado y rendido llegó Filípides ante el general griego y le dio cuenta de la negativa de Esparta. Pero Milcíades, sin desanimarse lo más mínimo, no dudó ni por un instante, y ordenó inmediatamente a sus hombres:

—Cubrid de troncos y ramas la llanura de Maratón para que la caballería no pueda avanzar. Esto les obstaculizará y entonces entraremos nosotros el ataque.

El general ateniense se dirigió seguidamente a Filípides y le aconsejó al verle tan rendido:

—Tú, mensajero, puedes descansar: No es necesario que combatas.

—Gracias mi general; sin embargo, prefiero pelear junto a mis compañeros.

—Pero te veo agotado —insistió Milcíades.

—Cuando la patria está en peligro, no se siente el cansancio —replicó sonriente Filípides.

Mientras tanto, los que habían quedado en la ciudad de Atenas estaban dominados por la consternación y el temor. Los más pesimistas creían ya en una segura derrota y eran del parecer de quemar la ciudad para que los persas sólo encontraran ruinas. Unos cuantos, en cambio, proponían esperar un poco antes de destruir la ciudad.

Por fin, aconsejados por un anciano, acordaron esperar hasta el día siguiente por si, entretanto, llegaba alguna noticia de Maratón.

En realidad, fueron pocos los que quedaron en la afligida Atenas en espera de la suerte que les deparara el destino. Los más timoratos, no confiando en el triunfo ateniense, cargaron en sus carros cuantas riquezas pudieron y abandonaron la ciudad a toda prisa, en busca de un lugar más seguro.

Desde la mañana del día 6 de boedromión de la Olimpíada 72 (29 de septiembre del año 490 antes de J.C.), estaban los griegos en formación de batalla en la llanura de Maratón, antigua población griega, situada a unos 40 kilómetros, aproximadamente, de la ciudad de Atenas.

Llegado el momento oportuno, Milcíades dio la orden de atacar. Y los atenienses, entonando su himno de combate, cargaron con todas sus fuerzas contra los invasores.

Como los persas no esperaban aquella agresividad y valor sin límites, se desconcertaron. Los flancos de su poderoso ejército fueron atravesados por los atenienses, y al sentirse derrotados huyeron desbandados, dejando sobre el campo de batalla 6400 cadáveres, miles de prisioneros y un gran botín.

—Quemad sus naves, para cortarles la retirada —ordenó Milcíades a sus victoriosos soldados.

Fue entonces cuando el heroico Filípides, terminada la lucha, salió a todo correr hacia Atenas para anunciar la victoria y evitar que, cundiendo la desesperación y el pánico entre los atenienses, quemaran la ciudad.

Filípides corrió y corrió sin descanso. Y después de soportar mil penalidades y de ser herido por un oso fiero, logró, por fin, llegar a la ciudad.

Cuando se aproximó a donde le aguardaban expectantes sus compatriotas, se hizo un profundo y respetuoso silencio. El atleta venía desencajado, con los brazos caídos y arrastrándose como un autómata.

La impresión que produjo e todos fue aterradora y nadie se atrevió a pronunciar palabra...

Y en medio de un silencio impresionante Filípides susurró le frase inmortal:

— ¡Hemos vencido!

Luego cayó al suelo de bruces, como herido por un rayo. El heroico atleta estaba muerto. Había dado su vida por salvar a su ciudad y con ello a su patria.

En este oscuro soldado ateniense, del que se tienen pocas noticias pero cuya hazaña no ha sido desmentida por los historiadores se concentra todo el valor y espíritu de sacrificio del pueblo griego. Y ha pasado a la posteridad como un ejemplo hermosísimo de lealtad y patriotismo.

Evidentemente, Filípides es un símbolo que emociona y admira a todos los pueblos de la tierra por su fondo épico y su dramatismo sin igual.

Mas su sacrificio no ha sido olvidado a pesar de los siglos transcurridos. Y hoy en día, en la parte sur de la llanura de Maratón, a 800 metros sobre el nivel del mar, se alza un montículo llamado Soro (La Tumba), que es el túmulo elevado por Grecia en honor de los atenienses que murieron en la memorable batalla contra los persas.

Y cual una llama invisible, si bien palpable, el recuerdo de Filípides se eleva sobre el llano de Maratón presidiendo la gloria del monumento ateniense.

Es posible que haya otro atleta como él, ¡pero nunca un patriota tan ejemplar como lo fue Filípides, el de le «Carrera de Maratón»!

**«MEJOR, ASÍ COMBATIREMOS EN LA SOMBRA»**

*(Leónidas)*

Diez años después de lo ocurrido en Maratón, el 480 antes de J.C., el

rey persa Jerjes, hijo y sucesor de Darío, invadió Grecia con el ejército más numeroso de que hace mención la Historia (algunos historiadores hablan de cinco millones de combatientes). Su paso a Europa lo realizó por un puente de barcas echado en el Helesponto, hoy estrecho de Dardanelos.

Cuéntase que Jerjes, irritado porque el mar destruyó el puente, la primera vez que fue hecho, mandó a sus soldados que castigasen tal demasía del líquido elemento, azotándole con varas durante algunas horas.

Unidos en esta ocasión ante el peligro común todos los Estados griegos, los espartanos, al mando de su rey Leónidas, fueron a disputar a los persas el desfiladero de las «Termópilas». Célebre lugar, que hoy se llama «Boca del lobo», situado entre el monte Eta y la costa del golfo de Maliaco. Pone en comunicación la Tesalia con Grecia central y tiene siete kilómetros de largo y una anchura que en diversos puntos no excede de seis metros.

Los espartanos eran de carácter duro y severo. Habiendo dicho una extranjera a una espartana: «Vosotras sois las únicas mujeres que mandáis a los hombres», ésta contestó orgullosa:

—Somos también las únicas que engendramos hombres.

Argileonis, madre de Brasidas, oyendo que algunos tracios alababan a su hijo como el mejor entre los espartanos, los interrumpió con las siguientes palabras:

— ¿Qué decís? Era valiente; pero Esparta tiene muchos más valientes que él.

Y refiriéndonos e otra espartana cuyo hijo se obstinaba en defender un puesto peligroso, repuso:

— ¡Que muera! Su hermano lo reemplazará.

A este respecto cabe recordar el episodio de la madre espartana que corrió anhelante al encuentro de un correo:

— ¿Qué noticias traes?

—Tus cinco hijos han perecido.

—No te pregunto eso. ¿Ha vencido la patria?

—Sí-

—Entonces corramos a dar gracias a los dioses.

El respeto a la ancianidad ocupaba un puesto preferente en la educación espartana. En cierta ocasión asistían a los juegos olímpicos diversas naciones de Grecia cuando se presentó un anciano y empezó a



recorrer las gradas, repletas de gente, buscando dónde colocarse.

Nadie le hizo sitio hasta que llegó donde estaban los espartanos, que al verle se levantaron a porfía. Sonó entonces un aplauso general y el viejo, conmovido, exclamó:

—Todos los griegos conocen la virtud, pero únicamente los espartanos la practican.

Poco antes de salir para la batalla de las Termópilas el rey de Esparta, Leónidas, con trescientos lacedemonios, celebraron sus propios funerales con juegos solemnes. Al despedirse de Leónidas le preguntó su mujer:

—¿Qué encargo me dejas?

—Te dejo —respondió el monarca— el de que te cases con un hombre digno de mí y que te haga madre de hijos dignos de entrambos.

En vísperas de la batalla de las Termópilas y cuando los invasores se acercaban al lugar del combate, un centinela anunció:

—Ya tenemos encima a los persas.

Leónidas respondió:

—Antes bien los tenemos debajo.

—Pero son tantos —replicó un enviado— que si disparan sus flechas a la vez, formarán una nube que oscurecerá el sol.

Y contestó el valeroso Leónidas:

—Mejor, así combatiremos en la sombra.

Cuando ya estaba a punto de dar comienzo la batalla, Jerjes, admirado de que sólo un puñado de valientes intentara enfrentarse a su poderoso ejército, intimó a los espartanos para que se rindieran y entregasen las armas. Y ellos respondieron:

—Ven a tomarlas.

Por espacio de tres días impidieron aquellos héroes el avance de los persas. Pero el griego Esfialtes, traicionando a los suyos, indicó a Jerjes otro paso por el cual pudo coger a los espartanos por la espalda.

Estos resolvieron entonces retirarse, si bien la ley imponía a los espartanos morir antes que abandonar el puesto. Así, pues, se quedó Leónidas con sus trescientos fieles y, ordenando preparar un banquete, les dijo:

—Esta noche os convido a cenar con Plutón.

A la mañana siguiente, rodeados por miles de persas, vendidos por los tebanos y descubiertos por la aurora, fueron muertos todos, excepto uno. Murieron luchando heroicamente y entonando los himnos de Tirteo. No tuvieron más exequias que los millares de enemigos muertos. La severa Esparta comentó la gesta:

—No han hecho más que cumplir con su deber.

En el mismo lugar donde se inmolaron estos héroes, se levantó después, para inmortalizar su memoria, un monumento que tenía una inscripción con un verso del poeta Simónides:

«Extranjero, di a Esparta que sus hijos han muerto aquí por obedecer sus santas leyes».

### «PEGA, PERO ESCUCHA»

*(Temístocles)*

Una vez forzado el peso de las Termópilas, se esparcieron los vencedores por toda la Grecia arrasando todo a su paso. Atenas fue también totalmente destruida; siendo luego reedificada por Temístocles. Si bien sus moradores se salvaron gracias a que pudieron refugiarse en las naves griegas.

Habiendo consultado los atenienses al Oráculo del templo de Delfos qué deberían hacer cuando los persas cayeran sobre Atenas, la pitonisa contestó:

—*Ut munirent se moenibus ligneis* — («Fortifícate con murallas de madera»).

El astuto Temístocles, que desde le primera guerra médica venía preparando una poderosa escuadra, convencido de que la salvación de Grecia estaba en su marina, persuadió a sus compatriotas de que las «murallas de madera» a que se refería el Oráculo, eran naves.

Más de doscientas poseía ya Atenas cuando llegaron los persas, y en ellas es donde se refugiaron los asustados atenienses. Las mujeres y los niños fueron transportados a la isla de Salamina, junto a la cual quedó la flota griega presta a defenderse.

Los persas, bastante desconcertados por no hallar resistencia alguna, se

embarcaron en sus naves —más de ochocientas— y se dirigieron a Salamina en busca de la escuadra enemiga. Y en el estrecho de Salamina fueron épicamente derrotados por los griegos, embarcados en trescientos setenta y ocho tirremes.

El citado triunfo se debió a la estrategia de Temístocles y contra el parecer del espartano Euribiades, que ejercía el supremo mando griego.

Se cuenta que, cuando Temístocles impugnó el plan de guerra de Euribiades, éste amenazó a aquél con su bastón de mando. Y el vencedor de Salamina, sin alterarse lo más mínimo, exclamó:

—Pega, pero escucha.

**«SÓLO SE QUE NO SE NADA»**

*(Sócrates)*

Pocas vidas, como la de Sócrates, el filósofo ateniense, ofrecen al hombre tantos motivos de admiración y de recuerdo. Nacido en el seno de un hogar humilde se sintió llamado desde muy joven a la elevada misión de contribuir con sus enseñanzas al mejoramiento de sus conciudadanos y al engrandecimiento de su patria.

Él, como Platón, su discípulo, hubiera podido proclamar su agradecimiento a la suerte que lo hizo nacer y le permitió vivir en la ilustre Atenas y en una época de tan brillante civilización, la que llaman los historiadores «el siglo de Pericles».

Interrogado Sócrates acerca de lo que pensaba de las explicaciones que los físicos (de aquel siglo) daban sobre los mitos religiosos, respondió:

—Eso exige más tiempo del que yo tengo. Estoy ocupado en cumplir aquel precepto esculpido en el frontispicio del templo de Delfos: «Conócete a ti mismo». Y no es posible que quien esto hace, tenga tiempo para otras cosas.

Por el esfuerzo tenaz de le voluntad logró el dominio de sus instintos, de sus debilidades, de sus impulsos y pudo acumular la extraordinaria suma de conocimientos que hicieron de él al hombre más justo y más sabio de su época.

De todos los rincones de Grecia, salvando inconvenientes y hasta

peligros, acudían a Atenas, a escuchar su palabra, jóvenes ansiosos de lograr la perfección de sus almas y el desarrollo de sus inteligencias.

La condición dominante en Sócrates era su excesiva modestia. Nunca hizo más que confesar que nada sabía. Suelen citarse a menudo aquellas palabras suyas:

—Sólo sé que no sé nada.

Este hombre sabio y justo, cuyos discípulos le adoraban, fue, sin embargo, víctima de una de las más terribles injusticias que un pueblo haya podido cometer con uno de sus ciudadanos. Condenado a beber la cicuta por un tribunal engañado por una denuncia calumniosa y por falsas imputaciones, Sócrates pudo haber eludido al injusto castigo, aceptando los medios de evasión que se le ofrecían, antes de recibir el veneno. Mas prefirió afrontar la muerte, en cumplimiento de las leyes cuyo respeto siempre había predicado.

Conocido es su carácter, al que las injurias no alteraban. Así, habiendo recibido un bofetón, exclamó:

—Lástima es que no sepa el hombre cuándo debe salir con yelmo.

Su tormento doméstico era su mujer, Jantipa, que diariamente le proporcionaba ocasiones de ejercer la paciencia. Un día, después de un diluvio de injurias, ella le arrojó a la cabeza una botella llena de agua; pero él no replicó más que esto:

—Rara vez truena sin llover.

Tenía setenta años cuando fue condenado a muerte. Toda su vida es una lección de serenidad, de voluntad y de invencible amor a la verdad y belleza. No dejó una sola línea escrita por su mano. Solía decir, poco más o menos, que le interesaba más escribir en las almas que en el «cuero de animales muertos».

Durante el juicio seguido contra él, fue preguntado por los jueces de qué pena se consideraba digno.

—De ser colocado —respondió Sócrates— en el palacio de la ciudad y mantenido a expensas públicas.

Y al ser requerido por qué no pensaba en defenderse manifestó sonriendo:

—Toda mi vida he pensado en ella al no hacer nada digno de castigo.

## «DEJO MI IMPERIO AL MÁS DIGNO»

*(Alejandro)*

Filipo estaba orgulloso de su hijo Alejandro al que adoraba. Y al ver que el reino de Macedonia tenía un sucesor que pudiera continuar las empresas que él había iniciado, quiso darle una esmerada y eficiente educación, no regateando los medios para conseguirlo.

Los primeros años los pasó Alejandro bajo los cuidados de su ayo Pausanias, no tardando Filipo en buscarle los mejores maestros de la época.

El príncipe Leónidas se encargó de la educación física y de adiestrar en el manejo de las armas al joven Alejandro. Lisímaco de Arcamania se cuidó de enseñarle literatura. Anaximenes de Lampsico fue su maestro de elocuencia, y Filopemen y Filipo, enseñaron a Alejandro el arte de la guerra.

Pero fue Aristóteles (el hombre más docto de aquel tiempo), quien más contribuyó a la esmerada educación del príncipe macedónico.

Filipo, cuando nació Alejandro, presunto sucesor al trono, escribió a Aristóteles:

«Tengo un hijo y doy gracias a los dioses, con tanto mayor motivo cuanto me lo concedió viviendo tú. Espero que por medio de tus preceptos y cuidado en la educación, saldrá de tu escuela digno discípulo tuyo, no indigno hijo mío e incapaz de sucederme en tan gran reino...».

No defraudó Alejandro a sus maestros ni a su padre. Pronto manifestó su ambición. Oyendo el joven enumerar las conquistas de su padre Filipo, exclamó, suspirando:

—Él lo tomará todo y no me dejará a mí nada por conquistar.

Cuando Atenas vio que se aproximaba Alejandro con sus huestes, cundió el espanto e inmediatamente se apresuró a pedir la paz.

Venciendo a los sublevados y afirmando alianzas, llegó Alejandro hasta Corinto, donde todos los personajes de la ciudad fueron a cumplimentar al joven monarca. Tan solo un filósofo cínico llamado Diógenes se negó a ello, por lo que, extrañado de tal conducta el rey, decidió conocer a Diógenes marchando a verle en persona.

El filósofo vivía en un tonel. Y sentado a la entrada del mismo se hallaba cuando llegó Alejandro seguido de numeroso y brillante séquito.

Sin ofenderse Alejandro porque Diógenes no le rendía el homenaje debido, y admirado por la sencillez y humildad con que vivía, le preguntó amablemente:

— ¿Qué quieres que te conceda para que seas feliz?

Diógenes, sin moverse de la postura en que se hallaba, miró despectivamente al monarca de arriba abajo, y respondió:

—Que te apartes un poco y no me quites el sol.

En vez de molestarle, agradó la respuesta al soberano. Y dirigiéndose a cuantos le acompañaban, comentó:

—De no ser yo Alejandro, quisiera ser Diógenes.

A los dos años de reinar decidió Alejandro emprender la proyectada expedición contra Persia, a cuyo trono acababa de subir Darío III. A punto casi de partir, aparecieron diferentes prodigios y señales que, de momento, conturbaron a sus acompañantes. Uno de los portentos fue que la estatua de Orfeo en Libetros, que era de madera de ciprés, empezó a sudar copiosamente.

Aristandro excitó la confianza de los expedicionarios, diciendo:

—Todo esto significa que Alejandro ejecutará hazañas dignas de ser cantadas y aplaudidas, lo que dará que sudar a los muchos poetas y músicos que hayan de celebrarlas.

Alejandro encontró al primer ejército persa a las orillas del Gránico. Se cuenta que, al librar el combate, el joven monarca macedonio exclamó:

— ¡Y pensar que necesito hacer estas «cosas» para que tengan de qué hablar los vagos de Atenas!

Los persas sufrieron completa derrota, quedando en poder del vencedor las colonias griegas que estaban bajo el dominio de Persia. Entre ellas figuraba la Caria, en cuyo país reinó Mausolo, a quien su esposa, la fiel Artemisa, hizo erigir un tan suntuoso monumento funerario, que se contó entre las Siete Maravillas del mundo. Y con el nombre de «mausoleo» viene designándose todo panteón o sarcófago artístico.

Después de atravesar la Frigia, Alejandro se detuvo en una de sus ciudades llamada Gordio. En realidad, Gordio fue un labrador que llegó a ser rey del citado país. El carro de labranza que poseía Gordio se hizo

famoso por el «nudo gordiano» que ataba el yugo a la lanza. Estaba hecho con tal habilidad que no se veían sus extremos.

Como el Oráculo había predicho que quien lo desatara obtendría el dominio de Asia, Alejandro intentó inútilmente desatarlo. Entonces sacó su espada y cortó el nudo de un tajo.

—Hijo mío, nada se te resiste —le dijo la pitonisa.

Ante la marcha victoriosa de Alejandro, el rey persa Darío se fugó, dejando a las huestes macedónicas copioso botín. Reservaron para el joven monarca el propio pabellón de Darío. Al dirigirse hacia el baño, comentó:

—Vamos a lavarnos el sudor de la batalla en el baño de Darío.

—No, a fe mía —corrigió uno de sus amigos—, sino de Alejandro, porque las cosas del vencido son y deben llamarse del vencedor.

Y cuando éste se cercioró de la extraordinaria riqueza y del desmesurado lujo de todo aquello, volviéndose a sus generales, les dijo:

—En esto consistía, a lo que parece, el reinar.

Después de dominar Palestina, Fenicia y Egipto, Alejandro, con la gran inferioridad numérica de su falange, derrotó a los persas en Arbelas, muriendo Darío en la huida y apoderándose el monarca macedón de Babilonia, capital del Imperio persa.

Creyeron los griegos que éste sería el término de la expedición; mas el animoso caudillo prosiguió sus conquistas por la India, venciendo al rey Poro en las orillas del Hidaspes. A resultas de la batalla murió el famoso caballo «Bucéfalo».

Al cautivo Poro, le preguntó Alejandro cómo quería que se le tratase.

—Regiamente —fue la breve respuesta.

Y replicando Alejandro si no tenía nada más que añadir, Poro insistió:

—Con decir regiamente está dicho todo.

Haciendo gala de su generosidad, Alejandro devolvió a Poro su libertad y sus Estados, que se hallaban al norte de la India.

La amistad, para él era sagrada. Unos días antes de partir a la conquista de Persia, quiso enterarse del estado en que tenían la hacienda sus

amigos. Y cuando estuvieron todos reunidos, repartió entre ellos los bienes propios y los de la corona.

Perdicas, uno de sus más fieles amigos, no queriendo aceptar nada, preguntó extrañado a Alejandro:

— ¿Qué te guardas para ti?

— ¡La esperanza! —contestó riendo Alejandro.

— Los que te acompañaremos también participamos de ella —repuso Perdicas. Y seguidamente preguntó, intrigado:

— ¿Cuáles son, pues, tus tesoros?

—Mis tesoros son mis amigos —respondió el joven monarca, mientras le daba un fuerte abrazo.

Con sus soldados no era menos afectuoso, hasta el punto de comportarse con ellos como un compañero más. Durante la penosa marcha por el desierto de Beluchistán, muchos macedonios murieron a causa del calor y la sed, no siendo pocos los que enloquecieron por los sufrimientos. En los escasos pozos que encontraban en el camino, Alejandro bebía siempre el último, después que lo habían hecho todos sus soldados.

Un día, después de algunas semanas de terrible caminata por el desierto, agotada el agua y todos desfallecidos, incluso el rey, uno de los exploradores halló un pequeño charco, con agua escasamente para llenar un vaso. Deseando el soldado demostrar su lealtad al conquistador, llenó una pequeña vasija y corrió a ofrecérsela a Alejandro.

Éste, muerto de sed, fue a beber anhelante. Pero entonces observó que todos sus acompañantes le miraban con los ojos desorbitados por la ansiedad más angustiosa.

Reaccionó y arrojando lejos de sí el recipiente, exclamó Alejandro, con firme decisión:

— ¡Vuestro rey no beberá hasta que todos lo hayáis hecho! ¡Yo beberé el último!

Aquel noble gesto del conquistador macedonio fue lo que más fortaleció los decaídos ánimos de sus soldados y robusteció su fe y confianza casi perdidas.

Alejandro también brindó su amistad y protección a los grandes artistas, con los cuales le gustaba conversar en sus ratos de ocio.



Dominadas Sardis y Efeso sin lucha, el joven caudillo eligió esta última ciudad para dar un descanso a sus tropas.

Por cierto que el famoso artista Apeles residía por aquellas fechas en Éfeso y a su taller acudía Alejandro cada mañana, para admirar las maravillosas obras que tan diestramente ejecutaba el renombrado pintor. Y era tanta la consideración y el afecto que el monarca sentía por Apeles, que permitió que el artista contrajera matrimonio con la hermosa Pancesta, no obstante ser ella la mujer de la cual Alejandro se había enamorado.

Muchas son las anécdotas que se cuentan del inmortal pintor. Posiblemente la más popular y conocida sea la que refiere cómo cierto día un zapatero criticó al pintor la forma del calzado que éste llevaba. Apeles enmendó el error y dio las gracias al artesano. Pero el zapatero se atrevió entonces a criticar las pinturas del gran maestro, por lo que Apeles le replicó, molesto:

— ¡Zapatero, a tus zapatos!

Se ha culpado a Alejandro de ambicioso y de muchas cosas más. Si bien lo que nadie puede negar es que quiso a su pueblo y a sus soldados entrañablemente. Evidentemente tuvo vicios y cometió errores. Se cuenta que hallándose Alejandro en Persépolis, la cortesana Thais, que acompañaba al joven monarca en sus expediciones, exclamó:

— ¡Qué gusto si el palacio de Jerjes fuese incendiado como él incendió el de Atenas, y se divulgase que una mujerzuela vengó a Grecia, mejor que los capitanes de tantas tropas!

Aplausos y gritos apoyaron estas palabras. Alejandro, embriagado, cogió una antorcha encendida, y prendió fuego a Persépolis.

No obstante, el incendio de la hermosa ciudad que se le imputa al caudillo macedónico, es hoy puesto en duda por muchos historiadores.

Únicamente el nombre de Thais, la famosa cortesana, se ha convertido en un tropo con que se designa a todas las mujeres de su clase.

En diez años que duraron las expediciones de Alejandro, fundó un Imperio que comprendía los de Semíramis, Ciro y Sesostris, a más de la Macedonia y Grecia.

Y un día del año 329 antes de J.C., a la temprana edad de treinta y tres años, Alejandro Magno murió víctima de sus desórdenes y de las fatigas de la guerra. (Según la historia de la Medicina, su muerte fue debida a una

epidemia de fiebres pútridas, desarrollada por una limpia hecha en el alcantarillado de aguas inmundas.)

## II.

### Del Patriarcado romano a la dictadura del César.

« ¡QUE HERMOSO CAMPO DE BATALLA...! »

(*Pirro*)

Cuando las guerras de Pirro, rey de Epiro, contra Roma, el impetuoso valor del caudillo estaba moderado por el tesalio Cineas, discípulo de Demóstenes y orador tan elocuente que Pirro confesaba:

—Debo más ciudades a su palabra que a mi propia espada.

El día en que Pirro le expuso sus proyectos sobre Italia le dijo Cineas:

Los romanos son muy belicosos, pero si los dioses nos conceden la victoria, ¿qué ventajas obtendremos?

—Ya no habrá —le contestó el rey— ninguna ciudad, bárbara ni griega, que se nos oponga, y será nuestra toda Italia.

Cineas añadió:

—Conquistada ya Italia, ¿qué haremos?

—Sicilia, isla rica por su situación y sus habitantes, está a dos pasos y será fácil hacernos dueños de ella, agitada como se encuentra, desde la muerte de Agatocles, y gobernada por oradores que adulan al pueblo.

—Bien, ¿y nos detendremos allí? —preguntó de nuevo Cineas.

—No. ¿Quién nos impedirá pasar a Africa y a Cartago?

—Y dueños de ellas, ¿qué enemigo de los que ahora nos desafían podrá oponerse a nosotros?

—Ninguno, ciertamente. Y recobramos la Macedonia y seremos dueños de Grecia.

—Y una vez conseguido todo esto, ¿qué haremos?

—Entonces —respondió Pirro sonriendo satisfecho—, entonces nos entregaremos a un dulce reposo, querido Cineas, entre banquetes y

diversiones.

Cineas, que esperaba llegar a este punto, le preguntó:

— ¿Y qué te impide empezar desde hoy esos felices tiempos? ¿No tienes ya lo necesario, sin fatigas, ni sangre, ni tantos males?

Mas como la ambición no se rinde a razones, Pirro acudió con su ejército al llamamiento de los tarentinos, declarándoles la guerra. Luego, tratando de imponer a los romanos una paz humillante, envió al Senado, como embajador, a Cineas.

Llegó éste a Roma con regalos para los senadores y lindas telas para sus mujeres; sin embargo, nadie se dejó tentar. Y el día en que propuso le paz al Senado, el viejo cónsul Apio Claudio Ceco, que estaba ciego, se hizo llevar a la sala y habló apasionadamente en contra.

—Que Pirro —dijo— empiece por salir de Italia; entonces decidiremos si debemos tratar de paz.

El Senado ordenó a Cineas que saliese de Roma aquella misma tarde. Cuando el fracasado embajador llegó junto e Pirro, le dijo:

—Al ver al Senado, me pareció ver una *asamblea de reyes*. Combatir a los romanos es combatir a la hidra. Su número no tiene límite, lo mismo que su valor.

Pirro, sin embargo, no se dejó impresionar por las palabras de Ciaras y atacó a Roma con gran éxito. Después de le lucha, desde las alturas de Preneste contempló satisfecho la ciudad de «las siete colinas». Y al ver los cadáveres de los que habían perecido en la batalla, exclamó:

—Conquistaría el mundo si yo tuviese por soldados a los romanos, o los romanos me tuviesen a mí por general.

El Senado designó a Fabricio para tratar con Pirro la cuestión del canje de prisioneros. Pirro quedó admirado de le integridad del enviado romano. Y habiendo sabido que era muy estimado en su patria y que carecía de bienes le ofreció una fuerte suma de dinero, que Fabricio rehusó. Al día siguiente trató de asustarlo con un elefante. Y no obteniendo efecto alguno su estratagema, exclamó asombrado:

Más fácil es separar el sol de su carrera que a Fabricio de su integridad.

Le lucha continuó enconada entre Pirro y los romanos, defendidos éstos por Fabricio. Y aunque el rey de Epiro obtuvo al principio algunas

ventajas, deseaba vivamente atraer al jefe romano a su partido, exhortándole continuamente a ajustar la paz e irse con él.

A lo que respondía Fabricio: La solución no sería favorable para ti, porque los que ahora te honran, cuando me conociesen querrían entonces ser gobernados por mí, más que por ti.

La austeridad de Fabricio era proverbial. No tenía otra vajilla que un salero de plata y una copa. Cuando el enviado de Pirro (como hemos dicho) le ofrecía todo el oro que quisiera, respondió, pasándose la mano por el cuerpo, desde los ojos al vientre:

—Mientras tenga esto, no necesitaré otra riqueza.

Cabe recordar que al morir, a pesar de haber obtenido tan resonante victoria al derrotar a Pirro, dejó a sus hijas tan pobres, que el Senado las tuvo que dotar para que pudieran casarse.

La integridad de un hombre no era extraña en su época. También se conocen varios casos de mujeres ejemplares. Se sabe, por ejemplo, que Camelia era la mujer más virtuosa de Roma. El rey de Egipto la había pedido en matrimonio y ella no quiso aceptar. Vivía sencillamente, sin lujo.

Un día, en una reunión de damas romanas, en la que todas ostentaban orgullosas sus alhajas, le pidieron a Comalia que mostrara también las suyas. Ella mandó llamar a sus dos hijos y presentándolos sonriente comentó:

—He aquí mis alhajas.

Corría el año 265 antes de J.C., cuando Pirro, tras largas luchas, fue derrotado en Benevento por los romanos mandados por Fabricio, que quedó en posesión de toda Italia.

Al abandonar el ambicioso y célebre Pirro la isla de Sicilia, exclamó con acento profético:

— ¡Qué hermoso campo de batalla dejó a los romanos y a los cartagineses!

**«LIBREMOS A LOS ROMANOS DE SU TERROR»**

*(Aníbal)*

Sabido es que la incompatibilidad histórica de Roma y de Cartago, por

aspirar ambas a la dominación universal, fue la causa originada y consecutiva de las llamadas «Guerras Púnicas».

El motivo de la primera disputa entre ambas repúblicas fue por la posesión de la fértil Sicilia. Y su pretexto nació de que los mamertinos, soldados italianos al servicio de Siracusa, quejados de esta república, pidieron auxilio a Roma contra los siracusanos y sus aliados los cartagineses.

Siracusa, que era una colonia griega, estaba gobernada por el tirano Hieron II, en cuya corte vivieron el sabio Arquímedes, el poeta Teócrito y otros ilustres poetas y filósofos griegos.

Es digno de señalar que entre los tiranos de Siracusa (anteriores a Hieron II), figura Dionisio el Mayor, de quien se cuenta la famosa anécdota que ha hecho célebre la «espada de Damocles». Se cuenta que Dionisio el Mayor abandonó por unos días el poder en manos de un cortesano llamado Damocles. Dionisio hizo colgar, de un hilo delgado, una espada desnuda, que amenazaba perpendicularmente sobre la cabeza de Damocles cuando se sentaba a la mesa; clara alegoría sobre los peligros del mando.

Tan pronto como el ambicioso palaciego reparó en el riesgo que le amenazaba renunció a sentarse en el trono.

De las tres guerras púnicas, fue Aníbal, el famoso general cartaginés, la figura más destacada. Puede decirse que Aníbal, más que un hombre, es la personificación del odio implacable de Cartago a Roma.

Varios historiadores refieren que Amílcar Barca hizo jurar a su hijo Aníbal, siendo niño y ante los altares del templo de Hércules, en Cádiz, odio eterno a los romanos.

Aníbal buscó un pretexto para renovar las hostilidades contra Roma, atacando a una de sus ciudades aliadas: la indefensa Sagunto. Los saguntinos resistieron heroicamente. Y antes de rendirse, cuando sus reservas quedaron agotadas, prendieron fuego a la ciudad y se arrojaron a las llamas.

Antes de proceder *manu militari*, Roma envió una embajada al Senado cartaginés para preguntar si la destrucción de Sagunto había sido obra de Aníbal o si había obrado con asenso de la república.

Uno de los cinco enviados romanos, Quinto Fabio Máximo, plegando su toga y extendiendo el brazo, dijo:

—Senadores de Cartago, aquí os traigo la paz y la guerra; escoged.

—Elige tú mismo —le respondieron unánimemente los cartagineses.

—Pues bien, elijo la guerra —contestó Fabio Máximo soltando el manto.

—La aceptamos —clamó unánimemente el Senado cartaginés.

La segunda guerra púnica entre Cartago y Roma quedó de este modo declarada.

Aníbal, sin esperar a los romanos en España, marchó en busca de ellos a Italia. Su ejército se componía de 90.000 soldados españoles, 12.000 infantes africanos; 1.800 caballos nómadas, y 21 elefantes.

El joven general cartaginés venció a los romanos en las márgenes del Tesino, a las orillas del Trevia, junto al lago Trasimeno y en las inmediaciones de Cannas.

La noche en que se dio esta última batalla, uno de los jefes de la caballería, Maharbal, dijo a Aníbal:

—Da la orden de marcha y dentro de tres días comerás en el Capitolio.

Aníbal se negó, y entonces agregó Maharbal:

—Sabes vencer, Aníbal, pero no sabes aprovecharte de la victoria.

El general cartaginés no se atrevió a marchar sobre Roma, y se retiró a Capua en espera de refuerzos, que pidió a Cartago y España. Tales refuerzos no llegaron nunca, porque fueron atacados y destruidos por los romanos en las márgenes del río Metauro.

La tradición ha hecho famosas las «delicias de Capua», suponiendo que Aníbal y su gente se entregaron en dicha ciudad a una vida de placeres, que enervó su fuerza y les hizo olvidarse completamente de la campaña y entrenamiento militar.

Roma, entretanto, levantaba nuevos ejércitos para combatir a Aníbal, que se había encastillado en los Abruzzos. Si bien enterado de que Escipión, en alianza con el príncipe nómida Masinisa, se hallaba a las puertas de Cartago, tuvo que ir rápidamente en socorro de su patria.

Se cuenta que Escipión y Aníbal tuvieron varias entrevistas antes de tener lugar la batalla de Zama, con el fin de llegar a un acuerdo amistoso. En una de ellas el romano preguntó al cartaginés quién era, a su juicio, el mejor capitán. Aníbal contestó:

—Alejandro, que con pocas tropas derrotó a innumerables ejércitos.

—¿Cuál el segundo?

—Pirro, que fue el primero que enseñó el arte de los campamentos.

—¿Y cuál el tercero? —insistió Escipión.

—Yo —respondió tranquilamente Aníbal.

A lo que, molesto, el general romano, añadió:

—¿Qué dirías, pues, si me vencieras?

—En tal caso —replicó Aníbal—, me pondría sobre Alejandro, sobre Pirro y sobre cualquier otro capitán.

Llegado el día de la batalla, Aníbal resultó derrotado por Escipión en los campos de Zama. Al regresar a la ciudad con los miserables restos de sus tropas, el caudillo cartaginés temía los castigos que Cartago solía imponer a quienes habían sido derrotados. En vista de ello resolvió enviar por delante a un emisario, que comunicó al Senado:

—El general romano manda una escuadra numerosa, pero de naves muy mal construidas y con ciertas máquinas desconocidas hasta ahora. Aníbal os pregunta si debe dar la batalla.

—Que la dé —respondieron los sufetes—, y que castigue a los romanos por habernos atacado en nuestro elemento.

Y el enviado respondió:

—Pensando igual que vosotros la ha dado y ha sido vencido.

De este modo quedó absuelto el desgraciado caudillo.

Cartago tuvo que aceptar la paz humillante que dictó el vencedor, renunciando a todas sus posesiones del Mediterráneo y cediendo gran parte de su territorio a Masinisa, «especie de vampiro que dejó Roma, junto a Cartago, para que chupara su sangre», según la frase de Michelet.

Y Aníbal, abandonado de los suyos y perseguido tenazmente por los romanos, acabó refugiándose en la corte de Prusias, rey de Bitinia. Mas ni aun aquí Roma le dejó tranquilo. Inmediatamente envió a Flaminio, el libertador de Grecia, a intimar a Prusias para que entregase a Aníbal.

Había siete salidas secretas en la casa donde habitaba el vencido cartaginés; y Flaminio, enterado de ello, hizo que todas fueran guardadas por sus hombres. Aníbal, viéndose cercado, tomó un veneno que siempre llevaba consigo, diciendo:

—Libremos a los romanos del terror que les inspira la vida de un pobre viejo, ya que no tienen paciencia para aguardar su muerte.



## « ¡INGRATA PATRIA, NO POSEERÁS MIS CENIZAS! »

(Escipión)

Publio Cornelio Escipión, *el Africano*, el famoso antagonista y vencedor de Aníbal en Zama, contaba sólo veinticuatro años cuando pidió el mando del ejército de España al Senado de Roma, diciendo:

—Quiero ser el vengador de mi familia; entre las tumbas de mi padre y de mi tío, yo sabré ganar batallas.

Recuérdese que los hermanos Escipiones, que obtuvieron al principio notables victorias en España sobre Asdrúbal, hermano de Aníbal, fueron luego derrotados y muertos ambos caudillos romanos.

Escipión *el Africano* se atrajo la amistad de los españoles por su afable trato e inauguró sus campañas con la toma de Cartagena, capital de las colonias cartaginesas. La conducta humanitaria y generosa que en aquella ocasión observó con los vencidos y prisioneros, le conquistó generales simpatías y algunas alianzas entre los celtíberos,

Tal conducta ha merecido, y con razón, las alabanzas de todos los historiadores. Porque las leyes de la guerra en el mundo antiguo se resumen en la terrible imprecación de Breno al conquistar Roma: *Vae victis!* ¡Ay de los vencidos! »). El vencedor podía dar muerte al prisionero o someterlo a esclavitud.

Hoy en día, gracias al progreso, el derecho de gentes protege la vida y el honor del vencido (...si no es declarado «criminal de guerra»).

Algunos celtíberos, sin embargo, con mejor memoria que otros, le decían a Escipión:

—Ve a buscar aliados para Roma donde no se sepa el trágico fin de Sagunto.

Se ha dicho que si Escipión venció en Zama fue gracias a la ayuda que le prestó el príncipe númida Masinisa.

Por cierto que otro príncipe númida, llamado Sifax, había sido también aliado de Roma; pero casado luego con la bella Solonisba, hija del cartaginés Asdrúbal Giscón, se puso del lado de Cartago. Por cuya razón, Masinisa, apoyado por los romanos, declaró la guerra a Sifax, acabando por conquistar su reino y a su linda esposa, con la cual se casó seguidamente.

Por despecho, Sifax hizo entender a Escipión que la hermosa mujer

arrastraría a Masinisa a la rebelión. Previsoriamente, el general romano la reclamó al príncipe númida, el cual, sin decir palabra, montó a caballo, presentó a Sofonisba una copa llena de mortal veneno y se alejó:

—Gracias por el regalo nupcial —dijo la mujer. Y bebió.

Vivamente apenado, Masinisa mostró el cadáver de su esposa a los romanos que por orden de Escipión fueron a reclamarla. De aquella época han quedado emocionantes ejemplos de fidelidad conyugal. Tal es caso de Quiomana, esposa del tetrarca Ortiagon, que cayó prisionera, siendo confiada a la custodia de un centurión, el cual, libidinoso y avaro, usó de violencia con ella, y luego le prometió la libertad si pagaba un fuerte rescate. Avisó ella a sus parientes, que al tiempo convenido remitieron el dinero pedido por el centurión a la orilla de un río, según había indicado su celador. Y mientras el centurión contaba el dinero mandó Quiomana —ya liberada— a los esclavos que lo matasen y, después, cortándole la cabeza, se la llevó a su marido. Oyendo éste lo sucedido, exclamó admirado:

— ¡Oh, mujer, cuán bella cosa es la fidelidad!

—Cierto —repuso Quiomana—, pero es más bello que pueda yo decir que dos hombres vivos no se alabarán de haberme poseído.

Lo mismo Escipión, que Aníbal, vio pagados sus servicios a la patria con lamentable ingratitud. En efecto, al volver de su expedición contra el rey de Asiria. Antíoco, le acusaron de malversación de los caudales públicos, exigiéndole las cuentas de su administración militar.

Al verse así acusado por los tribunos, Escipión les quitó entonces de las manos, los registros y apuntes, diciendo al tiempo que los rasgaba altivamente:

No rendiré cuenta de cuatro millones de sestercios, ya que hice entrar en el tesoro doscientos millones, sin conservar para mí otra cosa que el sobrenombre de *Africano*.

Y volviéndose luego a la multitud, agregó:

—Romanos: en este mismo día, con los auspicios de los dioses, vencí en Zama a Aníbal y a los cartagineses. ¡Subamos al Capitolio para dar gracias a los númenes y a rogarles que nos concedan siempre jefes que se me parezcan!

Y todos, pueblo, tribunos, jueces y acusadores, le siguieron al Capitolio, proporcionándole acto seguido un triunfo más señalado que los obtenidos en los campos de batalla.

Mas, a pesar de esta memorable reacción a su favor, por parte de los romanos, el vencedor de Aníbal fue condenado al destierro. Escipión retiró a Linterno, donde los tribunos no le molestaron, si bien tampoco solicitaron su regreso. Y allí permaneció hasta el año 183 antes de J.C., en que murió, precisamente por los mismos días en que fallecía, también envenenado, su antagonista Aníbal.

Al morir, Escipión el *Africano* hizo poner en su tumba la amarga inscripción:

« ¡Ingrata patria, no poseerás mis cenizas!»

Unos años después estalló la tercera guerra púnica. El pretexto lo encontró Roma en las querellas que, por cuestión de límites, sostenía Cartago con el príncipe nómada Masinisa, aliado de los romanos.

Catón *el Antiguo*, enviado para dirimir tal conflicto, pronunció la histórica frase: *Delenda est Carthago* («Hay que destruir Cartago»).

Y la nueva guerra quedó declarada.

La rival de Roma sitiada por Escipión Emiliano, nieto del vencedor de Aníbal, después de una heroica resistencia fue totalmente destruida, incorporándose su territorio a la república romana con el nombre de «Provincia de África».

Así terminaron las famosas «Guerras Púnicas», en las cuales Roma y Cartago lucharon por la hegemonía universal.

« ¿HASTA CUÁNDO, CATILINA...?»

(*Cicerón*)

El año 72 antes de J.C. estalló en Italia la célebre insurrección de los «Gladiadores», que eran los esclavos destinados a luchar en los circos, en cuyo horrible espectáculo se recreaba el pueblo romano: pueblo que sólo pedía, para estar contento, *panem et circenses*, es decir, «pan y espectáculo».

Y mientras el «déspota» daba el trigo y el pueblo los aplausos, los gladiadores luchaban en la arena del anfiteatro, hasta darse muerte.

«*Ave César, morituri te salutant*» («Salve César, los que van a morir te saludan»), decían ante el emperador, antes de comenzar sus fieros y

despiadados combates.

Pero un gladiador de raza nómada, tracio, inteligente y valerosa cual pocos, llamado Espartaco, no pudiendo resistir el espectáculo del anfiteatro, al ser elegido para presentarse en la arena de Capua dijo a sus compañeros:

—Ya que es preciso combatir, ¿por qué no hacerlo contra nuestros opresores?

Sus palabras produjeron como consecuencia una sublevación que duró largo tiempo y durante la cual los gladiadores, acaudillados por Espartaco, vencieron a varios generales romanos.

Se refiere de Espartaco que, en una batalla, al proponerle los suyos rendirse, mandó crucificar un prisionero y, mostrándolo a las miradas de todos, les anunció:

—He ahí la muerte que os aguarda si no resistís.

Luego, poco antes de comenzar el combate, hizo degollar su caballo, diciendo:

—Si venzo, no me faltará otro; si soy vencido, no lo necesitaré.

Y no lo necesitó, porque los gladiadores fueron vencidos por Craso y exterminados luego por Pompeyo.

Craso hizo 6000 prisioneros; y llevándolos a Roma para atestiguar su triunfo, convirtió la Vía Apia en inmenso patíbulo, pues a uno y otro lado de ella aparecieron, crucificados, todos aquellos infelices.

Unos años más tarde, mientras Pompeyo alcanzaba grandes victorias contra los piratas, contra Mitrídates y por el Asia, se fraguaba en Roma la famosa conjuración del joven patricio Catilina, el cual quería establecer una dictadura perpetua, mas no en beneficio del patriciado, sino en interés de la plebe.

Al ser descubierta su plan por el cónsul y gran orador Marco Tulio Cicerón, fue batido y muerto Catilina en la demanda, después de luchar con extraordinario valor al frente de los conjurados que le siguieron.

El nombre de Catilina ha pasado a la Historia bajo el anatema formulado contra él por la pluma de Salustio y los labios de Cicerón; según éstos, el objeto de la célebre y tenebrosa conjuración era el de asesinar a los cónsules, incendiar a Roma y apoderarse del gobierno de la República.

«Quousque tándem, Catilina, abutere patientia nostra?» («¿Hasta cuándo, Catilina, has de abusar de nuestra paciencia?»).

Así comienza la famosísima oración de Cicerón contra Catilina, en la que el gran orador romano lo fustigó duramente. De ahí la expresión «catilinarías».

*O tempora, o mores!* (« ¡Oh tiempos, oh costumbres! »). Este es el comienzo de la primera «catilinaria» de Cicerón.

Al descubrir Cicerón, con su trascendente discurso en el Senado, la conjuración de Catilina, éste, al levantarse a hablar diciendo que todo era una calumnia, se vio increpado por los senadores, que le llamaron asesino e incendiario. Y no pudiendo contenerse, exclamó:

—Ya que me lanzáis a ello, apagaré ese incendio, no con agua, sino con ruinas.

El perfecto conocimiento de Catilina acerca de la sociedad romana de su tiempo lo demuestra su famosa frase:

«Veo en la República una cabeza sin cuerpo y un cuerpo sin cabeza; esa cabeza seré yo».

Descubiertos algunos complicados en la conjuración, el cónsul Cicerón instaba para que se hiciese sufrir a Léntulo la última pena. Los senadores asentían a su consejo, si bien julio César arguyó en contra con las siguientes palabras:

—La ira y la compasión son malos consejeros. Nuestros padres perdonaron a los rodios por parecer que no obraban excitados por sus riquezas; y aunque los cartagineses violaron las treguas y los pactos, jamás los imitaron. Así vosotros cuidad menos de la culpa de Léntulo que de vuestra dignidad; menos de la ira que de la fama...

Y tras largas reflexiones y citas terminaba:

—De Cicerón y de nuestra época no hay por qué temer esto, pero si un cónsul, imitándole [se refería a Sila], desnuda la espada, ¿quién le contendrá luego?

Una vez sofocada en Roma la conjuración de Catilina, Cicerón aseguró a los quirites:

—... la República, la vida de todos, los bienes, las fortunas, las esposas, los hijos, la residencia del preclarísimo Imperio, la afortunadísima y hermosísima ciudad, por especial amor de los dioses inmortales, en fuerza de sus fatigas, de su prudencia y de su peligro, había sido librada de las llamas, de los hierros, casi de las fauces de la muerte, y restituida a ellos.

Oído esto, le proclamaron Padre de la Patria.

Persona muy ambiciosa y aficionada a las alabanzas, el propio Cicerón cuenta que, al ser nombrado cuestor en Sicilia al principio le acogieron con prevención, que pronto se trocó en afecto al darse cuenta los magistrados de la rectitud de sus intenciones.

Por entonces defendió brillantemente y consiguió la libertad de unos cuantos jóvenes principales acusados de cobardía en la guerra. Tan rotundo le pareció su triunfo, que supuso que toda Roma estaría pendiente de él. Por eso fue grande su sorpresa y desánimo cuando, de regreso a Roma, se encontró en la Campania con un notable ciudadano, a quien tenía por amigo y al que preguntó:

— ¿Qué se dice de mis hazañas y triunfos obtenidos en el desempeño de mi cargo?

Por respuesta, el amigo se limitó a preguntarle:

—Pero, ¿dónde has estado metido todo este tiempo, Cicerón?

También era desmedido el amor propio del célebre orador romano. Y muchas veces sus mismas acciones se contradecían. En cierta ocasión alabó, en la tribuna, a Craso con gran entusiasmo del pueblo: mas poco después le maltrató en el mismo sitio.

— ¿Pues no me alabaste poco ha? —le dijo extrañado el interesado.

A lo que Cicerón respondió impertérrito:

—Sí, pero fue para ejercitar mi elocuencia en un tema ingrato.

Para adiestrarse en declamación y oratoria, consultó Cicerón con los más famosos oradores. Conoció al célebre Apolonio, el cual, no conociendo le lengua latina, pidió a Cicerón que declamase en griego. Lo hizo, y todos los circunstantes le alabaron menos Apolonio, que, inmóvil, permaneció pensativo en su asiento.

Al observar que Cicerón se mostraba apesadumbrado por ello, le dijo al fin:

—A ti, Cicerón, te admiro y alabo; pero me duele por ti la suerte de Grecia, ya que las dos únicas glorias que nos quedaban, la elocuencia y la ilustración, también tú las trasladadas a Roma.

Si mucha era su ambición y no menor su amor propio, también era Cicerón persona en extremo dada a las burlas. Se cuenta que en cierta ocasión y en presencia suya, una dama coqueta dijo no tener más de treinta y

tantos años, e intervino el orador para decirle:

—Es cierto, pues hace veinte años que le oigo decir lo mismo.

A Marco Apio se le ocurrió decir en el exordio de una causa, que su amigo le había pedido que pusiese en la misión cuidado, elocuencia y lealtad. A lo que comentó Cicerón:

— ¿Y tan duro de corazón eres que no has hecho nada de lo que te ha pedido tu amigo?

Y como Léntulo, pariente de Cicerón y hombre de exigua estatura, se presentase ciñendo una larga espada, el gran orador romano dijo:

— ¿Quién ha atado mi pariente a una espada?

Un tal Publio Costa, siendo necio y torpe, quería pasar por jurisconsulto. Le requirió Cicerón como testigo en una causa, y al responder que nada sabía, Cicerón le dijo:

— ¿Crees acaso que se pregunta de leyes?

En otra ocasión, después de la derrota de Pompeyo, decía Nonio que no se debían perder las esperanzas, porque en el campamento del vencido aún quedaban siete águilas.

—Tu exhortación estaría muy bien —le replicó Cicerón— si hiciéramos la guerra a los grajos.

Finalmente, ya que la relación de anécdotas del gran orador latino sería interminable, antes de partir para Siria quiso Craso congraciarse con Cicerón, al que manifestó sus deseos de que cenasen juntos. Accedió Marco Tulio y le recibió en su casa.

Unos días después le dijeron que un tal Vatinio también deseaba tener buenas relaciones con él. La respuesta de Cicerón demuestra la natural animadversión que hacia Craso sentía.

—Pues qué —dijo—, ¿también quiere Vatinio venir a cenar a mi casa?

## «LA SUERTE ESTA ECHADA»

*(César, en las Galias)*

En el elogio que hizo de su tía Julia, viuda de Mario, dijo Julio César:

—Mi familia toca con una mano al cielo y con la otra al trono de

Rómulo.

Y tenía razón, puesto que por línea paterna descendía de Jule, hijo de Eneas y de Venus, y por la materna, del rey Anco Marcio. Su padre se llamaba Cayo, y su madre Aurelia.

Julio César, a sus diecisiete años, se atrevió a desobedecer al poderoso Sila, que quería obligarle a repudiar a su mujer. El dictador le proscribió, perdonándole más tarde merced a la intervención de los nobles y de las vestales, diciendo:

—En ese chico que se ciñe la túnica tan mal hay muchos Marios.

Al ser perseguido por Sila, César intentó pasar a Asia; pero durante la travesía cayó en poder de unos piratas que le exigieron cuantioso rescate. Lejos de amilanarse, el joven prisionero trató a sus aprehensores como su jefe y no como si fuese cautivo.

Después de ajustar su rescate en veinte talentos, les dijo en tono amenazador:

—Como considero que me habéis estimado en demasiado poco, os daré cincuenta talentos; mas en cuanto me vea libre os haré crucificar.

En el referido viaje estuvo a punto de naufragar. Y como el piloto se mostrase completamente desesperanzado, le reprendió y animó, diciéndole:

—*Quid times? Caesaren vehis!* — (« ¿Qué temes? (César y su suerte van contigo! »).

Julio César es la personalidad más gigantesca que ofrece la Historia de Roma, constituyendo con Alejandro y Napoleón el triunvirato de los grandes genios político-militares que ha conocido el mundo.

Desde muy joven se sintió ya dominado por la pasión de la gloria. Un día, leyendo la vida de Alejandro Magno, rompió a llorar.

— ¿No es triste para mí —dijo— que a la edad en que Alejandro había hecho todas sus conquistas, yo no haya hecho todavía nada notable?

Al conquistar César rápidamente el fervor popular, fue acusado en el Senado de aspirar a igual poder que Mario. Cicerón decía:

—Preveo en él un tirano, y cuando le miro con aquella cabecilla tan bien arreglada y rascarse el cráneo con el dedo, no puedo persuadirme de que semejante hombre piense en destruir la República.

El primer Triunvirato de la República lo formaron Pompeyo, Craso y César. El primero obtuvo el gobierno de España y Africa; el segundo el de



Siria, y el tercero el de las Galias.

Durante el tiempo de su mando, César conquistó el extenso y fértil país de las Galias, cuyo héroe más glorioso fue Vercingetérix, que se entregó a César para ver si con este rasgo de generosidad lograba salvar la vida de los moradores de Alesia, sitiada por el romano. Pero César, lejos de conmoverse ante tan noble conducta, insultó brutalmente al voluntario prisionero, enviándole a Roma, donde acabó sus días en el suplicio.

César invadió también la Germania y llevó una expedición a las islas Británicas, comenzando en ellas la dominación romana. Al desembarcar en Bretaña, molestados los soldados de César por los habitantes de las islas, estaban a punto de cejar en sus propósitos cuando el alférez de la décima legión, que era la más adicta a César, se lanzó con el águila en la mano gritando a sus compañeros:

— ¿Dejaréis que vuestra insignia caiga en poder de bárbaros? Su voz y su ejemplo los reanimaron.

Poco después, al proponerse en Roma que se decretaran las gracias a César por su victoriosa campaña de las Galias, el severo Catón, refiriéndose a la guerra de exterminio practicada, exclamó furioso:

— ¿Gracias? Expiaciones más bien y súplicas a los dioses debiéramos darles para que no castiguen, en nuestros ejércitos, las culpas de su general, el cual debe ser entregado a los germanos a fin de que no parezca que Roma ordena el perjurio.

Le animosidad de Catón contra César le había de costar luego la vida al de Útica.

Julio César, que contaba con un gran partido y un ejército muy adicto, pidió al Senado que le prorrogase el mando, pero la Asamblea, hechura de Pompeyo, rechazó la demanda. Al oírlo, un centurión que esperaba a la puerta dio un golpe a su espada diciendo:

—Ésta se lo prorrogará.

La creciente rivalidad de Pompeyo y César motivaba que los mejores ciudadanos presintiesen próxima la guerra civil. Así, Cicerón escribía:

«Uno, no quiere amo; el otro, lo mismo; César piensa en reconquistar el trono; Pompeyo quiere que se lo den».

Y Catón exclamaba:

—Si vence Pompeyo, me destierro de Roma; si vence César, me mato.

Entretanto, mientras César dilataba los límites de la República y labraba el pedestal de su futura grandeza, el avariento Craso, émulo de tales glorias o ansioso de más riquezas, declaró la guerra a los indómitos partos, quienes le derrotaron y dieron cruel muerte.

Refiere Plutarco que los partos, después de matar a Craso, le echaron en la boca oro derretido, para que su cuerpo, privado de sangre, se empapara en oro, puesto que su alma había estado siempre abrasada por la sed del áureo metal.

La muerte de Craso deshizo el Triunvirato. Y Pompeyo, mirando con envidia los triunfos de César, se hizo instrumento del Senado, que para impedir el paso de tropas procedentes del Norte declaró sacrílego, parricida y traidor a la patria, a todo aquel que con una legión o con sólo una cohorte, pasara el Rubicón, pequeño río que separaba a Italia de la Galia Cisalpina y formaba el límite de la jurisdicción de César.

Sin embargo, Julio César, a quien el Senado había rehusado el consulado y la continuación de su gobierno, lejos de intimidarse ante tanta prohibición, decidió marchar sobre Roma para derribar a su enemigo Pompeyo. No obstante, cuando llegó a orillas del Rubicón (el actual Fiumicino), permaneció indeciso unos momentos, reflexionando acerca del peligro que entrañaba franquear dicho río.

De pronto, al alzar la vista, vio posado a un búho sobre la rama de una higuera. Y entonces se le ocurrió hacer lo mismo que hiciera el ave. Tomó un guijarro y lo arrojó sobre el búho, el cual, espantado, voló en dirección hacia Roma.

Decidido entonces a vadear el Rubicón, César pronunció antes la tan renombrada frase:

—*Alea jacta est!* — (« ¡La suerte está echada! »).

Y cayó sobre Roma, de donde acababa de salir Pompeyo con los senadores y se dirigía a Grecia.

Unido Cicerón a Pompeyo, pensando en el triunfo de éste, pronto se convence de lo contrario, por lo cual prodiga sus frases ingeniosas contra Pompeyo. Y al manifestarle éste su tardanza en unírseles, responde el orador romano:

—Y aun así no encuentro nada dispuesto.

Al averiguar que el ejército de César seguía de cerca al de Pompeyo, Cicerón le preguntó en qué forma se defendería, y él respondió:

—Me basta golpear con el pie en Italia, para que surjan legiones.

Como Pompeyo, no había previsto la súbita llegada de César.

—Dalo ahora —le dijeron—; pues ya es tiempo.

Y aunque golpeó la tierra, para huir, las legiones no salieron. Lo que sí salió, de la boca de Cicerón, fueron frases irónicas que indignaron a Pompeyo hasta el punto de tener que decirle a su ingenioso partidario:

— ¡Vete de una vez con César, y a su lado comenzarás a temerme!

Cicerón se marchó. Y como tenía establecida su casa en el campo, allí acudió César persuadido de que el ejemplo del orador arrastraría a muchos senadores. Y al invitarle a que regresase a Roma, le contestó Cicerón:

—Volveré, con tal que me sea lícito decir francamente mi opinión.

Otros, en cambio, se manifestaron abiertamente en contra de César. Metelo, tribuno de la plebe, se opuso a que César tomara caudales de la República, para lo cual alegó determinadas leyes. César le objetó amablemente:

—Uno es el tiempo de las armas y otro el de las leyes. Y sólo cuando yo deponga las armas podrás tú intervenir.

Tras decirle esto, se encaminó a las puertas del erario Y, al no encontrar las llaves, ordenó a unos cerrajeros que las franqueasen. Volvió a resistirse Metelo, por lo que César, esta vez más serio, hubo de amenazarle con quitarle la vida.

—Y esto, joven —agregó—, debes saber que me cuesta más decirlo que hacerlo.

Metelo, temeroso, se retiró. Y César pudo, con los recursos del erario, allegar cuanto necesitaba para proseguir la lucha contra Pompeyo.

Es curioso observar, sin embargo, que la magnanimidad de César, tan extraña en las guerras civiles de los antiguos tiempos, llegó al extremo de que, habiendo detenido en cierta ocasión un correo despachado a Pompeyo por los patricios de Roma, no quiso leer la correspondencia, que hubiera podido descubrir los nombres y propósitos de sus enemigos. Y con asombrosa indiferencia mandó quemarla toda, aun adivinando que posiblemente en las llamas que la consumieron «se fundiría el puñal que habla de asesinarle».

El tesoro que custodiaba Metelo, y del cual César se apoderó, se había constituido en Roma en los tiempos de Breno, conservándose intacto aun

durante las imperiosas necesidades de las guerras con Pirro, Aníbal o las facciones. César lo abrió diciendo:

—Yo he libertado a Roma de su juramento; ya no hay galos.

«LLEGUÉ, VI Y VENCÍ»

(*César, Emperador*)

En vísperas de salir a combatir contra Pompeyo, Julio César manifestó:

Vamos a combatir contra un ejército sin general; venceremos luego a un general sin ejército.

El Senado había autorizado a Pompeyo y a los cónsules y pretores para que proveyesen a fin de que la República quedase ilesa. Marcelo y Léntulo, presentando la espada a Pompeya, le dijeron:

A ti te corresponde defender la República y mandar las tropas.

Y Pompeyo contestó, sonriendo tristemente:

—Lo haré si no puedo arreglar mejor las cosas.

No pudo arreglarlas, y en Farsalia fue derrotado por César. Antes del combate, interrogado Crastino por César qué éxito predecía, contestó tendiéndole la mano:

—La victoria; los enemigos serán derrotados, y yo, muerto o vivo, obtendré tus elogios.

Durante la batalla de Farsalia, Pompeyo, al verse derrotado, se retiró a su tienda. De improviso se presentaron ante él las huestes de Julio César.

— ¡Qué! —exclamó asustado—. ¿Hasta en mi campo?

Y a toda prisa huyó a Larisa, hasta que Ptolomeo, rey de Egipto, dispuso que le dieran muerte, creyendo captarse, tras el asesinato, las simpatías de César.

Contemplando Julio César, después del combate en Farsalia, los innumerables muertos, suspiró diciendo:

—Lo han querido; me han reducido a la necesidad de vencer para no perecer.

En realidad fueron los consejeros del monarca egipcio Ptolomeo, casi

un niño, quienes decidieron, en agitado consejo, la muerte del infeliz Pompeyo. El egipcio Aquilas fue encargado de ejecutar la orden. Todo salió conforme al plan trazado.

Aquiles tomó consigo en un bote a un tal Septimio, que había sido tribuno de Pompeyo; a otro romano, Salvia, antiguo matarife, y a dos o tres auxiliares, dirigiéndose a la nave de Pompeyo.

Septimio se levantó antes que nadie y saludó en latín a Pompeyo como *Imperator*. Aquiles se le dirigió en griego y le invitó a ir en el bote con ellos, diciéndole:

—Hay muchos bajos en la costa y el mar no es lo bastante profundo para sostener un navío de alto bordo.

Entonces Pompeyo, tras abrazar a Cornelia, su esposa, que había acudido a su lado y que parecía presentir el asesinato de su glorioso marido, saltó al bote de los asesinos.

Uno trecho separaba la galera de tierra. Nadie mientras bogaban hacia la playa dirigió a Pompeyo una palabra amable. Reinaba un penoso silencio. Al fin Pompeya dijo a Septimio:

—Si no me engaño fuiste mi compañero de armas, ¿verdad?

Septimio asintió en silencio, con la cabeza.

Al ir a desembarcar, Pompeyo se apoyó en su liberto Filipo, para levantarse. Septimio le clavó entonces la espada en la espalda. Salvio y Aquiles desenvainaron también sus puñales. Pompeyo, incapaz de defenderse, envolviéndose el rostro con la toga, sin decir nada, ni hacer nada indigno de su gloria, recibió sufrientemente los golpes.

Los asesinos, luego de haber desembarcado, cortaron la cabeza a Pompeyo, y abandonaron en la playa su cuerpo desnudo. Su fiel liberto Filipo, en compañía de un viejo soldado, que en su juventud luchara a las órdenes de Pompeyo, recogieron los maderos de una barca vieja que por allí había, les prendieron fuego e incineraron el cuerpo decapitado de Pompeyo.

A poco, César llegó a Egipto en seguimiento de su rival. Y enterado de lo sucedido, recriminó el crimen perpetrado y lloró amargamente al contemplar la cabeza de Pompeyo y su sello, en el que se veía un león sosteniendo una espada.

Acto seguido mandó degollar a los culpables, destronó a Ptolomeo y dio la corona a Cleopatra, la hermana de éste. Y enamorado de la hermosa y astuta mujer, permaneció algún tiempo en Egipto.

César salió del país de los faraones para trasladarse al Ponto y guerrear contra Farnaces, hijo de Mitrídates y rey del Bósforo, que había ocupado Armenia. Después de vencerle en las llanuras de Zela, escribió a Roma, resumiendo su campaña en las famosas y breves palabras:

—*Veni, vidi, vici.* — («Llegué, vi y vencí.»).

A su regreso a Italia, César mandó detener a Catón. El Senado se llenó de soldados y armas, aunque eran pocos los senadores que concurrían. Y como Considio, bastante anciano ya, atribuyese a ello el retraimiento, le preguntó César:

— ¿Por qué, pues, no te quedas por miedo en casa?

A lo que el anciano contestó:

—Porque en mí la vejez hace que yo no tenga miedo. Como me queda poca vida, no debo tener ya gran cuidado en conservarla.

Mientras tanto, Catón había reunido en Útica un Senado opuesto a Julio César. Pronto, con el cambio de los acontecimientos, a raíz de la batalla de Farsalia, se mostraron en su seno diversos grupos partidarios de la sumisión a César. Catón aprobó aquella opinión, si bien sin pedir nada para él, diciendo:

—Conceder la vida supone el derecho de quitarla, lo cual es un acto de tiranía, y yo no quiero nada de un tirano.

Luego disputó, con varios filósofos, sobre cuestiones retóricas y principalmente sobre la siguiente:

«Sólo los virtuosos son libres, todos los malvados son esclavos».

A continuación leyó el diálogo de Platón sobre la inmortalidad del alma; pidió una espada, y porque un siervo tardaba en traérsela, comprendiendo su intento, lo abofeteó de tal manera que se hirió en la mano.

Conversando con los filósofos les dijo que variaría de resolución cuando les dijese una sola razón para probar que no era indigno de él pedir la vida a su enemigo. Y como no la encontrasen, examinando la espada, exclamó:

—Ahora me siento dueño de mí mismo.

Por aquellos días llegó César a Africa para combatir a los pompeyanos, que se habían rehecho. Enterado Catón de la llegada de su enemigo, después de dormir tranquilo, se suicidó.

El vencedor de Farsalia pasó luego a España, donde batió a los hijos de Pompeyo en la batalla de Munda. En los mencionados lugares existe una gruta a la que se llama, todavía, «Cueva de Pompeya», por suponerse que allí permanecieron ocultos durante algún tiempo, después de su derrota, los hijos de Pompeyo.

Durante la batalla de Munda, los republicanos, capitaneados por los hijos de Pompeyo, obtuvieron tales ventajas que César, desesperado, estuvo a punto de matarse. Pero recobrando el ánimo gritó a sus soldados:

— ¿No os avergonzáis de abandonar a vuestro general en manos de esos mozuelos?

Dicho esto, se precipitó entre sus enemigos con sus huestes enardecidas, consiguiendo la victoria.

**« ¿TÚ TAMBIÉN, HIJO MÍO? »**

*(César, al morir)*

Del entusiasmo que Julio César inspiraba a sus soldados es patente el hecho siguiente:

Un soldado recibió la intimación de rendirse, hecha por el enemigo, a lo que respondió:

— Los soldados de César suelen dar la vida a los demás y no recibirla de otros.

Y se mató.

Al volver a Roma, después de su victoriosa expedición por España, Julio César fue nombrado Dictador Perpetuo, y comenzó a plantear una serie de reformas que privaban de los antiguos privilegios a la aristocracia.

La política de atracción seguida por César, respecto a los galos, concediendo la ciudadanía a todos los que habitaban entre los Alpes y el Po e introduciendo en el número de senadores a muchos centuriones galos de su ejército, y hasta a simples soldados y libertos (principalmente de los vencedores de Farsalia), motivó una sorda oposición contra el conquistador romano. Y, así, aparecieron pasquines que proclamaban:

« César trae a los galos detrás del carro, pero es para introducirlos en el Senado; aquéllos cambian el calzón céltico por la laticlavia. Se ruega al

público que no muestre a los nuevos senadores el camino del Senado.»

Es verdad que César no estuvo exento de los grandes vicios que contaminaban entonces a la sociedad romana. Sin embargo, la sombra de tales defectos no puede oscurecer la gloria de su renombre, tan grande en las letras como en las armas, ya que manejó alternativamente la espada y la pluma, historiando él mismo las campañas de que fue caudillo.

Tan exigente era en punto a fidelidad conyugal de la esposa, que repudió a su mujer Pompeya tan sólo porque ante el concepto público podría sufrir menoscabo su honra a causa de cierta imprudencia cometida por el joven libertino Clodio Pulcro. Y aunque ella era, en realidad, inocente, el severo esposo sentenció:

—De la mujer del César, nadie debe sospechar.

Y al joven Clodio se le instruyó un famoso proceso porque, disfrazado de mujer, se introdujo en casa de César, fingiéndose una de las amigas de Pompeya que se disponían a celebrar, con ésta, los misterios de la Buena Diosa, nunca presenciados por ojos de varón.

El ingenioso y alegre Clodio Pulcro, aunque de linaje patricio, fue en política un turbulento demagogo, que suscitó graves dificultades al Triunvirato. Su nombre ha pasado a la Historia como tipo de ciudadanos revoltosos y libertinos.

Julio César tenía una gran fe en sí mismo y en sus destinos. Ya en sus mocedades, yendo a las elecciones, dijo a su madre:

—Hoy me volverás a ver o pontífice o desterrado.

Sabiendo que en su ausencia habían cercado los galos su campamento y viendo retardarse los socorros que Marco Antonio debía llevarle de Bríndisi a Durazzo, se vistió de esclavo, entró en un barco, como pescador, y atravesó el mar. Durante la travesía estalló fuerte tormenta, a tal punto que los barqueros desconfiaban de sostenerse en el mar. Fue entonces cuando descubriéndose César al piloto, pronunció las palabras que anteriormente citamos en latín:

— ¿Qué temes? ¡César y su suerte van contigo!

Al encontrar cierto día, en un templo, la espada que se le había caído peleando con los secuanos, recomendó, sonriéndose:

—Dejadla, es sagrada.

Se cuenta también de César, que el pasar por un lugarcillo de los Alpes



dijo a los que le acompañaban, y hacían consideraciones sobre la mísera condición de los moradores de la modesta aldea:

—Pues, yo, más quisiera ser ahí el primero que no el segundo en Roma.

Dos días después cruzaba el Rubicón.

El gran poder adquirido por Julio César dio motivo a la conjuración que acabó con su vida. Por los idus de marzo, hallándose en el Senado, al pie de la estatua de Pompeyo, se le acercó uno de los conjurados solicitando levantase el destierro que pesaba sobre sus hermanos. Y en tanto separaba al importuno, recibió de Casca el primer golpe.

César trató de defenderse y pudo sujetar el brazo al primero que le agredió, censurándole:

— ¿Qué haces, infame Casca?

Pero cuando vio a su hijo adoptivo Bruto, entre los que le acometían con el puñal en alto, exclamó tristemente:

—*Tu cuoque, fili!* — (« ¡Tú también, hijo mío!»).

Y, cubriéndose el rostro con la toga, se dejó matar. ¡Le dieron veintitrés puñaladas!

Al levantar Bruto el ensangrentado puñal, después de asesinar a César, exclamó:

— ¡Se acabaron los tiranos! Ya tienes, ¡oh Cicerón!, vengada a la República.

Más tarde se mostraba disgustado, diciendo:

—Está derribado el árbol, pero subsisten las raíces.

Y después de ser derrotado en la batalla de Filipos, por no caer en manos de los triunviros Octavio y Marco Antonio, que vengaban la muerte de César, dijo al suicidarse:

— ¡Libertad, nombre vano, engañosa palabra; esclavo del Destino, be creído en ti!

Después del asesinato de César se vio, en el horizonte de Roma, por espacio de siete noches, un cometa de larga y brillante cola. Y la superstición vulgar supuso que aquel astro «cabelludo» era Julio César, elevado ya a la categoría de dios.

### III.

## De Cleopatra a la ruina del Imperio de Occidente.

«TAN CIERTO COMO QUE ESPERO DAR LEYES...»

(*Cleopatra*)

A su llegada a Egipto, César no tenía ninguna prevención ni en favor ni en contra de Cleopatra o de su hermano el rey Ptolomeo. No conocía ni a uno ni a otro, y las referencias que de ambos tenía eran muy vagas.

Y si parecía simpatizar algo más con el bando de Cleopatra era por su profunda aversión a los próceres del partido del rey, el eunuco Potino y el infame Teódoto, enemigos declarados de Roma.

Con el fin de atraerse a los adictos a Cleopatra, César pensó celebrar una entrevista secreta con la reina. Y dispuso que se lo comunicaran a ella. Cleopatra se decidió a correr todos los peligros para llevarla a efecto.

Y una noche salieron de una pequeña playa cercana a Pelusio la reina Cleopatra y su hombre más fiel, Apolodoro de Sicilia, en una embarcación de pesca.

Lograron atravesar, sin ser descubiertos, la boca del gran puerto y atracaron, protegidos por la noche, en el desembarcadero del palacio. Allí, con gran sigilo, se metió Cleopatra en un gran saco de estameña. El bueno de Apolodoro se cargó sobre sus fornidas espaldas la carga maravillosa. Y emprendió la marcha.

No llamaron la atención ni a los centinelas romanos, ni a los espías de Potino. Penetraron en el palacio y preguntaron por César. La combinación resultaba perfecta. Fueron acompañados ante el *Imperator*.

Al ver llegar el emisario se levantó César de su sitial de marfil. Apolodoro depositó en el suelo su dulce y leve carga. Algo se movía dentro, algo piaba o reía, como un ave prisionera.

— ¿Qué traes ahí? —preguntó César, bastante intrigado.

Y ante los ojos maravillados del romano surgió la juvenil princesa, cual una nueva Afrodita, pero surgiendo, en esta ocasión, no de las azules ondas del mar, sino de un saco de estameña.

Una hermosa perla que Cleopatra llevaba en el valle delicado de su seno «brillaba como la estrella del alba».

La graciosa travesura de Cleopatra, su belleza y su atracción invencible, la donosura de sus palabras, el centelleo de su ingenio, los mil recursos de su perfecto arte de seducción (el más perfecto que jamás se haya visto), rindieron al punto el ánimo del victorioso *Imperator*.

El dios Cupido revoloteó también entre las altas columnas aquella noche. Mas pronto se arrancó la venda de los ojos y sus saetas fueron, cosa singular, certeras.

Cleopatra, ataviada con toda la pompa oriental, lucía en su diadema piedras preciosas traídas de las tierras más remotas. A través de su túnica, casi transparente, resplandecía su cuerpo como el de una diosa...

Y aquella noche fue para César una noche de amor como no ha existido otra.

Por primera vez en su vida sacrificó, el conquistador romano, sus conveniencias políticas a los atractivos de una mujer. Y por gozar del amor de la hermosa reina, César se olvidó de todo...

Después de caer César asesinado, Marco Antonio eligió el Oriente para vivir en Egipto, al lado de la bella Cleopatra.

Y es fama que la ambiciosa reina egipcia, para deslumbrarle con su fastuosidad y opulencia al mismo tiempo que con su espléndida hermosura, dio en su honor un festín, celebrado en Tarsis, donde Cleopatra se bebió, disolviéndola en vinagre, una magnífica perla estimada en más de un millón.

Marco Antonio, como antes César, cayó vencido bajo los hechizos de la fascinante Cleopatra. Refiérase que fue poco después cuando ella acostumbraba jurar con la siguiente fórmula:

—Tan cierto como que espero dar leyes en el Capitolio. Muchos son los detalles que se cuentan del buen humor y el ingenio de Cleopatra, y de la manea jovial y placentera, del paraíso de amor que vivían los dos amantes.

Un día salieron a pescar y Antonio estaba disgustado porque no lograba atravesar ningún pez y Cleopatra tenía que presenciar su poca habilidad. Entonces mandó secretamente a unos pescadores que se sumergiesen en el agua cada vez que lanzaba la caña y le engancharan un

pez de los que ya tenían preparados para simular capturas.

Cleopatra se dio cuenta del ardid, si bien fingió entusiasmarse de las «proezas» piscatorias de Antonio y propuso que sus amigos vinieran otro día a presenciar tan abundante pesca.

Así fue. Y la primera vez que Antonio lanzó el aparejo al agua, ordenó la reina a uno de sus criados que, nadando, colocara en el anzuelo un arenque salado del Ponto.

Creyendo Antonio que había picado algún pez, tiró, siendo notorio el chasco. Entonces le dijo Cleopatra:

—*Imperator*, déjanos la caña a nosotros, que somos reyes de Fatos y de Canobos. Tú has nacido para «pescar» ciudades, reinos y continentes.

No duró mucho la felicidad de los dos amantes. La rivalidad planteada entre Octavio y Antonio terminó en la batalla naval de Accio, ganada por Octavio, quien luego conquistó Egipto, suicidándose Antonio.

Se cuenta que, Cleopatra, al ver que no podía seducir al frío Octavio con su fascinadora belleza, como había hecho con César y con Antonio, se suicidó también.

«Cuando Octavio fue a verla —dice Bertolini— la halló rodeada de los recuerdos de César: esperaba sin duda, conmoverle con tales sensibilidades y desarmarle con la fascinación de su palabra y de su belleza, todavía notable a pesar de sus cuarenta años.»

La tradición supone que Cleopatra se suicidó con la picadura de un áspid que un criado le proporcionó oculto en un cesto de higos. Sin embargo, el egiptólogo Larrey asegura que se suicidó con óxido de carbono, esto es, asfixiándose con las emanaciones de un brasero de carbón, en compañía de sus dos doncellas, Iras y Carmión.

**«SI HE EJECUTADO BIEN LA COMEDIA, APLAUDIDME»**

*(Octavio)*

Un ingenioso escritor francés, refiriéndose a la influencia ejercida en los destinos de Roma por la hermosa y astuta Cleopatra, comentó:

—Si la nariz de Cleopatra hubiera sido un centímetro más larga, la historia del mundo sería muy distinta.

Con la frialdad de Octavio, sin embargo, nada pudo la fascinadora belleza de la reina de Egipto. Y la verdad es que de haberse dejado seducir por ella, como antes hiciera con Pompeyo, César y Marco Antonio, otra habría sido ciertamente la historia del mundo.

El maquiavélico, ambicioso y calculador Octavio, al volver a Roma después de conquistar Egipto, recibió del Senado y del pueblo el título de «Emperador», que significaba general o caudillo del ejército; el de «César» en recuerdo del gran hombre que había sido el verdadero fundador del Imperio; y el de «Augusto», que tenía carácter sagrado, pues hasta aquellas fechas sólo se había dado a los dioses.

La paz «octaviana» duró casi todo su reinado, si bien sostuvo varias guerras. Las menos afortunadas fueron contra los germanos, pues las legiones que, al mando de Varo, habían ido contra ellos, quedaron exterminadas por Herman o Arminio en los desfiladeros de Teutoburgo.

La noticia de dicha catástrofe causó tal dolor en Roma, que Augusto no cesaba de exclamar entre sollozos:

— ¡Varo! ¡Varo, retórneme mis legiones!

Dice Suetonio que Augusto, afectando sencillez de costumbres, tomaba parte, algunas veces, en los juegos de los niños. Fedro también parece aludir a ello en una de sus fábulas, que lleva por título *Aesopus ludens*.

En uno de los aludidos juegos y bromas, cierto día preguntó Cesar Augusto a un mozo extranjero, que se le parecía mucho en el rostro, si acaso su madre había estado, en alguna ocasión, en Roma. Y el forastero, advirtiendo la malicia de la pregunta, respondió:

—No, señor; pero mi padre sí, muchas veces.

El gobierno de Augusto constituyó un continuo ejercicio de suma habilidad política. Cuando cayó asesinado Julio César, Octavio, después de declararse heredero del muerto, ante la sorpresa de todos, se dirigió a Roma.

De todas partes acudieron a unírsele los amigos de César; únicamente Antonio se mantuvo quieto. Y Octavio, en vez de mostrarse ofendido por ello, le dijo:

—A mí me toca, como joven y particular, ir a saludar a Antonio, respetable por su edad y por sus cargos.

Más tarde, intentando acallar el creciente descontento de sus soldados distribuyó, entre las tropas, collares, brazaletes y coronas de oro. Pero un

tribuno le reprendió diciendo:

—Vale más que guardes esos juguetes para tus niños.

Octavio acometió reformas importantes y embelleció a Roma, dotándola de grandiosos monumentos; por lo cual decía, con legítimo orgullo:

—Ved esa Roma; la recibí de ladrillo y la dejaré de mármol.

Describe César Cantú que en tiempo de Augusto tenía Roma cerca de millón y medio de habitantes, y se llenó de magníficas viviendas, guardadas siempre por fieles perros; por lo cual ostentaban generalmente sobre la puerta el aviso: *Cave canem* («¡Cuidado con el perro!»).

César Augusto vivía con gran sencillez, vistiendo modestamente y llegando al extremo de admitir convites de los más oscuros particulares. Uno le ofreció comida tan mezquina, que Augusto le dijo, sonriéndose:

—No creía que fuésemos tan íntimos amigos.

Su entenada Tiberio, que luego le sucedió en el trono, refería a Augusto todos los dichos y quejas del pueblo, a lo que solía responder el emperador:

—Dejémosle decir, a condición de que nos deje actuar.

En algunas ocasiones sabía hacer honor a la amistad. Un soldado le pidió un día que le patrocinara en una causa, a lo que respondió Augusto con evasivas e inhibiéndose por sus muchas ocupaciones.

—Ya te mandaré otro abogado en mi lugar —le dijo.

A lo que el soldado repuso:

—Cuando tuviste necesidad de mi brazo, ¿te mandé yo en mi lugar un sustituto?

Y César Augusto, ante tales razones, le defendió en persona. También, lo mismo que su antecesor Julio César, tenía una gran fe en sí mismo. En vísperas de la batalla de Accio, contra las huestes de Antonio y Cleopatra, los veteranos no cesaban de recomendarle:

—No pongas, Octavio, tu confianza en tablas agitadas por las olas. Deja para los egipcios y los fenicios los combates del mar, pues nosotros estamos acostumbrados a vencer en tierra y a morir sin volver atrás los ojos.

Sin embargo, Octavio decidió dar la batalla naval en la que obtuvo un señalado y definitivo triunfo sobre Antonio.

César Augusto no fue feliz en su vida privada. Aunque se esmeró en

educar a su hija en el amor al bien y a las letras, sufrió gran desconsuelo al enterarse de su disolución y mala vida, a tal extremo que ordenó su destierro, y en el testamento mandó que no fuera depositada en el sepulcro de los Cesares.

Frecuentemente se lamentaba:

— ¡Ojalá hubiera yo vivido sin esposa o llegado a morir sin haber tenido hijos!

Por no ser menos que otros romanos, tuvo en varias ocasiones devaneos amorosos a espaldas de su esposa Livia, mujer de genio fuerte. Y se cuenta que un día Augusto se hallaba en palacio esperando a una hermosa dama, cuando vio salir de la litera en que ella había de llegar, a un hombre con la espada desenvainada. Era el filósofo Atenodoro, el cual, queriéndole dar una lección, le dijo:

—Ved, señor, a lo que os exponéis. ¿No teméis que un republicano o un esposo ofendido se valga de semejante medio para arrancaros la vida?

Parece ser que el argumento, con ser tan convincente, no tuvo mucho éxito, puesto que Augusto continuó corriendo aventuras galantes.

Otras veces, en cambio, agradecía los consejos. Durante una revista, dirigió a un caballero cargos terribles, pero que eran infundados.

—César —le dijo el personaje—, cuando queráis tener informes exactos acerca de personas honradas, pedidlos a hombres que lo sean.

En tal ocasión, Augusto siguió el consejo que le daban.

A menudo solía tener rasgos ingeniosos. Al propio emperador le fue denunciado un día cierto Emilio Eliarto, por haber proferido palabras injuriosas en contra suya.

—Le probaré yo —dijo Augusto— que también tengo lengua para hablar de él dos veces peor.

Debe reconocerse que mucha de la gloria que César Augusto alcanzó corresponde en justicia a su consejero Mecenas, gran protector de las artes y de las letras, que reunió en torno del emperador a todos los escritores más ilustres de la época, designada por ese motivo con el nombre de «Siglo de Oro» de la literatura latina.

Del comedimiento de Mecenas en su ambición, se refiere el hecho de que con frecuencia acostumbrara decir:

—Hacedme cojo, manco, jorobado, arrancadme los dientes, con tal

que me conservéis la vida; lo que queráis, crucificadme, pero que viva.

Augusto dispuso del Imperio como de cosa propia. Lo curioso del caso es que se presentaba, de tiempo en tiempo, en el Senado ofreciendo la renuncia de sus poderes. Es por esto que su vida resultó una verdadera representación teatral, llena de estudiados trucos.

Y se cuenta que al sentirse morir, después de cuarenta y cuatro años de gobierno, pidió un espejo, se vistió de gala y, dirigiéndose a sus amigos, les pidió:

—Si he ejecutado bien la comedia, aplaudidme.

**« ¡QUÉ GRAN ARTISTA PIERDE EL MUNDO! »**

*(Nerón)*

Tanto amaba Agripina a Nerón que habiendo predicho los astrólogos que su hijo reinaría, pero que sería a costa de su madre, contestó decidida:

—Máteme, con tal que él reine.

Y así sucedió.

Sabido es que, educado por el filósofo español Séneca, Nerón comenzó a reinar bajo felices auspicios.

—No quisiera saber escribir —decía—, por no tener que firmar una sentencia de muerte.

Mas luego, transformado su carácter hasta convenirse en monstruo, comenzó a poner en práctica sus procedimientos drásticos. Ordenó ahogar a su propia madre, que se salvó a nado, mas una vez ella estuvo en la orilla la hizo acuchillar por unos esbirros a sueldo. Después de procesar a su esposa Octavia, la mandó matar bajo la falsa acusación de infidelidad. Dio a Otón, su mejor amigo, un destierro en Lusitania, para quedarse con su mujer (la célebre Popea), a la que luego mató de un puntapié en el vientre estando embarazada.

Además, en la lista de sus víctimas, se registra: envenenó a Británico; dio a su maestro Séneca la orden de abrirse las venas; y ordenó lo mismo a su amigo el poeta Lucano, por envidia de sus versos en «La Farsalia».

Otro de los grandes amigos de Nerón, el satírico Petronio, el *árbiter elegantiarum* de Roma, antes de que el César le enviara (como hizo con



Séneca y con Lucano) una «cariñosa invitación» dándole a elegir el género de muerte que fuera de su agrado, se envenenó en un festín, juntamente con su fiel favorita. La muerte de Petronio inspiró al novelista polaco Sienkiewicz la popularísima obra «*Quo vadis?*».

*Humanum est errare.* («Equivocarse es propio de los humanos»), había escrito Séneca en sus «*Quaestiones Naturales*» (libro IV, 2). El cardenal De Polignac escribió luego: *Errare humanum est.*

Sí, Séneca se equivocó y fue condenado a muerte por su discípulo Nerón. La esposa del filósofo, Paulina, manifestó deseos de morir con su marido, a lo que él se opuso, diciéndole:

—Yo, que te he enseñado el modo de vivir, no te envidiaré el honor de morir. Si tu conciencia es igual a la mía, será siempre más gloriosa.

Acto seguido se hizo abrir las venas mientras continuaba dictando a sus «escribientes». Mas observando que tardaba en llegar la muerte se metió en un baño de agua caliente y, rociando con agua a los siervos que le rodeaban, les dijo, sonriendo:

—Hago estas aspersiones en honor de Júpiter libertador.

Suetonio dice, aunque otros lo niegan, que Nerón, por el gusto de contemplar un remedo del incendio de Troya (tan admirablemente descrito en la «Eneida») mandó prender fuego a un barrio de Roma, mientras él cantaba al son de su lira los versos de Virgilio.

Ocurrió la trágica efemérides en la noche del 18 al 19 de julio del año 64. Y, aunque Tácito escribe que Nerón se hallaba fuera de Roma al estallar el incendio, y que al volver recorrió los sitios del siniestro distribuyendo socorros, la voz pública afirmaba lo que Suetonio refiere y la tradición ha mantenido.

Otros suponen que la idea del incendio no fue de Nerón, sino de su favorito el infante Tijelino, Jefe del Pretorio y hombre que, con tal de halagar a Nerón, cuyos deseos conocía, no reparaba en los medios.

Recientemente, sin embargo, un distinguido escritor italiano, Lanciani, ha pretendido probar que el incendio de Roma obedeció al propósito imperial de destruir los barrios más antiguos de la ciudad, para abrir calles más anchas y levantar hermosos edificios; habiendo tenido que recurrir a este medio, por los invencibles obstáculos que a tal reforma oponían los propietarios de las fincas...

Sea como fuere, el hecho es que Nerón, queriendo apartar de sí la

indignación que el incendio produjo, culpó del siniestro a los cristianos, que vivían, entonces, en las catacumbas. La acusación calumniosa motivó la primera y feroz persecución contra los cristianos, en la que recibieron el martirio (San) Pedro y (San) Pablo.

Y escribe Tácito:

«Se añadió a los tormentos de los cristianos el vituperio de vestirlos con pellejos de fieras y hacerlos despedazar por los perros, o ponerlos en cruces; y en acabándose el día, les pegaban fuego para que sirvieran de luz a la noche, para cuyo espectáculo ofreció Nerón los jardines de su palacios.

Para acabar con los despotismos y crueldades de la «fiera coronada», se insurreccionaron las legiones de España. Y Galba, que era su general, marchó triunfante sobre Roma. Antes de que llegara, huyó Nerón a una posesión que tenía en el campo, donde se hizo matar por su fiel esclavo, que le acompañaba.

Y se cuenta que, al tiempo de morir, exclamó:

— ¡Qué gran artista pierde el mundo! —(o, según otros: ¡Qué gran artista muere en mí!).

**«HE PERDIDO EL DÍA.**

*(Tito)*

Muerto Nerón, tras el brevísimo reinado de Galba y de Otón, el cetro imperial pasó a manos del general Vitelio, hombre cruel y vicioso, que siempre vivió embrutecido por la gula...

El ejército y el pueblo se alzaron, a poco, contra él. Hecho prisionero por las turbas, le pasearon por las calles de Roma con el traje desgarrado, una cuerda al cuello y con los brazos atados a la espalda, entre gritos y denuestos del populacho, que dos días antes le adoraba.

A la infinidad de insultos que le dirigía la plebe, el César les daba esta única respuesta:

—Pues a pesar de todo, he sido vuestro emperador.

Vitelio fue degollado en la calle, y recogió la púrpura imperial Vespasiano, a quien sucedió su hijo Tito, llamado, por la bondad de su carácter, «Amor y delicias del género humano».

Tito tomó por asalto y destruyó Jerusalén. Su gobierno, como el de su padre, forma bello contraste con los reinados anteriores, por la moderación y rectitud que caracterizaban al nuevo César, a quien debe Roma grandiosos monumentos.

Entre ellos el arco triunfal de Tito y el «Coliseo» o *Colosseo*, cantado por el poeta español Marcial como la mayor maravilla del mundo.

Queremos remedar que para poder realizar dichas obras tuvo Vespasiano que establecer nuevos impuestos, entre ellos el llamado «del orín», consistente en las multas que pagaban los que hiciesen aguas en la vía pública.

A este propósito refiere Suetonio que, como Tito reconviniere a su padre porque no reparaba en los medios de sacar dinero, aquél aproximó a la nariz de su hijo las primeras monedas procedentes de las multas y le preguntó:

— ¿Conoces su origen por el olor?

Tito vivió moderadamente, y su carácter bondadoso queda reflejado en la siguiente anécdota: Al acordarse una noche de que en toda la jornada no había dispensado ningún beneficio, exclamó contrariado:

—He perdido el día.

Durante el reinado de Tito ocurrió la espantosa erupción del Vesubio, que sepultó entre sus cenizas las ciudades de Herculano y Pompeya.

Víctima de la catástrofe resultó Plinio *el Naturalista*, que era entonces prefecto de la flota del Miseno. Y hallándose frente al Vesubio, cuando estalló la erupción, desembarcó, confiado, en Stabia para estudiar de cerca el fenómeno y a la vez ayudar a los más necesitados. Y, cuando trató de volver a bordo, porque ya la atmósfera se hacía asfixiante en aquellos lugares, no tuvo tiempo de llegar al barco y pereció en la playa.

Su sobrino e hijo adoptivo, Plinio *el Joven*, que presenció le terrible erupción, nos ha dejado una magnífica descripción del siniestro en la decimosexta de sus celebradas «Epístolas». Y por la fecha de dicha carta (que es *Nomun Kalend. Sept.*) se he sabido que la catástrofe ocurrió el 24 de agosto del año 79 de nuestra Era.

En el año 1755 comenzó la exhumación de Pompeya y Herculano. Y al quedar desenterradas ambas ciudades, han ofrecido a la Historia el sorprendente espectáculo de la sociedad romana tal como vivía en el siglo II de nuestra Era.

Tito adoptó muchas medidas de gobierno. Entre ellas figura la abolición de la ley de felonía, por no querer que en lo sucesivo se castigase a ninguno por hablar mal de él o de sus predecesores

El buen emperador, decía:

—O murmura de mí injustamente, y le compadezco, o murmura con razón, y sería una injusticia castigar la verdad. Y luego añadía:

—En cuanto a mis antecesores, si ahora son dioses pueden castigar los ultrajes sin mi auxilio, cuando lo crean conveniente. El emperador Tito, a pesar de casi no tener enemigos, murió envenenado el año 81 de nuestra Era. La voz pública acusó a Domiciano de haber dado muerte a su hermano. Otros, en cambio —Plutarco y Suetonio entre ellos— rechazan esta acusación, diciendo, el primero, que la muerte de Tito fue debida a un baño imprudente.

Domiciano empuñó luego el cetro, convirtiéndose en el látigo de Roma. Mas una conjuración palaciega, tramada por la propia esposa del emperador, Flavia Domitila, que iba a ser enviada al suplicio por ser cristiana, dio por resultado la muerte del sanguinario déspota al que algunos autores —Juvenal, Tácito, etc.— nos lo pintan como un monstruo de crueldad.

Le sucedió el anciano Nerva, el cual asoció al Imperio al general español Trajano, el cual, al morir Nerva, quedó como único emperador.

Se cuenta que, al tomar posesión de su alto cargo, entregó la espada al jefe del Pretorio, Sburano, diciéndole:

—Defendedme con ella si gobierno bien; pero volvedla contra mí, si gobierno mal.

También mandó que a las preces anuales hechas en los templos por la continuación de su reinado, se agregara la fórmula: «Mientras la merezca».

Digna de Trajano se mostró su esposa, la gaditana Pompea Plotina, quien, al entrar en el palacio imperial por primera vez, se volvió al pueblo para agradecer las aclamaciones y decirle:

—Quiero salir de aquí como entro.

Trajano embelleció Roma con un nuevo Foro, en el que levantó la famosa columna que conserva su nombre. La columna, cuyos bajorrelieves representaban episodios de la guerra dacica, que han permitido conocer el traje y el ornamento de los soldados romanos, estaba coronada por la estatua de Trajano que fue destruida en la Edad Media, siendo sustituida en tiempo

de Sixto IV por la de San Pedro.

También el emperador español llevó a cabo grandes obras de utilidad pública en casi todas las provincias, y muy especialmente en España. Dictó muchas medidas encaminadas al mejoramiento social.

Es curioso observar que para poner a Roma al abrigo de una crisis alimenticia, Trajano organizó como industria la «panadería», que hasta entonces había sido una faena doméstica, hecha por las mujeres, en hornos particulares de tierra o adobe.

Asimismo se debe al César una institución benéfica titulada «Los niños alimentados», porque consistía en sustentar por cuenta del Estado a los niños pobres de Roma y algunas otras ciudades.-

Admirado Trajano, en el domicilio de Valerio Omulo, ciertas columnas de pórfido, le preguntó, curioso:

— ¿De dónde proceden?

A lo que Valerio contestó:

—Es menester no tener ojos ni oídos en la casa ajena.

Y el prudente emperador consideró acertada la contestación.

## «CON ESTE SIGNO VENCERÁS»

*(Constantino)*

Para asegurarse en el trono, el africano Septimio Severo buscó el apoyo del ejército, prescindió del Senado, y se asesoró de algunos eminentes jurisconsultos, entre ellos Papiniano y Ulpiano.

Su máxima favorita, que dio por consejo a sus hijos, era:

—Enriqueced al soldado y no hagáis caso de lo demás. Sintiéndose morir el emperador, exclamó:

—Lo fui todo, y el todo es nada.

A continuación pidió la urna preparada para recibir sus cenizas y, al contemplarla, añadió:

—Tú encerrarás a aquel para quien la tierra fue pequeña.

Después hubo una larga serie de oscuros y protervos césares, que no merecen fatigar a la Historia. En los cuales figura el tristemente célebre

Heliogábalo, a quien se cita como prototipo de glotonería; si bien no era la cantidad, sino el refinamiento, lo que caracterizaba sus festines.

Refiriéndose a Heliogábalo, escribe Lampridio:

«Comía lenguas de pavos reales y de ruiseñores, guisantes mezclados con granos de oro, lentejas con piedras recubiertas de una substancia alterada por el rayo, habas guisadas con pedazos de ámbar y arroz mezclado con perlas; y se bañaba en albercas rociadas de los bálsamos más exquisitos...»

Heliogábalo trajo a Roma el lujo y la afeminación de Oriente: nombró un Senado de mujeres, presidido por su madre Soemía, mujer liviana que al frente de la Asamblea legislaba sobre la moda, la etiqueta, los espectáculos y las costumbres públicas.

El emperador vestía frecuentemente de mujer. Pues así como Calígula y Nerón tuvieron la «demencia» de la crueldad, Heliogábalo padeció la locura del vicio, denominándosele «el Sardanápalo romano».

Recorría a menudo las calles de Roma en una carroza tirada por mujeres completamente desnudas. Y él mismo quiso ser tenido por mujer, pues mandó que se le llamase Basiana en vez de Basiano, que era su nombre.

Anteriormente dijo el poeta Juvenal:

«El mundo, conquistado por nosotros, se ha vengado de nuestra victoria dándonos todos los vicios».

Y Castelar comentaba, siglos después:

—Nabucodonosor y Baltasar, dioses y bestias a un mismo tiempo, roncaban borrachos, ahitos, exhaustos, bajo el solio de los césares.

Verdaderamente, el mundo antiguo hubiera muerto gangrenado — como escribe Bossuet— «si la sal del Evangelio no hubiera cortado la corrupción, y los bárbaros no hubieran operado la transfusión de su sangre joven y pura en las venas de la decrepita y corrompida sociedad romana».

A Heliogábalo le sucedió, el año 222, su primo Alexiano, que contaba trece años, y quedó proclamado emperador con el nombre de Alejandro Severo.

Dicho César resultó de conducta opuesta al anterior. De carácter modesto, afable y benévolo, enemigo de la lisonja, amó la virtud, la instrucción, el trabajo. Se levantaba con el alba. Y después de cumplir sus

devociones en la capilla doméstica, se dedicaba el despacho de los negocios públicos.

Con los mejores deseos se propuso contener la decadencia del Imperio, mostrándose influido por el espíritu cristiano.

Alejandro Severo daba audiencia a sus súbditos en determinadas horas, y un heraldo repetía le fórmula de los misterios eleusinos:

—No entre aquí el que no tenga el alma pura e inocente.

Hizo grabar en su palacio y en todos los edificios públicos la máxima cristiana, que compendia toda la moral:

«No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti».

En cierta ocasión, sucedió en Antioquía que al ser castigados varios soldados (que habían sido sorprendidos en el baño de las mujeres) sus compañeros provocaron grandes protestas y un tumulto. Entonces Severo subió al tribunal e hizo presente la necesidad de castigar los abusos y conservar la disciplina, única salvaguarda del Imperio.

Gritos sediciosos y amenazas le interrumpieron; pero el emperador les increpó así:

—Guardad esas voces para cuando os encontréis al frente del enemigo. En presencia de vuestro emperador, de quien recibís trigo, vestidos y dinero, callad u os llamaré ciudadanos, no soldados.

Y observando que la legión seguía alborotada, agregó:

—Podéis privarme de la vida, mas no infundirme miedo; y la justicia vengará mi asesinato.

En el año 284 subió al trono Diocleciano, que se propuso dar mayor fuerza y prestigio a la dignidad imperial, y dividir el poder sin quebrantar la unidad.

Para conseguir lo primero, dio a su corte la apariencia deslumbradora de las monarquías orientales, exigiendo para su persona el tratamiento de «Majestad», y creando los títulos de «Duques» y «Condes» para los altos dignatarios del Imperio.

Diocleciano descendía de una humilde familia de Dalmacia. Habiéndose divulgado cierto rumor que le suponía cómplice en la muerte de Numeriano, hijo de Caro, juró que era inocente. Y mandando en seguida comparecer ante él a Aper, suegro del muerto, dijo:

—Ved ahí al asesino del emperador.

Y le hundió la espada en el pecho.

Quiso probar con ello su inocencia ante el ejército, el cual se mostró satisfecho y le proclamó emperador. También quiso cumplir la predicción que le había hecho una sacerdotisa druida, anunciándole que sería emperador cuando matase un *aper*; voz latina que significa «jabalí».

Por eso Diocleciano perseguía siempre en la caza a los citados animales. Y al herir en la ocasión explicada a su émulo, exclamó gozoso:

—Al fin he muerto al *aper* fatal.

Apenas Diocleciano hubo consolidado su autoridad en Roma, compartió el mando con Maximiano, tomando ambos el nombre de «Augustos», y eligiendo otros dos auxiliares subalternos con el nombre de «Césares». El gobierno simultáneo de estos «cuatro emperadores» se conoce en la Historia con el nombre de «Tetrarquía», y produjo excelentes resultados.

Pero si Diocleciano merece por todas las medidas citadas el concepto de buen gobernante, en cambio ha dejado una memoria execrable por haber ordenado, a excitación del César Galerio, la más temible y sangrienta persecución contra los cristianos, que se llama «Era de los mártires» por el gran número de víctimas que causó.

Y un día, no sintiéndose Diocleciano con el vigor de antes para continuar gobernando el Imperio, resolvió abdicar, no por filosofía, como los Antoninos, ni por cansancio en las adversidades, como Carlos V, «sino por sentimiento del bien público».

Su abdicación resultó muy solemne. En una llanura inmediata a Nicomedia, y sentado en un elevado trono, el emperador declaró su intención al pueblo y a los soldados, nombrando césares a Maximino Daia y a Severo.

En el mismo día abdicó Maximiano en Milán, para cumplir el juramento que había hecho a su colega.

Diocleciano se retiró a su pueblo natal, Salona, capital de la Dalmacia, hoy provincia de Austria. Y allí sobrevivió nueve años en condición privada, respetado y consultado por los príncipes a quienes había cedido el Imperio. Su principal distracción eran las faenas agrícolas. Frecuentemente, decía:

—Ahora vivo, ahora veo la belleza del sol.

Y cuando Maximiano, que se había retirado a la Lucania, le instaba a



recobrar el gobierno, en vista del estado anárquico en que se hallaba el Imperio, le respondía:

—No me lo aconsejarías si vieras qué hermosas coles he plantado por mis manos en Salona.

Meditando sobre los peligros del gobernante, el propio Diocleciano comentaba a menudo:

— ¡Cuán frecuentemente se ponen de acuerdo dos ministros, o tres, para engañar al príncipe, al cual, separado como está del resto de los hombres, rara vez o nunca llega la verdad! No viendo ni oyendo sino con los ojos y los oídos de los demás, confiere los empleos a malvados o ineptos, olvida a los que son dignos, y, aunque sabio, es víctima de la corrupción de sus cortesanos.

Sin embargo, las turbulencias que sobrevinieron en el Imperio, las desventuras de su mujer y de su hija y algunos ultrajes que recibió de sus sucesores turbaron tanto su soledad, que (al parecer) se suicidó cuando iba a cumplir los ochenta años.

Nada más soltar las riendas del Imperio aquella mano robusta, las discordias, hasta entonces reprimidas, volvieron a agitarlo durante dieciocho años, disputándose el poder varios contendientes.

De los nuevos Augustos, Constancio (llamado también Cloro a causa de su color) y Galerio, el primero y más antiguo administró la Galia, España y la Bretaña con generosa y modesta conducta.

—Más bien querría que fuesen ricos los súbditos que el Estado —solía reflexionar.

Cuenta Eusebio en su «Vida de Constantino» que habiendo enviado Diocleciano mensajeros a reprender a Constancia porque no había dinero en el Tesoro, rogó éste a los diputados:

—Volved dentro de unos días por la respuesta.

Y poco después informó a los principales de sus provincias que necesitaba dinero, y éstos se lo trajeron a porfía. Mostrando entonces a los legados los tesoros recibidos, les suplicó:

—Referid a Diocleciano lo que habéis visto. Soy el más rico de los cuatro césares, sólo que dejo estas riquezas en depósito al pueblo.

Y, luego que partieron los mensajeros, devolvió el dinero a sus dueños.

Constancio tomó por esposa a Elena, mujer obscura —que luego sería elevada a los altares (Santa Elena) —, de quien tuvo un hijo al que llamó Constantino.

Enviado el muchacho a la corte de Diocleciano, éste lo hizo educar, seducido por las raras cualidades del joven, el cual, de excelente presencia, generoso y afable, moderaba el ardor juvenil con la varonil prudencia, y se hacía amar del pueblo y de los soldados.

Muerto y deificado Constancio, fue proclamado emperador su hijo Constantino, convertido por su madre a la religión cristiana.

En Italia, sin embargo, Majencio, hijo de Maximiano y yerno del cruel Galerio, se hizo proclamar Augusto. Con sus insensatas prodigalidades y caprichos arruinaba a Roma y a la península; exigía con frecuencia a los senadores donativos libres; y por la más mínima sospecha desahogaba su rencor contra sus rivales, al mismo tiempo que con la seducción y la violencia deshonoraba a sus esposas e hijas.

Se cuenta que obligó al gobernador de Roma a cederle su esposa Sofrania; pero ella, cristiana y virtuosa, pidió tiempo para adornarse, y, después de haber orado, se dio muerte.

Majencio dejaba que los soldados le imitasen, saqueando, matando y entregándose a la lascivia. Algunas veces concedía como premio a uno la casa de campo, a otro la mujer de un senador, mientras que él, en su refinado palacio, sede de voluptuosidades, dedicado a las artes mágicas e indagando el porvenir en las entrañas de mujeres y niños, se alababa diciendo:

—Yo soy el único emperador; los demás sólo son lugartenientes míos.

Teniendo Constantino noticia de que Majencio reunía un fuerte ejército para despojarle del Imperio, bajo el pretexto de vengar a su padre, se le anticipó y se dirigió a Italia solicitado, por el pueblo y por el Senado, para libertar a la antigua ciudad reina del mundo.

Los dos ejércitos —el de Constantino mucho más inferior que el de Majencio— se encontraron en un lugar llamado *Saxa Rubra*, a unos nueve kilómetros de Roma. Marchaba Majencio a la cabeza de sus huestes alentado por los libros sibilinos que a sus respuestas sobre de quién sería el triunfo habían contestado ambiguamente:

«El día de la batalla perecerá el enemigo de Roma».

Iniciado el combate, Majencio no tardó en presenciar la derrota de su

ejército. Y fugitivo se precipitó desde el Puente de Milvio al Tíber.

El vencedor Constantino quedó, entonces, único dueño del Imperio.

Se cuenta que cuando Constantino luchaba contra Majencio en la batalla del Tíber, se apareció a él y a todo su ejército, sobre el sol, un resplandor en forma de cruz, y escrito en ella:

*In hoc signo vinces.* («Con ésta vencerás»).

Y que después aclaró que, según un sueño, el cielo quería que adoptase la cruz por bandera, por lo cual mandó hacer una, a la que unió el estandarte con el monograma de Cristo, substituyéndola a los dioses que se solía llevar delante de los ejércitos.

El estandarte así consagrado se llamó *lábano*, voz que antaño indicaba el estandarte imperial.

Agradecido por el triunfo obtenido, Constantino publicó el célebre Edicto de Milán, que dio la paz a la Iglesia y a los perseguidos católicos, estableciendo la libertad de cultos. He aquí algunas cláusulas del famoso documento, conservado por Eusebio de Cesares:

«Consiento que los que están imbuidos en los errores de la idolatría, gocen del mismo reposo que los fieles; que nadie inquiete a otro; que cada cual elija lo que le parezca mejor...» Desde dicho momento Constantino se declaró ya francamente protector de la Iglesia, la cual, hallándose muy perturbada por varias herejías (señaladamente la de Arrio, que negaba la divinidad del Verbo), reunió en Nicea el *primer Concilio universal o ecuménico*, donde se fijó el dogma por medio del Símbolo, y se dieron los primeros cánones para la disciplina eclesiástica.

Constantino abolió el suplicio de la cruz y dio una serie de decretos inspirados claramente en la doctrina evangélica. Y considerando luego que por haber sido Roma la capital del mundo gentilicio no podía servir de corte al Imperio cristiano, fijó la suya en la ciudad de Bizancio, que tomó por este motivo el nombre de Constantinopla.

El último acto político de Constantino fue distribuir el Imperio entre sus tres hijos —Constancio, Constantino y Constante— y dos sobrinos que pronto fueron asesinados para que no compartieran la herencia del mando.

En los últimos días de su vida fue cuando recibió el bautismo el emperador Constantino. Su carácter queda reflejado en la siguiente anécdota:

En cierta ocasión predicaba un sacerdote diciendo que Constantino,

después de haber dominado gloriosamente entre los hombres, subiría a reinar al lado del Hijo de Dios.

Le interrumpió el emperador, diciéndole:

—Deja esas indebidas lisonjas; no necesito tus elogios, sino tus oraciones.

Constantino era alto, de figura majestuosa y amable semblante. En su trato resultaba modoso e insinuante, y cultivaba con calor sus amistades; alegre algunas veces, más de lo que convenía a su dignidad, se complacía ante las gracias del bufón Samaco.

Refiriéndole un día que algunos paisanos habían apedreado sus estatuas, se pasó la mano por el cuerpo, y dijo riendo:

—No siento ninguna contusión.

Fue grande Constantino porque tuvo ánimo para atreverse a cambiar las instituciones y la religión de un país, sin atemorizarse por nada, ni por nadie. Y también fue grande porque supo resistir las insinuaciones del partido triunfante, donde siempre había algún insensato que anhelaba vengarse de una larga opresión. A los que le pedían que condenase a los gentiles o herejes, el emperador les recordaba:

—La religión quiere que se sufra la muerte por ella, pero no que se dé.

Durante las carestías, que muchas veces afligieron alguna parte del Imperio, Constantino daba generosamente, a los sacerdotes, aceite, vino, dinero, ropas y granos para que lo repartiesen a los necesitados, y principalmente a los huérfanos y a las viudas, sin distinción de creencias.

Suprimió los espías, diciendo que eran una calamidad pública, y castigando en ellos la calumnia. Repetía con frecuencia:

—Atendida la fragilidad de los hombres, debo cuidarme en el gobierno más de una suave equidad que de la rígida justicia.

En los últimos años se hizo acreedor Constantino al título que le dieron de «Fundador de la tranquilidad pública». Y diez meses después de celebrar el trigésimo año de su imperio, enfermó en Nicomedia. Al sentirse morir, dijo:

—La vida en que entro ahora es la única verdadera.

## « ¡VENCISTE, GALILEO! » (Juliano «el Apóstata»)

Constancio, uno de los hijos de Constantino, conociéndose incapaz de resistir por sí sólo todo el peso del Imperio, concedió a su primo Juliano el título de César, casándole con su hermana, Elena, y asignándole los países de la otra parte de los Alpes, mientras él se dirigía contra los persas.

Juliano supo captarse las simpatías del ejército, que le proclamó Augusto en París, la antigua *Lutetia*, por él muy amada. Y poco después, al fallecer Constancio, fue Juliano reconocido en todas partes como único emperador.

Educado en el recreo del espíritu, en las declamaciones de las escuelas y en los libros, cuando se veía, al principio de ostentar su cargo, obligado a algún ejercicio militar, exclamaba:

— ¡Platón, Platón, qué ejercicios para un filósofo!

Y cuando se afeitó la barba y dejó su manto para tomar la vestidura de César, pareció cosa extraña y risible a los cortesanos de Constancio. Pero había adquirido Juliano, en la desgracia y en los libros, virtudes entonces rarísimas, moderación, continencia, amor al trabajo y desprecio a la ostentación.

Vestía algo mejor que el soldado, dormía sobre una alfombra extendida en el suelo, y a media noche se levantaba para despachar sus asuntos o para dedicar algunos instantes a sus doctrinas.

Juliano lleva el sobrenombre de *Apóstata* o renegado, porque, habiendo sido educado en la religión cristiana, con propósito de dedicarle al sacerdocio, luego la abandonó, proponiéndose resucitar el gentilismo, por juzgar que la doctrina evangélica era la causa de la decadencia del Imperio.

Por estas causas se convirtió en perseguidor del Cristianismo, si bien no de la manera brutal y sanguinaria de los otros Césares, sino adoptando un hábil sistema, que consistía en alejar a los cristianos de la corte y de los cargos públicos, en fomentar sus discordias, y en prohibirles la enseñanza de los estudios clásicos.

El mismo empleaba sus ocios en escribir contra los cristianos. Así se comprende que después de sus victorias sobre los alemanes y los francos, pudiera decir:

—Hasta con los dedos manchados de tinta, puedo manejar bien la espada.

Juliano, de espíritu duro y burlón, tenía un odio ciego al Cristianismo. Sólo echaba mano del castigo cuando los tumultos eran promovidos por los cristianos. Y cuando éstos se disputaban entre sí ser el primero en morir, les solía perdonar diciendo:

—No quiero concederos la gloria del martirio.

En otras ocasiones, añadiendo al castigo de la muerte la ironía, exclamaba sonriendo:

—Los galileos deben estarme agradecidos, pues su estupenda ley promete a los pobres el reino de los cielos. Así podrán, gracias a mí, caminar más derechos y desahogados hacia la virtud y la salvación.

Aparte de sus persecuciones y de su odio a los cristianos, Juliano fue uno de los emperadores más ilustres que tuvo Roma y uno de los hombres más virtuosos de su tiempo. Una de sus máximas era:

«Los deberes de humanidad se extienden hasta los enemigos».

He aquí otra no menos bella, estampada en los *Tratados Morales del Apóstata*, y que revela su educación cristiana:

«La naturaleza ha hecho a todos los hombres hermanos, y en esta fraternidad es donde tiene su raíz la caridad universal. Por eso debemos amar a todos los hombres, cualesquiera que sean sus costumbres y cualesquiera que sean sus crímenes: pues el hombre subsiste en el bárbaro y en el criminal.»

Juliano tenía muchas de las cualidades que son de desear en un príncipe. Cuando estuvo en el trono no cambió de costumbres. Era sencillo en el vestido y en los placeres, y atento a las graves obligaciones de rey.

Con sus inclinaciones austeras, ¡qué entraña debió de parecerle el lujo de la corte bizantina!

En cierta ocasión en que quiso cortarse el pelo, mandó llamar al peluquero, que se presentó vestido con un magnífico traje. Un tanto molesto, Juliano le dijo:

—He pedido un barbero, no un arrendador (*rationalem*) de contribuciones.

Y luego averiguó que el barbero, además de un pingüe sueldo y de gajes considerables, recibía la «ración» de veinte esclavos y otros tantos caballos. Y que «mil cocineros», no menor número de peluqueros, mayor aún de coperos, un enjambre de sirvientes para la mesa y más eunucos que

moscas había durante el verano en un rebaño, llenaban los palacios.

Estos abusos y despilfarros hacían que el príncipe filósofo, acostumbrado a llevar un manto pobre, a dormir sobre el pavimento y a vivir en la tosca sencillez de París, supiera con gran disgusto lo relatado.

Juliano, modesto, sobrio, no se distinguía en nada del último soldado. Pero la superstición, que le había impulsado a tomar su corona, le amenazaba con quitársela. En efecto, una noche «vio» en sueños al genio del Imperio que, cubriendo de luto su cabeza y el cuerno de la abundancia, abandonaba su tienda imperial.

Aterrorizado salió Juliano al aire libre y allí se le apareció un meteoro desconocido semejante al dios Marte, encolerizado contra él, porque en un arranque de cólera había jurado no dedicarle más sacrificios. Consultados los arúspices etruscos, le aconsejaron:

—Retirad vuestro ejército y no hagáis la guerra a los persas.

Pero, ¿cómo evitarla?

Al día siguiente, empezado el ataque, mientras animado con el resultado del primer choque perseguía a los persas, éstos a mansalva arrojaron, según su costumbre, una lluvia de dardos y venablos, uno de los cuales hirió mortalmente a Juliano en el pecho.

Llevado a su tienda, murió a las pocas horas y exclamó al expirar:

— ¡Venciste, Galileo!

Dichas palabras fueron recogidas por el historiador Ammiano Marcelino, entonces centurión de las tropas imperiales y que presenció la agonía de Juliano *el Apóstata*.

**«VE, CONDE, Y MUDA LA CABEZA A ESE...»**

*(Valentiniano)*

En 364 fue Valentiniano elevado al trono imperial, a las cuarenta y tres años de edad. Mas conociendo la necesidad de que en tan vasto Imperio hubiese por lo menos dos jefes, pidió el ejército que el emperador eligiese un colega.

Un valiente oficial le recomendó:

—Si piensas en ti sólo, elige a tu hermano; si en la patria, al más

digno.

No se ofendió por esta sugerencia Valentiniano; si bien dio el título de Augusto a su hermano Valente, hombre débil, tímido, y sin mérito salvo el de amar con exceso a su hermano mayor.

Flavio Valentiniano, natural de la Panonia, estaba dotado de gran destreza, valor y varonil prestancia, cualidades convenientes a un jefe. Soldado desde sus primeros años, vigorizó su cuerpo con el ejercicio y la templanza; mas descuidó su espíritu.

Cierto día, al entrar con Juliano en un templo gentil, el sacerdote, que con unas ramas asperjeaba agua bendita, salpicó el manto de Valentiniano, el cual abofeteó, colérico, al idólatra, desgarró el manto profanado y se retiró, sin hacer caso de las órdenes del entonces emperador.

Apenas subió al trono Valentiniano, dio una muestra de su firmeza declarando a los soldados:

—Si hasta ahora ha estado en vuestras manos dejarme en la obscuridad, ahora está en las mías exigiros obediencia.

La ordinaria sentencia que pronunciaba en las acusaciones era la de «Matadlo». Y no lo hacía por propia seguridad, sino porque le habían dicho que debía ejercer la justicia; y observaba que cuanto más condenaba, más gentes le aplaudían.

Un día, deseaba un prefecto cambiar de mando, y el emperador ordenó:

—Ve, conde, y muda la cabeza a ese que quiere que se le cambie de provincia.

Porque un criado soltó demasiado pronto un perro durante una cacería, y porque un artífice construyó una hermosa coraza, aunque algún tanto falta del peso convenido, fueron condenados a muerte. Didoro empezó un proceso contra un conde que se dirigía a la corte, y el emperador le hizo matar juntamente con los empleados que de oficio le habían obedecido.

Valentiniano se deleitaba en presenciar los tormentos y las ejecuciones. Las personas más crueles en explicarlos eran para él las más queridas. Confirió a Maximino la prefectura de las Galias, porque había causado grandes daños a las familias de Roma.

Llamaba «Inocencia» y «Mica» a dos enormes osos que tenía siempre junto a su cuarto, a quienes cuidaba y acariciaba él mismo, les echaba malhechores para que los despedazasen, y cuando le pareció que



«Inocencia» había servido bastante, le devolvió la libertad de las selvas.

En cierta ocasión, irritado por los desórdenes que producían los exorbitantes impuestos, mandó al prefecto Florencio:

—Que se corte la cabeza a tres decuriones por cada ciudad de provincia.

A lo que replicó el funcionario:

—Sírvese vuestra clemencia indicar lo que debemos hacer donde no haya tres decuriones.

Ante la observación, Valentiniano revocó la terrible orden.

El proceder del colérico Valentiniano contrastaba con el del tímido Valente, que siempre miedoso multiplicaba los suplicios y dejaba a sus favoritos que se elevasen y enriqueciesen a mansalva.

Siempre los romanos habían temido y consultado a los magos y hechiceros, capaces de trastornar el orden de los elementos, inspirar amor u odio, adivinar el porvenir, consumir lentamente la vida, y suministrar venenos y mejunjes para abortar.

Por aquellas fechas la fe en los adivinos había aumentado porque, siendo electivo el imperio, nacía en muchos el deseo de ocuparlo y, por lo tanto, deseaban «interrogar» el porvenir, sobre sus esperanzas. Estas consultas a los adivinos motivaron que los dos hermanos —Valentiniano y Valente— promulgaran severas leyes contra la magia.

No obstante, en Antioquía, dos adivinos habían echado suertes para saber quién sucedería en el Imperio. Formaron, con ramas de laurel, un trípode a imitación del de Delfos, y después de haberlo consagrado por medio de encantamientos, pusieron encima de él una cubeta compuesta de muchos metales que tenía grabadas en el borde las veinticuatro letras del alfabeto griego.

Con sumo cuidado se aproximó al trípode un hombre vestido y calzado de lana con la banda en la cabeza y la verbena, el cual, después de haber hecho las invocaciones, suspendió de un hilo sutilísimo un anillo que, oscilando sobre la cubeta, tocó las cuatro letras T E O D.

Al conocer la supersticiosa señal dada por el adivino, condenó Valente a muerte a varios Teodoros, Teodosios, Teodotos, Teúdulos y otros de nombre semejante. Y además a algunos acusados de encantamiento; mandando, también, arrojar a las llamas un sinnúmero de libros.

Se multiplicaron tanto los procesos y persecuciones, principalmente en Roma y en Antioquía, que los soldados que custodiaban las prisiones declararon:

—Las cárceles ya no son bastantes para contener tanta gente.

Valente dejó a los godos establecerse en territorio romano, y murió derrotado por ellos, en la batalla de Andrinópolis. A la muerte de Valentiniano subió al trono Graciano, que hizo partícipe del mando al general Teodosio. Reinó juntamente con ellos Valentiniano II, hermano de Graciano, que tenía a la sazón diecinueve años de edad.

Graciano ordenó derribar la famosa estatua de la Victoria. Y aunque muchos senadores le rogaron que la repusiera en su lugar, la estatua (que constituía la última representación de los falsos dioses) no volvió a levantarse. Y entonces corrió ya de boca en boca la exclamación:

« ¡Los dioses se van! ».

Efectivamente, el Olimpo se hundió. Y la cruz de Jerusalén se alzó triunfante, como escribió un eximio poeta,

*...sobre varas de Cónsules partidas  
y púrpura imperial hecha pedazos.*

Valentiniano murió asesinado. Y Teodosio *el Grande*, que le sucedió, reunió bajo su cetro Oriente y Occidente.

Con la irrupción de los pueblos bárbaros a punto de iniciarse, daría comienzo la Edad Media.

## ***EDAD MEDIA***

# I

## De los bárbaros a los mongoles.

**«MEJOR SE SIEGA EL HENO CUANTO MÁS ESPESO ES»**

*(Alarico)*

Con la muerte de Teodosio comenzaron los bárbaros sus invasiones. Hasta entonces todo se redujo a esporádicos ataques y simples algaradas. Como se expresa vulgarmente, «era más el ruido que las nueces».

*Parturient montes, nascetur ridiculus mus* («Parirán los montes y nacerá un ridículo ratón»), escribió Horacio en su «Arte Poética». Y la frase dio lugar al modismo «el parto de los montes», con el cual se quiere significar el fruto insignificante o ridículo que se obtiene tras un gran esfuerzo.

Con los bárbaros había ocurrido igual. Hasta Teodosio, sus esfuerzos quedaron reducidos a un «parto de los montes».

Las primeras invasiones fueron las de los godos, quienes, acaudillados por su rey Alarico, bajaron a las campiñas de Italia; si bien, derrotados en varios encuentros por Estilicón, retrocedieron por entonces.

El año 410, muerto Estilicón, Alarico cayó de nuevo sobre Italia y tomó por asalto a Roma, entregándola al saqueo. Se cuenta que en el camino le preguntó un ermitaño:

— ¿A dónde vas?

Y respondió el godo:

—Siento dentro de mí una voz que me grita: «Anda a destruir a Roma». Y no puedo detenerme.

Al romperse el dique se precipitó el torrente, y Alarico llegó tranquilamente hasta Roma, que no había visto ejércitos extranjeros desde que, seiscientos veinticuatro años antes, Aníbal tremoló desde la Puerta Colina el caballo de Cartago.

Sitiada ya la ciudad por los bárbaros y perdidas las esperanzas de auxilio, acordó el Senado romano comisionar al senador Basilio y a Juan, tribuno de los notarios, para que implorasen la clemencia del rey godo. Y dijeron a Alarico:

— ¿No veis cuánta gente hay aún en Roma?

A lo que contestó el rey godo:

—Mejor se siega el heno cuanto más espeso es.

Y exigió que le entregasen cuanto oro y plata había en la ciudad, público o de los particulares, todos los objetos de valor y todos los esclavos bárbaros.

—Pues, ¿qué nos dejas? —preguntaron los comisionados.

—La vida —les respondió Alarico.

Satisfecho con todo lo pedido, el monarca bárbaro levantó el sitio de Roma. Y abiertas las puertas de la ciudad se celebró por tres días un mercado de víveres en los arrabales, llenando los graneros públicos y privados para el caso de nuevos desastres.

Pasaron unos meses, y, envalentonados, los romanos se atrevieron a desafiar al rey Alarico. El cual volvió a presentarse ante los muros de Roma, deseoso de botín y de venganza. Y después de un largo sitio, entró, por una traición de los esclavos, pasando bajo los mismos arcos que, siete años antes, habían sido erigidos para celebrar el total exterminio de su nación.

Y así fue cómo la ciudad de los Augustos, después de haber dominado por espacio de mil ciento sesenta y tres años a todo el mundo, fue presa de un furor comprimido por mucho tiempo.

Es curioso observar que Alarico mandó que no se derramase sangre, ni se violasen las iglesias de los apóstoles Pedro y Pablo, siendo la religión la única salvaguardia de los invasores.

Prueba de ello, es que cierto día entró un godo en la habitación de una virgen de edad avanzada y le pidió oro. Ella le condujo a un armario, y enseñándole una porción de vasos sagrados preciosos, le dijo:

—No ocultaré lo que no puedo defender; pero debo advertiros que estas alhajas están consagradas a San Pedro, y que si las tocáis vuestra conciencia quedará manchada de sacrilegio.

Ante aquellas palabras el bárbaro no osó poner sobre ellas la mano y avisó a Alarico, el cual mandó que se devolviesen, intactas, a la iglesia del

primer apóstol.

Y se refiere que fue un espectáculo singular el de una procesión de fieros godos, puesta en marcha desde el Quirinal, entre una fila de soldados, mezclando gritos guerreros con devotos salmos, y llevando los valiosos vasos sagrados al Vaticano en medio de un triunfo que anunciaba tiempos nuevos, que nacían de en medio de las ruinas.

No debe extrañar lo relatado, pues recuérdese que los godos eran ya cristianos, aunque imbuidos en la herejía arriana que les había predicado el obispo Ulfila o Wulfila, inventor del alfabeto llamado «gótico».

Poco después murió Alarico, como si su destino hubiera sido tan sólo el de clavar su espada en las puertas del Capitolio.

Y cuenta Jomandes, en su obra *«De rebus geticis»*, que para dar sepultura al héroe bárbaro fue retirado el torrente Besuntino, que lame los muros de Cosenza. Y después de haber cavado en el lecho una fosa, le pusieron en ella con ricos despojos, volviendo el curso de las aguas al torrente y dando muerte a los esclavos que habían trabajado en la obra.

—Con esta medida nadie sabrá, jamás, el sitio en que reposa el terror de Roma —dijeron los godos.

## **«DONDE PISA MI CABALLO NO VUELVE A CRECER LA HIERBA»**

*(Atila)*

Ammiano Marcelino, el historiador latino del siglo IV, pinta a los hunos como los hombres más feroces de la tierra. Según él, apenas nacían, les surcaban el rostro con un hierro candente, para que no les creciese la barba; lo que aumentaba, si cabe, su natural fealdad.

El jefe de los henos, como es sabido, era el célebre Atila, hombre orgulloso que se creía superior a todos.

Habiéndole llamado un ermitaño *«Azote de Dios»*, adoptó el sobrenombre como un augurio y demostró al mundo que lo merecía.

La vida de Atila era la guerra, mas sabía contenerse. No confiando sólo en la fuerza, hizo esparcir las supersticiones con que se alimenta la plebe y aumenta su respeto hacia sus jefes.

Por ejemplo, paciendo un día una ternera, el animal se hirió en una pata. Admirado el pastor buscó entre la hierba y vio asomar la punta de una espada. La desenterró y se la presentó a Atila, el cual manifestó:

La acepto como un don del dios de la guerra y símbolo de la dominación universal.

Y ante el estupor del infeliz pastor, agregó:

—Las estrellas caen, la tierra tiembla, yo soy el martillo del mundo. ¡Y donde pisa mi caballo no vuelve a crecer la hierba!

El año 444 comenzó su terrible galope el caballo de Atila. Persia fue la primera nación sobre la que se arrojó el *Azote de Dios* al frente de sus hordas sedientas de oro y sangre.

Mas como quiera que los descendientes de Ciro le obligaran a retroceder, Atila volvió malhumorado a sus posiciones del Danubio. Y meditaba en qué país debía pagar el baldón con que acababan de cubrirse sus armas, cuando el vándalo Genserico, temiendo que la unión de los emperadores Teodosio y Valentiniano le arrebatase África, de que se había hecho dueño, le sugirió:

— ¿Por qué no invades el Imperio de Oriente?

Atila aceptó complacido el proyecto. Y como un torrente desbordado invadió Mesia, que pasó a sangre y fuego, terminando por cruzar las fronteras de Iliria, donde devastó y saqueó florecientes ciudades, cuyos habitantes fueron pasados a cuchillo.

Los bárbaros se extendieron entonces en una línea de quinientas millas desde el Euxino hasta el Adriático. No encontrando resistencia, Atila se atrevió a enviar mensajeros a los emperadores de Oriente y de Occidente, con la siguiente orden perentoria:

«Atila, mi señor y el vuestro, va a venir, y os manda que le preparéis un palacio».

Asustado Teodosio por los rápidos progresos de los hunos, llamó a todas sus tropas, mas como no contaba con buenos generales, ni con soldados disciplinados para hacer frente a los terribles invasores, al rey Atila le fue fácil abrirse paso hasta los arrabales de Constantinopla.

Teodosio no halló otra solución que invocar la clemencia de Atila, el cual le concedió la paz mediante el pago de una exorbitante cantidad, como indemnización de guerra.

Para pagar la suma exigida, los senadores y principales ciudadanos se vieron obligados a vender en pública almoneda las joyas de sus esposas e hijas y las alhajas y muebles de sus palacios. El orgullo romano, que había sobrevivido a tanta humillación, llamó «sueldo» a este tributo y «General del Imperio» al rey de los hunos.

Atila, ante tan pueril vanidad, dijo riéndose:

—Los generales del emperador son siervos; los capitanes de Atila, emperadores.

Atila acostumbraba mostrar la mayor sencillez en su atuendo. Sus únicos adornos eran las armas, que apenas se diferenciaban de las del más oscuro de sus guerreros. En la mesa se servía solamente de platos y copas de madera, y no comía más que pan y carne medio cruda.

En sus banquetes, los hunos bebían a la salud del rey al entrar en la sala de los convidados. Después se sentaban, en grupos de tres o de cuatro, frente a cada una de las mesitas colocadas a ambos lados de la mesa real, algo más elevada que las demás.

Aparte del monarca, sólo tenían derecho a ocupar la mesa más destacada sus hijos y algún personaje de alta jerarquía. A cada «entrada» o plato bebía Atila tres veces a la salud de alguno de sus amigos y capitanes. Y el favorecido debía levantarse y devolver el brindis. Terminada la comida, se servía abundante vino.

Mientras se servían los alimentos, dos poetas cantaban, junto al lecho del rey, sus hazañas y las de sus antepasados. Decían, por ejemplo:

—Nosotros peleamos con la espada; las águilas y las aves de rapiña arrojan graznidos de gozo; las vírgenes lloraron mucho tiempo; las horas de la vida corren; cuando sea preciso morir sonreiremos...

Entraban después los bufones, que promovían grandes carcajadas en la sala, donde todos competían en intemperancia. Atila era el único que se mantenía serio, pensando en la conquista del mundo. Y no distrayéndose sino para acariciar el rostro de Irnak, su hijo menor y más querido.

El emperador Teodosio, entretanto, incumplía los tratados que había efectuado con el rey de los hunos. Y aunque su embajador Maximino se esforzaba en evitar la guerra, Teodosio fraguaba una conjuración para asesinar a Atila.

Cuando el bárbaro Edecón estuvo en Constantinopla y manifestó su admiración ante tantas riquezas, el eunuco favorito Crisafio le dijo, por



medio del intérprete Virgilio:

—Tú puedes alcanzar mucha parte de ellas asesinando a Atila.

No rechazó Edecón tal propuesta. Y habiendo tenido algunas entrevistas con Crisafó, y aun con el mismo emperador, dejó concertado el plan del crimen que meditaban. Recibió de Teodosio, como anticipo, una bolsa con cincuenta monedas de oro.

Pero ya hubiese participado en la conjuración con el propósito deliberado de vender a sus cómplices, ya fuese que después se arrepintiera de haber prometido la muerte de su rey, es lo cierto que, a su vuelta al campo de los hunos, lo primero que hizo fue revelar el vil proyecto.

El terrible Atila, lejos de atentar contra la vida de los embajadores romanos (como podía esperarse del resentimiento de un bárbaro) les guardó todo género de consideraciones, únicamente se contentó con apoderarse de Virgilio, que en calidad de intérprete acompañaba a Maximino y Prisco, y le dijo:

—Te doy a elegir entre presenciar la muerte de tu hijo —que imprudentemente llevaba consigo— o que me digas la verdad.

Después de arrancarle la confesión del delito proyectado, el rey de los hunos llevó su generosidad —o codicia— hasta el extremo de conceder la vida al reo a cambio de doscientas libras de oro.

No dejó por eso de insultar a Teodosio. Envió a Constantinopla a Esfa y Orostes con la bolsa dada en precio de la traición, los cuales dijeron al emperador, en presencia de sus cortesanos:

—Atila y Teodosio descienden de noble estirpe. Atila se ha conservado digno de sus antepasados, pero Teodosio se declaró esclavo del rey de los hunos al pagarle tributo. Y es inicuo que, como un siervo malvado y desleal, tienda lazos a su señor.

Poco después de los sucesos descritos murió Teodosio a consecuencia de caerse del caballo. Sucedió el día, 28 de julio del año 450 de la Era cristiana. Terminaban cuarenta y tres-años de un reinado deshonrado por el envilecimiento del Imperio y por la ineptitud del emperador.

El mando se ejerció, luego, por Pulqueria, hermana de Teodosio, y un consejo de eunucos.

Fue la primera vez que, con su nombre, estuvo una mujer a la cabeza del Imperio romano. Sin embargo, al ser proclamada emperatriz eligió por esposo al sexagenario Marciano, a quien entregó las riendas del poder,

después de hacerle jurar que guardaría continencia con ella.

Por su valor y virtudes, era Marciano un hombre que hubiera podido sostener el vacilante Imperio de Oriente, de no haber encontrado un adversario tan formidable como Atila. Comprendía lo importante que era conservar la paz con aquel enemigo, mas no estaba dispuesto a soportar humillaciones.

Y cuando el rey de los hunos envió a pedirle arrogantemente el tributo que le pagaba Teodosio, respondió a los emisarios:

—Decid a vuestro rey que mi oro es para los amigos y mi hierro para los enemigos.

Tales palabras, último destello del valor romano, inflamaron la cólera de Atila, que en el primer arranque de furor dudó entre dirigirse hacia Oriente o hacia Occidente, para borrar del número de los pueblos a Constantinopla o a Roma.

Pero un acontecimiento novelesco, que influyó poderosamente en su determinación, y que costó mucha sangre al mundo, le impulsó a aplazar por algún tiempo su venganza.

Ocurrió que hacia el año 434, Honoria, hermana de Valentiniano III, a quien el pomposo título de Augusta que se le había dado para que nadie se atreviera a aspirar a su mano, no le libraba de las debilidades inherentes a su sexo, no pudiendo soportar el perpetuo celibato a que se veía condenada, se entregó a su intendente Eugenio.

Descubiertos sus amoríos, Honoria fue enviada a expiar su error en un convento de Constantinopla, en la devota compañía de las vírgenes hermanas de Teodosio. También allá le resultó insoportable la austeridad del claustro. Y, deseando casarse, envió secretamente su anillo nupcial, por medio de un eunuco fiel, al joven Atila, que acababa de subir al trono de los hunos.

Atila dejó sin respuesta la proposición de Honoria, mas se guardó el anillo. Después transcurrieron quince años sin que se acordase del episodio. Y tal vez no hubiera pensado más en la princesa, si el recordar los diversos planes de venganza que le sugirió la altiva e inesperada contestación de Marciano, no le hubiera parecido una excelente ocasión para reclamar la mano y la dote de su prometida.

Y sin dudarle, envió un mensajero a Valentiniano con un escrito en el que le comunicaba:

«Atila, rey de los hunos y señor del mundo, ha sabido con probado disgusto que su prometida Honoria padece, por tu causa, estrecho cautiverio. Y no viendo ninguna mengua para ti en que yo sea tu cuñado, te exijo le pronta libertad de la que ya miró como esposa, juntamente con la parte que le corresponde de la herencia paterna; a saber: la mitad de los bienes personales del último emperador, Constancio III, y la mitad del Imperio de Occidente».

La Historia guarda silencio sobre las aventuras de Honoria después de lo explicado. César Cantú pretende que se la casó con un hombre obscuro para ocultar su deshonra, siendo luego encerrada en una prisión, donde acabó sus días. Por su parte, Thierry asegura que el matrimonio se efectuó y que Valentiniano pudo así responder al rey bárbaro de la siguiente manera:

«Estando ya casada mi hermana, me es imposible acceder a tal demanda, pues las leyes romanas no toleran la poligamia, permitida entre los hunos...».

Sea lo que fuere, es indudable que Atila vio rechazada su exigencia por dos veces, pues para probar su derecho a la mano de Honoria hizo presentar al emperador Valentiniano el anillo que ella le entregara, obteniendo una nueva negativa.

No esperaba otra cosa el rey de los husos. Y poco después, con un ejército compuesto de más de medio millón de combatientes, procedentes de numerosos pueblos bárbaros, el genio de la destrucción se lanzó a la conquista de Roma. Corrían los primeros días del año 451 de nuestra Era.

Precedido por el terror y seguido de la desolación, el *Azote de Dios*, al frente de sus salvajes hordas, cayó como un rayo sobre las tierras de Occidente. Dejando incendiadas, saqueadas o despobladas cuantas ciudades encontró a su paso al norte del Loira, Atila se dirigió a Troyes.

Esta ciudad se salvó de su total ruina merced a las elocuentes palabras y súplicas de su prelado Lupo, a quien el feroz huno se llevó prisionero, diciéndole:

—Mientras te tenga en mi poder, no tendré que temer la venganza del Dios de los cristianos.

París vio pasar de largo a los invasores gracias a los méritos de la virtuosa Genoveva de Nanterre, que tranquilizó a los asustados habitantes de la ciudad y exhortó a las mujeres a encerrarse con ella en el templo,

prometiéndoles que sus oraciones las salvarían de la muerte y de la deshonra.

A esta circunstancia se debe, probablemente, que la antigua *Lutetia*, hoy convertida en emporio de las ciencias y de las artes, no quedase reducida, como tantas otras ciudades galas, a un montón de ruinas.

Contando Atila con que podría apoderarse de Orleáns, gracias a la secreta inteligencia que mantenía con Sangibán, jefe de las tribus alanas, encargadas por los romanos de defender el paso del Loira, el rey de los hunos se encaminó allá, atravesó sin dificultad el río y embistió la ciudad.

Los ciudadanos de Orleáns, habiendo descubierto la traición tramada, se mantuvieron firmes en la defensa, animados por las buenas murallas de su ciudad y por su obispo Aniano, que les decía sin cesar:

— ¡Orad con fe! Pronto vendrán a socorrernos.

Pero no bastaba el valor de los sitiados para rechazar a los bárbaros. Las robustas murallas de la ciudad se habían desplomado, dejando paso libre a los hunos, que ocupaban ya los arrabales. Había empezado el saqueo y la devastación, cuando el obispo Aniano, que se hallaba observando desde una atalaya, con voz que dominaba el estruendo del combate, gritó de pronto:

— ¡El socorro! ¡Ya llega el socorro del Señor!

En efecto: las águilas romanas, guiadas por el insigne Aecio, acababan de aparecer ante Orleáns.

Maldiciendo al general romano y a sus auxiliares, Atila abandonó las cercanías de Orleáns en el silencio de la noche, buscando un campo de batalla donde pudiera desplegar cómodamente la innumerable caballería, que constituía la principal fuerza de su ejército.

Esta jornada, que salvó la civilización de Occidente, fue el día 23 de junio del año 451 de la Era cristiana.

No tardaron en enfrentarse Atila y Aecio, al mando de sus respectivas tropas, en los campos Cataláunicos, a corta distancia de Châlons, a orillas del Marne.

La víspera la batalla la pasó Atila presa de la más horrible agitación. El desaliento que observaba en sus hordas, debilitadas por las privaciones y considerablemente reducidas por las enfermedades y los combates, le hacía presentir la derrota.

Entonces quiso consultar a sus arúspices sobre el resultado de la próxima lucha. Los reunió en su tienda, y los magos, después de investigar el porvenir en las entrañas de diversas víctimas, en cuya repugnante operación les ayudó su mismo soberano, le predijeron:

—Señor, seréis vencido, pero alcanzaréis el consuelo de ver morir en el combate a vuestro mayor enemigo.

Creyendo que la predicción se refería a Aecio, los ojos de Atila brillaron de alegría. Y dijo a sus sacerdotes:

—Puesto que ha de morir mi adversario, combatiré aunque quede vencido. ¡La muerte de Aecio bien vale una derrota de Atila!

Y al día siguiente, uno de los más calurosos del verano de 451, el *Azote de Dios* formó su ejército en orden de batalla. Mas como no observara en sus guerreros el mismo ardor que demostraran en otras ocasiones, reunió a los principales capitanes. Y con fiero acento, les dirigió enérgica arenga, cuya autenticidad quedó garantizada por el historiador godo Jornandes, notario del rey de los alanos:

—... ¿Qué podéis temer de esa multitud indisciplinada de enemigos, de lengua y costumbres diferentes y unidos sólo por el temor? Caed sobre los alanos y visigodos; rotos los huesos, el cuerpo no se mueve. Emplead vuestro acostumbrado valor. El que está destinado a vencer, no será herido por ninguna flecha; y el que deba morir, caería aunque estuviera durmiendo en su casa. Esa miedosa multitud no resistirá siquiera vuestra mirada. ¡Yo lanzaré la primera flecha al enemigo, y mandaré matar al que se atreva a tener las manos quietas cuando yo combata!

Como es sabido, el *Azote de Dios* resultó claramente derrotado. Únicamente amargó el triunfo de los vencedores la muerte de Teodorico, rey de los visigodos, a quienes se debió principalmente el triunfo de tan memorable batalla.

Teodorico fue enterrado con inusitada pompa y sobre el mismo campo de batalla, donde cayeron ciento sesenta y dos mil combatientes, siendo a continuación aclamado soberano su hijo Turismundo, que se dispuso a vengar a su padre asaltando el campo de los hunos.

Sin embargo, el general romano Aecio, temiendo el poder que pudiera alcanzar el nuevo rey visigodo, se dice que se entrevistó secretamente con Atila y le dijo:

—Has exterminado sólo una pequeña parte de los godos; pero mañana vendrán tantos que te cortarán la retirada.

Agradeciendo el rey de los hunos la advertencia, regaló al general romano diez mil monedas de oro. Y sin más tardanza, aprovechando las sombras de la noche, se dirigió con sus hordas a toda prisa hacia Panonia, de donde había salido meses antes.

Aecio se trasladó entonces a la tienda de Turismundo y le dijo lo mismo de los hunos, lo que impulsó al nuevo rey a regresar con los visigodos a sus dominios.

Dos años después de esta victoria, en la que Aecio salvó al cobarde Valentiniano III la corona y la vida, el emperador, para recompensar tan inmenso servicio, le dio alevosa muerte por su propia mano. Aludiendo a semejante asesinato, un romano dijo a Valentiniano:

—Haces lo que aquel que se cortase la mano derecha con la izquierda.

No tardó Atila en querer tomar un terrible desquite de su derrota. Reforzado su ejército con nuevos contingentes, cruzó los Alpes y se internó en Italia, dejando tras de sí incendios, ruinas y muerte por doquier. El emperador Valentiniano no pensó siquiera en defenderse y, considerándose inseguro en Roma, trató de abandonarla.

Entre tan general decaimiento, el Papa León I *el Grande*, y Avieno, opulento patricio de familia consular, decidieron ir a rogar mesura al feroz Atila, al que dijeron humildemente:

—Señor, perdonad a Roma en nombre de la religión de Jesucristo y de sus gloriosas tradiciones.

Esperaban los más crueles tratos de parte del implacable vencedor. Pero Atila los recibió respetuosamente, concediéndoles la paz a cambio de las inmensas sumas que le ofrecieron como compensación por la dote de Honoria, que el rey de los hunos siempre reclamaba.

Al fallecer Atila, sus guerreros se cortaron los cabellos, se hirieron el rostro y le ofrecieron exequias de sangre humana, cantando en torno suyo, con sombría fiereza:

—Éste es Atila, rey de los hunos, hijo de Manzucio, señor de brevísima gente, que con inaudito poder poseyó la Escitia y la Germania y aterró a ambos imperios romanos, de modo que por no entregar toda la presa le colmaron, con súplica, y le ofrecieron un tributo anual. Dio feliz término a

sus empresas y murió, no de herida enemiga, ni por traición de los suyos, sino en medio del placer y sin sentir dolor.

Encerrado su cadáver en tres cajas: una de oro, otra de plata y otra de hierro, el *Azote de Dios* fue sepultado durante la noche con las armas y las joyas más preciosas que arrebató a sus enemigos, y con los cadáveres de los esclavos que cavaron su fosa.

Y mientras en torno a su tumba celebraban los magnates hunos desenfrenadas orgías para honrar la memoria de su jefe, un arúspice lloraba, diciendo:

—Ahora conocerá el mundo cuál era el poder del invencible Atila, el único hombre capaz de dominar bajo su férrea mano a tantos pueblos bárbaros de índole tan dispar.

Efectivamente, poco después se desmoronaba estrepitosamente el edificio que Atila había amasado con sangre y con ruinas.

## «SI LA MONTAÑA NO VIENE A MÍ, YO IRÉ A LA MONTAÑA»

(*Mahoma*)

El nacimiento de Mahoma, según la tradición, quedó señalado por signos y portentos que anunciaban una criatura extraordinaria. Su madre nada sufrió en el parto. Y en el momento de su venida al mundo una luz celestial iluminó los alrededores, y el recién nacido, levantando sus ojos al cielo, exclamó:

— ¡Alá es grande! ¡No hay más dios que Dios y yo soy su profeta!

Contaba Mahoma pocos meses cuando murió su padre, dejándole tan sólo como herencia cinco camellos y unas cuantas ovejas. Su madre, Amina, al no poder criar al pequeño con su pecho y ser el clima de La Meca malsano para el niño, le buscó un ama beduina llamada Halema, que se lo llevó a su casa, situada en las montañas.

Muchas fueron las maravillas que ocurrieron entonces. En el viaje desde La Meca, la mula que llevaba al pequeño fue milagrosamente dotada del don de la palabra, y proclamó en voz alta:

—Llevo sobre mi lomo al más grande de los profetas, al favorito del Todopoderoso

Las ovejas se inclinaban cuando pasaba el niño. Y cuando él estaba en su cuna y miraba la luna, ésta se inclinaba hacia el pequeño con reverencia.

Dicen los cronistas árabes que la bendición del cielo recompensaba la caridad del ama Halema. Mientras el niño permaneció bajo su techo, todo prosperó en torno a ella. Las fuentes y los pozos nunca se secaban, los pastos permanecían siempre verdes, los rebaños y los ganados se multiplicaban y la paz reinaba en su morada.

A los tres meses, Mahoma ya pudo andar solo. Y a los nueve meses conversaba con gran soltura y mostraba una sabiduría que dejaba atónitos a cuantos le oían.

A la edad de tres años, mientras estaba jugando en el campo, dos ángeles de brillantes vestiduras se le aparecieron. Acostaron a Mahoma sobre la tierra, y Gabriel, uno de los ángeles, abrió el pecho del pequeño sin causarle ningún dolor. Entonces, sacando fuera su corazón, lo limpió de toda impureza, arrancando de él las negras y amargas gotas de pecado original. Cuando lo hubo purificado suficientemente, lo llenó de fe, conocimiento, luz profética y lo volvió a colocar en el pecho del niño.

«Entonces —dicen los cronistas—, comenzó a emanar de su persona una misteriosa luz.»

Protegido por su tío Abú Taleb, Mahoma pasó su juventud dedicado al comercio de las caravanas. Así conoció a la rica viuda Cadijah, que se prendó del agraciado joven. Sin pérdida de tiempo, la mujer comisionó a su fiel esclavo Maisara, para que ofreciera a Mahoma su mano.

La negociación resultó breve.

—Mahoma —preguntó Maisara—, ¿por qué no te casas?

—No tengo medios —respondió Mahoma.

—Bien, pero, ¿y si una poderosa dama te ofreciera su mano, una que es también bella y de alto nacimiento?

— ¿Quién es ella?

— ¡Cadijah!

— ¿Cómo es posible?

—Deja que yo lo prepare todo...

—Masaira volvió junta a su ama y le refirió lo que había hablado con Mahoma. Se concertó una entrevista, y el asunto llevó-se pronto a un resultado satisfactorio.



El matrimonio con la viuda Cadijah colocó a Mahoma entre los más ricos de La Meca, su ciudad natal. Y durante varios años, después de su casamiento, continuó dedicándose al comercio, visitando las grandes ferias de Arabia y haciendo largos viajes con las caravanas. De tal suerte fue cómo los desiertos árabes, colmados de fantásticas supersticiones y sugestivas leyendas, aportaron elementos para sus entusiastas ensoñaciones.

En el cuadragésimo año de su vida Mahoma tuvo una aparición angélica y una anunciación divina. Había estado pasando (cual era su costumbre), el mes de Ramadán, el mes sagrado de los árabes, en una cueva del monte Hera. Y durante una de las silenciosas vigili­as de la noche, en las que yacía envuelto en su manta, escuchó que le llamaban:

—Oye, Mahoma...

Descubriendo su cabeza, un diluvio de luz cayó sobre él con un resplandor tan insoportable, que cayó desmayado. Al recobrar sus sentidos vio un ángel en forma humana, quien, acercándose, desplegó su manto de seda, cubierto con caracteres escritos.

—Lee —le ordenó el ángel.

—No sé leer —respondió Mahoma.

— ¡Lee! —insistió el ángel—. En el nombre del Señor que ha creado todas las cosas, que creó al hombre de un coágulo de sangre. Lee en el nombre del Altísimo, que enseñó a los hombres el uso de la pluma, que infunde en sus almas el rayo del conocimiento y les enseña lo que antes no sabían. ¡Lee!

Tras estas imperativas palabras, Mahoma sintió inmediatamente su entendimiento iluminado por luz celestial y leyó lo que estaba escrito en el manto, que contenía los decretos de Dios, tal como los promulgó luego en el Corán.

Cuando hubo acabado la lectura, el mensajero celestial anunció:

— ¡Oh, Mahoma, en verdad tú eres el profeta de Alá, y yo su ángel Gabriel!

Los primeros pasos de Mahoma en su misión profética fueron peligrosos e inciertos, y dados en secreto. Hasta que una nueva revelación le ordenó «levantarse, predicar y glorificar al Señor».

Mahoma predicaba de pie, apoyándose en un báculo. Sus preceptos eran pacíficos y benignos, inculcando la devoción a Alá, y la caridad hacia los hombres.

Su definición de la caridad abarcaba el amplio círculo de la bondad. «Cada acto bueno —decía— es caridad.»

—La verdadera riqueza de un hombre, en la vida futura —agregaba— es el bien que hace a su prójimo en este mundo. Cuando muere, la gente dirá: ¿Qué fortuna ha dejado? Pero los ángeles que lo examinen en su tumba le preguntarán: ¿Qué buenas obras has enviado delante de ti?

Mahoma tuvo que luchar mucho para imponer su doctrina. En el curso de una batalla contra sus enemigos, los koreishitas, tuvo una especie de trance. Y al volver en sí declaró:

—Alá me ha prometido la victoria.

Tomó entonces un puñado de arena y lo arrojó al aire, hacia sus adversarios, exclamando:

— ¡Brille la confusión sobre sus rostros!

Acto seguido ordenó a los suyos cargar contra el enemigo, gritando enfebrecido:

— ¡Luchad y no temáis; las puertas del paraíso están bajo la sombra de las espadas!

Mahoma regresó triunfante a Medina con los despojos y prisioneros tomados a los koreishitas durante la batalla.

En otra ocasión, se hallaba Mahoma durmiendo al pie de un árbol, cuando fue despertado por un ruido, y vio a Durthur, un guerrero enemigo, ante él, con la espada desenvainada.

— ¡Oh, Mahoma! —exclamó—. ¿Quién hay aquí que pueda salvarte?

— ¡Alá! —replicó el profeta.

Impresionado por su convicción, Durthur dejó caer su espada, que fue cogida inmediatamente por Mahoma. Éste, blandiendo el arma, preguntó a su vez:

— ¿Quién hay ahora aquí para salvarte?

— ¡Ay de mí, nadie! —respondió el soldado.

—Entonces aprende de mí a ser misericordioso.

Y, al decirlo, le devolvió la espada.

El corazón del guerrero quedaba ganado, y a partir de este momento abrazó la fe musulmana.

Como si la anécdota de por sí ya no fuera suficientemente atractiva,

los escritores árabes devotos afirman que la liberación de Mahoma fue llevada a cabo por la intervención del arcángel Gabriel, quien en el momento en que Durthur iba a descargar el arma le dio un golpe en el pecho, haciéndole soltar la espada.

Aunque Mahoma nada escribió, sus predicciones quedaron recogidas por sus prosélitos, y con ellas se formó el Corán o Alcorán. La doctrina musulmana está llena de máximas, del cariz siguiente:

«Para convencer a los incrédulos contumaces, no hay mejor argumento que la espada».

En otras es más flexible su criterio. Cierta día, habiendo conjurado Mahoma a una montaña para que se trasladase adonde él estaba, y viendo que su «orden» no se cumplía, exclamó:

—Si la montaña no viene a mí, yo iré a la montaña.

La muerte del profeta, según los historiadores árabes, se registró el día de su cumpleaños, cuando había cumplido los sesenta y tres de edad. Era el año II de la Hégira, y el 632 de la Era cristiana. Sintiéndose próximo a expirar, manifestó:

—Consiento al ángel de la muerte que corte el hilo de mi vida.

Luego, levantando los ojos al cielo, agregó:

—Alá sea conmigo en el trance de la muerte. ¡Oh, Alá, así sea!

**«MALA LA HUBISTEIS, FRANCESES...»**

*(Anónimo)*

Los cuatro reyes que sucedieron a Fruela I —Aurelio, Silo, Mauregato y Bermudo I—, nada hicieron para adelantar la Reconquista española; y por cuyo motivo la tradición popular los ha «castigado» inventando la fábula del «Tributo de las cien doncellas».

Se supone que este famoso pacto lo hizo alguno de dichos príncipes con el soberano árabe de Córdoba, mediante el cual se comprometían los cristianos a entregar anualmente a los invasores cien doncellas para el harén de los califas.

La popular tradición, interpretada por la crítica, revela que seguramente mediaron tratados de paz entre los citados reyes y los jefes

árabes, y que éstos pidieron a aquéllos mujeres cristianas que voluntariamente quisieran tomar esposos musulmanes.

El año 791, el rey Bermudo I *el Diácono* abdicó la corona en Alfonso II *el Casto*, el cual trasladó a su corte a Oviedo, ciudad fundada por su padre Fruela I.

Por entonces Carlomagno, rey de los francos, deseoso de conquistar nuestra Península para la reconstrucción del Imperio de Occidente, decidió invadir España. Y llamado quizá por el rey de Asturias para que le auxiliara en la lucha contra la morisma, penetró en nuestra patria al frente de un poderoso ejército, y en él figuraban como jefes los famosos «Doce Pares de Francia», cuyas legendarias proezas han inmortalizado los libros de Caballería.

Queremos señalar que el título de «Pares» ha tenido en Francia tres aplicaciones diferentes. En el origen del sistema feudal designaba los vasallos de un señor que por su jerarquía o calidad eran iguales entre sí. Más adelante se aplicó a los doce vasallos principales, cuyo número luego aumentó en tal cantidad que poco antes de la Revolución francesa eran cuarenta. Finalmente, bajo el régimen de la Carta constitucional de 1814 a 1848, se dio el nombre de «Pares» a los miembros del Senado.

En Inglaterra se llama también «Pares» a los personajes que componen la Cámara alta o de los Lores.

Mala suerte tuvo Carlomagno en España, pues cuando se encontraba con su ejército en el desfiladero de Roncesvalles, formado en los Pirineos por las montañas de Altabizcar e Ibañeta, se vio acometido y derrotado por los vascos, navarros y moros de Zaragoza, a quienes se unieron gentes de otros lugares.

Aunque muchos escritores ultrapirenaicos niegan la derrota. dan testimonio de ella, a más de los españoles, dos cronistas franceses contemporáneos, que son: Eginardo, secretario del mismo Carlomagno, y *el Anónimo*, que escribió la vida de Ludovico Pío; los cuales confiesan la derrota que tuvieron los franceses y la muerte de los doce «Pares».

Refuerzan su autoridad dos monumentos literarios, que son: «Canción de Rolando», atribuida al trovador normando Théroulde y escrita en el siglo XI, cuya composición es el grito de dolor de los vencidos. Y el poema vasco titulado «Altabizcar Cantua», que es el himno guerrero de triunfo de la gente española, y en el cual se dice a los franceses:

*¿A qué vienen aquí esos hijos del Norte?*

*¿No ha puesto Dios el Pirineo para separamos?*

La tradición popular ha desfigurado mucho este episodio, atribuyendo la victoria a Bernardo del Carpio, a cuyas manos se dice que pereció el famoso Rolando u Orlando, primo de Carlomagno y caudillo de los «Doce Pares de Francia».

Nada se sabe acerca del fin del héroe Bernardo del Carpio, aunque bastantes afirman que vivió después de la derrota como caballero andante y murió en Francia. En la Armería Real de Madrid existe una espada de casi un metro de largo, que se supone sea la del caudillo fabuloso.

En cuanto a Rolando, la historia apenas habla de él, pues el cronista Eginardo dice tan sólo que era un jefe de las Marcas de Bretaña. Sin embargo, la «Canción de Rolando», debida al trovador Théroulde, y la crónica romancesca del obispo Turpin, le han convertido en un héroe legendario, invulnerable, de estatura colosal y de fuerza sobrehumana, cuya espada «Durindaina» y cuya trompa *Olifante* ha hecho famosas Ariosto en su inmortal poema «Orlando furioso».

Todo ello aumenta el triunfo de su supuesto vencedor, Bernardo del Carpio cuya victoria sobre Carlomagno, «el emperador de la barba florida», ha cantado la masa popular en el romance que principia:

*Mala la hubisteis, franceses — en ésa de Roncesvalles...*

Durante el reinado de Alfonso II de Asturias y de Carlomagno ocurrió otro importante suceso que, sin tener carácter militar, influyó notablemente en el éxito de la Reconquista, dando a la lucha aires y vuelos de epopeya.

Tal es el descubrimiento milagroso del sepulcro del apóstol Santiago, que había sido enterrado en Galicia por varios de sus discípulos, llamados «Los Siete Varones Apostólicos». Sobre la humilde tumba se erigió un santuario y alrededor se formó bien pronto un pueblo, que tomó el nombre de *Campus stellae*; «Compostela», muy visitado por peregrinos de toda la cristiandad.

Desde entonces la invocación de ¡Santiago y cierra España! fue el grito de guerra de nuestros mayores, que en muchos combates le vieron cabalgando en brioso y blanco corcel.

Muchos años después, el glorioso *Apóstol de las batallas* (apellidado

también *Matamoros* por el pueblo) fue declarado Patrón de España.

## «ANTES HABÉIS DE JURAR EN SANTA GADEA...»

(*El Cid*)

De portentosas hazañas y de novelescos sucesos el popular «Romancero» hizo protagonista a Rodrigo, o Ruy Díaz de Vivar, que así se llamaba el famoso personaje conocido por *el Cid*, nacido en Vivar (Burgos) a mediados del siglo XI.

Rodrigo Díaz se dio a conocer, siendo niño, por su bravura. Y el combate singular que, de adolescente, sostuvo con el caballero navarro Jimeno Garcés, le valió el sobrenombre de *Campidoctor* («Campeador»).

Sin embargo, cuando realmente se hizo famoso fue defendiendo a Sancho contra su hermano Alfonso, hijos ambos de Fernando I, rey de Castilla y de León.

Imposible resultaría relatar cuantos hechos históricos decidió y las múltiples y gloriosas hazañas que las leyendas y romances le atribuyen. No obstante, mencionaremos algunas efemérides que hacen de Rodrigo Díaz de Vivar el tipo ideal de los héroes y de los caballeros de la Edad Media.

Se cuenta que siendo mancebo Rodrigo, habiendo recibido su padre don Diego cierta afrenta por parte del conde Lozano o Gormaz, el anciano ni comía, ni bebía, ni descansaba. Conmovido de tanta aflicción paternal, el joven Ruy quiso saber la causa. Sin responderle, su padre le cogió la mano derecha y al observar que apretándosela con fuerza no profería Rodrigo ninguna queja, rabiosamente le mordió el dedo pulgar a su hijo.

—Si no fuera porque sois vos mi padre, con la mano que me queda libre os abofetearía —le dijo Rodrigo.

—No sería la primera vez que sufro tal afrenta, hijo mío —dijo el viejo, abrazándolo llorando.

Y a continuación le refirió cómo el conde Lozano, delante de toda la corte, después de insultarle, le había abofeteado.

—Aún me quema el rostro como si llevara fuego —terminó diciendo don Diego, restregándose la mejilla rabiosamente.

Después de coger la vieja espada de Mudarra *el Castellano*, Rodrigo

salió corriendo de la estancia, ensilló su caballo «Babieca» y galopó en busca del conde Lozano. Y aunque (según la leyenda) se trataba del padre de su amada Doña Jimena, lo desafió, pelearon, le mató, le cortó la cabeza y, colgándola de la silla de su corcel, fue a presentársela a su padre, en ocasión de que éste se hallaba sentado a la mesa sin tocar los alimentos que tenía delante.

El hijo le llamó la atención mostrándole el sangriento trofeo y diciéndole:

—Mirad la hierba que os ha de devolver el apetito: la lengua que os insultó ya no hace oficio de lengua, ni la mano que os afrentó hace oficio de mano.

—Gracias, hijo mío —respondió don Diego—. ¡Quién sabe defender la honra de su familia, merece ser su cabeza!

Lo singular fue que la hija del conde de Gormaz, locamente enamorada de Rodrigo, se presentó en la corte de León, y arrodillada ante el rey Don Fernando le pidió por esposo al hombre que había dado muerte a su padre. Otorgada tan extraña merced y verificada la boda, Doña Jimena pasó a casa de su marido, quien hizo el voto siguiente:

—No os consideraré como a mi mujer hasta que haya ganado cinco batallas campales.

Poco después, en sus correrías por las tierras cercanas, hizo prisioneros a cinco reyes musulmanes.

El Cid se distinguió mucho en el sitio de Zamora, donde fue traidoramente asesinado el rey Don Sancho (por Bellido Dolfos), y Ruiz Díaz estuvo a punto de poder matar al asesino.

Don Alfonso fue entonces proclamado rey de Castilla, pero a condición de que hubiera de prestar juramento de no haber tenido participación en el asesinato de su hermano Sancho. Dura era la condición y no poco violento para un rey tener que humillarse a prestar un juramento de su inocencia e inculpabilidad. Y se comprende que no hubiera caballero que osara exigírselo.

Un silencio expectante e imponente reinaba en la pequeña iglesia de Santa Gadea de Burgos, donde debía celebrarse la ceremonia. Por fin, se adelantó el Cid y levantando su voz robusta, exclamó:

— ¡Rey Alfonso! Antes de que seáis ceñido con la corona de Castilla, jurad ante Dios que la muerte de vuestro hermano Sancho no fue ni por

vuestro consejo, ni por vuestra orden.

— ¡Lo juro! —respondió Alfonso.

Por tres veces le hizo repetir el Cid el juramento al rey. A la tercera vez, sacó su espada Rodrigo y la puso a los pies de Don Alfonso, besando respetuosamente su mano.

Desde aquel momento, el rey de Castilla guardó rencor al Campeador. Y ya no paró hasta desterrarlo de su reino, en el año 1081.

Los poetas y escritores pintan con colores vivos y tiernos la aflicción de Rodrigo cuando, al dejar la casa paterna y disponerse a salir de Vivar, donde había nacido, vio las habitaciones desiertas, las perchas sin capas, sin asientos el pórtico, y sin halcones los sitios en que solían estar. Entonces, posiblemente, es cuando el Cid dijo de su barba las célebres palabras:

—Por causa del rey Alfonso, que me ha desterrado de su reino, no tocarán tijeras estos pelos, ni de ellos caerá uno solo, y de esto tendrán que hablar infieles y cristianos.

Luego, como escribió Manuel Machado en su poema «Castilla»:

*...por la terrible estepa castellana,  
al destierro con doce de los suyos  
polvo, sudor y hierro, el Cid cabalga.*

Se refieren infinitas proezas y hechos sorprendentes del Cid Campeador. Cierta día, se dirigía en peregrinación a Santiago de Compostela y, al llegar a un vado, se encontró con un leproso que, desde el fondo de un barranco, suplicaba en vano a los transeúntes que le sacaran por amor de Dios.

Los caballeros que acompañaban a don Rodrigo huyeron, temerosos de tocar el desgraciado enfermo. Pero el Cid, compadecido, le tomó por su mano, le envolvió en su propia capa, le colocó en una mula y le acompañó hasta el lugar donde iba a pasar la noche. Allí le hizo sentarse a su lado y comió con él, en la misma escudilla.

Muchos de los compañeros de Rodrigo intentaron hacerle comprender el peligro de contagiarse de la terrible enfermedad.

—Sólo ocurre lo que Dios quiere —les replicaba el Cid.

Después compartió su lecho con el leproso y se envolvieron ambos en la misma capa. Hacia la media noche, y cuando Rodrigo dormía



profundamente, sintió un soplo fuerte que le despertó. Sentía cual si un fuego abrasador le cruzara el pecho.

Tanteó a oscuras buscando el leproso y advirtió que no estaba. Le llamó, y, como no obtuviera respuesta, encendió la luz y comprobó su desaparición.

Haciendo mil conjeturas, volvió acostarse el Cid, dejando el candil encendido. De pronto sintió más intensamente el soplo y quemazón en las espaldas y una voz que le preguntaba:

— ¿Duermes, Rodrigo?

—No duermo.

Y al abrir los ojos sobresaltado contempló, ante él, un hombre vestido con blanca e inmaculada túnica.

— ¿Quién eres tú que tanta claridad y tan suave y agradable olor difundes? —inquirió el Cid.

—Soy San Lázaro —repuso la aparición—. Y has de saber que yo fui el leproso a quien has hecho tanto bien y tanta honra, por amor de Dios. En recompensa de tu conducta es voluntad divina que cada vez que sientas un soplo, como el que has sentido esta noche, será la señal de que puedes acometer cualquier empresa, con seguridad de victoria. Tu fama aumentará cada día. Serás invencible y temido, y, cuando mueras, morirás con honra, y después de muerto verás vencer a tus enemigos.

Tras estas palabras, San Lázaro desapareció, dejando a su marcha una estela de luz radiante.

Durante la conquista y dominación del Cid Campeador en Valencia se multiplicaron los prodigios, sobre todo cuando los almorávides, mandados por el rey Bucar, atacaron la ciudad. Don Rodrigo, después de matar muchísimos moros, buscó al rey árabe, el cual huía de su perseguidor, que tras él iba montado en su famoso caballo «Babieca».

— ¿Por qué así huyes —le gritaba don Rodrigo—, tú que has venido de allende el mar a ver al Cid de la lengua barba? ¡Vuelve y nos saludaremos uno al otro!

Mas el rey moro no hizo caso y continuó espoleando su caballo hasta que ganó la orilla del mar. Como viera que no podía alcanzarlo, el Cid le arrojó su espada «Tizona», y le hirió en los hombros.

El rey Bucar, herido gravemente, entró en el mar y se alejó en un

barquichuelo, en tanto que el Campeador se apeaba de «Babieca» y recogía malhumorado su espada.

Meses después volvió de nuevo el rey Bucar contra Valencia con un formidable ejército. El Cid reposaba en su lecho, cuando se le apareció San Pedro, que le dijo:

—Vengo a anunciarte que no te quedan sino treinta días de vida. Pero es voluntad de Dios que tus gentes venzan al rey Bucar, y que tú mismo, después de muerto, seas el que les des el triunfo en esta batalla. El apóstol Santiago te ayudará, si bien antes has de arrepentirte de todos tus pecados. Por el amor que me profesas y por el respeto que siempre has tenido a mi iglesia de San Pedro de Arranza, el Hijo de Dios quiere que te suceda lo que te he dicho.

Todo ocurrió como San Pedro había anunciado. A los tres días de la muerte del Cid, el rey Bucar puso sitio a la ciudad de Valencia con un poderoso ejército. Doce días después, los cristianos decidieron abandonar la plaza, que tantos esfuerzos había costado conseguir.

—Deseo —dijo Doña Jimena— que mi esposo salga de Valencia como entró; montado en su caballo y como si estuviera vivo todavía.

Y de este modo se hizo.

El cadáver embalsamado del Cid, vestido con sus arreos de guerra, fue colocado sobre su fiel «Babieca» y sujetado por medio de un ingenioso aparato que construyó el leal Gil Díaz. Como se mantenía erguido el cuerpo del caudillo, y el Campeador llevaba los ojos abiertos, peinada la barba, escudo y yelmo de pergamino pintado que parecía de hierro, y en la mano su tizona, parecía que, en efecto, estaba vivo.

La caravana emprendió la marcha abandonando la ciudad. Iban delante un buen número de fuerzas abriendo la caravana. Luego seguía interminable recua de bestias cargadas con cuantos bienes y riquezas pudieron cargar los que partían. Y, finalmente, avanzaba Doña Jimena, junto al cadáver de su esposo y escoltada por sus familiares, y seguida de numerosos caballeros, que cerraban la patética comitiva.

Desde las alturas cercanas los árabes contemplaban gozosos el inacabable desfile de sus enemigos que abandonan Valencia. Pero al observar tantos mulos y caballos cargados con tantas riquezas, se excitó su codicia y ya no pensaban sino en apoderarse de ellas.

Dando grandes alaridos se precipitaron sobre la caravana. Se entabló la

lucha, y, en lo más recio de ésta, los musulmanes se vieron atacados por la retaguardia cristiana, que escoltaba el cadáver del Cid. Al ver avanzar hacia ellos el temible Campeador, montado sobre su «Babieca», creyeron los moros verle de nuevo, vivo y amenazador, y huyeron despavoridos gritando supersticiosos:

— ¡El Cid! ¡Ha resucitado el Cid!

Los cristianos reorganizaron la caravana y prosiguieron su ininterrumpida marcha hacia Castilla, donde relataron que gracias al Cid, aun después de su muerte, les había librado —como tantas veces— de una derrota segura.

### **«LA MAYOR FELICIDAD CONSISTE EN APLASTAR AL ENEMIGO»**

*(Gengis-Kan)*

Ante Ogotai, hijo de Gengis-Kan, se presentó un musulmán refiriéndole que el emperador mogol le había mandado (durante varios sueños) le intimase a que exterminara a la perversa raza de los mahometanos.

— ¿Sabes mogol? —le preguntó Ogotai.

—No —respondió el musulmán.

—Eres un embustero —dijo Ogotai—, porque mi padre Gengis-Kan no supo nunca otra lengua.

Y le mandó matar.

El clan de los mogoles, a principios del siglo XII, habitaba a orillas del lago Baikal, en el extremo oriental del desierto de Gobi. Su jefe era el valeroso Temutchin, que tras muchas vicisitudes y luchas venció a Wang-Kan —el fabuloso «Preste Juan»—, se apoderó de Karakorum y se proclamó dueño y señor de la estepa.

Temutchin mandó reunir entonces el «Kurultei» o gran consejo de los «kanes» tártaros y les hizo ver la necesidad de nombrar un gran jefe o emperador. Después de elegir por unanimidad a Temutchin, pensaron en buscarle un título. Un adivino se adelantó y anunció el nombre con que las crónicas designarían al conquistador del mundo,

«Gengis-Ka-Kan». El Más Grande de los Gobernantes, el Emperador de todos los Hombres.

Y seguidamente quedó proclamado emperador de Tartaria. Desde entonces le llamaron « ¡Gengis-Kan! ».

El único placer de Gengis-Kan era la guerra. Había nacido para matar, porque solamente en ello pensaba.

En el reposo, se entristecía. Su única distracción consistía en combatir; su única ambición, el continuo dominio. Las vidas humanas no tenían importancia para él. No admitía una voluntad contraria a la suya. Quería libertad en sus actos.

Le dominaban los deseos. Tenía pocos sentimientos: y reducidos al amor a su tierra, a su familia, a sus amigos. Todos los demás afectos le estorbaban, o no le servían.

En cierta ocasión, después de vencer a Targutai, su más fiero enemigo, los mogoles hicieron más de diez mil prisioneros. Setenta jefes de la horda vencida fueron llevados ante Gengis-Kan, con las manos atadas al cuello. El emperador mogol los mandó arrodillarse a todos, y, uno tras otro, les abofeteó despiadadamente.

Algunos pensaron que Gengis-Kan los unciría al bochornoso yugo y les obligaría a tirar de los carros, bajo el látigo de los mogoles. Pero se equivocaban. El emperador mandó que los setenta jefes fueran cocidos vivos, allí mismo, ante su presencia. Después ordenó:

—Que se reparta su carne entre los perros.

A los demás cautivos les conservó la vida. El joven Kan no era piadoso; sin embargo, reconocía el valor y la ayuda que le podían prestar los cautivos fuertes.

Por aquellas fechas, el trono de Catay (China) estaba ocupado por la dinastía Chin, llamada «la Dinastía de Oro». La corte se hallaba en Yen-King, cerca de donde se alza hoy la moderna Pekín. Y como los tesoros del país eran inmensos, Gengis-Kan se sintió tentado... Si no se lanzó a la conquista fue porque se sentía pobre; es decir, no se creía hallar en buenas condiciones para triunfar.

—Yendo como un mendigo, con las manos vacías —solía decir—, se despierta el desprecio, no la amistad.

En el invierno del año 1210, el *Emperador de Oro* mandó cobrar el tributo que los nómadas del desierto de Gobi le pagaban desde tiempo inmemorial. El anciano monarca Chin había muerto, y el nuevo emperador era el joven Wai-Wang.

Un oficial se encargó de cobrar el tributo y de llevar consigo la proclamación del nuevo emperador. El documento (un edicto imperial) tenía que ser recibido de rodillas por el jefe mogol. Pero Gengis-Kan extendió la mano para tomar el edicto y permaneció de pie, sin que entregara el documento al intérprete para que lo leyese.

—¿Quién es el nuevo emperador? —preguntó.

—Wai-Wang.

En lugar de inclinar su cabeza hacia el Sur, según costumbre, el Kan escupió al suelo, despreciativamente.

—Yo creía que el Hijo del Cielo debía ser un hombre extraordinario —dijo—; pero un imbécil como Wai-Wang no merece ocupar un trono. ¿Por qué he de humillarme yo ante él?

Acto seguido, montó a caballo y partió. Aquella noche fueron convocados los jefes de todas las tribus tártaras en el pabellón de Gengis-Km. Poco después, la guerra contra Catay quedaba decidida.

En la primavera de 1211, las hordas mogólicas se pusieron en marcha hacia Yen-King, la capital de Catay. Si bien como Gengis-Kan se dio cuenta de que su ejército estaba mal provisto para una lucha larga, se retiró hacia sus mesetas del Gobi, después de haber llegado hasta las mismas murallas de los jardines del emperador Wai-Wang.

Al año siguiente, las hordas mogolas invadieron de nuevo Catay. El terror se apoderó de los habitantes de Yen-King. Con el fin de aplacar a Gengis-Kan, el emperador chino le envió un presente compuesto de quinientos jóvenes y un número igual de esclavas, una reata de caballos de raza, y cargas de seda y oro.

—Ahora es el Emperador de Oro el que paga tributo —dijo Gengis-Kan.

Y para demostrar su poder, dispuso que llevaran ante Yen-King cerca de un millón de chinos, y, ante los muros de la ciudad, les dio muerte. Luego, con sus cabezas construyó una pirámide más alta que los referidos muros. Y queriendo retar de nuevo a Wai-Wang, le envió un mensaje solicitando una concubina para él.

La concubina —exigió— debe pertenecer a la familia Chin. Wai-Wang aceptó el mensaje, y le mandó una de sus hijas. Con ello, Gengis-Kan se dio por satisfecho y dio orden de regresar hacia el Gobi. Pero a mitad de camino decidió retomar a Yen-King, y, poco después, la ciudad caía en poder de los mogoles. Gengis-Kan se adueñó de toda China, pero no estaba satisfecho. De regrese a Karakorum, se aburría. Su interés decrecía después de las campañas militares.

—¿Sabes cuál es la mayor felicidad del mundo? —preguntó cierto día a uno de los oficiales de su guardia.

—La libre estepa, un día despejado, un caballo veloz y un halcón en la mano para levantar las liebres —respondió el mogol.

—No —repuso el Kan—. La mayor felicidad consiste en aplastar el enemigo, en verlo caer a tus pies, arrebatarle sus caballos y bienes y oír el lamento de sus mujeres.

Gengis-Kan encarnaba el azote y el terror. Para gozar, debía luchar y correr como el huracán.

—Obedeced a Muhuli como si fuera yo mismo quien os mandase.

Esta orden dio a los catayanos, pues dejaba a Muhuli como gobernador de China. Él no había de poner de nuevo los pies en Catay, hasta pocos meses antes de morir.

Se retiró hacia Karakorum, llevándose cautivos a miles de catayanos. Al llegar al límite del desierto, se dio cuenta de que había perdido más de dos millones de hombres durante el camino, a causa del hambre. Entonces ordenó, malhumorado, a sus hordas:

—Degollad a los prisioneros que quedan —que sumaban varios millones.

Gengis-Kan sabía que al otro lado de las cordilleras tártaras existían fértiles valles y ricas ciudades que pertenecían al Sha de Corasmia. Gengis-Kan le mandó un mensaje proponiéndole su amistad, pero el Sha se rió de él y no le hizo el menor caso.

Poco después, una caravana de mercaderes mogoles fue apresada por el gobernador de Otrar, ciudad fronteriza, perteneciente al Sha. El gobernador asesinó a los mercaderes después de robarles sus riquezas. Apenas supo Gengis-Kan lo sucedido, envió al Sha una protesta concebida en términos insultantes.

Mas el orgulloso Mohamed-Sha ordenó matar al jefe de los enviados y quemar las barbas de los demás.

—¿Quién es ese Gengis-Kan? —preguntó, riendo con desprecio. Pronto lo iba a saber.

Cuando Gengis-Kan se enteró de lo sucedido a sus emisarios, se levantó del trono y amenazó, colérico:

—No puede haber dos soles en el cielo, ni dos Ka-Kanes sobre la Tierra.

Y seguidamente envió un nuevo mensaje al Sah en el que le comunicaba:

—Has elegido la guerra. Sucederá lo que tenga que suceder, y eso ninguno de los dos lo sabemos.

Seguidamente, ordenó a sus hordas que se preparasen de nuevo para la lucha. Y sin detenerse, como un alud, Gengis-Kan cayó sobre Persia. Mohamed-Sha y su hijo Jelal-ed-Din huyeron rápidos del país.

Días más tarde las tropas mogolas entraban victoriosas en Otrar, Bukhara y Samarkanda. Gengis-Kan hizo marcar a todos los prisioneros con el hierro candente que utilizaba para sus caballos.

La caída de Samarkanda significó el fin del Imperio de Mohamed-Sha, que huyó desesperadamente de ciudad en ciudad sin encontrar punto de reposo.

— ¿No hay lugar en la tierra en donde pueda librarme de ese mogol? —se lamentaba, desalentado.

Por último, decidió refugiarse en una isla cercana a Crimea. Si bien hasta allí le siguieron los hombres de Gengis-Kan, que recogieron su cadáver para ofrecérselo al emperador mogol como el más rico presente.

Nada quedó del Imperio de Mohamed-Sha. La destrucción fue total. Mas enterado de que el joven Jelal-ed-Din estaba en la India, Gengis-Kan decidió ir en su busca. Y de este modo ocurrió que la India (el país cuya conquista no pudo realizar Alejandro) se vio invadida por las hordas mogolas.

El último año de su vida Gengis-Kan dictó su código de leyes al Yassa y cimentó el Imperio, que tenía que gobernar su nieto Kubilai. Al pensar en los millones de hombres que habían perecido por su culpa, preguntó a su consejero chino Ye-Liu-Chutsay,

— ¿Crees que la humanidad me reprochará toda la sangre que he vertido?

Gengis-Kan murió en el año 1227. Como buen nómada, murió sin el menor gemido. Siendo enterrado en un bosque de los montes Altai, en el Gobi.



## II.

### De la Alemania feudal a la Venecia republicana.

#### «NUESTRO AMOR ES ETERNO»

(*Federico I «Barbarroja»*)

En tiempo del rey Corvado III se encendió una guerra civil que dividió Alemania en dos célebres bandos. *Güelfos* y *Gibelinos*, defensores, los primeros, de la Casa de Sajonia, y partidarios, los segundos, de la de Suabia, que obtuvo el triunfo.

El monarca más insigne que dio la familia de los Suabia es Federico I *Barbarroja*, llamado así a causa de tener una barba de tal color.

Parece que el célebre monarca germano había concebido una idea profunda del deber y a ella sea obligado a sacrificarlo todo: intereses, sentimientos, piedad. El día de su coronación se postró a sus plantas uno de sus fieles a quien había condenado. Hasta los asistentes unieron sus súplicas a las de éste, implorando el perdón. Pero Federico contestó:

—No la ira, sino la justicia ha dictado mi sentencia.

Y persistió en la negativa.

Durante su juventud, Federico *Barbarroja* se prendó de Gela, hija de uno de sus vasallos. Ella correspondió a su amor; si bien, no considerándose digna de tenerlo por esposo, le indujo a que se marchase. Al despedirse le dijo él:

—Nuestro amor es eterno.

—Así es —respondió ella.

A poco regreso Federico y acudió presuroso junto a Gela. Mas sólo encontró un billete que decía:

«Eres duque y debes elegir esposa. La felicidad de haber sido tuya un año, me ha dejado un recuerdo que me hará estar contenta toda mi vida.

Nuestro amor es eterno».

Gela había profesado en un convento. Y Federico, en el bosquecillo donde se había despedido de la hermosa joven, puso la primera piedra de la que luego sería la ciudad de Gelnhausen.

Apenas fue Federico coronado en Aquisgrán entró en guerra contra los milaneses rebeldes. Empezó las hostilidades atacando y tomando a Brescia: en seguida cayó sobre Milán, con cerca de cien mil hombres.

Los milaneses se prepararon para la defensa, lo que visto por Federico *Barbarroja* lanzó contra ellos un decreto de proscripción, al tiempo que hacia él un juramento:

— ¡Juro —dijo— que no me volveré a ceñir la corona sin haberlos sometido!

E inmediatamente, desde el Friul al San Gotardo, todos los valles vieron desembocar alemanes que se arrojaron sobre la llanura lombarda. Se dio principio entonces a una terrible contienda. Se devastó al país, se mató, se ahorcó. En cierta ocasión el emperador Federico ordenó bárbaramente a sus hombres:

—Sacad los ojos a esos prisioneros, dejando un ojo a uno de ellos para que guíe a los demás.

Y en el sitio de Crema, expuso los hijos, que tenía como rehenes, a los golpes de sus padres, para proteger de este modo las máquinas. Y habiendo logrado apoderarse de la ciudad (por traición del ingeniero) la destruyó sin piedad.

Desde allí marchó contra Milán, espantada al enterarse de sus crueldades. La ciudad se hallaba en apurada situación, tanto por la frecuente devastación de sus campos como por el abandono de todos los pueblos vecinos.

Sin embargo, opuso una vigorosa resistencia al invasor, mas las traiciones, el hambre y la superioridad de las tropas feudales, la obligaron a rendirse sin condiciones.

Y el pueblo, con vestiduras de penitentes, llevando cruces en las manos, se dirigió a Lodi, donde acampaba Federico *Barbarroja*. Y allí, precedido del *carroccio*, acostumbrado a desplegar en otro tiempo las banderas victoriosas, inclinó entonces la antena en presencia del emperador, al triste son de las trompetas.

El sagrado carro y noventa y cuatro estandartes fueron entregados a los

alemanes, e hicieron acto de sumisión ocho cónsules y otros tantos caballeros, teniendo en la mano las espadas desnudas.

No solamente los italianos y el conde de Biandrate, sino hasta los barones alemanes y la corte suplicaron el perdón a Federico, el cual, cerrando los oídos a la compasión, déspota y orgulloso de su victoria, ordenó a los milaneses:

—Volved a vuestras casas y aguardadme allí hasta que yo vaya.

Y al cabo de diez días de ansiedad terrible, y después de disponer que evacuaran la ciudad sus habitantes, ordenó implacable:

—Que sea destruida hasta sus cimientos.

Al parecer, Federico *Barbarroja* cambió bastante con el curso de los años. En 1187 Jerusalén cayó por segunda vez en manos de los turcos después de la batalla del lago Tiberíades, ganada a los cristianos por el célebre Saladino.

El Papa recién elegido, Gregorio VIII, hizo inmediatamente un llamamiento para la nueva Cruzada, mandando que los obispos que la predicaban no subiesen en coche y fueran a pie, mientras Jerusalén no tornara a manos de la Cristiandad.

Pueblos enteros, como arrancados de cuajo, se dispusieron a partir hacia Palestina al grito de « ¡Dios lo quiere! ». También respondió entusiasmado al llamamiento el emperador de Alemania, Federico *Barbarroja*, que en la dieta conocida con el nombre de *Hoflaje Jhesu Christi*, declaró:

—Hago saber a todos que a pesar de mi avanzada edad, pienso ir personalmente a la Cruzada.

Efectivamente: Federico fue el primero en emprender la Tercera Cruzada el frente de un numeroso ejército. Luego iban a seguirle el rey Felipe Augusto de Francia, y el recién coronado Ricardo de Inglaterra, de sobrenombre *Corazón de león*, por su extraordinario valor.

Poco después, Federico *Barbarroja* parecía ahogado al bañarse en la fría corriente del Calidadno o Cydnus, río de Seleucia al norte de Tierra Santa. El emperador contaba entonces sesenta y siete años de edad.

## «ATADLO CON CADENAS DE PLATA»

(Ricardo «Corazón de león»)

El caballeresco rey de Inglaterra, Ricardo *Corazón de león*, tomó parte en la Tercera Cruzada. Al dirigirse a Tierra Santa, una violenta tempestad obligó a su escuadra a refugiarse en Chipre.

Isaac Comneno, que reinaba allí con el pomposo título de Emperador, se enfrentó a las tropas de Ricardo, siendo vencido. Humillado por su derrota, dijo al monarca inglés:

—Me obligo a prestarte homenaje, a entregarte todos mis castillos y a servir a tus órdenes en Tierra Santa con quinientos caballeros, y a pagar trescientos mil marcos de oro.

—Si cumples lo pactado —le dijo Ricardo—, al regreso de Palestina serás repuesto en tu reino con todos los honores. Mas Comneno bien pronto faltó a su palabra y, aprovechando la generosidad del monarca inglés, volvió a tomar las armas, siendo otra vez derrotado y hecho prisionero.

—Os suplico que no me carguéis con cadenas de hierro como a un criminal —pidió de rodillas Isaac Comneno.

—Quiero concederos lo que me pedís —replicó Ricardo. Y dirigiéndose a sus hombres, sentenció:

—Atadlo con cadenas de plata.

Poco antes de partir de Tierra Santa, Ricardo *Corazón de león* acampó sus fuerzas ante las puertas de San Juan de Acre, y esperó atrevidamente la aparición del enemigo. Con las primeras luces del alba, los sarracenos se lanzaron al ataque.

La inesperada acometida hizo que de pronto, por el campamento cristiano, no se oyera más que los gritos de:

— ¡A las armas! ¡Que vienen los musulmanes!

Los caballeros apenas tuvieron tiempo de cubrirse con algunas prendas, sin que pudieran colocarse sus armaduras. Ricardo de Inglaterra tomó sus armas y, después de saltar sobre la silla del caballo, arengó a sus tropas:

—Pelead como hombres cuya única salvación está en su valor. Por mi mano cortaré la cabeza de los que no cumplan con su deber.

Tras un duro combate los cristianos consiguieron la victoria, gracias a que Ricardo, montado sobre su brioso corcel y blandiendo su temible espada, sembró el pavor entre los sarracenos. Pero cuando los cruzados volvían a su campamento se encontraron con la desagradable sorpresa de que el enemigo había entrado en la ciudad.

— ¿Qué haremos ahora? —preguntó uno de los caballeros ingleses.

—Volver a empezar —contestó secamente Ricardo.

Y empuñando la espada de nuevo se lanzó furiosamente contra el enemigo, seguido de cerca por sus hombres.

Queremos recordar que Ricardo de Inglaterra unía a sus prendas físicas y a su indomable valor un gracejo singular y una aguda penetración, que le hacían ser el eje de todas las conversaciones. Él era quien con sus agudas y picantes intervenciones mantenía vivo el interés de las reuniones, y por doquier se celebraban sus ocurrencias o sus contestaciones, llenas de ironía y de gracia.

Conocido es el caso del predicador contemporáneo suyo, que solía decir verdades muy atrevidas, y que influido por el decir de las gentes, se permitió un día recomendar al rey Ricardo:

—Señor, os aconsejo que dejéis tres de vuestros vicios principales.

— ¿Cuáles son? —preguntó, intrigado, el monarca.

—El orgullo, la disolución y la avaricia —contestó el predicador, sin inmutarse.

Al oír tales palabras, Ricardo sonrió levemente y, sin meditar mucho, replicó seguidamente:

—Me place. Me desprendo de ellos, y en consecuencia doy el primero de ellos a los templarios, el segundo a los nobles y el tercero a los obispos.

Semejante contestación, que denotaba un gran ingenio y excelente humor, obligó al monje a taparse disimuladamente el rostro, para evitar que el rey observara la risa que la irónica y atinada respuesta le había producido.

También era proverbial la magnanimidad de Ricardo *Corazón de león*. A principios de abril del año 1199 llegó el monarca inglés con sus tropas hasta el castillo de Châlus, en el Limousin, donde se refugiaba su enemigo el vizconde de Limoges.

Había emprendido, sin saberlo, la última aventura de su vida caballeresca. Al día siguiente, mientras sus hombres sitiaban el Castillo, él,

seguido de su fiel Marcadeo, iba circundando la fortaleza tratando de hallar algún punto vulnerable por el que lanzarse al asalto.

De pronto, una flecha disparada desde los muros del castillo le hirió en la espalda, yéndose a clavar justamente por un intersticio de la armadura.

Mientras Ricardo era asistido por el médico, los sitiados vitoreaban al arquero Bertrán de Gourdon, que había conseguido herir de muerte al que hasta entonces parecía invulnerable.

Poco después, en tanto que Ricardo yacía moribundo en su lecho, Marcadeo entró en la tienda y le informó de la toma del castillo. Y queriendo justificarse ante el rey, agregó:

—Señor, guardo vivo al arquero que os hirió, para que vos dispongáis el castigo que merece.

—Hacedle venir —ordenó el monarca.

Marcadeo salió de la tienda, y segundos más tarde regresaba acompañado del prisionero. Ricardo miró unos instantes fijamente al arquero y con voz débil le preguntó:

—¿Y qué te he hecho yo para que me mates?

—Tus hombres han dado muerte a mi padre y a mis hermanos —respondió con serenidad el arquero—. Yo les he vengado y ahora sufriré contento los suplicios que me impongas.

Un rugido de indignación y de ira brotó de la garganta de todos los presentes. Los más dieron un paso adelante con intención de castigar al arquero Bertrán de Gourdon, que, indiferente y tranquilo, permanecía junto al lecho del soberano. Mas un ademán del rey les contuvo, mientras decía:

—Para que veas que no te guardo ningún rencor, te perdono haberme herido y desde ahora eres libre.

Dirigiendo luego su mirada hacia el caballero De Vaux, le ordenó:

—Dadle de regalo cien chelines, amigo mío.

—Pero, señor... —intentó protestar De Vaux.

—Cumplid lo que ordeno —dijo Ricardo, haciendo un gran esfuerzo para incorporarse en el lecho.

Instantes después, Ricardo *Corazón de león*, rey de Inglaterra, dejaba de existir. El 6 de abril del año 1199. Tenía cuarenta y dos años de edad.

## «TU CABEZA SERÁ EL BADAJO DE LA CAMPANA»

(*Ramiro II*)

En 1134, dispensado de sus votos monásticos, ciñó le corona aragonesa Ramiro II *el Monje*, a cuyo reinado se atribuye la célebre tradición de «La Campana de Huesca».

Se supone que, no pudiendo sujetar dicho monarca a los grandes del reino, que le menospreciaban y zaherían llamándole *Rey Cogulla*, hizo decapitar a los más revoltosos.

Se dice que, antes de tomar tal determinación, decidió pedir consejo sobre el caso el abad de su antiguo convento. Y que éste, por toda respuesta, se dirigió al huerto y principió a cortar las cabezas de las plantas que allí había.

Conviene recordar que idéntica respuesta simbólica dio Tarquino *el Soberbio*, rey de Roma, a su hijo Sexto, que le consultaba también sobre un caso análogo. Ya antes se había atribuido por los historiadores griegos a Periandro, tirano de Corinto, consultado por Trasíbulo, tirano de Milete. Toda la diferencia estriba en que las «plantas» son espigas en la tradición griega y aragonesa; y adormideras en la romana.

Quince fueron las cabezas que Ramiro II *el Monje* mandó cortar. Luego las hizo colocar en una bóveda, a manera de campana, «para que tal escarmiento sonase mucho».

Y se cuenta que habiendo llamado el rey al obispo que capitaneaba a los próceres levantiscos, le mostró las cabezas cortadas y le preguntó:

— ¿Qué os recuerda la forma en que están colocadas?

—Una campana sin badajo —respondió el obispo.

—Pues su cabeza será el badajo de esa campana —le contestó Don Ramiro.

Y sin pérdida de tiempo dio orden de decapitar al rebelde.

Según parece, en 1877 fueron descubiertos los sepulcros de los decapitados en el monasterio de San Pedro el Viejo, de Huesca. Y en esta ciudad se muestra todavía la bóveda, denominada «La Campana», en la cual se supone ocurrió el trágico suceso registrado por la leyenda.

Para asegurar la sucesión de la corona, Ramiro II se casó con Doña Inés de Aquitania. Este matrimonio, celebrado en Barbastro (Huesca) el 11 de agosto de 1137, fue declarado válido por el antipapa Anacleto II, mediante la dispensación de los votos eclesiásticos hechos por el *Rey Monje*.

—Lo cierto es —ha dicho hace poco una autoridad eclesiástica española— que ni la disciplina eclesiástica de entonces, ni en la actual, se han considerado dispensables por la Santa Sede los votos monásticos.

Por consiguiente, aquel matrimonio debe estimarse como nulo ante el derecho Canónico, por más que surtiera efectos civiles y nadie pusiera en duda la legitimidad de la princesa Petronila, nacida de tal enlace.

Ramiro II *el Monje* dio a su hija Petronila en esponsales al conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV, en quien, al mismo tiempo, abdicó la corona.

—Yo me retiro de nuevo al claustro —declaró Don Ramiro.

Se retiró, en efecto, al convento de San Pedro el Viejo, que es posiblemente el edificio monumental más antiguo de Huesca. En una de sus tenebrosas capillas está enterrado el *Rey Monje*, que tan popular han hecho el teatro, la novela y el pincel.

Es curioso observar que por declaración de las Cortes reunidas en este reinado, fue adoptada la famosa «Ley sálica» por la cual quedaron excluidas del trono las hembras.

Dichas disposiciones permitieron dejar con ello preparada la unión de los reinos de Aragón y Cataluña, que se realizó en tiempo de Alfonso II.

En 1196 este rey transmitió el cetro a su hijo, Pedro II *el Católico*, que, guiado por el fervor de sus sentimientos religiosos, fue a coronarse en Roma, por mano del Papa.

Lo extraño es que, luego, el mencionado monarca tomó parte a favor de los herejes «albigenses» en la Cruzada que contra ellos formuló el Papa y llevó a cabo Simón de Montfort. Aunque Pedro II protestó disculpándose:

—Yo no defiendo la causa de los heterodoxos, sino únicamente sus territorios ultrapirenaicos —Provenza, Rosellón, Cerdaña y Montpellier, principales focos de la herejía.

Al rey Pedro II de Aragón le gustaban muchos las aventuras galantes. Habiendo escrito un día a una dama de Tolosa diciéndole, en estilo caballeresco, que sólo por su amor había tomado las armas, Simón de Montfort, enterado del hecho, comentó con los suyos:



—Cierta es nuestra victoria, porque nuestro enemigo sólo tiene a su favor los ojos de su bella.

El ilustre español Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de Predicadores, empleó su ardiente caridad y elocuencia en la conversión de los albigenses, habiéndolo conseguido con más de cien mil. Para lograrlo, tuvo que luchar, no sólo contra la impiedad de aquéllos, sino también contra los excesos de los cruzados y el implacable rigor de su jefe, Simón de Montfort, llamado por tal motivo el *Macabeo de su siglo*.

Santo Domingo, para obtener pronto y favorable resultado en su empresa, por intercesión de la Santísima Virgen, instituyó la devoción del Santo Rosario, rápidamente extendida por todo el mundo católico.

En cierta ocasión, pasando Santo Domingo de Guzmán por donde sabía que estaban los albigenses apostados esperándole, cantaba alegremente. Extrañados le preguntaron los herejes:

—¿Acaso no tienes miedo a la muerte? Si te hubiésemos cogido, ¿qué hubieras hecho?

A lo que el Santo dominico respondió:

—Os hubiera suplicado que no me mataseis de un solo golpe, sino que prolongaseis mi martirio con sucesivas mutilaciones, a fin de merecer mayor corona por mis repetidos y duraderos tormentos.

A la muerte de Pedro II de Aragón —casado con María de Montpellier— subió al trono su hijo de cortos años, Jaime I *el Conquistador*, a quien sus tíos pretendían usurpar la corona. Mas el joven príncipe triunfó luchando contra ellos y comenzó a gobernar el reino, formando el plan de una gran empresa.

Tal fue la conquista, en 1229, de las islas Baleares, en cuya empresa ganó Don Jaime el título de Conquistador. Animado con el buen éxito de la trascendental victoria, invadió el reino de Valencia, tomando varias plazas, y por último la bella ciudad del Turia.

Durante el tiempo en que los cristianos tuvieron su campamento ante Valencia, anidó en lo alto de la tienda de Don Jaime una pareja de murciélagos a los que quisieron ahuyentar los soldados por creerlos de mal agüero. Mas el rey no lo consintió, diciendo:

—El hecho extraño de anidar en tal sitio animales que buscan siempre la obscuridad es de felices auspicios.

Y confirmados estos con la toma de Valencia, Don Jaime añadió a los

signos heráldicos de su escudo un murciélago (*rat penat* en lemosín) como recuerdo de tal suceso.

## « ¡NI AUN LOS PECES SURCARÁN EL MEDITERRÁNEO! »

(*Roger de Lauria*)

Jaime I *el Conquistador* dejó el reino de Aragón a su primogénito Pedro III *el Grande*, llamado también el *Épico*, a quien hizo Boccaccio héroe de la más delicada y exquisita de sus novelas, y que mereció ser retratado por Dante en un terceto de la «Divina Comedia».

Pedro II de Aragón, cuando trataban de conocer sus intenciones, solía decir:

—Tanto me importa guardar el secreto, que si lo supiera mi mano derecha la cortaría con la izquierda.

Por estar casado con Doña Constanza de Suabia, hija de Manfredo y prima del joven Conradino (decapitado en le plaza de Nápoles por Carlos de Anjou, llamado *el tirano de las dos Sicilias*), Pedro III de Aragón vino a ser el representante de los derechos que los emperadores de Alemania tenían sobre Italia.

Se cuenta que, al subir Conradino al cadalso, arrojó un guante, que fue recogido por el caballero napolitano Juan de Prócida, y llevado a Pedro III como pariente más inmediato del ajusticiado.

—A vos os toca vengar su muerte —le dijo.

Entre los que condenaron más duramente la tiranía de Carlos de Anjou, mostrándose decididos adversarios del príncipe, se halla Tomás de Aquino, que floreció en esta época.

Contando los sicilianos con el auxilio de Pedro III de Aragón, produjeron el famoso alzamiento nacional conocido con el nombre de «Vísperas Sicilianas», durante el cual se dio muerte a casi todos los soldados franceses que guarnecían la isla de Sicilia.

Una ligera chispa hizo estallar el gran incendio. Todo ocurrió de la forma más inesperada. El día 30 de marzo de 1282 se dirigía a la catedral de Palermo, con objeto de asistir a las vísperas de Pascua de Resurrección, la joven Ninfa acompañada de su marido, Rogelio Mastiángelo.

De pronto, un soldado francés llamado Drouet se propasó al registrar a la dama impúdicamente, bajó el pretexto de ver si llevaba armas; pues

estaba prohibido su uso a todos los sicilianos.

— ¡Mueran los franceses! —gritó el marido.

Y al mismo tiempo hacía pagar a Drouet su lasciva audacia con la muerte. Instantes después, el grito de « ¡Guerra y exterminio!» resonó por toda la ciudad, y poco más tarde en toda la isla.

Cuentan que, para reconocer a los franceses disfrazados, los sicilianos les hacían decir el vocablo italiano *cicciero*, cuya pronunciación es difícil a los extranjeros.

El monarca aragonés acudió rápidamente en socorro de Sicilia, pasando la isla al dominio de los reyes de Aragón, después del combate naval de Mesina, en que la flota de Carlos de Anjou quedó completamente destrozada por la escuadra aragonesa, mandado por el italiano Roger de Lauria, el mejor marino de su tiempo.

Al famoso Roger de Lauria se le atribuye la siguiente frase, pronunciada en un arranque de entusiasmo por el éxito del combate contra el de Anjou:

— ¡Mientras yo dirija la escuadra aragonesa, tripulada por los valerosos almogávares, ni aun los peces surcarán las aguas del Mediterráneo, si no llevan en su lomo las armas de Aragón!

Los «Almogávares» eran una milicia franca, compuesta de montañeses de Aragón, Cataluña y Navarra, los cuales, mandados por jefes propios, hacían la guerra por su cuenta contra los moros o servían mercenariamente a los reyes.

Iban vestidos de pieles, calzaban abarcas y llevaban una red de hierro a manera de casco. Sus armas consistían en espada, chuzo y venablo. Y su grito de guerra, que lanzaban golpeando el suelo con el chuzo, era el famoso y terrible: *¡Desperta, ferro!*

Mientras tanto, Sicilia toda aclamó por rey a su libertador Pedro III de Aragón, quedando desde entonces incorporada la hermosa isla a la gran monarquía aragonesa.

Vencido y humillado Carlos de Anjou, quiso deshacerse de su rival a toda costa, y le mandó un cartel de desafío, si bien no concurrió después al duelo. Sólo se presentó en el palenque Pedro III *el Grande*.

Merece recordarse el hecho de que se había designado por palenque, como campo neutral, la plaza de Burdeos, que a la sazón se hallaba en poder de Inglaterra. El monarca aragonés, para no ser reconocido, llegó a dicha

ciudad francesa disfrazado de mozo de mulas al servicio del mercader Domingo de la Figuera, popular tratante en caballerías y gran conocedor de los caminos del país. En los alojamientos el mercader era servido a la mesa por dos criados verdaderos y por el rey de Aragón, disfrazado de sirviente.

El pintor Tusquets se inspiró en tan divertido asunto para pintar uno de sus mejores cuadros.

No todos se conformaron con que Sicilia pasara a manos aragonesas. El francés Felipe III el Atrevido, penetró en España con su ejército para luchar contra Pedro III de Aragón. A fin de conjurar el peligro de la invasión, el monarca aragonés otorgó al reino el célebre «Privilegio general», fundamento de las libertades aragonesas.

De esta forma pudo detener y rechazar a los franceses que, en efecto, fueron casi exterminados, al introducirse por los Pirineos, en el Collado de las Panizas (*Coll de Panissars*), por los fieros almogávares.

Por el mismo sitio había tratado de penetrar el ejército invasor. Y habiendo el legado pontificio conjurado a Pedro III a que le franqueara el paso, recibió la siguiente noble respuesta:

«Es fácil dar y aceptar reinos que nada han costado; pero el mío, comprado con la sangre de mis abuelos, habrá de comprarlo, quien lo quiera, a igual precio».

Los invasores consiguieron poner sitio a Gerona: si bien hubieron de levantar el asedio por haberse desarrollado en su ejército terrible epidemia.

Una tradición piadosa atribuye el origen de aquel mal a la profanación que con los restos mortales de San Narciso (patrón de Gerona) cometieron los franceses cuando se adueñaron de la ciudad. Parece ser que comenzaron a salir del profanado sepulcro unas moscas venenosas, de color azul y verde con listas rojas, que producían la muerte con sus picaduras.

Del citado episodio, acaecido en el mes de septiembre de 1286 (según la Crónica de los Reyes de Aragón que se conserva en el archivo de Barcelona), nació la frase, tan usada en Cataluña:

«Hace más daño que las moscas de San Narciso».

El gran Pedro III de Aragón, que a sus laureles de soldado juntó los de trovador, fue un rey noble y justiciero. Cierta día, un arcediano de Sevilla mató a un zapatero de la misma ciudad. Y como un hijo de éste fuese a pedir justicia, el juez de la Iglesia dio la siguiente sentencia:

—Condeno al arcediano a que no diga misa en un año.

Pocos días después el rey Don Pedro III de Aragón llegó a la ciudad del Guadalquivir. El hijo del zapatero acudió inmediatamente a ver al monarca aragonés y le dijo que el arcediano de Sevilla había dado muerte a su padre.

— ¿Has pedido justicia? —le preguntó el rey.

Entonces el joven le explicó detalladamente lo sucedido. Don Pedro le preguntó:

— ¿Serás tú hombre para matarlo, pues no te hacen justicia?

—Sí, señor —le respondió el hijo del zapatero.

—Pues hazlo así —replicó el rey.

Aquel día era víspera de la fiesta del Corpus Christi. Y al día siguiente, cuando el arcediano iba en la procesión, casi al lado del monarca, el hijo del zapatero le dio dos puñaladas y el arcediano cayó muerto.

Le prendió la justicia y mandó el rey que lo trajesen ante él. Le preguntó:

— ¿Por qué has dado muerte al arcediano?

—Señor —respondió el mozo—, porque mató a mi padre y, aunque pedí justicia, no me la hicieron.

El juez de la Iglesia, que cerca estaba, respondió que sí, que se la había hecho y muy cumplida.

— ¿Y qué sentencia dictasteis? —preguntó el rey.

El juez respondió que le había condenado a que durante un año no dijese misa.

Don Pedro dijo entonces a su alcaide:

—Soltad a ese hombre. Yo le condeno a que durante un año no cosa zapatos.

**«NO FALTAN INFIELES EN MI TIERRA»**

*(Fernando III «el Santo»)*

Fernando III el Sardo, rey de Castilla y de León, solía decir:

—Temo más la maldición de la más ínfima mujer que a todos los ejércitos de los moros.

Después de conquistar para Castilla las ciudades de Córdoba, Murcia y Jaén, el monarca se propuso, luego, apoderarse de Sevilla. Y al efecto envió por el Guadalquivir, con dirección a esta ciudad, una escuadrilla (núcleo que fue de nuestra Marina de guerra) improvisada en la costa cantábrica.

Las naves fueron organizadas por el burgalés Ramón Bonifaz (primer almirante de la Armada española), que cortó por medio de barcazas la comunicación entre Sevilla y el barrio de Triana, mientras que el ejército de tierra alzaba sus tiendas en el extenso campo de Tablado.

Más de un año duró el cerco, y no pudiendo los sitiados prolongar la resistencia, entregaron al rey de Castilla la hermosa ciudad del Betis, el 22 de diciembre de 1248.

Entre los héroes que se destacaron durante el sitio, figura el famoso Garcí-Pérez de Vargas, hombre de fuerza descomunal, y cuya gloriosa espada (la misma que había usado el conde Fernán-González y que hoy se conserva en la «Biblioteca Colombina» de Sevilla), tiene grabada la inscripción:

«De Fernán-González fui, — de quien recibí el valor; — y no lo adquiriré menor — de un Vargas a quien serví. — Soy la octava maravilla — en cortar moras gargantas: no sé yo decir cuántas; — mas sé que gané a Sevilla».

Refiere la Crónica que en una incursión que hicieron las tropas de Fernando III, acaudillados por el infante Don Alfonso (hermano del rey), se distinguió por su valor y fuerza hercúlea el caballero toledano Don Diego Pérez de Vargas, hermano del citado Garcí-Pérez.

Ocurrió que, después de haber inutilizado y roto su lanza y su espada en un encuentro habido con los moros sevillanos cerca de Jerez, y no teniendo de qué echar mano, desgajó la recia rama de un olivo y con ella derribó a cuantos moros se pusieron a su alcance. Gozoso al verlo su deudo Alvar Pérez, le gritaba desde lejos:

— ¡Machuca, Vargas, machuca!

Y por eso desde aquel memorable día llamaron al valiente caballero *Diego Machuca*, apellido que llevan sus gloriosos descendientes.

San Fernando no quiso mezclarse en empresas y aventuras extrañas. Pues habiéndole invitado su pariente San Luis, rey de Francia, e tomar parte en las Cruzadas contra los infieles llevadas a cabo por aquel príncipe, le contestó negativamente, diciendo:

—No faltan infieles en mi tierra.

Heredó la excelsa corona del que fue San Fernando, su primogénito Alfonso X *el Sabio*. La desmedida afición a la Astronomía de que dio reiteradamente pruebas este monarca, hizo que se dijera de él:

—Por mirar demasiado al cielo había descuidado los asuntos de la tierra.

Al morir Alfonso X, pasó le corona a las sienes de su hijo Sancho IV *el Bravo*, contra el cual se rebelaron su hermano el infante Don Juan y Don Lope de Haro, señor de Vizcaya. Se dice que Don Sancho, fingiendo deseos de reconciliación y comodamiento, los llamó e las Cortes que se celebraban en Alfaro. Y dirigiéndose contra el señor de Vizcaya, de un golpe de maza lo dejó muerto a sus pies.

Mal lo hubiera pasado también el infante Don Juan si la reina Doña María de Molina, deseando protegerlo, no le hubiera advertido:

—Huye, Don Sancho te busca para matarte.

Y atendiendo el consejo el infante halló su salvación en la fuga, pasándose acto seguido al servicio de los infieles en Marruecos.

Sancho IV persiguió tenazmente a cuantos se declararon en favor del príncipe de la Cerda. Después de matar (como hemos dicho) por su propia mano a Don Lope de Haro, hizo acuchillar a 4000 partidarios del infante y a otros muchos en Badajoz y otras poblaciones.

Un historiador moderno ha escrito:

«Sancho IV parecía atacado de la monomanía sanguinaria que caracteriza al temperamento de muchos miembros de su familia ya que va en terrible crescendo hasta Don Pedro *el Cruel*.

Don Sancho continuó la guerra contra los moros, apoderándose de la plaza de Tarifa, cuya defensa y gobierno confió a Don Alfonso Pérez de Guzmán, que recibió el sobrenombre de *el Bueno* por haber preferido la muerte de un hijo suyo, que se hallaba en poder del infante Don Juan, antes que entregar a éste aquella plaza, que tenía sitiada con gente mora.

Ya antes había empleado el infante Don Juan igual recurso para rendir el alcázar de Zamora, cuando, rebelde y su padre Don Alfonso *el Sabio*, andaba sublevando ciudades en favor de su hermano Sancho.

Y ocurrió que encerrada en dicha fortaleza zamorana la mujer del alcalde de Zamora, don Gutierre Pérez, la cual había dejado en la ciudad, al



cuidado de una fiel nodriza, el hijo que diera a luz pocos días antes. Y habiendo caído éste en poder de Don Juan, el padre le entregó al infante el alcázar para evitar el asesinato del niño, con que le amenazaba el príncipe.

El éxito que entonces obtuvo por la debilidad del corazón materno, alentó a Don Juan a buscar el mismo resultado en Tarifa. Y todo fue porque tenía en su poder a un hijo de Guzmán, niño de diez años, que aquél le había entregado, cuando eran amigos, para que lo llevara a Portugal al lado del rey Dionís, pariente de Don Alfonso.

Pero el infante no había cumplido tal encargo. Y a sus intimidaciones para que Guzmán le entregara la plaza, respondió éste arrojando, desde la muralla, su propio cuchillo y diciendo al cobarde Don Juan:

—Si en el campo no hay acero, ahí va el mío; que antes os diera cinco hijos si los tuviera, que una villa que tengo confiada por el rey.

Y el día 21 de septiembre de 1294, el infante consumó el crimen que le ha traído la eterna maldición de la Historia.

Poco después falleció, aún en la flor de su vida, el animoso e ilustrado rey Sancho IV *el Bravo*. Parece ser que los remordimientos de su conciencia, que le acusaban de hijo rebelde, abreviaron su vida.

Cercano ya a la muerte, decía él mismo, según testimonio del infante Don Juan Manuel en su libro «De las tres razones»:

«Bien creo que esta muerte que yo muero, non es muerte de dolencia; mas es muerte que me dan mis pecados, et sennalamente por la maldición que me dio mio padre por muchos merescimientos que yo le merecí.»

A Sancho IV *el Bravo* sucedió, en 1295, su tierno hijo Fernando IV *el Emplazado*, bajo la regencia de su madre la animosa Doña María de Molina.

En el primer año de su reinado ocurrió un suceso que, según tradición piadosa, produjo entre los judíos españoles un gran número de conversiones al cristianismo. Refieren los célebres conversos Pablo de Santa María y Fray Alonso de Espina que un día anunciaron los más sabios rabinos:

—El 30 de abril de este año 1295 vendrá nuestro Mesías.

Todos los judíos se dirigieron, tal día, a las sinagogas al amanecer. Sin embargo, en vez de oír la celestial trompeta que había de anunciar el suspirado advenimiento, vieron en los cielos la figura de la Cruz reflejándose sobre los muros de los templos y en las blancas túnicas de los israelitas, que, atónitos y desconcertados por tan significativo milagro, unos huían despavoridos y otros pedían el bautismo.

Fernando IV, que en sus expediciones contra los moros recobró, ayudado por Guzmán el Bueno, la plaza de Gibraltar, lleva el nombre de *el Emplazado*, porque condenó a muerte en Martos a dos hermanos, llamados «los Carvajales». Éstos, inocentes del crimen que se les imputaba, emplazaron con las siguientes palabras al rey, al tiempo de morir:

—Os emplazamos para que en el término de treinta días os presentéis ante el tribunal de Dios a responder de vuestra injusta sentencia.

Y se cuenta que el rey Fernando IV fue hallado muerto en la cama al cumplirse el referido plazo.

### **«NI QUITO NI PONGO REY, PERO AYUDO A MI SEÑOR»**

*(Du Guesclin)*

Pedro I *el Cruel* subió al trono al morir su padre Alfonso XI. Empezó mal su reinado, pues permitió que su favorito Alburquerque diera muerte al célebre Garcilaso de la Vega, que provocó en Burgos un alboroto contra el rey.

El monarca reunió después Cortes en Valladolid. Y en su apertura pronunció Don Pedro estas bellas palabras, expresadas ya por Alfonso X *el Sabio* en las «Partidas»:

«Los reyes e los príncipes viven e regnan por la justicia, en la cual son tenudos de mantener e gobernar los sus pueblos, e la deben cumplir e guardar».

Pero mientras Don Pedro se ocupaba en hacer leyes beneficiosas, su hermano bastardo Don Enrique, conde de Trastámara, alzaba en Asturias bandera de rebelión, al grito de: « ¡Don Pedro es un rey ilegítimo, porque descende de familia judía! ».

Queremos recordar al respecto que la memoria de la reina madre ha sido mancillada por la imputación de haber hecho substituir una niña que ella dio a luz, por un niño judío, que es el que reinó con el nombre de Don Pedro I *el Cruel*. El bastardo Don Enrique fue quien más propaló tal calumnia, con el fin de que se considerase ilegítimo a su hermanastro.

Por el mismo tiempo se rebeló también, haciéndose fuerte en Aguilar, Don Alfonso Fernández Coronel, el cual, rendida la plaza por el favorito Alburquerque, fue condenado a muerte. Y, como el vencedor le hiciese

cargos por su conducta, contestó:

—Esta es Castilla, que hace los hombres y los gasta.

Mientras tanto, el bastardo Don Enrique, refugiado en Francia, entró en España al frente de las Compañías Blancas, cuyo jefe era el famoso Beltrán (o Bertrand) Du Guesclin.

Por su parte, Don Pedro 1, abandonado de todos, pasó también a Francia y volvió con tropas inglesas, acaudilladas por el no menos célebre *Príncipe Negro*. La venida del famoso caballero príncipe a España ejerció gran influencia en nuestra literatura, pues entonces se introdujeron en el país los libros de Caballería.

Don Pedro *el Cruel* y el bastardo Don Enrique combatieron en la batalla de Nájera, siendo derrotado este último. Beltrán Du Guesclin resistió solo, apoyado contra una muralla, las acometidas enemigas, logrando derribar a Don Pedro. Pero al verse rodeado, se rindió el *Príncipe Negro*, el que le dijo:

—A lo menos no habré rendido mi espada sino al más valeroso príncipe de la tierra.

Asimismo se hizo prisionero durante la batalla a López de Ayala, cronista de este reinado, a quien luego Don Pedro dio libertad, lo mismo que a Du Guesclin. Al momento de partir, dijo López de Ayala el rey:

—Os habéis deshonrado para siempre al haber aceptado la intervención extranjera para manteneros en el trono.

Enrique de Trastámara reclutó nuevas tropas en Francia y volvió a invadir, por segunda vez, el territorio español. En los campos de Montiel tornaron a luchar los dos hermanos, viéndose obligado Don Pedro a encerrarse en el castillo de dicha población. Salió de allí el rey, engañado por Du Guesclin, que le llevó a la tienda de Don Enrique.

Empezada una furiosa discusión, se trabó la lucha cuerpo a cuerpo entre los dos hermanos, cayendo el bastardo debajo de Don Pedro, que era el más forzado. Pero el miserable Du Guesclin les dio la vuelta, diciendo:

—Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor.

Y entonces Don Enrique consumó el fratricidio hundiendo el puñal en el corazón de su indefenso hermano.

Se cuenta del mercenario Du Guesclin que cierto día se presentó al rey Eduardo dispuesto a obedecerle en todo, mientras no fuese contra su señor.

— ¿Y quién es vuestro señor? —preguntó el monarca inglés.

—Monseñor Carlos de Blois, al cual pertenece de derecho el ducado de Bretaña.

—*Monsieur Bertrand* —dijo el rey de Inglaterra—, antes que ser como vos decís, se perderán cien mil vidas.

—Tanto mejor —respondió Du Guesclin—: los que queden tendrán los vestidos de los otros.

Aunque la historia ha calificado a Don Pedro de *Cruel*, no le han faltado vindicaciones y aun apologistas que, desde el siglo XVII hasta nuestros días, vienen apellidándole *el Justiciero*. Y hasta la tradición popular le juzga como monarca recto y justo por excelencia.

Puede decirse que hasta hace muy poco no había aldea en España donde los ancianos no contaran, al amor de la lumbre en las veladas de invierno, alguna de las muchísimas anécdotas que, como la del zapatero, la del lego de San Francisco, la de la sombra del diácono, la de la vieja del candilejo, la del arcediano de San Gil, y otras, ha inventado la rica imaginación de nuestro pueblo para presentar como rey inflexible y recto a Don Pedro I.

Por otra parte, también desde «El Infanzón de Illescas», de Lope de Vega, hasta «El Zapatero y el Rey», de Zorrilla, la figura de Don Pedro I de Castilla ha aparecido siempre como el ideal de un rey en la Edad Media.

Sobre el cadáver de su hermano alzó el trono Enrique II *el Bastardo*, apellidado también *el Fratricida*, como Don Martín López de Córdoba, que se hizo fuerte en Carmona con dos hijos de Don Pedro.

Con no menos bríos que Carmona resistió la ciudad de Zamora. En ella se repitió la heroicidad de Guzmán *el Bueno*, aunque no ha sido tan divulgada por la Historia. Los sitiadores de la urbe cogieron a tres hijos de Alfonso López de Tejada, uno de los principales defensores de la ciudad, y anunciaron:

—Les daremos muerte, si no entregáis la ciudad.

Y como López de Tejada se negara con inquebrantable serenidad a tal claudicación, los tres niños fueron bárbaramente degollados.

Entretanto, Carmona se rindió bajo ciertas condiciones, que no cumplió Enrique II, pues hizo matar a Don Martín López de Córdoba en Sevilla, martirizándolo bárbaramente.

La Crónica relata secamente:

«El lunes, doce días del mes de julio, arrastraron a Martín López por toda Sevilla, e le cortaron pies e manos en la plaza de San Francisco, e le quemaron».

Se cuenta que, al ser arrastrado por las calles, hubo de encontrarle Beltrán Du Guesclin, que no pudo contener una exclamación de lástima. Pero Don Martín le increpó:

—Más vale morir leal, que vivir como traidor.

De las muchas cosas que se cuentan de Enrique II *el Fratricida*, son muy notables los siguientes consejos que, entre otros, dio a su hijo Juan I:

»Haz atención a que tienes en tu reino tres géneros de gentes: unos, que constantemente siguieron mi partido; otros, que con la misma constancia se declararon por el de Don Pedro; y otros, que hicieron profesión de indiferentes, por aprovecharse con igualdad de las dos parcialidades. Mantén a los primeros en los empleos y honores que yo les concedí, si bien sin contar demasiado con su fidelidad. Adelanta cuanto pudieres a los segundos, confiándoles ciegamente los empleos de mayor importancia; porque la lealtad que conservaron en su fortuna próspera y adversa, es le prenda más segura de la que te profesarán a ti en todas fortunas. De los terceros, o sea los indiferentes, no hagas caso, ni para el castigo ni para el premio, teniéndolos solamente en la memoria para el desprecio. Sería grande imprudencia fiar los cargos que se dirigen al bien público, a unos hombres que nunca adoraron otro ídolo que su interés personal».

A la muerte de Juan I quedó su hijo Enrique III *el Doliente*. Y hasta tal punto sus tutores menguaron los bienes del real patrimonio, que el joven monarca vivía en gran estrechez.

Se cuenta que un día tuvo que vender su gabán para proporcionarse algo de alimento, mientras el arzobispo de Toledo, don Pedro Tenorio, daba un festín al que asistían todos los altos dignatarios de la Corte.

Pero el rey, que había presenciado, disfrazado de sirviente, la fiesta gastronómica, los llamó luego a la cámara real. Y dirigiéndose al arzobispo de Toledo, le preguntó:

— ¿Cuántos reyes habéis conocido en Castilla?

—Tres —contestó el prelado.

—Pues yo, con ser más mozo —repuso el monarca—, he conocido

más de veinte, y desde hoy no ha de haber más que yo.

Luego, amenazando con la muerte a sus antiguos tutores (a cuyo efecto estaba prevenido el verdugo escoltado por guardia numerosa) recabó todas las usurpadas rentas de la Corona.

Con igual energía trató de extirpar en todos los pueblos la grave lacra a la cual hoy damos el nombre de «caciquismo». En Sevilla aplicó ejemplares castigos. Lo propio hizo en Murcia con los famosos bandos de «Fajardos» y «Manueles», que mantenían el país en continuas agitaciones y turbulencias. Comisionó para tal empresa a Ruy López Dávalos, hombre de extrema energía que, llamando al jefe de los «Manuales» para celebrar una entrevista, le mató y cortó la cabeza, arrojándola por el balcón a sus partidarios, al tiempo que amenazaba:

—Haré lo mismo con cuantos revoltosos desobedezcan al rey turbando la paz pública.

Durante esta época también hubo en Lugo un partido popular que alteraba el orden resistiendo al pago de los tributos. A su cabeza figuraba, con su marido y dos hermanos, la varonil *Mari-Castaña*, cuyo nombre se hizo popular y famoso. Actualmente lo emplea el pueblo para indicar algo referente a tiempos remotos y de vaga determinación cronológica.

**«NO TEMAS, HIJO, MI PULSO NO TEMBLARÁ»**

*(Guillermo Tell)*

Suiza, maltratada bajo el dominio de los emperadores de Alemania, se insurreccionó durante los años en que mandaba Alberto I.

El comisario austriaco Gessler de Bruneck, enviado del monarca, se dedicó a ejercer rigurosamente su autoridad, aumentando los derechos de peaje, castigando sin piedad y vilipendiando a las familias antiguas, nobles, que conservaban sencillas costumbres.

Un día dispuso que se «robaran» los bueyes a Arnolfo de Melchtal de Unterwald por supuesta desobediencia, y manifestó:

—Estos villanos sabrán arrastrar por sí solos el arado. Secuestrad sus bueyes.

Melchtal no toleró tal atropello y defendió la propiedad de sus bestias,

dando una paliza al empleado que fue a buscarlas, y huyó a Uri.

El comisario Gessler dispuso entonces castigar a su padre, firme defensor de las libertades patrias, al cual martirizó cruelmente, dejándole ciego.

Bien pronto los patriotas suizos comprendieron la necesidad de estrechar más y más los lazos de unión entre ellos para resistir la creciente tiranía de los habsburgueses. Por tanto, se reunieron una noche en Rutli, lugar retirado, situado junto al Lago de los Cuatro Cantones.

Y levantando el dedo juraron:

—En el nombre de Dios que hizo al emperador y al ciudadano, y del cual se derivan los derechos de los hombres, no haremos daño a la Casa de Habsburgo, ni en sus bienes ni en sus derechos; economizaremos la sangre, pero defenderemos de consuno nuestros derechos.

Se hallaba entre los conjurados Guillermo Tell de Burglen (yerno de Walter Furst), conocido por su carácter franco y por su certera puntería con el arco.

El pueblo suizo tributa su admiración a la figura de Guillermo Tell como el héroe de su independencia, aunque sus proezas legendarias hoy son puestas en duda o rechazadas por bastantes historiadores.

La tradición refiere que habiendo ido un día a Alfort, vio puesto, sobre un palo, un birrete al cual había mandado Gessler que hiciera acatamiento todo el que pasase, quizá con el objeto de sondear los ánimos, pues había entreoído algo de la conjuración tramada.

Guillermo Tell se negó a semejante humillación, por lo que el comisario austríaco Gessler mandó prenderlo por no querer «saludar» el birrete. Y, odiándole por ser buen patriota, le condenó a muerte.

Y enterado de la habilidad de Guillermo con el arco, le aseguró:

—Os prometo salvar vuestra vida si atravesáis una manzana puesta sobre la cabeza de vuestro hijo.

Aceptada la proposición, se dispuso todo para la emocionante prueba. Y mientras el muchacho, haciendo esfuerzos por contener las lágrimas, miraba cómo su padre ponía una flecha en el arco, éste le alentó con voz ronca y tranquila:

—No temas, hijo, mi pulso no temblará.

Guillermo Tell salió victorioso de la difícil y terrible prueba. Mas

habiendo advertido Gessler que el hábil arquero ocultaba otra saeta, le preguntó intrigado:

— ¿Para quién era esa flecha?

A lo que respondió Guillermo Tell:

—Para clavarla en vuestro corazón, si hubiera tenido la desgracia de herir o matar a mi hijo.

De aquí tomó pretexto Gessler para condenarlo a prisión en Kussnacht, en la otra parte del Lago de Lucerna. El mismo tirano quiso conducirlo en persona a la fortaleza. Si bien cuando llegaban cerca de Rutli se levantó entre las gargantas del San Gotardo el tremendo viento *fohen*, que alborotó de tal manera las aguas del lago, que la nave estuvo a punto de hundirse.

Tell tomó entonces un par de remos, ganó la orilla, saltó en tierra y empujó la barca a las olas. Gessler, que a duras penas se había salvado, iba amenazándole de muerte. Y al ver Guillermo Tell en peligro su vida, con la flecha que le quedaba dio muerte al delegado imperial.

Libres impensadamente del tirano, los conjurados lograron formar un nutrido grupo cuyo lema era:

«Para la independencia basta nuestro brazo y la ayuda de Dios».

Los suizos, acaudillados por el héroe Guillermo Tell, resistieron enérgicamente a las tropas imperiales enviadas contra ellos, a las que derrotaron por completo en la batalla de Morgartén. Y entonces las ciudades suizas formaron una Liga que aseguró definitivamente la emancipación de Suiza, siendo la base de la moderna Confederación Helvética.

Después del triunfo de Morgartén, Guillermo Tell, tan desinteresado como valeroso, se contentó con ejercer el cargo de recaudador de la Iglesia. Y desempeñándole falleció en 1354.

Al morir pidió a sus compatriotas:

—Os recomiendo a mis hijos; cuidado de ellos.

**« ¡DE LOS PARIANTES ME GUARDE DIOS! »**

*(Marco Polo)*

Marco Polo, o Marco *Millones* (nombre con que vulgarmente se le conoció en su época) ha pasado a la posteridad como uno de los más



grandes viajeros de la Historia. En unas fechas en las cuales los viajes entrañaban muchas veces empresas heroicas, Marco Polo, junto con su padre Nicolás y su tío Mafeo (mercaderes venecianos ambos), emprende un «viaje» que habrá de durar veinticinco años, es decir, hasta 1292.

Siguiendo las huellas de Alejandro Magno, dejando tras ellos el golfo pérsico, desiertos y altiplanicies, los tres Polo llegan a las faldas de Pamir. Luego, siempre poseídos del afán de ir más lejos, de llegar hasta donde nadie había llegado antes, atraviesan las cumbres del «Techo del Mundo», umbral del Celeste Imperio, y arriban a la ciudad mongol de Shantu, donde Marco, presentado por su padre al emperador de Catay (China), pasa a formar parte del séquito del Gran Kan Kublai, de quien sabe ganarse la confianza.

La figura de Marco Polo se hubiera con los siglos esfumado o viviría únicamente en la leyenda como vive el fabuloso *Preste Juan*, de no haber quedado la crónica de su vida, escrita, o mejor dicho citada, por el mismo Micer Rusticiano. Dicha crónica, conocida por el nombre de «El Millón», la dictó Marco Polo en una cárcel genovesa, después de caer prisionero en la batalla de Curzola, que los venecianos perdieron.

De lo que Marco Polo dictara a su compañero de encierro es, sin duda, el regreso a su casa de Venecia una de las anécdotas más conocidas y celebradas, pues encierra la sinceridad comunicativa que sólo alienta en las obras en que la biografía asume una gigantesca visión humana.

Cuenta Marco Polo que cuando él, juntamente con su padre y su tío, llegaron a Venecia, nadie les reconoció.

—Debe de ser a causa de las extrañas ropas que vestimos —comentó asombrado su tío Mafeo.

Pero cuando se encontraron dentro del austero palacio de los Polo, todo empeoró aún más. Apareció ante ellos, turbado y receloso, un anciano pariente que (por lo que supieron después) se había posesionado de la casa después de la muerte de los criados, que hasta entonces la guardaban. Y se hallaba allí esperando que, dentro de aquel mismo año, todos los efectos de los tres viajeros (que habían sido dados por muertos) se repartieran por partes iguales entre todos los herederos de los Polo.

El viejo de faz apergaminada, quizás al examinar el feo aspecto y las extrañas vestiduras de los tres misteriosos personajes, no reconoció, o no quiso reconocer, a sus parientes. Y a cada palabra de Marco, enarcaba las cejas, sacudía la cabeza, dilataba los ojos y mostraba profunda turbación e

incomprensión.

— ¡Eres un viejo zorro! —le gritó Marco, sin lograr comprender aquella actitud—. ¿Es posible que no nos reconozcas?

De nada sirvieron las palabras de los Polo. El vejete áspero y receloso, que se había constituido en guardián de la casa, daba a entender con sus gestos y visajes hallarse ante gente llovida de la Luna o de Marte.

Lo curioso del caso es que luego, a instancias de Marco Polo, varios parientes fueron invitados a ir en seguida al palacio. Y cuando hubieron escrutado bien largamente, por delante y por detrás, a «nuestros viajeros», declararon de común acuerdo:

—No les reconocemos, ni poco ni mucho.

— ¡Pero, cómo!... —exclamó Marco, que reconocía uno por uno a todos sus parientes—. ¿De verdad no nos reconocéis?

De nada sirvieron las protestas y palabras de Marco Polo. Toda su parentela, puesta de común acuerdo, juraron y perjuraron que no les reconocían. En vista de su actitud, propuso el joven viajero:

—Denme tres días de tiempo y les hablaré de tal forma...; mejor dicho, los hechos hablarán por mí y por los míos. Y ustedes, desde el primero al último, se verán obligados, no sólo a reconocernos, sino a jurar quiénes somos los tres delante de Nuestro Señor Jesucristo.

Las parientes, al oír estas palabras, murmuraron algo entre ellos. Y por último, Micer Bartolo que, como hombre de leyes, tenía fama de dar ciento y raya a los más listos, repuso:

—Perfectamente. Les damos el plazo que piden. Sin embargo, si al cabo de los tres días no consiguen hacerse reconocer por nosotros... como unos Polos de nuestra familia, a la cual dicen pertenecen, desalojarán la casa y nos dejarán llorar en paz la muerte de nuestros amados parientes, que deben de estar, a estas horas, enterrados en alguna selva inextricable o hundidos en el fondo de los mares.

Marco Polo, después de exponer a su padre y a su tío el plan que había trazado, acordó, con ellos, las disposiciones necesarias para poner el proyecto en rápida ejecución.

Los criados del palacio, autorizados por los parientes, iban y venían del puerto a la casa cargados de bultos y cajas enormes que contenían las ricas mercancías y los preciosos regalos que los Polo habían traído en su largo viaje.

En la sala más grande del palacio se preparó una mesa con rara magnificencia y exquisito gusto, digna de la fastuosidad oriental.

La cubrieron con manteles de los más variados dibujos y colores, junto con riquísimas ropas enjoyadas y otros objetos artísticos, que les había regalado el Gran Kan antes de partir de Catsy. La mesa resplandecía por la blancura y belleza de las sedas y el esplendor de la vajilla de plata y el brillo de los cristales.

Alrededor de las doce de la mañana empezaron a presentarse los primeros invitados. Instantes después, cuando ya todos los parientes de los Polo se hallaban reunidos y sentados a la mesa, comenzó el singular banquete.

Entonces, los criados, a una señal de Marco, entraron en la sala portando sobre tres soberbias bandejas de plata tres vestidos de raso carmesí, verdaderamente maravillosos.

Seguidamente, Marco, su padre y su tío, se quitaron las casacas de seda que llevaban y se vistieron los trajes de raso carmesí. Dos o tres veces más volvieron los Polo a cambiarse de indumento, siendo todos los trajes hermosísimas prendas de incalculable precio y de admirable belleza.

A pesar de esta «demostración plástica» las parientes no se decidían a reconocer a los Polo. Se limitaban tan sólo a reír maliciosamente o todo lo más a expresar su admiración, con exclamaciones inevitables.

Marco, exhalando un suspiro y fingiendo un ansia que no sentía, exclamó, apenado:

— ¡Qué lástima! Advierto que estamos perdiendo el tiempo lamentablemente. Como ustedes no nos reconocen, hemos de resignarnos a nuestra triste suerte y abandonar esta casa en la cual nos habíamos reunido con la esperanza de que nos reconocierais. Permitidme que regalemos estos ricos vestidos a los criados y que os mostremos ahora los que traíamos durante el viaje.

Y despojándose de las magníficas y ricas vestiduras las entregaron a los criados y se vistieron los miserables vestidos que llevaban el día en que desembarcaron en Venecia.

En medio de un silencio expectante, Marco prosiguió:

—Entiendo, señores, que la culpa de que no nos reconozcáis la tienen estas sucias y remendadas ropas de mal augurio. Por ello, les haremos la justicia merecida en vuestra presencia.

Y sin más, Marco, Nicolás y Mafeo, tomaron sendos cuchillos y empezaron a dar de cuchilladas a sus humildes trajes. Y ante el estupor de los presentes, comenzó a caer de cada uno (de cada uno de los manidos hábitos) una verdadera lluvia de piedras preciosas: rubíes, zafiros, brillantes, diamantes, perlas, esmeraldas, en tal cantidad, que pronto delante de los tres personajes se formaron tres relucientes y multicolores montones, como tres soles refulgentes.

La visión de tales riquezas produjo el efecto que Marco Polo había previsto.

Como prueba de las mezquindades, miserias, odios y apetitos que nos rodean, todos los parientes, que pocos minutos antes se negaban a reconocerlos, se abalanzaron corriendo para abrazar cariñosamente a los afortunados poseedores del tesoro incalculable.

Cuando toda aquella gente se hubo despedido, con nuevas muestras y efusiones de afecto y cariñosos abrazos, Marco Polo dijo a su padre y a su tío:

— ¡De los parientes me guarde Dios!

Desde aquel episodio la fama del singular banquete y las increíbles riquezas de los Polo, atraieron a su palacio a todos los ciudadanos de Venecia, pues todos querían felicitarles y reconocerles...

### III.

## De la "Doncella de Orleáns" a la "Beltraneja".

«NADA TEMO, SINO LA TRAICIÓN»

*(Juana de Arco)*

Después de muchas vicisitudes, los ingleses, dueños de casi toda Francia, en 1422 sitiaron a la plaza de Orleáns. Reinaba el abúlico y desdichado monarca francés Carlos VII, al que llamaban irónicamente *Roi de Bourges*, «por hallarse refugiado con su corte, ambulante y frívola, en un rincón de Francia».

El pueblo se hallaba completamente desmoralizado y ni los campesinos creían en la legitimidad de ningún gobierno. Se comprendía que tal ocurriera puesto que el más poderoso de los señores feudales, el duque de Borgoña, servía a los ingleses. «Sólo un verdadero milagro —señala un historiador—, podría devolver a los franceses el patriotismo y salvar a la dinastía legítima.»

Y el milagro se produjo gracias al esfuerzo de una joven aldeana, Llamada Juana de Arco, nacida en la aldea de Domrémy-la-Pucelle, entre la Champaña y Lorena. A los trece años de edad, cuando se dedicaba en su pueblo a las faenas del campo, comenzó Juana a tener éxtasis y visiones místicas.

Hallándose sola en el jardín de su casa, que estaba edificada junto a la iglesia, oyó distintamente una voz femenina que le decía:

— ¡Levántate, Juana! ¡Ve a socorrer al Delfín! ¡Devuélvele su reino de Francia!

Cayó la joven de rodillas al oír estas frases, y contestó tristemente:

— ¿Cómo podré hacer tal cosa, si no tiene mi brazo fuerza para manejar una espada, ni querrán seguirme al combate los guerreros?

Y la voz le ordenó:

—Irás a hablar con el señor de Baudricourt, gobernador de Vaucouleurs, y él te conducirá ante el Delfín. Nada temas, Santa Margarita y Santa Catalina te protegerán.

En otra ocasión vio Juana a San Miguel armado, y le describió la pobreza y los sufrimientos de Francia. Luego las Santas Margarita y Catalina, que se le aparecieron, le incitaron dulcemente a que procurara la salvación de su país.

Cuentan las crónicas que los habitantes de Vaucouleurs regalaron a Juana un caballo y una armadura completa, tanto para proteger su persona como para manifestar que su misión era guerrera. Baudricourt, por su parte, le regaló una espada.

La doncella partió inmediatamente hacia Chinon en busca del Delfín, acompañada de dos nobles y algunos caballeros. Y la historia relata que el príncipe Carlos VII, rodeado de sus cortesanos, escépticos, al saber que una pobre aldeana que se decía «iluminada» venía en su busca, se hizo substituir en el trono por un cortesano vestido con las insignias reales, para burlarse de la joven. Al ser introducida en el salón del trono, Juana, sin vacilar lo más mínimo, se dirigió a Carlos (sin haberlo visto nunca), y le rindió homenaje como a soberano legítimo de Francia.

El príncipe trató de impedirselo, diciéndole asombrado:

— ¿Qué hacéis? ¡No soy yo el que buscáis!

—Por mi Dios, príncipe —repuso la doncella—, que sois vos y no otro.

Y después, en tono solemne, agregó:

—Muy noble señor Delfín: el Rey de los Cielos os dice por mi boca que seréis consagrado y coronado en la ciudad de Reims y que seréis su lugarteniente en el reino de Francia.

Los cortesanos quedaron maravillados ante la prueba de la sobrenatural penetración demostrada por la joven campesina.

Y tras entrar en Orleáns al frente de la tropa francesa y de derrotar a los ingleses, el prestigio de Juana de Arco era inconmensurable. Todos tenían ciega confianza en ella. El pueblo la adoraba. Y las mujeres hacían que sus hijos llegaran a tocarla, aunque sólo fueren las armas, el vestido, las espuelas o el caballo de la doncella; para que con ello les transmitiera sus virtudes y la salud, si estaban enfermos.

El 16 de julio de 1429 entró en Reims el Delfín. Y el 18 del mismo

mes fue ungido en la catedral, a los cinco meses de haberle ofrecido Juana la corona de Francia, que ciñó bajo el nombre de Carlos VII.

Restalladas en parte las heridas de Francia, el país no tuvo ya necesidad de Juana de Arco. Y, sin embargo, fue arrastrada de nuevo a los combates, siendo herida por una flecha en una pierna, mientras dirigía el trabajo de cegar el foso de París, que aún defendían los ingleses.

Juana siempre presintió que sería traicionada. Cuando su madre fue a verla a Reims, le preguntó:

—Pero, Juana, ¿tú nada temes?

—No, nada temo; sólo temo la traición.

Poco después, hallábase defendiendo Compiègne (como antaño había defendido Orleáns) cuando hizo una salida y consiguió su última victoria. Mas al retirarse, al averiguar los ingleses que iba en la retaguardia, volvieron a atacar con ímpetu, con el objetivo de apoderarse de ella a cualquier precio.

Luchó la joven bravamente, logrando desembarazarse de los que trataban de capturarla. Y ya iba a entrar en la ciudad, cuando una mano traidora alzó de pronto el puente levadizo, dejándola fuera, a la orilla del foso. Aun así combatió largo rato sin querer rendirse, hasta que viéndose cercada por tantos caballeros enemigos, se entregó a uno, llamado Lionel, bastardo de Vendôme, oficial del señor de Luxemburgo, que a su vez dependía del duque de Borgoña.

Tan pronto como la Inquisición de París, donde mandaba el rey de Inglaterra, se enteró de la captura de Juana, la reclamó por medio del siguiente edicto:

«Cumpliendo los deberes de nuestro oficio, requerimos desde luego y mandamos en nombre de la fe y bajo las penas de Derecho, que se conduzca ante nosotros y se nos entregue a la llamada Juana de Arco, sospechosa del crimen de herejía, para proceder contra ella, según las leyes de la Santa Inquisición».

Después de muchas incidencias, el 21 de febrero de 1431 compareció la Doncella de Orleáns por primera vez ante sus jueces. Preguntada su edad, contestó que tenía dieciocho años.

Tras inicuo proceso, se condenó, por la Inquisición inglesa, a Juana a ser quemada viva por «hereje, rebelde, apóstata e idólatra», cumpliéndose la sentencia en la plaza de Rouen. Juana de Arco fue canonizada Santa en

1920, por Benedicto XV.

« ¡MALHAYA QUIEN PIENSE MAL!»

(*Eduardo III*)

Eduardo III de Inglaterra aspiró al trono de Francia, vacante por muerte del último Capeto. Y al rechazar su pretensión comenzó la célebre Guerra de los Cien Años entre la Gran Bretaña y Francia.

Eduardo III llevó en el conflicto la mejor parte, pues se adueñó de Calais, y derrotó en Crécy (donde ya se usó la pólvora) al rey Felipe VI, y en Poitiers a Juan III *el Bueno*, al que hizo prisionero.

En conmemoración del triunfo obtenido en Crécy, instituyó Eduardo III la famosa Orden de la Jarretera, cuya insignia es una liga azul, que se lleva en la pierna izquierda; pues en la citada batalla había dado por santo y seña a sus tropas la palabra «liga» (*garter*, en idioma inglés).

Sin embargo, una tradición popular cuenta que la célebre Orden fue fundada por Eduardo III de Inglaterra en honor de la joven y bellísima duquesa de Salisbury a quien amaba locamente. Parece ser que el príncipe inglés dio un baile para festejar la victoria de Crécy, durante cuya fiesta, a la hermosa duquesa se le cayó una liga.

El rey, galante, la recogió y se la entregó, cortés y amablemente, Su gesto, no obstante, suscitó murmullos y risas maliciosas entre los presentes, a las cuales el soberano contestó con unas palabras que habían de perpetuarse en los anales del Imperio británico:

—*Honni soit qui mal y pense!* — «¡Malhaya quien piense mal!».

Desde entonces ésta es la divisa de la Orden de la Jarretera, que figura en el escudo nacional de Inglaterra.

Creen algunos que la fundación de la Orden (en la que no hubo nunca más de veinticinco personas) es todo pura fantasía. El monje de Cluny que en 1457 buscaba el origen de tan famosa Orden, sólo pudo saber que se fundó inspirada por alguna mujer.

Eduardo III, después de haber perdido a su hijo y las conquistas de Ultramar, se vio despreciado por los suyos y vendido por sus criados. Alice Perrers, que volvió a su lado cuando estaba moribundo, le quitó del dedo un



rico anillo y se marchó.

Los demás de su familia se lo robaron todo. Y sólo permaneció a su lado un sacerdote que le presentó un crucifijo exhortándole a morir como cristiano. El monarca besó el crucifijo, se echó a llorar y expiró.

Durante la Guerra de los Cien Años se desenvolvió en Inglaterra el germen constitucional depositado en la Carta Magna. Y al movimiento político acompañaba también una revolución religiosa, iniciada por la herejía de Juan Wicklef, que preparó el terreno al protestantismo. Sus doctrinas exacerbaron, si no produjeron, una sublevación que turbó los primeros años del reinado de Ricardo II.

Al ser coronado rey se refiere un uso ciertamente más antiguo y que aún se conserva. Un caballero armado de punta en blanco se presentó en la asamblea y arrojó su guante para que lo recogiese si alguien quería disputarle al rey la corona.

Por aquellas fechas, Juan Ball, pobre sacerdote (como se llamaba a los wicklefistas) entusiasmaba al pueblo, predicando:

—Cuando Adán cavaba y Eva hilaba, ¿quién era noble?

Y finalizaba sacando la conclusión de que todos los hombres eran iguales; que los poderosos habían inventado la distinción entre siervos y libres, y que, por tanto, debía hacérseles desaparecer. El pueblo le daba la razón y saqueaba y destruía.

A Ricardo II le sucedió en el trono Enrique IV de Bolingbroke, hijo de Eduardo Enrique pasó su vida sin poder afirmar su corona entre desgraciadas guerras, temores, remordimientos y tímidas concesiones. Al morir, a la edad de cuarenta y seis años, mirando la corona que quiso tener siempre a la cabecera de su cama, dijo a su hijo:

—Ni tú ni yo tenemos derecho a ella.

Y el hijo respondió:

—Mi espada sabrá conservar lo que conquistó la vuestra.

Enrique de Monmouth, disoluto, negligente, malversador y borracho hasta que su celoso padre le encargó de los negocios, apenas subió al trono, desplegó insignes cualidades. Dio nuevo impulso a la guerra contra Francia, donde venció en la batalla de Azincourt, y ayudado por las funestas disensiones de aquel país, continuó siempre victorioso.

Estando moribundo, a causa de una fístula maligna, y oyendo el

versículo *Ut aedificentur muri Jerusalem*, exclamó:

—Si Dios me hubiese dejado vivir más tiempo, después de concluir la guerra de Francia, de derrocar al Delfín y de ajustar la paz, hubiera ido a libertar a Jerusalén, porque no me pusieron las armas en la mano ni la ambición ni la vanagloria. Sólo quise defender un derecho y restituir la tranquilidad a los pueblos. Emprendí las guerras con la aprobación de los sabios y de los buenos, y las dirigí sin ofender a Dios, ni poner en peligro mi alma.

Y esto decía el monarca que terminada la batalla de Azincourt había mandado matar a todos los prisioneros. Y el que, en París, comentó:

—Guerra sin fuego es lo mismo que ensalada sin aceite.

« ¡BAH! LO TRISTE ES MORIR...»

*(Don Alvaro de Luna)*

El reinado de Juan II de Castilla resultó tan turbulento como tranquila había sido su minoridad bajo la regencia de Don Fernando el de Antequera. El nuevo rey, más aficionado a la literatura que al gobierno, descargó el peso de éste en su favorito. Don Alvaro de Luna, al cual nombró Condestable de Castilla; es decir, la más alta dignidad de la milicia.

Bien conocía Juan II sus aficiones; durante su agonía decía a su médico:

— ¡Naciera yo hijo de un mecánico, e hubiera sido fraile del Abrojo e no rey de Castilla!

La privanza de Don Alvaro causó gran disgusto entre los magnates, a cuyo frente se hallaban los Infantes de Aragón, cuñados del rey, formándose dos partidos rivales entre sí; si bien unidos en el pensamiento común de derrocar a Don Alvaro.

Los Infantes eran: Don Juan, luego rey de Navarra, y Don Enrique, titulado impropiaamente Marqués de Villena, pues no llegó a obtener tal dignidad. Habían llegado a Castilla acompañando a su hermana Doña María de Aragón, primera mujer de Juan II, motivo de la influencia que ejercieron en la corte. A ellos alude en una de sus célebres coplas Jorge Manrique, diciendo:

« ¿Qué se hizo el rey don Juan? — Los Infantes de Aragón — ¿qué se hicieron? — ¿Qué fue de tanto galán? — ¿qué fue de tanta invención — como trajeron?»

La procedencia de Don Alvaro de Luna no era demasiado limpia. Su padre, señor de Cañete, sobrino del antipapa Benedicto XIII, tuvo amores, en 1388, con María Fernández de Jaraba, dama que trajo al mundo cuatro hijos, cada cual de diferente padre, «y no por haber matrimoniado varias veces como Dios manda».

Don Alvaro era listo y galán; ducho en «gay saber», tenía don de gentes. Diestro en la danza y en la cetrería, y sabía justar como el primero. A más de consumado estadista, era notable escritor, lo mismo en prosa que en verso. Compuso un libro, titulado «Claras e virtuosas mujeres», y varias

poesías, en que revela su escepticismo filosófico y religioso.

Mientras las mujeres adoraban a Don Alvaro, los hombres, en cambio, le aborrecían, aunque por razones de prudencia fingiesen lo contrario.

La privanza de Don Alvaro resultaba odiosa, por la excesiva. Todavía era niño Juan II cuando el de Luna penetró en le Corte. Y con sagacidad increíble se adueñó de la voluntad del pequeño soberano. Haciéndose el indispensable, era el maestro, el mentor, el amigo. Y conforme el rey tuvo más años, la influencia del favorito fue mayor.

Durante unas justas, Don Alvaro fue herido en la cabeza. El rey mostró gran dolor ante el suceso y envió sus físicos para que curasen a Don Alvaro. Mas como la herida no curaba rápidamente el de Luna tuvo que ausentarse de Madrid, y los nobles aprovecharon la circunstancia para minar el terreno al valido.

Apenas cicatrizó la llaga cobró fuerzas, y Don Alvaro montó su corcel y se presentó en el Alcázar segoviano, donde el rey a la sazón residía. Sabedor Juan II de su llegada, salió a su encuentro y, abriéndole los brazos, exclamó con voz potente:

—Desde esta noche has de acostarte a los pies de mi cama, en prueba de la alta estima en que te tengo.

Ciertamente, ello era la máxima distinción que un monarca o magnate podía dispensar a su valido u hombre de confianza. A partir de tal merced llovieron sobre Don Alvaro las regias donaciones. Las riquezas del valido llegaron a ser enormes. Justo es señalar que él siempre empleó su persona y sus bienes al servicio del rey. Arriesgando su vida, le salvó cuando el infante Don Enrique de Aragón le tuvo preso. Como la voluntad del soberano era endeble en demasía, Don Alvaro le acompañaba en todos sus viajes y le aconsejaba hasta en las cosas más nimias e íntimas.

Se cuenta que un astrólogo, a quien Don Alvaro pidió su horóscopo, le anunció:

—Moriréis en cadalso.

A lo que el Condestable contestó, sonriéndose:

—Bien puedo creerlo; porque Cadalso es uno de los pueblos mejores de mis señoríos, y en él suelo pasar algunas temporadas.

Parece, sin embargo, que desde entonces esquivaba hacer asiento en dicho lugar, que hoy se llama Cadalso de los Vidrios.

En su época de más predominio Don Alvaro envió un mensaje de salutación al conde de Ribadeo, antiguo condestable de Castilla, que vegetaba en Valuada olvidado de todos.

—Decid a vuestro señor —dijo el de Ribadeo al emisario— que cual es, fuimos; y que cual somos, será.

Al oírlo, se encogió de hombros Don Alvaro y se rió:

— ¡Bah! He subido más alto que él. Si caigo, caeré más bajo.

Y así sucedió. La corte constituía un hervidero de pasiones. Los nobles perturbaban la vida del rey y lograron convencerle para que decretara el alejamiento de Don Alvaro, el cual se retiró, sin protesta, a la villa de Ayllón.

No tardó en regresar el valido, sabedor de que el rey no podía prescindir de su compañía. Sin embargo, como la nobleza no cejaba en contra suya, logró, finalmente, que Don Alvaro fuera procesado y preso en Burgos, de donde pasó a Valladolid, que un día se vistió de luto. En su Plaza Mayor, ancho tablado cubierto de paños negros sostenía el tajo pintado de bermellón, y un largo madero en cuya extremidad relucía agudo garfio de acero.

Un macabro y espeluznante cortejo desfiló por la calle de Francos y la Costanilla, mientras cuatro pregoneros abrían le marcha vociferando a cada paso:

— ¡Es justicia del rey nuestro señor en la persona de Don Alvaro de Luna, cruel tirano, usurpador de la corona real, como justo castigo a sus infamias! ¡Quien tal hizo, que tal pague!

El reo marchaba detrás, cabalgando sobre una mula negra, engualdrapada del mismo negro color, con hopa y corozas negras también. Al descabalgarse, subió con pie firme al patíbulo, contempló sin espanto a la multitud que le circundaba; y sonriendo pidió al verdugo:

—Afilad bien el hacha, para concluir pronto.

—Así lo haré, señor, procurando desfiguraros lo menos posible; que vuestra cabeza ha de estar durante tres días clavada en ese garfio, y es fuerza que el pueblo, sin dificultad, os reconozca.

Don Alvaro respondió, despectivo:

— ¡Bah! —dijo—. Lo triste es morir; que, después de haberme degollado, hagan de mi cabeza y de mi cuerpo lo que quieran.

Seguidamente se arrodilló y apoyó la cabeza sobre el tajo... Transcurría el día 2 de junio de 1453.

En la iglesia de San Andrés recibió sepultura; lo mismo que se hacía con los más empedernidos malhechores... La profecía del conde Ribadeo y la del astrólogo se habían cumplido con creces. Así finaron los días del célebre valido Don Alvaro de Luna, que durante treinta y tantos años ejerció la más absoluta privanza que se registra en la Historia de España.

## «TOMA, REY, PARA QUE MATES EL HAMBRE»

*(Un pastor a Juan II)*

El rey Don Juan II de Castilla celebró, a la vez, su mayoría de edad y la boda con su primera esposa, Doña María de Aragón, hija de Don Fernando de Antequera.

Para conmemorar tan fausto acontecimiento, el monarca ofreció a cortesanos un pantagruélico festín, que duró horas y horas. Mientras ardían las antorchas de cera perfumada en grandes candelabros de metal bruñido, alumbrando los salones, iban de mano en mano las ánforas de plata para llenar las copas de vino, reforzado con azúcar y canela, que aturdiría gratuitamente a los comensales, pese al lastre abundantísimo de la espléndida comida.

«Constaba ésta —describe A. Martínez— de cinco series o servicios, en cuya confección se puso a prueba la pericia del cocinero real, traído de Francia por el rey castellano Juan II, para mejor honrar a sus cortesanos.»

La «primera serie», puramente de «aperitivos», se componía de limones, frutas en conserva adobadas con vinagre, cerezas agrias, salazones, embutidos de diversas clases. La «segunda serie» contenía profusión de pastas de cangrejo y almendras, picadillos de carne con caldo, sopas de arroz, de avena, de trigo y mijo, hábilmente teñidas con vivos colores que armonizaban gratamente, formando succulentos potajes verdes, azules, amarillos, rojos y morados. El «tercer servicio» daba entrada a los asados, con salsas de canela, de nuez moscada, guarnecidos de uvas, retama, romero y cantueso, con guirnaldas de flores diversas. La «cuarta parte», aún más substanciosa, se componía de pasteles y empanadas de jabalí, de ciervo, de jamón y ternera; algunos pasteles monstruosos encerraban, entre hileras de

perdices y chochas de escabeche, cabritos enteros con el vientre relleno de chacinería. Finalmente, la «quinta parte», la compusieron profusión de postres: tortas multiformes, pasteles y dulces, presididos por un ramillete monumental, de 1,70 m de altura, reproduciendo, en pasta de confitería, con sus torres y murallas, sus ventanas y sus saeteras, el Alcázar de Madrid, donde la fiesta se celebraba.

Pocas veces la gula y la orgía llegaron a tan alto grado. Acontecimiento singular. Y al mismo tiempo las calles de Madrid resplandecían de júbilo y entusiasmo. Atabales y chirimías llenaban el aire de alegres acordes, en tanto que la multitud se desparramaba por la población, disfrutando de los festejos males.

Poeta, y soñador, eran muy del gusto del rey Juan II los festivales, en los cuales derrochaba el oro de sus arcas, en las que, por cierto, no siempre abundaba el metal precioso. En más de una ocasión, Alonso Pérez de Vivero, contador mayor del soberano, le reconvenía por tales despilfarros; si bien el rey le replicaba, burlón:

— ¡Bah! Mientras quede, gastemos. Cuando no haya más oro, me avisas.

Conviene recordar que las diversiones en la Edad Media eran de tal manera excesivas, que pudieran calificarse de «monstruosas». En más de una ocasión los banquetes se prolongaban meses consecutivos durante las «bodas reales», porque el hecho de comer y beber juntos, siempre reflejó expresión de afecto y regocijo.

«La mesa es medianera de la amistad», ya decían los griegos. Y Hebe escanciaba, pródiga, el néctar de los dioses a todos los ocupantes del Olimpo.

La caza constituía otra manifestación de lujo en los festivales suntuosos, y se derrochaba el oro a manos llenas. Si bien torneos y justas eran los actos más esperados generalmente; el «número cumbre», por lo vistoso del espectáculo, y además por el aliciente de la sangre que solía derramarse, sobre todo si los justadores no usaban «armas nobles», esto es, lanzas desprovistas de hierro, y querían aumentar el peligro de la lucha y, por tanto, el mérito, luciendo mortíferas moharras.

A menudo, para descansar de los ejercicios corporales, los nobles jugaban a las cartas, procedentes de Francia, y que al pasar a España se llamaron *naipes*, por las siglas del fabricante, N. y P., es decir, Nicolás Papín. Cabe indicar que al atravesar los Pirineos, los *carreaux* se convierten,

en las barajas, en «oros», las *piques* en «espadas», los «tréboles» en «bastos» y los «corazones» en «copas».

La plebe disfrutaba con los siguientes recreos: Vino abundante a su disposición, y así «olvidaba» tantas angustias y calamidades como las que tenía que soportar. Se corría el «caballo loco», se quemaba «el pelele de las mujeres». El «asno borracho» era motivo de risotadas y jolgorio, al presenciar los extravíos (a veces incluso peligrosos para los espectadores) a que se entregaba el pobre animal sometido al tratamiento alcohólico.

Las «tarasquillas» y la «turasca», nacidas en el *Midi* francés, pasan también a España en forma de «gigantes y cabezudos», que perduran. Además se corrían los famosos «toros de cuerda», promotores de griterío, algazara y barullo. Y en la Plaza Mayor se bailaba sin descanso durante horas y horas, hasta caer, rendidos, los danzarines de uno y otro sexos.

Mucho después de las fiestas magníficas de las bodas reales, atravesó Don Juan II una de las épocas más amargas de su existencia. Se hallaba en su apogeo la lucha que mantenía con los infantes de Aragón, uno de los cuales, Don Enrique, había detenido al rey castellano, llevándolo a Talavera, donde lo tuvo preso, hasta que Don Alvaro de Luna (como antes dijimos) logró liberarle.

Muy apurados, Don Juan y su favorito se refugiaron en el castillo de Montalbán, en tierras toledanas, famoso por haber sido durante algún tiempo cobijo predilecto de Doña María de Padilla, la hermosa amante de Don Pedro *el Cruel*. Hallábase el citado castillo en lamentable abandono, desmantelado, desguarnecido y desprovisto totalmente de bastimentos, al extremo de que, para alimentarse, el rey dispuso que se sacrificara su caballo, y aceptó el generoso donativo de un pastor, que le ofreció una perdiz, diciéndole:

—Toma, rey, para que mates el hambre.

A poco de salir de tan amargos trances, vino a llenar de júbilo a Don Juan II la noticia de que la reina Doña María de Aragón le había hecho padre de un niño, que hubo de sucederle en el trono y que fue jurado príncipe de Asturias.

El rey sufrió muchos sinsabores en su vida. Posiblemente el disgusto mayor de aquel monarca sin ventura se lo dio el príncipe Don Enrique (más tarde IV de este nombre, en la cronología de los reyes castellanos), puesto que se mostró desde su infancia díscolo, pendenciero, vicioso, ingrato, despiadado en suma. Muy pronto encontró su valido en Don Juan Pacheco,



el cual se adueñó de su voluntad (de modo semejante al de Luna con su padre). Sin embargo, el joven príncipe no tenía el elevado espíritu de Don Juan, Se holgaba harto frecuentemente con rufianas y mujerzuelas de la peor especie, que envilecieron su ánimo y estragaron su gusto.

Le reprendía justamente su padre por tan indigno proceder. Pero el hilo, lejos de escuchar los consejos y las reprimendas humildemente y prometer enmienda, se revolvía contra su progenitor, que presentía un porvenir preñado de negruras.

Pasó el tiempo y un día, en Madrigal. Juan II contrajo segundas nupcias con Doña Isabel, infanta de Portugal. La nueva reina se declaró enemiga de Don Alvaro de Luna, y arrancó a su esposo una orden de prisión contra el favorito. Antes, sin embargo...

Hallándose Don Juan II en el Alcázar de Madrid celebrando uno de los festivales poéticos que tanto le atraían, fue avisado de que un escudero, reventando caballos desde Madrigal de las Altas Torres, acababa de llegar para hablarle urgentemente:

— ¿Qué es lo que queréis? —le preguntó el rey.

—Señor —respondió el emisario—, mi señora, la reina Doña Isabel, desea que sepáis que anteayer, Jueves Santo —22 de abril de 1451— dio a luz felizmente una niña...

— ¿Una niña? —exclamó contrariado el rey—. ¡Al diablo las mocosas! Hombres me hacen falta. Otro infante, en quien recaigan los derechos que enhoramala ostenta el rebelde Don Enrique.

Y en diciembre de 1453 le nació, a Don Juan II, otro infante, que recibió el nombre de Alfonso. Tentado estuvo el monarca de declararle heredero de la corona, desheredando a Don Enrique, en justa represalia a los disgustos y deslealtades que el príncipe le proporcionara. Tal vez se hubiera decidido; más no tuvo tiempo de vencer las justas vacilaciones que le embargaban, porque el 21 de julio de 1454 murió cristianamente en Valladolid, a los cuarenta y nueve años de edad.

Entretanto, la reina y su pequeña hija (la que luego sería Isabel la Católica) vivían recluidas en Madrigal de las Altas Torres, ante los peligros incesantes que les amenazaban por todas partes.

Muchos historiadores han reconocido que Don Juan II de Castilla se comportó malamente como persona; pero lo que sí fue es un pésimo rey. La corona le resultaba demasiada carga, igual que gobernar. Hubiera sido feliz

cultivando las musas y estudiando en los libros. Jamás estuvo a la altura de su cargo real. El reinado del irresoluto Juan II lo resumió el poeta Jorge Manrique en la cuarteta:

Los mejores valen menos,-  
¡mirad qué gobernación!  
Ser gobernados los buenos  
por los que tales no son.

« ¿QUÉ, BELTRAN, OS GUSTA MI ESPOSA? »

(*Enrique IV*)

A la muerte de Juan II subió al trono de Castilla su hijo Enrique IV *el Impotente*. Poco antes, tuvo efecto el matrimonio del joven príncipe con doña Blanca de Navarra; con la cual, en edad temprana, se había desposado.

Llegó la infanta a Valladolid. Se celebraron las bodas, cruzándose espléndidos regalos, sucediéndose las magníficas fiestas. Sin embargo, el acaecimiento epitalámico se frustró en el instante del débito conyugal.

Sabido es que era obligada costumbre de la época exhibir, a la mañana siguiente a las bodas reales y principescas, las sábanas nupciales teñidas con los rubíes del himeneo; para que ante tal prueba el pueblo (congregado frente a los balcones) tuviera evidencia de la doncellez y virginidad de la novia y de que el matrimonio se había consumado en debida forma; siendo ello anuncio venturoso de sucesión segura.

Lo funesto es que en la mencionada ocasión el populacho de Valladolid aguardó en vano. Las «sábanas pregoneras» no asomaron a los balcones, que se mantuvieron herméticamente cerrados. Un halo de tristeza envolvió a la población, con tristes barruntos de futuras malandanzas. No tardó el chismorreo de cobijeras, cubicularias y azafatas en propalar en «secreto», para su mayor difusión, la triste nueva.

—La princesa Doña Blanca —dijeron— ha salido del tálamo sin perder su doncellez, quedando «tal y como nació», después de la boda.

Justo es señalar, como atenuante a la extraña inhibición de Don Enrique, que el protocolo imperante «obligaba a realizar las intimidades de la noche nupcial, en las familias reales, a presencia de un notario y varios

testigos, levantándose acta acreditativa de que el hecho fue consumado debidamente...»

Tales eran costumbres y formalismos de aquellos tiempos por absurdo que parezca. Lo cierto es que el futuro Enrique IV no logró sus afanes, ni parece ser que lo intentase.

El rey don Juan II tuvo una violenta escena con su hijo, para inquirir la veracidad de las habladurías que circulaban. No negó Don Enrique el hecho, después de todo fácilmente comprobable. Y al lamentarse el soberano, se revolvió el príncipe contra el autor de sus días, reprochándole:

—Vos tenéis la culpa, por haberme inducido al matrimonio sin tener yo para el mismo inclinación ni aptitud.

Como consecuencia de esta escena, se recrudeció la enemistad, la pugna siempre latente, del príncipe con su padre.

Don Enrique no volvió a acercarse a su esposa, repudiándola, como si de algo hubiera sido ella culpable. Resignada, la desdichada Doña Blanca retornó a su tierra; donde permaneció en la triste indecisión de su estado: ni soltera, ni casada, ni viuda. Hasta que se entabló el proceso de nulidad matrimonial, siendo el mismo Don Enrique quien alegó su propia impotencia.

—Debida —se disculpó él— a hechizos y sortilegios de mis enemigos y de mi propia mujer.

Doña Blanca, por su parte, replicó, achacando la culpa a su marido, que «aficionado a tratos ilícitos y malos —vicio que muchas veces su padre procuró quitarle—, no tenía apetito, ni aun fuerza para lo que le era lícito, especialmente con doncellas».

El asunto del repudio de Doña Blanca de Navarra dejó malparado en demasía a Don Enrique IV, que inauguró su reinado con acertadas medidas de gobierno y llevó sus armas a tierra de moros, recuperando a Gibraltar. Mas siendo de carácter poco belicoso, hizo cesar bien pronto la guerra. Únicamente se limitó a tomar la plaza de Jimena, y ello sólo para vengar a Garcilaso de la Vega, muerto por los moros en una escaramuza. Por toda razón de aquellas sinrazones, el rey contestaba a los nobles disgustados:

—La vida de mis súbditos vale tanto para mí, que no quiero exponerla en los combates.

A raíz de la llegada de unos emisarios que visitaron a Enrique IV, en representación de los sublevados en Burgos, el anciano obispo de Cuenca

(consejero que fue del padre de Don Enrique) aconsejó al joven rey que presentara batalla a los rebeldes.

—Los que no habéis de pelear —repuso el rey—, sois muy pródigos de las vidas ajenas.

El viejo obispo, colérico, le contestó:

—De aquí en adelante, se os dirá que sois el más inepto monarca que España ha conocido jamás. Y os arrepentiréis de esto, señor, cuando sea demasiado tarde.

Y sucedió nueva invernada en Madrid. Derroche de fiestas venatorias y torneos. Convites pantagruélicos y orgías sardanapalescas, para acallar a fuerza de diversiones, vino y mujeres, las justas protestas populares y cortesanas motivadas por la inepticia real.

Enrique IV acostumbraba distribuir entre sus súbditos bonos sobre el Tesoro con la suma «en blanco de la cantidad que tenía que abonarse para que los beneficiados la indicasen a su gusto. Como el tesorero se quejase al monarca de la medida, el rey le contestó:

—En vez de acumular tesoros, como si fuese una persona privada, un soberano debe gastarlos en bien de sus súbditos. Yo doy dinero a mis enemigos para hacerles mis amigos; y doy dinero a mis amigos para evitar que se vuelvan mis enemigos.

Con estas medidas, tampoco se extinguía el general y progresivo disgusto. Y en un alarde de franqueza algunos nobles le dijeron:

—Señor, sois valeroso para cazar jabalíes: pero no lo sois para matar moros. Os place holgaros con descocadas ribaldas; mas nunca os decidís a buscar dama honesta con quien compartir el trono, para que os dé el sucesor que todos deseamos.

Se mordió los labios el rey, porque comprendió que decía bien el que tal decía. Y dispuesto a matrimoniar nuevamente, solicitó la mano de Doña Juana de Portugal, hermana del monarca portugués Alfonso V.

Doña Juana, hermosa mujer, morena y ardiente, que constituía el encanto de la corte portuguesa y esperaba serlo también de la castellana. A Córdoba, donde el rey se hallaba, fue conducida la novia, a quien no hizo buena impresión el hombre que iba a ser su marido. No es de extrañar, puesto que «era Enrique IV de Castilla chato hasta la exageración, rostro asimétrico, frente deprimida y orejas despegadas: feo, en suma. Desgarbadote de cuerpo y tosco de maneras, más hecho a galopar en

monterías que a murmurar endechas al oído de una hermosa». Y ya relatamos que el rey se trataba con mujeres de ínfimas condición y clase, y no con las que a su alcurnia correspondían.

Las bodas se celebraron en Córdoba. Si bien, como la costumbre delatora de las «sábanas nupciales» no se practicaba en Andalucía sino en Castilla, la curiosidad del público y de los palaciegos no pudo, quedar satisfecha. No obstante, el comadreo de las camaristas resultaba sobrado elocuente.

—El rey no sirve para el caso —decían burlonamente.

La reina Doña Juana nada comentó. Sin embargo su gesto, desabrido y triste, la delataba también como esposa insatisfecha. Pero al trasladarse los reyes a Sevilla los comentarios murieron en flor, para ceder el paso a los festejos. Se cuenta que hubo toros y cañas; banquetes extraordinarios, y un torneo de cincuenta jinetes contra cincuenta, capitaneado un grupo por el marqués de Villena y el otro por el duque de Medina Sidonia.

Con el tráfago y la alegría dejó de pensarse en el tema tan escabroso, tan importante para el reino. Bastante había con los comentarios sobre el lujo sin precedentes desplegado en las fiestas. Baste decir que para celebrar las bodas, y como demostración de la ostentación y galantería de la época, se refiere que Don Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, obsequió a toda la Corte con un portentoso banquete en que, al servirse los postres, y como un «postre más», ofreció a la reina y sus damas unas grandes bandejas llenas de ricas joyas de oro y pedrería, para que cada una «tomara» las que fuesen de su agrado.

De Andalucía pasaron los reyes a Madrid y Segovia, donde prosiguieron los dispendiosos festejos. Parecía como si Don Enrique IV quisiera aturdir a su bella esposa con tales esplendores, haciéndole olvidarse de asunto más trascendental para ella y para el reino.

Nada lograba disimular que la desunión del regio matrimonio era evidente, sobre todo a causa de la infidelidad del rey, quien hacía públicamente el amor a una dama de la reina, llamada Doña Guiomar de Castro. Tan sin recato llevaban las ilícitas relaciones que eran el escándalo y comidilla de la corte, al extremo de que Doña Juana hubo de enterarse. Y, montando en justa cólera, arrancó el moño a su competidora, obsequiándole, además, con unos zapatazos, diciéndole:

—Toma, para que aprendas a llevarte lo que no es tuyo.

Y se cuenta que añadió, con despecho:

—Aunque a mí, maldito para lo que me sirve Enrique.

Conviene añadir que el rey no cedió ante la actitud de la ofendida esposa. Lejos de ello, se limitó a apartar de la corte a Doña Guiomar, poniéndole suntuoso cobijo a dos leguas de Madrid, donde la visitaba con frecuencia. También anteriormente había tenido «pendencia de amores» (según la frase del cronista Enríquez del Castillo) con Doña Catalina de Sandoval, a quien nombró luego abadesa de un convento.

Y mientras el rey se dedicaba a cortejar a Doña Guiomar, la reina se «dejaba» obsequiar asiduamente por uno de los caballeros más gallardos y apuestos de la corte. Se llamaba Don Beltrán de la Cueva. Andaluz, de Úbeda, prócer ciudad del reino de Jaén. De paje de lanza y «Continuo» de la Guardia Real se había elevado a mayordomo mayor, y todos veían en él un personaje cada día más encumbrado.

Don Beltrán, bizarro caballero, emulando a Suero de Quiñones, sostuvo a las puertas de Madrid (en el paraje que hoy se llama Puerta de Hierro) un «Paso de armas», manteniendo la belleza sin par de la incógnita dama de sus pensamientos, la cual, según rumores de los cortesanos, no era otra que la reina Doña Juana.

Pocos después el rey Enrique IV de Castilla, tras felicitar, efusivo, al triunfador, apoyó su regia mano en el hombro del galán, y le preguntó cínicamente:

—Qué, Beltrán, ¿os gusta mi esposa Doña Juana?

Ante pregunta tan inesperada, Beltrán de la Cueva quedó suspenso. Nunca había sido pusilánime, sino todo lo contrario; sin embargo, la intención de la pregunta encerraba tantas incógnitas que escasamente pudo balbucir:

—Perdonadme, señor... No he entendido vuestras palabras.

—Pues son muy claras —dijo el rey—. Contéstame categóricamente: ¿Estás dispuesto a servirme en algo que me interesa?

—Obedeceros en todo es mi obligación. Soy vuestro vasallo y os debo absoluto acatamiento. Disponed de mí, señor.

Tras una pausa embarazosa, habló el rey. Y dijo:

—Por razones de enfermedad, no me es dable tener descendencia. He aquí, en dos palabras, lo que de ti deseo. Sé que galanteas a la reina y parece

que ella no te rechaza. Yo necesito tener un hijo que satisfaga las apetencias de mis súbditos. Te concedo libertad de acción, contando, es preciso, con que todo se haga discretamente. ¿Puedo contar contigo para ello?

Don Beltrán de la Cueva, que no salía de su asombro, se inclinó rendidamente y respondió:

—Repito, señor, que estoy dispuesto a servirlos como dispongáis y honradísimo por ello.

Nueve meses después la reina Doña Juana daba a luz una niña, que se llamó como su madre; si bien fue llamada con el sobrenombre de *la Beltraneja*, por suponérsela hija de Don Beltrán de la Cueva.

**«SIEMPRE ME PARECIÓ QUE TIENE LAS PIERNAS  
DEMASIADO FLACAS»**

*(Don Beltrán de la Cueva)*

Muchos nobles se negaron a jurar a la Beltraneja como heredera del trono, y formaron una liga facciosa. Atemorizado el rey Don Enrique IV ante tal actitud, firmó su propia deshonra, reconociendo por heredero del trono a su hermano Alfonso; lo que implicaba la ilegitimidad de la princesa y la infidelidad de la reina.

He aquí sus palabras textuales:

«Sepades que yo, por evitar toda materia de escándalo que podría ocurrir después de mi muerte acerca de la subcesión de los dichos mis regnos, queriendo proveer cerca de ellos según a servicio de Dios e mío cumple, yo declaro pertenecer, según que le pertenece, la legítima subcesión de los dichos mis regnos a mi hermano, al infante Don Alfonso, *et non a otra persona alguna.*»

Con semejante explicación el monarca castellano declaraba públicamente la ilegitimidad de su hija, a la que muchos llamaban despectivamente: « ¡La intrusa...! ¡La Beltraneja...! ».

No lo sintió grandemente Enrique IV, pues en marzo de 1462, cuando, tras laborioso parto, la reina dio a luz la mencionada niña, el rey, que aguardaba impaciente en la cámara próxima, se sintió defraudado enormemente por no ser varón el hijo tan anhelado. Y más aún lo enfadó ver que la criaturita era lindísima, perfecta de facciones.

— ¡No se parece a mí! —rugió indignado—. ¡Yo quiero que se me parezca! ¡Ha de ser chata, como yo!

Y en un impulso de su brutalidad innata, dio un puñetazo en el rostro de la recién nacida, cuya nariz sangró copiosamente.

¿Qué hacéis, señor? —se lamentó Isabel, su hermana, que sostenía en sus brazos a la que sería su ahijada y también su competidora a la corona de Castilla.

— ¡Calla, mocosa! ¿Tú qué entiendes? —gruñó el irascible monarca.

Poco después de firmar el documento y avergonzado de su actitud, el rey declaró nulo todo lo pactado con los magnates de la Liga. Consecuentemente, la Beltraneja volvía a ser, de nuevo, la heredera del trono. Mas los nobles confabulados se mofaron del soberano y de sus decisiones. Y como tenían en su poder al infante Don Alfonso, determinaron destituir al rey Enrique IV de la más afrentosa manera.

Y en un llano próximo a la ciudad de Avila, levantaron un tablado en el que se colocó el trono, ocupado por un maniquí, contrafigura del soberano, que ostentaba todos los atributos de la realeza. Poniéndose junto al figurón, un pregonero dio lectura al manifiesto en el cual se declaraba al monarca depuesto del trono, con pérdida del título y de la dignidad reales.

Seguidamente, el turbulento arzobispo de Toledo, Don Alfonso Carrillo, le quitó la corona, el conde de Plasencia le arrebató el estoque, el de Benavente le despojó del cetro, y Don Diego López de Zúñiga derribó de un fuerte empellón el exonerado monigote. Después, sentaron al infante Don Alfonso en el trono vacío y proclamaron, a grandes voces, que se difundieron por la campiña, mezcladas con el griterío de la multitud y el estruendo de atabales y trompetas:

— ¡Castilla, por el rey Don Alfonso XII!

Jornada memorable, que pudo abrir cauces nuevos a la Historia de España, la del 5 de junio de 1465. Al saber la ignominiosa noticia, Don Enrique IV exclamó desalentado, rememorando a Job:

—Desnudo salí del vientre de mi madre; desnudo volveré a la tierra.

La noticia de la grotesca ceremonia y la de la proclamación del infante Don Alfonso indignó a muchos pueblos. Una de las ciudades que con más ahínco tomó partido por Enrique IV fue Simancas, donde replicaron a la farsa de Avila con otra ceremonia semejante, en sentido inverso.

En efecto, un figurón que remedaba al arzobispo de Toledo, Don



Alfonso Carrillo, fue quemado bajo el nombre de Don Oppas, en recuerdo del traidor hermano del conde Don Julián, culpable de la invasión agarena en España. El pregonero gritaba a los cuatro vientos:

—Ésta es la injusticia que mandan hacer con el cruel Don Oppas, que se rebeló contra su rey después de recibir mercedes sin cuento. ¡Quien tal hizo, que tal pague!

Mientras tanto, el pueblo danzaba en tomo a la hoguera cantando:

*Ésta es Simancas,  
Don Oppas traidor;  
ésta es Simancas,  
que no Peñafior.*

Como dos reyes en un mismo reino resultaban incompatibles, Enrique IV, dando oídos al clamor general, salió en busca de los rebeldes. Los campos de Olmedo —los mismos en los cuales años antes venció Don Juan II a los infantes de Aragón— sirvieron ahora de escenario para la contienda fratricida.

Don Beltrán de la Cueva peleó como un valiente a favor del «rey viejo», a sabiendas de que los contrarios anhelaban, ante todo, su muerte. Un emisario de los enemigos le notificó que el arzobispo de Toledo había hecho voto solemne de cogerlo vivo o muerto.

—Pues decid al que os envía —le dijo Don Beltrán, con arrogancia— que las armas e insignia con que voy a pelear son las que aquí veis. Tomad nota de ellas para que así me conozcan y sepan que el conde de Ledesma ni se esconde, ni huye.

El combate duró más de tres horas, siendo finalmente vencidos los rebeldes por las tropas del rey Enrique IV. A pesar del resultado de la batalla no se vislumbraba solución al horrible desbarajuste. Hasta que sobrevino lo imprevisto. En la villa de Cerdeñosa, a dos leguas de Avila, el infante Don Alfonso enfermó de tal manera que falleció a poco, sin que los médicos hallasen remedio a su dolencia.

Muchas voces atribuyeron el suceso a una trucha empanada, que tenía ponzoña por adobo. Se trataba, al parecer, de las consabidas «hierbas», que entonces se usaban con exceso, y que mil veces resolvían, o pretendían resolver, conflictos políticos y familiares.

El horizonte se vio de pronto un tanto esclarecido. Ya no habla dos

reyes en Castilla. El «rey viejo» ya nada podía temer del «rey joven». La Muerte, al segar otra vida, tal vez privó a España de un buen gobernante futuro; si bien contribuyó, de momento, a simplificar el horrendo conflicto del reino castellano.

El fallecimiento repentino del príncipe Alfonso dejó a los ligados sin jefe y sin bandera. Recurrieron, entonces, a la infanta Isabel, residente a la sazón en Avila. Mas cuando llegaron el arzobispo Carrillo y los grandes que le secundaban para ofrecer la corona a la joven princesa, ésta tenía trazada su línea de conducta.

Agradezco vuestra oferta en lo mucho que vale —les dijo—, pues con ella me juzgáis merecedora de ocupar tan elevado puesto. Sin embargo, yo no puedo, ni debo, aceptarlo. Vive mi hermano Don Enrique, que es el rey legítimo de Castilla, y yo no he de contribuir a negar una evidencia que es indiscutible para mí. Los grandes se miraron consternados ante tan irreductible actitud. Al despedirlos, la infanta Isabel añadió:

—Si mi hermano Don Enrique reconoce pública y solemnemente que *la Beltraneja* no es hija suya y me nombra a mí para sucederle, entonces volved en mi busca, que no he de desairaos.

En virtud de tales manifestaciones, que agradaron mucho a Enrique IV, transigió el rey de nuevo con los sediciosos, designando a su hermana por heredera del cetro y suscribiendo la correspondiente declaración en el sitio llamado «Toros de Guisando».

Queremos recordar que los calificados como «Toros de Guisando» parecen más bien cerdos, pues no tienen astas. Tres de ellos están de pie y uno caído en tierra, donde se va hundiendo. Las inscripciones, casi ilegibles, fueron grabadas dos de ellas en honor de Metelo; otra en el de Julio César, y otra en el de Lucio Poncio, gobernador de la España Ulterior.

El campo de Guisando se halla entre los pueblos de Cadalso, el Tiemblo y San Martín de Valdeiglesias, o sea, en el confín de las provincias de Madrid y Ávila. Y aquí llegó un día la infanta Isabel a lomos de su blanca hacanea, en unión del arzobispo de Toledo, los obispos de Burgos y Coria y muchos nobles, respaldados por doscientas lanzas.

Quiso Isabel besar la mano diestra de su hermano, que no lo consintió, abrazándola y besándola cariñosamente en frente y mejillas. Luego se leyó en voz alta la concordia establecida, con todas sus cláusulas y detalles, despojando a *la Beltraneja* del título de heredera del trono, con juramento ante Dios y los hombres de que aquella doncella no era hija del rey Don

Enrique, sino fruto de ilícitas relaciones de su adúltera esposa Doña Juana.

Después de la lectura, ambos hermanos, de hinojos, con la diestra sobre la cruz que fue trazada en el pergamino de la estipulación, juraron cumplirla en todas sus partes para bien de Castilla.

Entretanto, se habían cursado las siguientes órdenes al rey Don Enrique bajo apercibimiento de que fuesen cumplidas inmediatamente:

«Que mi esposa Doña Juana sea entregada al arzobispo de Sevilla, que bajo su guarda y responsabilidad debe tenerla».

Así se hizo. Sin pérdida de tiempo el mitrado sevillano condujo a la reina al castillo de Alaejos, provincia de Valladolid, donde permaneció varios años, «tascando el freno». En realidad, su manera de reaccionar contra las demasías y ultrajes de su esposo, se mantuvo muy en consonancia con el carácter y temperamento de la hermosa y desaprensiva dama.

Se dice que no perdió el tiempo Doña Juana. Tenía el arzobispo un sobrino, Don Pedro de Castilla, a quien apellidaban el Mozo, para no confundirle con su bisabuelo y homónimo, Don Pedro *el Cruel*. Desde el primer momento se mostró el mencionado caballero muy rendido galán con la reina. Maestro en bellos decires, que tanto halagaban a la hermosa; pródigo en el obsequiar y fastuoso en el vestir. Las consecuencias de su trato no son difíciles de suponer.

Durante el tiempo en que permaneció en Valladolid, la bella Doña Juana tuvo dos hijos con el apuesto galán, llamados Don Apóstol y Don Pedro. Mas sucedió que Enrique IV, en una de sus regias ventoleras, disgustado de que su hermana Isabel hubiese contraído matrimonio con el infante Don Fernando de Aragón, revocó el pacto firmado en «Toros de Guisando» y reconoció de nuevo, por heredera del trono, a Doña Juana *la Beltraneja*. Además, no se le ocurrió más que traer junto a sí a su mujer, tantos años olvidada en Valladolid.

Doña Juana se hallaba entonces en periodo muy avanzado de una de sus gestaciones, y calculó que al verla su esposo de tal guisa después de tanto tiempo de dejamiento, pudiera molestarse Don Enrique. Por de pronto, entretuvo a los emisarios enviados en su busca con frases de sumisión a los deseos de su esposo.

—Dadme unos días de plazo para que pueda acompañaros —les pidió.

Y sin pérdida de tiempo preparó un indumento adecuado al disimulo de su ya indisimulable embarazo. ¿Que cómo se las ingenió? Por medio de

unos vestidos amplísimos, con superabundancia de tela, sostenida mediante aros de madera y aun de hierro, cosidos a la parte interior, formando una especie de jaula, que recibió desde el primer momento el expresivo nombre de «guardainfantes».

Justo es reconocer que este modelo, ideado por Doña Juana en 1467, pronto lo copiaron todas las damas de la Corte, y más tarde por las «meninas» del siglo XVII, a quienes se atribuye (injustamente) la fama de la innovación, que en pleno siglo XIX resucitó (a impulsos de la emperatriz Eugenia) con la aparición del miriñaque, para disimular el embarazo del príncipe imperial.

Una vez bien equipada, la reina Doña Juana emprendió viaje. Pero no lo hizo con dirección a la Corte, como pudiera suponerse, sino hacia Cuéllar, donde sabía que estaba su antiguo amigo Don Beltrán de la Cueva y a cuyo amparo pretende acogerse si el rey se enfada con ella, como teme.

Que Doña Juana tenía ingenio y decisión lo demuestra, también, el hecho siguiente: para burlar a los emisarios de Enrique IV, que le aguardaban pacientemente, se descolgó, metida en una cesta, por el adarve del castillo, y emprendió el camino en compañía de su amante Don Pedro el Moro.

Don Beltrán de la Cueva recibió a su vieja amiga afablemente. Si bien al darse cuenta de su embarazo, disimulado por el abultado «guardainfantes», tuvo para la reina palabras bastante molestas. Al verle desbancado, los amigos que rodeaban a Don Beltrán comentaron el lance en tono de rechifla. Pero el apuesto caballero supo salir airoso del apuro con una frase ocurrente y mortificante para la dama:

— ¡Bah! Nada me importa romper con Doña Juana. Siempre me pareció que tiene las piernas demasiado flacas.

No tardó en llegar la última hora de Enrique IV. Un fuerte dolor de costado le condujo al sepulcro. Según el historiador Zurita, el rey murió a consecuencia de un veneno que le dieron en Segovia.

En lamentable estado dejó el reino Enrique IV: con la perspectiva de una guerra civil entre su hija Doña Juana y su hermana Doña Isabel, la cual estaba destinada a llevar sobre su frente la diadema de dos mundos.

La reina Doña Juana, por su parte, murió a sus treinta y seis años, posiblemente a consecuencia de un aborto o quizá por haberle dado «hierbas» por orden de su hermano el rey de Portugal para que cesaran sus

liviandades.

Es curioso observar que la hermosa mujer tuvo un rasgo de coquetería póstuma. Recomendó, poco antes de morir:

—Que me sepulten «en hueco» para que la tierra no caiga sobre mi cuerpo.

## ***EDAD MODERNA***

# I

## De los Reyes Católicos al "último caballero francés".

«TANTO MONTA, MONTA TANTO,...»

*(Fórmula de los Reyes Católicos)*

Al morir Enrique IV *el Impotente*, fue proclamada reina su hermana Isabel I, juntamente con su esposo Fernando V.

El fallecimiento de los monarcas se anunciaba al pueblo por medio de los «heraldos» o «reyes de armas», quienes repetían por tres veces el grito de « ¡El rey ha muerto!» y tantas otras el de « ¡Viva el rey!»; de donde nació el conocido adagio «A rey muerto, rey puesto».

Cuando era aclamado el nuevo monarca, se colocaba el pendón real en la torre de homenaje del regio alcázar. Juraba el rey guardar y hacer guardar las leyes, fueros y costumbres del reino, y en seguida le tributaban pleito-homenaje la nobleza, el clero y el estado llano, completándose la solemnidad con la «consagración».

Aunque Fernando V, educado en las costumbres y leyes de Aragón (que excluían del trono a las hembras), pretendió gobernar por sí solo al principio, luego convinieron uno y otro cónyuges (llamados por antonomasia los Reyes Católicos) en que todas los instrumentos públicos llevarían las firmas, bustos y armas de los dos, con la fórmula o mote sempiterno de «Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando».

El primer colaborador de Isabel fue Fernando, su esposo. Proclamarlo así no implica desdén ni menosprecio al rey de Aragón, gran figura, indiscutible, pero de menos proporciones que la de ella, tallada colosalmente por la gracia de Dios. Así hubo de reconocerlo el mismo al decir a Isabel, muchas veces:

—Sois merecedora de reinar no sólo en España, sino en el mundo entero.

Colaboradores fundamentales de la inflexible soberana fueron los rectores de su conciencia: fray Tomás de Torquemada, su primer confesor; cuando tuvo que nombrarle sustituto eligió a fray Hernando de Talavera, cuyas virtudes y grandes merecimientos conocía. Le hizo presentarse, y le expuso sus deseos. El Padre Talavera se inclinó, reverente.

—Acepto el cargo, señora, honrosísimo para mí. Y permitidme una pregunta: ¿Cuándo he de empezar a ejercerlo?

—Ahora mismo, si os place.

Fray Hernando se irguió:

—En tal caso, señora, yo debo estar sentado y Vuestra Alteza de rodillas, porque éste es el Tribunal de Dios y yo hago aquí sus veces.

La reina quedó asombrada; pues sus confesores siempre se habían arrodillado ante su presencia.

—Este es el confesor que yo busco —dijo Isabel. Y, cediendo el sitio que ocupaba al fraile, se hincó de rodillas ante él y comenzó a confesar sus pecados...

Al tomarse Granada, erigiéndola en arzobispado, se designó para ocuparlo Don Pedro González de Mendoza. Ello motivó el disgusto del arzobispo de Toledo, Don Alfonso Carrillo, que se sintió postergado al ver que no le tomaba la reina por consejero. El arzobispo Carrillo había salvado a Isabel de situaciones difíciles. Ella lo sabía, y no dejó nunca de agradecersele; mas para pedir consejo prefería acudir al arzobispo Mendoza.

En vano trató Carrillo de torcer la voluntad de la reina, buscando una rectificación que no podía llegar. Y en vista de su fracaso, se enojó contra la reina Isabel y lanzó la frase mortificante, que nunca debió salir de sus labios:

—Yo he sacado a Isabel de hilar, y he de enviarla de nuevo a tomar la rueca.

La Reina Católica, al saberlo, tuvo una réplica digna de ella:

—Yo respeto a Don Alfonso como arzobispo, si bien no le temo como hombre. Y, en unión de mi esposo, he de probarle que no es tan fácil acabar conmigo.

Sabido es que Don Alfonso Carrillo fracasó en sus planes. Y al entonar



el «yo pequé», la reina le perdonó y siguió desempeñando su archidiócesis; sin embargo, ya obscurecido y sin el menor relieve.

No era Doña Isabel mujer que se amilanara fácilmente. Cuando Don Ramiro Núñez de Guzmán, llevando salvoconducto de la Reina Católica, fue agredido a bastonazos al cruzar Valladolid, la soberana, no dudando que la agresión había partido de parte del hijo de Don Fadrique, montó a caballo, sin importarle la lluvia, ni la tormenta, dirigiéndose a Simancas, donde residía el almirante Don Fadrique. En la obscuridad de la noche sonó el pesado aldabón del castillo, al tiempo que la voz de la reina demandaba:

—Almirante, dadme luego a Don Fadrique, vuestro hijo, para hacer justicia del porqué quebrantó mi seguro.

—Señora —contestó el almirante—, no está aquí y no sé dónde se halla.

Y respondió la reina:

—Puesto que no podéis entregarme a vuestro hijo, entregadme esta fortaleza de Simancas y la de Río seco.

Don Fadrique entregó las llaves de las mencionadas fortalezas.

La reina, después de una búsqueda por el castillo, volvió a Valladolid soportando nuevamente el azote de la lluvia. Al día siguiente se encontraba enferma y no pudo levantarse de la cama. Al ser preguntada por el médico qué síntomas advertía de su malestar, respondió:

—Mi cuerpo sufre de los golpes que el otro día Don Fadrique dio a mi salvoconducto.

Al morir el cardenal Mendoza quedó vacante el arzobispado de Toledo. El rey Fernando consideró resuelto el caso a favor de su hijo Alfonso de Aragón, arzobispo de Zaragoza. Y lo manifestó a la reina, por pura fórmula, esperando hallar una respuesta conforme con sus deseos.

—Si tú tienes tu candidato, yo tengo el mío —dijo Doña Isabel—. Mejor dicho, no es mío, sino un recomendado del cardenal Mendoza.

—¿Y quién es el designado?

—Francisco Jiménez de Cisneros, mi confesor. El desempeñará el arzobispado mejor que nadie, sin duda alguna. Además, los cargos no son propiedad nuestra, aunque esté en nuestra mano conferirlos. La responsabilidad que nos cabe es enorme, y no podemos dejarnos llevar de intereses familiares, que deben ceder siempre ante el bien general.

Fernando nada comentó, convencido por el elevado razonamiento de su mujer. La reina había pedido secretamente las bulas pontificias a favor de Cisneros, sin decirle a éste una palabra. Cuando llegaron los documentos, Isabel llamó a su confesor para entregárselos.

—Reverendo Padre: estas bulas envían de Roma para vos —le anunció.

Cisneros leyó la dirección del pergamino enrollado: «A nuestro venerable hermano Fray Francisco Jiménez de Cisneros, electo Arzobispo de Toledo». Palideció y, devolviendo los documentos a la reina exclamó, rotundo:

—Señora, estas bulas no se dirigen a mí.

Y salió de la cámara regia, sin ceremonia alguna.

Y preciso fue que el Papa insistiera, en nueva bula, mandándole con toda su autoridad que aceptase el cargo. Obedeciéndole, y para no incurrir en rebeldía, Cisneros fue consagrado, en Tarazona de Aragón, Arzobispo de Toledo.

Otro colaborador de los Reyes Católicos digno de ser mencionado, porque su figura no debe faltar en un anecdotario, es don Francisco de Vargas, primer consejero de los monarcas y más tarde de Carlos V. Se daba Vargas gran maña para descubrir crímenes y casos difíciles de toda clase, por lo cual, cuando uno de ellos surgía, se le encargaba de su esclarecimiento, poniendo al margen del expediente una frase, que ha quedado como tópico:

«Averígüelo Vargas».

También Hernando del Pulgar, cronista de los Reyes, fue un excelente colaborador. En cierta ocasión le culpó la Reina Católica de que, refiriendo en sus escritos históricos determinada acción del rey, su marido, no puso en el relato el nombre de ambos, por haberla ejecutado, igualmente, los dos. Él y ella.

Dio a luz, poco después, Doña Isabel a la princesa Doña Juana. Y escribió, intencionadamente, Hernando del Pulgar:

«El 6 de noviembre de 1479 parieron Sus Majestades».

Hernando del Pulgar tenía buen humor. Estando el rey Don Fernando y la reina Doña Isabel en un huerto con muchos caballeros y damas, junto a

una higuera que tenía pocos higos maduros, y casi todos aneblados<sup>1</sup>, a cuantos caballeros entraban en el lugar el monarca les mandaba que cortasen un higo de la higuera y lo comiesen; de modo que el que tocasen, tal cual estuviese —maduro o no—, habían de comérselo sin poder escoger otro. Y como eran pocos los buenos y muchos los aneblados, la mayoría de caballeros resultaban burlados.

En esto entró el cronista Hernando del Pulgar, y los Reyes le dijeron que cogiese un higo, y la condición impuesta a todos. Pero el cronista puso la mano en uno, pareciéndole bueno, mas como al apretar lo halló aneblado, tocó otro higo, diciendo:

—Enderézote.

Tal ocurrencia produjo la hilaridad general, especialmente de Doña Isabel, que profesaba gran afecto a su cronista.

A la reina le gustaban muchos las frutas, y aborrecía, en extremo, los ajos, no solamente en el gusto, sino en el olor. Por descuido le pusieron, en la mesa, perejil que había crecido donde habían puesto unos ajos. Como Doña Isabel lo notara comentó, disimulando:

—Venía el villano vestido de verde.

Por exigencias de su cargo —tal como entonces se entendía—, los Reyes Católicos nunca tuvieron mansión propiamente tal. La suya fue una Corte trashumante. Le gustaba a la reina presidir, ella misma, los tribunales de justicia, siempre que era posible, en compañía de Fernando, o sola si éste se hallaba ausente, si bien respetando siempre el doble tronco y bajo el dosel cuyo faldón contenía la conocida fórmula: «Tanto monta, monta tanto,...».

Sus deberes oficiales no impedían a la reina ser una perfecta ama de casa. Ella remendaba la ropa del rey, su esposo, forzosamente destrozón por el constante jineteo. Y pudo decir al arzobispo Carrillo:

—No tenéis que volverme a la rueda, señor arzobispo. No la he soltado nunca. Ella es mi cetro en las intimidades del hogar.

Ostentosos en los actos cortesanos, los Reyes Católicos fueron modestísimos en la intimidad. Ni Don Fernando ni Doña Isabel pecaban de tragones, y su mesa, por tanto, se distinguía por la frugalidad más austera. Un día, para animar al almirante de Castilla a que les acompañase en el

---

<sup>1</sup> Oscurecidos: quiere decir que daba la impresión de que, por su aspecto, los higos estaban maduros pero luego al comerlos no estaban tan buenos como se esperaba: desabridos y sin jugo.

yantar, le dijo la reina, como gran aliciente:

—Quedaos a comer con nosotros, señor almirante, que hoy tenemos pollo.

Al igual que hoy, no parece que, en aquellos tiempos, fuese un manjar demasiado «regio», sino más bien al alcance de casi todas las fortunas.

Doña Isabel dio pruebas de suma intuición. En pocas ocasiones se equivocaba. Cierta día quería enviar el rey Don Fernando, para resolver un negocio de mucha importancia, a un caballero que le parecía que era muy diligente.

—Os ruego que no le enviéis —le recomendó la reina.

—¿Por qué? —preguntó extrañado su esposo.

—Porque tiene mala vista —respondió Doña Isabel.

Interesado el rey en que fuese, le envió a la misión, y el caballero trajo buen recaudo de lo encomendado. Se presentó, otra vez, ocasión de enviarle a empresa de más calidad, y la reina tornó a decir lo que primero había dicho. Y para que no se enojase el rey, consintió que fuese. En esta ocasión el caballero resolvió mal el encargo; y el soberano sufrió los correspondientes reproches por no haber escuchado el parecer de su esposa.

Presentándose ante los monarcas, el caballero relató sus desdichas. La reina mandó, entonces, a su secretario que le diese treinta mil maravedises *de juro* por razón de aquel viaje. Extrañado el secretario, dijo a Doña Isabel:

—Suplico a Vuestra Alteza me diga por qué le hace mercedes ahora y no se las hizo primero, que las mereció mejor.

Respondió la reina:

—Porque ahora hizo lo que era razón en errarlo, y no primero en acertarlo.

La ilustre Reina Católica, que tenía la viva intuición del genio y las inspiraciones de la fe, tomó a su cargo la magna empresa de patrocinar los proyectos de Cristóbal Colón. Receloso, el rey no se mostraba tan propicio.

—Es un hombre abusivo —dijo—. Además el Tesoro está agotado con la guerra de Granada.

—Por eso no quede —insistió la reina—. Yo tomaré esta empresa a cargo exclusivamente de mi corona de Castilla. Y si ello no alcanzare y preciso fuere, empeñaré mis joyas para atender a los gastos de este asunto, que considero fundamental para España.

No hubo necesidad de empeñar las joyas, porque el rey Don Fernando dio orden a su tesorero Santángel, para que del Tesoro de Aragón adelantase los recursos necesarios para la empresa del descubrimiento. Por ese motivo en el escudo de armas del descubridor de América se puso el mote:

«Por Castilla y Aragón —antes se había puesto León—, nuevo mundo halló Colón».

Madre amantísima, tuvo la reina Doña Isabel poca suerte con sus hijos. Y ello fue lo que la envejeció prematuramente. Al redactar su testamento, dispuso el reconocimiento de Doña Juana y Don Felipe (el Hermoso) como futuros reyes de España. Si bien, como estaba convencida de la incapacidad de su hija, agregó en última voluntad que si Doña Juana «no puede o no quiere gobernar, lo haga su padre Don Fernando en su nombre como Regente de Castilla». Y al firmar, murmuró débilmente:

— ¡Triste porvenir el de mi España, llamada a padecer los disparates de una pobre loca y las necedades de un fatuo incorregible!

### «CUANDO ME DEVOLVÁIS LAS OTRAS»

*(Fernando «el Católico»)*

En Remesal, lugar inmediato a Puebla de Sanabria, se reunieron el rey Don Fernando *el Católico* y su yerno Felipe I *el Hermoso*. Al tiempo de besarle le mano a Don Fernando el conde de Benavente, le abrazó el rey, y al advertir en la armadura y cota que llevaba debajo del vestido, le dijo sonriéndose:

—Mucho has engordado, conde.

En cierta ocasión se acercó al Rey Católico un escudero a pedirle por merced que le aceptase como secretario. Dijo el rey:

—Ya tengo lo que he de menester.

Respondió el escudero:

—Bien sé que tiene Vuestra Alteza secretario, mas no sabe latín, que es gran falta.

A lo que intervino el secretario Hernán Álvarez Zapata:

—Peor es no saber romance.

Últimamente se ha hablado mucho de una reivindicación de Don

Fernando *el Católico*. No parece que sea necesaria, ya que nadie le ha discutido sus grandes merecimientos: esposo modelo, guerrero afortunado, político sagaz, hábil diplomático... Puede afirmarse que su actuación constituyó complemento magnífico de la de su esposa Isabel, *la Grande*.

Una noche Don Fernando el Católico jugaba al ajedrez con su tío el almirante Don Fadrique en una habitación próxima a la que ocupaba la reina. Rápida y decisiva jugada del almirante hizo que exclamara muy satisfecho:

— ¡Ajá...! ¡He ganado a mi sobrino!

La reina Doña Isabel, al oír la manifestación del almirante, acudió presurosa y corrigió la frase, diciéndole:

Don Fadrique: mi señor, el rey, no tiene parientes ni amigos, sino solamente siervos y vasallos.

El rey Don Fernando solía ir frecuentemente a visitar sus propiedades de Aragón. Saliendo a pasear, una tarde, por los alrededores de Zaragoza, vio acercarse hasta cuarenta labradores que cantaban.

— ¿Qué es eso? —preguntó extrañado al cardenal Don Pedro González de Mendoza, que le acompañaba.

El purpurado contó al rey cómo acostumbraban en aquellas tierras, cuando salían los peones a trabajar, nombrar cada día rey a uno de ellos simbólicamente, y al cual obedecían en todo lo que les mandaba.

—Es el que va delante del grupo —señaló el cardenal. Y agregó:— Si Vuestra Alteza quiere reírse un poco, fingid rendirle acatamiento, cual si en efecto fuese un monarca.

Don Fernando *el Católico* celebró la ocurrencia, y cuando llegó cerca el labrador-«rey», mandó a los peones que se detuviesen, y le quitó la gorra. El labrador, sorprendido primero, pero con mucha reverencia luego, se santiguó, se arrodilló, y dijo:

—A gorra de rey, bendición de Padre Santo.

Gobernar es harto difícil, y el buen gobernante debe abatir soberbias, lo mismo que premiar las virtudes. Y en una nación, cual sucede en una casa, ha de haber siempre alguien encargado de decir y hacer las cosas desagradables cuando son necesarias.

Cuando entregó el mariscal Alonso de Valencia la fortaleza de Zamora al rey Don Fernando, estaba dentro la recámara y arreos del rey Alonso de

Portugal. Don Fernando no quiso tomar para sí cosa alguna. Y cuando algunos caballeros o capitanes le pedían algo, siempre les contestaba negativamente. Uno de ellos le dijo:

—Por cierto, señor, lo que el rey de Portugal, en estas guerras, ha podido haber de vos y de vuestros caballeros y vasallos no lo ha dejado, ¿cómo vos dejáis lo suyo?

A lo que respondió el rey:

—Quiero, si puedo, quitar al rey de Portugal, mi primo, los malos conceptos de su voluntad y no los buenos arreos de su persona.

También se cuenta que al conocer Luis XII de Francia la conquista de Nápoles por Don Fernando *el Católico*, exclamó furioso:

—Dos veces me ha engañado ese fementido.

Y replicó al saberlo el monarca aragonés:

—Miente el bellaco: puesto que yo le he burlado más de cien veces y él lo sabe.

Otras veces, sin embargo, el Rey Católico tenía rasgos de buen humor, que llegaban incluso a confundir a los que le rodeaban. Cierta mañana, lavándose las manos, dejó dos sortijas de gran valor a un caballero para que las tuviese mientras se aseaba. El caballero se las llevó y el monarca no se las pidió. Pasó mucho tiempo y ocurrió que estando presente el mencionado caballero, también el rey quiso lavarse las manos. El monarca se quitó las sortijas, el caballero alargó el brazo para tomarlas.

—Cuando me devolváis las otras —le dijo Don Fernando, riendo.

Y seguidamente se las entregó, para que las guardase, al que le servía con el jarro y la jofaina.

Con frecuencia se ha censurado al rey Don Fernando *el Católico* la conducta seguida por él con Gonzalo de Córdoba *el Gran Capitán*. Mas para enjuiciarla sería preciso un análisis minucioso de procederes, hechos y detalles.

El *Gran Capitán* (conocido en la Historia con este sobrenombre por su valor heroico y por su suerte en las batallas, que se contaban por victorias) entró al servicio de la reina Isabel *la Católica* cuando acababa de casarse con Don Fernando V de Aragón.

Durante el siniestro del campamento real, en la guerra de Granada, el fuego destruyó el guardarropa de la reina Isabel. Al enterarse, Gonzalo de

Córdoba envió a la soberana el de su esposa.

—No lo acepto porque vuestra casa ha perdido más que la mía en el desastre —le dijo la reina, dándole las gracias.

—Señora —replicó *el Gran Capitán*—, no es un desastre el que a mi esposa y a mí tener el privilegio de servir a Vuestra Majestad.

Parece ser que *el Gran Capitán* sufrió desaires del rey Fernando, a los cuales Gonzalo de Córdoba correspondió con su lealtad inquebrantable.

En cierta ocasión, estando Fernando *el Católico* en Nápoles, alguien difundió la falsa noticia de que el rey tenía preso *al Gran Capitán* en Castil Ovo. Los marineros vizcaínos saltaron desde sus naves a tierra, y, en alto los aceros, avanzaron iracundos hacia el castillo, gritando, ante las cerradas puertas:

—Mal viaje hagas, rey Don Fernando, que prendiste al mejor hombre del mundo.

Otras voces decían:

— ¡Dadnos *al Gran Capitán*!

Desde las almenas, los caballeros del rey voceaban a los marineros explicándoles que todo había sido una calumnia. Pero los gritos de unos ahogaban los gritos de los otros. Y cuando mayor era la confusión, a la espalda de los amotinados marineros apareció de improviso *el Gran Capitán*. Todos los vizcaínos, al verle, se arrojaron sumisos a sus pies, disculpándose:

—Perdónenos, Don Gonzalo de Córdoba. Algún bellaco nos engañó diciéndonos que el rey os tenía preso.

Don Fernando *el Católico*, al enterarse del suceso, «riendo mucho», aunque en sus adentros pensara lo contrario, dijo *al Gran Capitán*:

—Duque, si todos vuestros amigos acuden como los vizcaínos, seguro estaréis que los hallaréis cuando los hayáis menester.

Paseando por la calle principal de Nápoles el rey Fernando, un día, llevaba a su derecha *al Gran Capitán* y a su izquierda al duque de Térmoli. Detrás iba un grupo de caballeros escoltándolos. En ventanas y puertas, le gente se arracimaba presenciando, en silencio, cómo caminaban el monarca y sus acompañantes. De pronto, al cruzar el rey ante la casa de un barbero cirujano, apareció éste ante el soberano, arrastrando por los cabellos a dos hijas mozas de trece y catorce años, y blandiendo en la mano izquierda un



cuchillo, mientras gritaba:

—*Gran Capitán*, si para ser tú rey es necesario, cortaré las cabezas a estas dos hijas solas que tengo.

Alargó el brazo Gonzalo de Córdoba, y, de un golpe, hizo saltar el cuchillo de la mano del barbero a quien se llevaron detenido los soldados, entre revuelo y alboroto.

Y cuando a la mañana siguiente «estaba ya en el asno» el cirujano, para llevarle a ahorcar, le perdonó el rey.

Liberal sin límites, *el Gran Capitán* gastaba como un rey, y sus muebles, sus vestidos y su mesa eran del mayor gusto y elegancia. Su hermano, desde Córdoba, en recomendaba que moderara sus gastos, a fin de no llegar a ser objeto de las burlas de los mismos que le aplaudían, y Gonzalo le contestaba:

«No me quitarás, hermano mío, este deseo que me alienta de dar honor a nuestro nombre y distinguirse. Tú me amas y no consentirás que me falten los medios para conseguir mis deseos. Ni el Cielo faltará tampoco a quien busca su elevación por tan laudables caminos».

*El Gran Capitán* pasaba muchas veces frente a la puerta de la casa de dos doncellas, hijas de un pobre escudero, de las cuales mostraba estar aficionado, por ser en extremo hermosas. Pareciéndole al padre de las mozas que se le presentaba la ocasión para remediar sus necesidades, visitó al *Gran Capitán* y le suplicó le proveyese de algún cargo fuera de la ciudad, más remunerado. Entendiendo don Gonzalo que el escudero lo hacía por dejar, con tal pretexto, la casa desocupada y sin vigilancia, para que él pudiese entrar libremente, le preguntó:

— ¿Qué gente dejáis en vuestra casa?

—Señor, dos hijas doncellas —respondió el escudero. Le dijo el *Gran Capitán*:

—Esperad aquí, que os sacaré la provisión.

Y dándole dos pañuelos, cada uno de ellos conteniendo mil ducados, le dijo:

—Aquí tenéis la provisión; casad luego, con esto que os doy, a vuestras hijas. Y en lo que toca a vos, yo tendré cuidado de proveerlo.

Ya hemos referido que *el Gran Capitán* era dadivoso en extremo. Colmó de mercedes y dinero a cuantos le secundaban. Ello sirvió para que

los maldicientes abrieran brecha culpándole incluso de malversador de los fondos públicos. El rey Don Fernando comentaba:

— ¿Qué importa que Gonzalo haya ganado para mí un reino, si lo reparte antes de que llegue a mis manos?

Y consecuentemente, ante tantos despilfarros y chismorreos, el monarca le pidió cuentas, toda vez que no concordaban los dispendios del *Gran Capitán* con los libros de los tesoreros reales. Gonzalo no se inmutó.

—Mañana —dijo— presentaré mis libros, y veremos que no soy yo, sino el Fisco, quien sale alcanzado.

Y, en efecto, al día siguiente presentó las famosas «Cuentas del Gran Capitán», en las que figuraban partidas como las siguientes:

«Doscientos mil setecientos treinta y seis ducados y nueve reales en frailes, monjas y pobres para que rogasen a Dios por la prosperidad de las armas españolas.

«Cien millones en picos, palas y azadones.

»Cien mil ducados en pólvora y balas.

»Diez mil ducados en guantes perfumados para preservar a las tropas del mal olor de los cadáveres de los enemigos tendidos en el campo de batalla.

»Ciento setenta mil ducados en poner y renovar campanas destruidas con el uso continuo de repicar todos los días por nuevas victorias conseguidas sobre el enemigo.

»Cincuenta mil ducados en aguardiente para las tropas un día de combate.

»Un millón en misas de gracias y *Te Deum* al Todopoderoso.

»Tres millones en sufragios por los muertos.

»Setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados en espías.

»Y cien millones por mi paciencia en escuchar, ayer, que el rey pedía cuentas al que le ha regalado un reino.»

El rey Fernando comprendió que *el Gran Capitán* trataba de darle una merecida lección.

—No se hable más de ello —dijo— por ser negocio «muy infame al rey».

Y aunque los envidiosos y consejeros palidecían de rabia, nadie volvió

a referirse a tales «cuentas», delante del monarca.

## «LLORA COMO MUJER...»

*(Aixa, a su hijo Boabdil)*

Los Reyes Católicos, decididos a terminar la Reconquista, buscaron un pretexto para declarar la guerra a Granada, último baluarte de la morisma. Primeramente se preocuparon de ir tomando todas las ciudades cercanas, hasta que al fin pusieron los reales cristianos a dos leguas de la populosa capital granadina.

La reina Isabel *la Católica* acudió también al campamento, mereciendo el título de *Mater Castrorum*. Y su presencia inspiró a los capitanes del ejército, Gonzalo de Córdoba, Hernán Pérez del Pulgar y otros, heroicas hazañas y caballerescas empresas, dignas de ser cantadas con épica trompa.

El Gran Capitán (de quien ya hablamos) acabó su gloriosa existencia en Granada el 2 de diciembre de 1515. Su triunfadora espada se conserva en la Armería Real de Madrid, y sobre su cruz juraban antaño los herederos del trono y los grandes de España. Hernán Pérez del Pulgar fue cronista de los Reyes Católicos y se le llamó «el de las hazañas» por los actos heroicos que realizó durante la guerra de Granada.

En cierta ocasión, y seguido de quince valerosos campeones, entró de noche en Granada, cruzó sus desiertas calles, llegó a la puerta de la gran mezquita y clavó en ella un cartel con el mote de *Ave María*. Al retornar el campamento cristiano encontraron una ronda de moros; la arremetieron y dispersaron saliendo gozosos de la ciudad.

Hechos análogos realizaron los moros granadinos Tarfe y Muza. El primero atando a la cola de su caballo el cartel del *Ave María*, que Pulgar había clavado en la puerta de la mezquita, lo llevó arrastrando hasta el campamento cristiano, donde recibió el castigo de su audacia, pereciendo a manos de Garcilaso de la Vega. El segundo acometió, él solo, contra las huestes cristianas; y, al ser perseguido por los caballeros de Doña Isabel, se precipitó en las aguas del Darro, donde halló su tumba.

Durante el sitio de Málaga por los Reyes Católicos atacaron los árabes con ímpetu al mando de Ibrahim Zenet, logrando desbordar las trincheras de

los maestros de Santiago y Alcántara.

En una tienda cristiana el feroz Ibrahim encontró a algunos jovencuelos, los que quedaron absortos por la presencia del formidable guerrero musulmán. Y cuando los mozos temían por su vida les tocó Ibrahim suavemente con el astil de su lanza diciéndoles:

— ¡Ea, muchachos, id con vuestras madres!

Le reconvinieron luego los otros moros porque los había dejado ir con vida, a lo que respondió el guerrero:

—No los maté porque no vi barbas.

Mientras tanto, la Reconquista marchaba favorablemente. Si bien Granada seguía en poder de los infieles. Repetidas veces se lamentaba la reina Isabel *la Católica*:

—Me duele Granada mora como una espina clavada en el corazón.

Y su esposo Don Fernando respondía:

—Todo se andará... Todo llegará...

Un día, antes de poner sitio a Granada, el rey de la ciudad, Muley Hacén, solicitó una tregua de los Reyes Católicos, a lo que éstos respondieron por medio de su embajador, Don Juan de Vera, que no podían aceptar la tregua sin que antes recibiesen el tributo de cautivos y la entrega de dinero que los emires anteriores pagaban a los reyes de Castilla. Ensoberbecido el monarca Muley Hacén, se irguió altanero, y exclamó:

—Decid a vuestros soberanos que ya murieron los reyes granadinos que pagaban tributo a los cristianos. Y que en Granada ya no se labra oro, sino alfanjes y moharras para someter a nuestros enemigos.

Poco después los moros cayeron sobre Zahara y pasaron a cuchillo a sus habitantes. Todos felicitaron con tal motivo a Muley Hacén; mas el viejo faquí Macen, al salir de la Alhambra, pronunció, agorero, las palabras siguientes:

— ¡Ay de Granada! Las ruinas de Zahara caerán sobre nuestras cabezas. Quiera Alá que me engañe; pero veo que el fin del Imperio musulmán ha llegado en España.

Los castellanos se enardecieron y la venganza no se hizo esperar. Un ejército, dirigido por el marqués de Cádiz, marchó, triscando vericuetos, sobre Alhama, en el mismo corazón del reino granadino. El capitán de escaladores Juan Ortega del Prado, amparándose en la noche, degolló a la

guardia y tomó el castillo. La ciudad entera cayó acto seguido en poder de los cristianos.

« ¡Ay de mi Alhama!», gimieron los granadinos en patético romance.

El campamento cristiano se quemó una noche, por accidente casual. La reacción de la Reina Católica fue la de levantar en el mismo lugar un pueblo, al que dio el nombre de Santa Fe, para significar el irrevocable propósito de conquistar a Granada.

Sin embargo, en los altibajos de la guerra granadina transcurrieron varios años: tantos como en la de Troya, que cantó Homero. Y hubo momentos de entusiasmo y otros de decaimiento, No fue de los menores aquél en que la soldadesca se negaba a combatir, mientras no cobrasen los atrasos que les debían. El dinero escaseaba, y aun faltaba, en las arcas reales.

Y entonces el conde de Tendilla tuvo singular ocurrencia y resolvió el problema, que parecía insoluble. Ideó pagarles en monedas de cartón, obligando, bajo las más severas penas, a admitirlas en pago de toda clase de artículos, y empeñando el conde su palabra de que a su tiempo serían cambiadas por monedas de metal.

Como el conde y los Reyes merecían máxima confianza, nadie protestó, y se sorteó el grave conflicto presentado gracias al ingenio de Tendilla, nieto del primer marqués de Santillana y sobrino del cardenal Mendoza.

Fue la primera vez en que apareció en la Historia el empleo de papel moneda, luego tan generalizado y difundido.

A finales del año 1491 el cerco de Granada había llegado al período agudo. La ciudad quedó desprovista de víveres. Entonces los granadinos, faltos de todo recurso, tuvieron que rendirse, aceptando la capitulación propuesta al rey Boabdil por Hernando de Zafra y Gonzalo de Córdoba, *el Gran Capitán*, representantes de los Reyes Católicos.

Las cláusulas principales de la capitulación, firmada el 25 de noviembre de 1491, fueron las siguientes:

1.º En el término de sesenta y cinco días Boabdil entregaría la ciudad.

2.º Los Reyes Católicos aseguraban, a los moros granadinos sus vidas y haciendas, sus mezquitas y el libre ejercicio de su religión, sus leyes y sus jueces, idioma, trajes, usos y costumbres, instrucción y títulos.

3.º Se cedía a Boabdil y a su familia, como patrimonio real, cierto territorio en la Alpujarra y treinta mil castellanos de oro.

Finalmente, el 2 de enero de 1492, el gran cardenal de España don Pedro González de Mendoza entraba en la Alhambra solemnemente y colocaba la Cruz del Salvador en la torre de la Vela. En otras torres de la Alhambra ondeaban, también, pendones y estandartes.

Mientras tanto, los Reyes Católicos, que aguardaban a la orilla del Genil, vieron llegar, con su séquito, a Boabdil, el cual presentó las llaves de la ciudad al rey Fernando, diciéndole:

—Tuyos somos, rey poderoso y ensalzado, y éstas que te entrego, señor, son las llaves de este paraíso. Esta ciudad y este reino te entregamos, porque así lo quiere Aláh, y esperamos que uses de tu triunfo con generosidad y clemencia.

El rey entregó las llaves a la reina Isabel, de cuyas manos pasaron a las del príncipe Don Juan; luego, a las del cardenal Mendoza, y por último, a las del conde de Tendilla, nombrado gobernador de Granada y de la Alhambra.

Seguidamente se dirigió Boabdil al conde de Tendilla y le hizo entrega de un hermoso anillo, diciéndole:

—Con este sello se ha gobernado Granada. Tomadlo para que la gobernéis, y Aláh os dé más venturas que a mí.

A continuación, el rey moro Boabdil se presentó ante Doña Isabel, rindiéndole pleitesía. Cual si aguardasen esta consigna, estalló en el campamento un griterío ensordecedor. Todos gritaban:

— ¡Granada, Granada por los reyes Don Fernando y Doña Isabel!

Y los heraldos y reyes de armas repetían el mismo grito, mientras prelados y sacerdotes entonaban el *Te Deum laudamus*.

Cuando el desdichado Boabdil dejó para siempre la hermosa ciudad de Granada, no pudo impedir exhalar un hondo suspiro, al divisarla por última vez. Ello motivó que su madre, la sultana Aixa, le dijera:

— ¡Llora; que bien debe llorar como mujer quien no supo defenderla como hombre!

**« ¡SOY LA MÁS DESGRACIADA DE LAS MUJERES...! »**

*(Juana «la Loca»)*

Desde el primer momento sintió Doña Juana *la Loca* por su marido,

Felipe *el Hermoso*, una pasión morbosa, tanto más intensa y agudizada cuanto mayores eran los desprecios y liviandades de él. Los devaneos del archiduque no cesaban, y, lo que aún es peor, se mostraba cruelmente desenfadado, no teniendo para con su mujer ni siquiera la piedad del disimulo.

Se cuenta que buscaba sus concubinas entre las damas de la Corte, haciendo presenciar a Juana el odioso espectáculo de tan ofensivas preferencias. En cierta ocasión la infanta sorprendió a su protervo esposo en flagrante intimidad con una de sus damas, rubia beldad, cuyos cabellos ostentaba con orgullo su poseedora. Sintiéndose leona, Doña Juana cercenó las doradas trenzas de su rival y se las mostro al infiel, diciendo:

— ¿Conocéis estos cabellos?

Felipe, hermoso, pero no caballeroso, reaccionó brutalmente, golpeando como un rufián a su celosa esposa.

Con su instinto de madre la reina Isabel presentía algo sobre los sufrimientos de su hijo. Mas en vano le escribía tiernas epístolas pidiéndole noticias acerca de su existencia. Juana no contestaba nunca. Sin embargo, al morir el príncipe Don Juan y quedar su hermana Juana como heredera de los reinos de Castilla y Aragón, era necesaria su presencia para ser jurada por las Cortes. Una y mil veces les fue rogado, a ella y a su marido, que emprendieran el viaje de retorno. Todo en vano. Par fin, gracias a las gestiones del embajador Gutierre de Fuensalida, Felipe *el Hermoso* y su mujer llegaron desde Amberes a España por Fuenterrabía. Los Reyes Católicos salieron presurosos para coincidir en Toledo, donde pudieron abrazar a Juana.

Después de los primeros saludos, la reina Isabel se encerró con su hija en un aposento.

—Cuéntame, Juana, todo lo que has callado en estos años... Dime, ante todo: ¿eres feliz, tan feliz como yo quiero verte?

Su hija dudó un instante, deseosa de callar, para no descubrir la úlcera dolorosa de su alma. Mas no pudo, y rompiendo a llorar, cayó de hinojos, diciendo:

— ¡Ay, madre; compadéceme mucho, mucho; soy la más desgraciada de las mujeres...!

Y a borbotones, entrecortadamente, hizo el angustioso relato del calvario matrimonial que había destrozado su existencia. No tardó el matrimonio en volver a Flandes.

Después de muerta Doña Isabel, Felipe *el Hermoso* y Doña Juana retornaron a España, para reinar, si bien por poco tiempo. Una *meiga*, al verlos desembarcar en La Coruña, vaticinó:

— ¡Pobre príncipe! Poco estaréis con nosotros. Y seréis llevado por tierras de Castilla, después de muerto, más que habéis andado por ellas en vida.

Mal gobernante, despreocupado de cuanto no fuese su egolátrico proceder, Felipe *el Hermoso* tan sólo atendía a sus caprichos y placeres, olvidando a su esposa, ya en plena vesania. Residían en la casa «del Cordón» en Burgos. Cierta día departía el apuesto galán con varios cortesanos acerca de la aparición de un cometa en el horizonte.

—Dicen que este fenómeno presagia la muerte de algún príncipe — dijo uno.

— ¡Bah! —comentó Felipe, soltando la carcajada—. Guarde Dios a mi padre y a mí, y de los demás haga lo que guste.

Pocos días más tarde, acalorado después de jugar a la pelota, bebió un vaso de agua helada y se sintió indispuerto seguidamente. Unas fiebres malignas, que entonces aquejaban con frecuencia, le llevaron al sepulcro en breve plazo. Doña Juana, que no le abandonó un instante, se negó a reconocer la realidad.

—Mi esposo idolatrado no ha muerto —decía—: está dormido.

De no haber estado ya loca, hubiese perdido la razón ante el duro trance. Consintió que guardasen el cuerpo amadísimo en un ataúd, sin embargo no toleró que lo enterrasen, y dispuso quedase depositado en la Cartuja burgalesa. Allí iba todas las semanas la doliente señora. Hacía abrir el féretro, y abrazaba a besaba con frenesí el cadáver putrefacto.

Tres veces transcurrieron del modo reseñado, hasta que Doña Juana se decidió a emprender la larga caminata para darle tierra en el edén de Granada. Resultaba asombroso que la infeliz reina no derramase una lágrima. Se dolía ella de esta anomalía, que más y más aumentaba su padecer, por falta de tan natural desahogo. Y en un extraño instante de lucidez hubo de decirle a su más próxima cubicularia:

—Lloré tanto, cuando me convencí de las infidelidades de mi esposo, que el manantial de mis lágrimas quedó seco para siempre.

Los restos mortales de Felipe *el Hermoso* reposaban en un magnífico ataúd colocado en un carro, arrastrado por cuatro caballos. De tal guisa, el



cortejo patético emprendió la marcha. Todos iban a pie, dando ejemplo Doña Juana, cubierta de negros crespones, y acompañada por un séquito interminable de prelados, personajes y caballeros. Únicamente caminaban de noche, por orden expresa de la atribulada y enloquecida reina.

—Una mujer honesta —decía—, que ha perdido a su esposo, que es su sol, debe huir de la luz del día.

Y así avanzaban, lentamente, recorriendo más de media España, camino de Granada. En los pueblos del tránsito se celebraban solemnes exequias, a las cuales no podía concurrir ninguna mujer. Los celos, que fueron siempre tenazón de su espíritu, rebasaban todos los límites. Un día, por error, en un convento que creyó de frailes, entre Torquemada y Hornillos, fue depositado el féretro, hasta que, horrorizada la reina al saber que era de monjas, hizo sacar el cadáver al campo, permaneciendo ella con toda la comitiva a la intemperie, desafiando la crudeza de los elementos.

Cada vez en mayor inconsciencia, Doña Juana vivió cuarenta años recluida en Tordesillas. Y gracias al tesón admirable del cardenal Cisneros, España se libró de revivir los tiempos calamitosos de Enrique IV el *Impotente*.

**« ¡ESTOS SON MIS PODERES! »**

*(Cisneros)*

Fray Francisco Jiménez de Cisneros, una de las figuras más descollantes de la historia patria, se hallaba de guardián en el monasterio de Salcedo cuando la reina Isabel la Católica le eligió por confesor; y luego le propuso para la vacante del arzobispado de Toledo.

Convertido en Primado de la Iglesia española, Cisneros seguía viajando a pie y vistiendo el tosco sayal de franciscano. Sus comidas eran de anacoreta, y dormía sobre dura tabla en estancia pobremente decorada. Fueron precisas nuevas bulas del Papa para que honrase el cargo que ostentaba con las manifestaciones pertinentes. Y tuvo que obedecer.

Mas siempre ha de haber descontentos y envidiosos. Cierta día, en una gran solemnidad, presidida por Cisneros, revestido de pompa pontifical, en la sede catedralicia toledana, el predicador (un viejo fraile franciscano) aludió con acrimonia al lujo excesivo de ciertas vestiduras, «que

contrastaban con la ascética sencillez de la Orden franciscana». La alusión resultaba tan ostensible, que no pasó inadvertida. Y una vez terminada la ceremonia, y ya en la sacristía, Cisneros se aproximó el predicador, diciéndole:

—He de felicitaros por la fácil expresión de vuestro discurso Y también por el espíritu que lo informa. Si bien conviene que tengáis en cuenta la diferencia que ha de establecerse entre la necesaria ostentación que exige el cargo y la intención de quien lo desempeña.

Y levantando sus vestiduras, agregó con firme acento:

—Ved, bajo la riquísima capa pluvial que me recubre, la túnica de paño burdo que va en contacto con mi cuerpo, como cumple al ascetismo franciscano, al que jamás falté.

Proverbial era la modestia y austeridad del nuevo arzobispo de Toledo. En cierta ocasión le mostraron a Cisneros un precioso diamante que se vendía. Y preguntando el precio, le dijeron:

—Cinco mil escudos de oro.

A lo que Cisneros respondió:

—Yo quiero más asistir a cinco mil pobres con ese dinero, que poseer todos los diamantes de las Indias.

Poco antes de morir Isabel la Católica, el cardenal Cisneros expuso a la excelsa reina la conveniencia de llevar las armas españolas al territorio africano, como ratificación de la recién terminada Reconquista. Le pareció admirable a la soberana la idea. Mas la muerte segó en flor el propósito, que arrumbado quedó por algún tiempo. Regente ya Don Fernando, Cisneros se lo recordó. Pero la empresa entrañaba grandes dispendios, y el erario no disponía de fondos necesarios para acometerla.

—No importa —insistió el cardenal—. Yo anticiparé lo que sea necesario.

No tardó en salir del puerto de Almería una armada, que se apoderó fácilmente de Mazalquivir. Poco más tarde, nueva flota zarpó de Málaga, también costada por Cisneros, que en persona dirigió la expedición, llevando como teniente al conde Pedro Navarro, que tanto se distinguió en las guerras de Italia.

Cisneros era ya septuagenario, y por este motivo desconfiaban muchos de su eficacia como jefe de la expedición. Y es que desconocían el temple de su alma, capaz de las más grandes empresas. Y demostró su valor y

energía apoderándose de Orán, contraviniendo órdenes expresas de Pedro Navarro, caudillo de las tropas, quien tenía dispuesto el asalto para fecha determinada: mas las huestes sintieron impaciencia y pidieron al cardenal Cisneros que anticipase la ofensiva. No tardaron en sonar los clarines tocando a generala. Los soldados se lanzaron a la lucha y obtuvieron rápida y rotunda victoria.

Pedro Navarro protestó airadamente por lo que consideraba usurpación de sus atribuciones —injustamente, pues su papel era subalterno— motivándose escenas violentas entre Cisneros y su lugarteniente.

No era hombre el cardenal que se doblegase a intransigencias extrañas. Pero una carta del rey Don Fernando (dirigida a Pedro Navarro e interceptada por Cisneros) descubrió al cardenal la desconfianza del monarca Católico y el deseo de retenerle en África, para alejarle de la Península. Amargado y entristecido, resignó el mando y retornó a España.

Entonces se dedicó a dos empresas que, a falta de otros títulos, inmortalizarían su nombre; a saber: la fundación de la Universidad de Alcalá (en 1837 fue trasladada a Madrid con el título de «Central») y la impresión de la «Biblia Políglota Complutense».

Algo después, reconociéndole de nuevo sus méritos, Don Fernando el Católico (en su testamento) nombró regente a Cisneros: y como tal actuó desde la muerte del monarca aragonés hasta la llegada a nuestro país del príncipe Carlos, hijo de Doña Juana la Loca, el futuro Carlos V.

En seguida Cisneros hizo proclamar a Don Carlos como rey, aunque vivía su madre, Doña Juana, que era la verdadera reina. Luego riñó rudas campañas con los nobles, siempre revoltosos, mal avenidos con su regencia.

Y como los nobles trataran de intimidarle, preguntándole con insolencia en virtud de qué poderes ejercía el mando del reino, Cisneros abrió un balcón del aposento en que se hallaban y les mostró un batallón de artillería formado en línea de combate, al tiempo que pronunciaba la histórica frase:

— ¡Estos son mis poderes!

Luego, queriendo enfrenar a la nobleza, creó una milicia ciudadana, que fue, juntamente con las fuerzas organizadas por los Reyes Católicos, la base de los ejércitos permanentes.

Entretanto, el rey Don Carlos se hallaba en Flandes, consumiendo allí todo el dinero que ahorraba el regente. Mas a la última demanda de dinero

que hizo el joven príncipe, hubieron de contestar Cisneros y el Consejo de Castilla, que:

«...en los meses en que V. A. se sienta en el trono, lleva ya gastado más que los Reyes Católicos, sus abuelos, durante los cuarenta años de su reinado».

Cisneros logró entregar incólume su reino al rey Carlos. Si bien el sino de los grandes hombres es sembrar beneficios para cosechar ingratitudes. El nuevo soberano vino a España, desembarcando en Asturias. El anciano regente se puso en camino para recibirle; pero al llegar a Roa enfermó, falleciendo a los pocos días, lastimado por la desdeñosa conducta del rey, que no se dignó visitarle en su lecho de muerte, limitándose a dirigirle una fría carta, en que le daba las gracias por sus servicios y le otorgaba licencia para que «se retirase a su diócesis a descansar y aguardar del Cielo la recompensa de sus merecimientos».

Parece ser que el efecto que le causó la carta fue fulminante para el ilustre prelado, cuya vida, minada por los años, las amarguras y las fatigas de su afanosa existencia, se extinguió el 8 de noviembre de 1517.

### **«NO GOBIERNAN LOS PIES, SINO LA CABEZA»**

*(Carlos V)*

En los primeros tiempos del reinado de Carlos V comenzó España a experimentar la triste situación económica en que los extranjeros traídos al país por este monarca la iban dejando por la gran cantidad de dinero que se llevaban. Entre los más destacados por su codicia se señalaba Guillermo de Croy, señor de Xevres, favorito de Don Carlos.

Los doblones acuñados en tiempo de los Reyes Católicos, llamados de a dos, por ser de dos rostros, fueron buscados con tal afán que llegaron a desaparecer. Refiérese que, si alguno venía a manos de un español, se hizo costumbre popular «apostrofar» a Xevres con el saludo:

—Sálveos Dios, ducado de a dos, que Xevres no topó con vos.

La paciencia de la nación se agotó, y en todas las ciudades castellanas principió a fermentar la levadura de la insurrección. Comenzando entonces la célebre guerra de las Comunidades de Castilla, cuya Junta dirigió el toledano Juan de Padilla.

Los comuneros resultaron vencidos. Y antes de su ejecución, al oír el valiente Juan Bravo que el pregonero decía al pueblo que se les ejecutaba por traidores, replicó:

—Mientes tú y aun quien te lo manda decir. Traidores, no; mas celosos del bien público sí, y defensores de la libertad del reino.

El alcalde le ordenó que callase, y como replicara, Juan de Padilla le recomendó:

—Don Juan Bravo, ayer era día de pelear como caballeros; hoy lo es de morir como cristianos.

Durante las guerras entre Carlos V y Francisco I, los imperiales invadieron Francia, y Bayardo, «el caballero sin miedo y sin tacha», defendía la entrada de la Champaña con muy escasas fuerzas, contra treinta y cinco mil hombres.

— ¡Rendíos! —le conminaron—. No podréis resistir.

A lo que Bayardo respondió:

—No hay plazas débiles cuando sus defensores son valerosos.

Bayardo murió en la guerra de Italia. Herido mortalmente de un arcabuzazo en la batalla de Rebecco, al pasar el río Sesia, se recostó contra un árbol con la cara vuelta hacia el enemigo. Y habiéndosele acercado el condestable de Borbón, general francés al servicio de Carlos V, lamentando su desgracia, exclamó Bayardo:

—No hay que tenerme lástima, pues muero como hombre honrado sirviendo a mi rey; de quien hay que tenerla es de vos, que os servís de vuestras armas contra vuestro rey, vuestra patria y vuestro juramento.

Y besando la empuñadura de su espada, que tenía forma de cruz, expiró.

No gozaba el condestable de Borbón de muchas simpatías. En cierta ocasión llegó e Madrid, y el marqués de Villena, a quien Carlos V requirió para que le diese alojamiento en su palacio, contestó:

—No puedo desobedecer a Vuestra Majestad, pero apenas el de Borbón haya salido de mi casa, le prenderé fuego, como infestada por la presencia de un traidor.

Al tiempo de las guerras contra Francisco I de Francia, sostenía Carlos V otras en Alemania contra los protestantes, a los que derrotó en la batalla de Mühlberg (24 de abril de 1547), ganada por el ínclito duque de Alba.

Fue fama, muy extendida entonces entre católicos, que en la batalla citada se había repetido el prodigio de pararse el sol, obrado por Dios a ruegos de Josué. Y habiéndole preguntado en cierta ocasión el rey de Francia al duque de Alba sobre el fundamento de tan divulgado episodio, le contestó:

—Aquel día estuve yo tan ocupado en las cosas de la tierra, que no tuve tiempo de mirar al cielo.

Para librar la memorable batalla de Mühlberg los españoles tuvieron que vadear el Elba, haciendo prodigios de valor. Y el emperador Carlos V. que también se batió heroicamente, dio cuenta de la jornada parodiando a César:

—Llegué, vi y Dios ha vencido.

A fuer de monarca español, Carlos V se erigió en paladín de la fe católica y resolvió ahogar en su origen el cisma del protestantismo. En la dieta de Worms, Martín Lutero, pálido, macilento y descompuesto el semblante por la fiebre que padecía, se presentó ante el emperador don Carlos, quien al verle, dirigiéndose al cortesano que estaba a su lado le comentó, en voz baja:

—Nunca este hombre me haría a mí ser hereje.

Tiempos después, visitando Carlos V el sepulcro de Lutero, refiérese que el duque de Alba y algunos otros magnates aconsejaban al emperador que hiciera desterrar y reducir a cenizas su cadáver; a lo cual respondió el monarca:

—Dejadle reposar; ya ha encontrado su juez; yo hago la guerra a los vivos y no a los muertos.

Al entrar el emperador Carlos V en Barcelona, después de haber sido coronado, y preguntándole los diputados cómo le recibirían, manifestó:

—De la misma manera que antes. Tanto vale ser conde de Barcelona como emperador de Romanos.

Estando en Cortes, en Cataluña, el emperador, como no acababan de despacharle llamó al duque de Cardona, y éste le dijo:

—Yo sé que los catalanes hacen cuanto queréis por vida vuestra.

—Es verdad que hacen cuanto yo quiero, cuando yo quiero lo que ellos quieren: pero si no quiero lo que ellos, no hay hombre que quiera lo que yo.

Mientras los famosos tercios de Carlos V recorrían triunfantes toda Europa, allá en el Nuevo Mundo los marinos y guerreros españoles descubrían y conquistaban inmensos territorios. Parece ser que el rey de España no dio a Hernán Cortés, conquistador de Méjico, la recompensa a que le hacían acreedor sus merecimientos. Pronto lo destituyó del mando. Y el que dio a su patria la «tierra del oro», acabó su vida en la obscuridad.

Se cuenta que un día, no obteniendo Hernán Cortés audiencia del emperador, se abalanzó al estribo de la carroza imperial.

— ¿Quién sois? —le preguntó extrañado Carlos V.

Y el héroe español contesto con alivio y amargo acento:

—Soy el conquistador de Méjico; el hombre que os ha dado más provincias que tierras habéis heredado de vuestros padres y abuelos.

De todas las guerras sostenidas por Carlos V, las que interesaban más a la política nacional española fueron las expediciones a la costa de África, eterna guarida de piratas y que a la sazón estaba bajo el dominio del célebre corsario *Barbarroja*; el cual, después de hacerse dueño de Argel y Túnez, amenazaba el litoral de España y de Italia.

Entonces Carlos V se consideró obligado a preparar una gran flota para enfrentarse al audaz pirata. Mientras el emperador preparaba su expedición a Túnez fue preguntado quién sería el capitán general en aquella guerra, a lo cual contestó, enseñando un crucifijo:

—Este, cuyo alférez soy yo.

Al conocer *Barbarroja* que en la Armada cristiana iba en persona el emperador Carlos V, quedó sorprendido y manifestó a uno de sus secuaces:

—Yo te prometo que esa tan poderosa Armada que has visto venir no la verás volver.

Una noche, durante la campaña de Túnez, se presentó en el campamento imperial un moro pidiendo hablar secretamente con el César Carlos V. Admitida su proposición, manifestó:

—Yo conozco un medio por el cual se puede penetrar en Túnez sin perder un soldado, ni gastar un escudo.

— ¿Qué medio es ése? —le preguntó el emperador.

—Asesinando a *Barbarroja* —respondió el moro.

Y se ofreció para ejecutar fácilmente su crimen echándole un tósigo en el pan, puesto que él era el panadero del pirata.

Deshonra sería de un príncipe —replicó indignado Carlos V— valerse de la traición y de la ponzoña para vencer a un enemigo, aunque sea el aborrecido corsario *Barbarroja*. Pienso vencerle y castigarle con el favor de Dios y con la ayuda de mis valientes soldados.

Y sin más envió enhoramala al traidor africano.

Al día siguiente Carlos V, con el ejército imperial, inició la marcha sobre Túnez. La marcha resultó tan penosa que los hombres tenían que arrastrar a brazo la artillería, sobre movediza arena. Llegándose el moro Muley Hacén al emperador, le dijo:

—Señor, los pies tenéis do nunca llegó ejército cristiano.

Y el César contestó:

—Adelante los ponemos, placiendo a Dios.

Durante su marcha desde La Goleta, puerto y fortaleza a 12 km de Túnez ya conquistados por Carlos V (1535), el ejército imperial encontró a *Barbarroja* esperándole al frente de numerosa morisma. Y como alguno manifestase sus temores al marqués de Aguilar, éste contestó:

—Mejor, así venceremos a más y será mayor el despojo; a más moros más ganancia.

Frase que (según apunta el historiador don Modesto Lafuente) desde entonces quedó en España como adagio popular.

Los gastos abrumadores de tantas guerras habían dejado exhausto el tesoro de Carlos V. Y necesitando el emperador nuevos recursos, acudió a España y reunió Cortes, solicitándolos: primero en Valladolid y después en Toledo; pero sólo obtuvo negativas. Se cuenta que, enojado el emperador, amenazó a Don Íñigo López de Velasco, Condestable de Castilla, con arrojarle por una ventana; a lo cual replicó, sin alterarse, el magnate castellano:

—Mirarlo ha mejor Vuestra Majestad, que si bien soy pequeño, peso mucho.

Más adelante, cuando se lo permitieron otras atenciones, Carlos V llevó a cabo otra expedición contra Argel, que por cierto fue sumamente desgraciada, a causa de los temporales.

Refiérese que en el momento de embarcarse para Argel el emperador, el célebre marino Andrea Doria trató de disuadirle, viendo la tormenta, diciéndole:



—Señor, si zarpamos, todos pereceremos.

A lo que el César respondió:

—Pero vos, después de sesenta y dos años de vida; y yo después de veintidós de Imperio.

La terrible y persistente tempestad que hubo de sortear la Armada imperial durante la expedición de Carlos V a Argel, hizo perder el ánimo a las tropas al observar cómo el temporal dispersaba la escuadra. El emperador preguntó a los marineros:

—¿Qué hora es?

—Las once y media —le respondieron.

—Pues no desmayéis —dijo Carlos V—, que en España se levantan a las doce los frailes y las monjas a rogar a Dios por nosotros.

En 1536, Carlos V adoptó solemnemente la lengua española como lengua universal de la política, en un parlamento celebrado ante el papa Paulo III, ante Su Santidad comenzó a hablar en español para acusar gravemente a Francisco I, rey de Francia. Mas como el obispo Maçon se quejara de no entender la lengua, el emperador le anunció, según Brantôme:

—Señor obispo, entiéndame si quiere y no espere de mí otras palabras que las de mi lengua española, la cual es tan noble que merece ser sabida y entendida por toda la gente cristiana.

Carlos V solía decir:

—Los literatos me instruyen, los comerciantes me enriquecen y los grandes me despojan.

Sabida es la afición del emperador a entretenerse con el célebre Guicciardini. Al censurárselo los palaciegos, les dijo,

—En un abrir y cerrar de ojos puedo hacer cien grandes como vosotros; sin embargo, sólo Dios puede hacer un Guicciardini.

Protegía a todos los buenos artistas y le agradaba conversar con ellos. En cierta ocasión, habiéndosele caído a Ticiano el pincel mientras pintaba, Carlos V se lo recogió, diciéndole:

—Ticiano merece ser servido por el César.

Y añadió sonriendo, agradecido:

—Es la tercera vez que me hacéis inmortal.

El reumatismo hacía padecer mucho al emperador. Cierta día, al ver el

conde de Bureo que Carlos V se tambaleaba a causa de la gota, le comentó:

—Señor, el Imperio tiembla.

A lo que el César contestó con firmeza:

—Sabed que no gobiernan los pies, sino la cabeza.

Es sabido que Carlos V fue aficionadísimo a la caza. Y se cuenta que persiguiendo un venado por el Pardo se apartó mucho de su comitiva. Dio muerte a la res junto a una senda por donde pasaba a la sazón un anciano labriego, guiando un asno cargado con mucha leña. Le invitó el emperador a que llevara el venado a la villa, ofreciéndole pagarle más cantidad que lo que la leña valiera. Pero el rústico, sin sospechar con quién hablaba, contestó:

—Mejor hicierais en cargar vos con él, que sois mozo y recio.

Con tal motivo trabaron conversación, y habiendo dicho el viejo que había ya conocido a cinco reyes, le preguntó el emperador cuáles eran, a su juicio, el mejor o el peor de ellos; a lo que respondió el labriego:

—El mejor, Don Fernando *el Católico*; y el peor este Carlos que agora tenemos.

Llegaron entonces algunos de su regia comitiva. Y sospechando entonces el viejo quién era su interlocutor, añadió arreando el borrico:

— ¡Aun si fuédeses vos el rey...! Por Dios que si lo supiera cierto muchas más cosas os diría.

Carlos V, no negando el rango de su persona, dijo, sonriéndose, al rústico:

—Agradezco vuestros avisos; pero no olvidéis las razones con que habéis respondido a mis cargos.

Y concedidas algunas mercedes, que le pidió el leñador, el César prosiguió su cacería.

Viejo y achacoso ya, el emperador Carlos V tomó la resolución de abdicar su soberanía en Flandes, Italia y España en su hijo Felipe II, y poco después también la de Alemania, en su hermano Fernando; retirándose él a concluir su vida en el monasterio de Yuste, pintoresco lugar de Extremadura. Al firmar el César su abdicación y despedirse de los que le acompañaban, recordando sus expediciones, comentó:

—Nueve veces fui a Alemania la Alta; seis he pasado a España, siete a Italia; diez acudí a Flandes; cuatro en tiempo de paz y de guerra he entrado

en Francia; dos en Inglaterra, y otras dos fui contra África; mis campañas han sido cuarenta, sin contar expediciones y caminos de menor cuenta, que por visitar mis tierras tengo hechos. Y para lograr esto he navegado ocho veces el mar Mediterráneo y tres el Océano de España; por tanto, he padecido doce veces las molestias y trabajos de la mar.

Se dice que para distraerse en el claustro de Yuste se dedicaba el emperador a trabajos de relojería, y al efecto llevó consigo al célebre mecánico Juanelo Turriano, constructor de los famosos relojes de Bolonia, y que arregló los muchos que poseía Carlos V, procurando hacerlos marcar todos a una misma hora.

El abdicado monarca, en cambio, trató inútilmente de hacerlo él con dos relojes. Y no consiguiéndolo, exclamó:

—Loco de mí, que he pretendido igualar a tantos pueblos diferentes en su lenguaje y en su clima.

Se cuenta que, estando en su retiro de Yuste, quiso Carlos V ver la celebración de sus propias exequias, para lo cual se encerró en un ataúd. Y hay quien afirma también que una pobre vieja, inclinándose sobre la descubierta caja, y juzgando realmente difunto al emperador, exclamó en voz alta:

— ¡Qué feo era!

Aunque la anécdota, al parecer, carece de fundamento, otros aseguran, por el contrario, que al emperador, a consecuencia de la impresión que su «entierro» le produjo, se le declaró una fiebre que le arrebató la vida.

Sin embargo, parece ser que la última enfermedad del emperador provino de una insolación que tomó en la azotea del convento. Le asistió en sus postrimerías San Francisco de Borja, que había figurado en su corte con el título de Duque de Gandía.

### **«TODO SE HA PERDIDO MENOS EL HONOR»**

*(Francisco I)*

El rey Francisco I de Francia impuso grandes exacciones durante su reinado, por cuyo motivo se dolían mucho los pueblos. En público y en secreto las gentes hablaban en desdoro de la Sacra Majestad, constituyendo esto, en aquella época, un delito. Enterado el soberano, no sólo no se alteró,

sino que, riendo, aconsejó a los que le comunicaron la noticia:

—Dejadlos decir, que por el dinero que me pagan bien pueden comentarlo a su gusto.

*El Rey Católico* (sus compatriotas llamaban así a Francisco I) sostuvo una guerra contra Carlos V, cuyo escenario fueron tierras de España e Italia. Rechazados de nuestra patria los franceses, continuó la lucha en el Milanés, cuyo principal hecho de armas se registró en la batalla de Pavía, en la cual cayó prisionero el monarca francés.

Se dice que el italiano marqués de Pescara, al servicio de España, recibió un mensaje del rey Francisco I, ofreciéndole doscientos mil escudos si salía personalmente a combatir contra él.

—Decid a vuestro rey —contestó el de Pescara al mensajero— que si dineros tiene, que se los guarde: que yo sé bien que los habrá de menester para su rescate.

No tardó en confirmarse la profecía del marqués.

Al caer prisionero en la citada batalla de Pavía Francisco I, llegó ante él su pariente el duque de Borbón y, arrodillado, le dijo:

—Señor, si mi parecer se hubiera tomado en algunas cosas, ni Vuestra Majestad se viera en la necesidad presente, ni la sangre de la Casa y nobleza de Francia anduviera tan derramada y pisada por los campos de Italia.

Alzó el rey los ojos al cielo, y tras suspirar respondió:

—Paciencia, duque, pues ventura falta.

Se cuenta del propio Francisco I que, cuando cayó prisionero, se le acercó un arcabucero español, el cual le dijo:

—Señor, sepa Vuestra Majestad que ayer, sabiendo que se daría la batalla, hice seis balas de plata y una de oro para mi arcabuz; las de plata para unos *musiures* y la de oro para vos. Creo que empleé cuatro sin contar otras muchas de plomo que disparé contra tropa común. No topé con más *musiures*, y por esto es por lo que me sobraron dos; la de oro veisla aquí, y agradecedme la voluntad de os dar la más honrosa muerte que a príncipe se ha dado. Mas pues Dios no quiso que os viese en la batalla, tomadla para ayuda de vuestro rescate, que ocho ducados, que es una onza, pesa.

Se cuenta que el rey la tomó, y dijo al soldado que le agradecía el buen deseo, lo que, según testigo ocular, se celebró mucho. Francisco I fue hecho prisionero por un soldado vizcaíno llamado Juan de Urbietta, y natural de

Hernani. Y Carlos V le concedió un escudo de armas alusivo al suceso que le ha dado fama. Por su parte, Francisco I escribió una carta a Juan de Urbieta expresándole su gratitud por haberle conservado la vida y tratado con dignidad al detenerle.

El monarca francés entregó su espada a Lannoy, virrey de Nápoles, la cual permaneció en la Armería Real de Madrid hasta la invasión francesa de 1808. En una de sus caras tenía grabada la leyenda: *In brachio suo fecit potentiam*. Cuando el general Murat manifestó vehemente deseo de poseerla, el rey Fernando VII dijo a su ministro marqués de Caballero, encargado de exponer la petición formulada por el Gran duque de Berg:

—Demos gusto a la familia imperial francesa. ¿Qué nos importa un pedazo de hierro más o menos?

La tienda de campaña de Francisco I también cayó en poder de las tropas españolas, habiéndola conservado en su poder los descendientes del marqués de Pescara, quienes se la regalaron al rey Alfonso XII. Restaurada por orden del malogrado monarca, se exhibe hoy en la Armería Real de Madrid. Está revestida de gruesa lona y es, en su interior, de estilo persa.

Al caer prisionero en la batalla de Pavía, Francisco I escribió a su madre una carta, de la cual se hicieron célebres las caballerescas palabras que tanto son recordadas:

«Todo se ha perdido menos el honor».

Si bien se han olvidado de otros comentarios del rey de carácter más prosaico, que siguen: «...y la vida, que se ha salvado».

El prisionero de Pavía fue conducido a Madrid, donde permaneció un año, firmándose luego un tratado o concordia por cuya gracia recobró su libertad el rey de Francia, bajo condición de devolver al monarca español el ducado de Borgoña y renunciar a toda pretensión sobre Nápoles y Milán. Y para garantizar el cumplimiento de tal concordia, dejó como rehenes a dos de sus hijos.

Olvidando lo estipulado, Francisco I (a quien los historiadores transpirenaicos califican de «el último caballero francés»), apenas traspuso la frontera, exclamó:

— ¡Aún soy rey!

Y seguidamente rompió el tratado firmado con Carlos V, uniéndose a la Liga Clementina, formada por el papa Clemente VII contra el emperador. Además envió un cartel de desafío al monarca español. Si bien cuando éste

aceptó el reto, el rey francés buscó varias excusas para eludir el lance de honor que él había propuesto. Y que luego tuvo miedo de afrontar.

Mientras Francisco I estuvo prisionero en Madrid, necesitó escribir a Garcilaso de la Vega, embajador en Roma por el emperador Carlos V, y puso en el sobrescrito:

«Al embajador de los reyes y rey de los embajadores, Garcilaso de la Vega».

Hechas las paces entre los dos reyes, Carlos V quedó autorizado para poder atravesar Francia sin peligro. Mas a su paso por tierras francesas el emperador llegó a saber (por una dama de palacio) que Francisco I le apresaría apenas llegara a París, si no le entregaba el castillo de Milán. Averiguada la intención del monarca francés, sin parecer que le repugnaba, dio un despacho de su real mano en que decía a Antonio de Leyva, gobernador entonces de Lombardía:

«Entregaréis esa fortaleza a la persona que os pidiere, con esta cédula, su posesión, en nombre de Su Majestad Cristianísima, porque yo sólo quiero lo que quiere el rey mi primo y hermano».

Recibió el gallardo caudillo la orden. Y, hallándose confundido en su cumplimiento, por las malas consecuencias que seguirían a la corona de España, reparando en ello su mujer le dijo:

—No sé por qué dudáis, ya que esa carta no puede estar más clara. ¿No dice el emperador que quiere lo mismo que el rey de Francia? Pues eso indica que Carlos V quiere para sí el castillo de Milán, y lo que os manda es que lo conservéis.

Consejo que Leyva siguió, y resultó tan útil, que a pocos días (fuera ya de peligro el César) le llegó correo urgente revocando la primera orden.

Triboulet, famoso bufón de Francisco I, tenía la costumbre de escribir, en su libro de memorias, los nombres de todos los locos que encontraba. Anotó en sus páginas el de Carlos V y preguntándole Francisco I la razón de ello, contestó:

—Es porque se expone a atravesar Francia.

— ¿Y si yo le dejase pasar sin causarle ningún daño? —inquirió el rey.

—Entonces borraría su nombre y pondría en su lugar el vuestro.

Finalmente Carlos V arribó a París, siendo recibido apoteósicamente.

Durante una recepción perdió un anillo de gran valor que, encontrado por la bella duquesa de Etapes, trató de devolvérselo, a lo que repuso el emperador, regalándole la sortija:

—Está en manos demasiado hermosas para que yo lo recupere.

El 7 de enero de 1540 salió Carlos V de París en dirección a Flandes, para proseguir la lucha contra los protestantes. Durante una batalla, estaba muy expuesto a los cañonazos enemigos, por lo cual sus capitanes le rogaron que se retirase. Finalmente, el monarca contestó con maravillosa tranquilidad:

— ¿Se ha visto alguna vez que un emperador haya sido alcanzado por una bala de cañón?

En el Ayuntamiento de Laredo existe la siguiente inscripción, en una pequeña lápida de mármol:

»De rodillas, sobre los muelles del siglo XIII, que aquí debajo están sepultados, el emperador Carlos V exclamó: ¡Salve, madre común de todos los mortales!, a ti vuelvo desnudo y pobre del mismo modo que salí del vientre de mi madre. Te ruego que recibas este mortal despojo que te dedico para siempre y permite que descanse en tu seno hasta aquel día en que pondrá fin a todas las cosas humanas».

Con la fecha, 28 de septiembre de 1556, la cual se refiere al regreso de Carlos V a España después de su abdicación.

Encontrando el emperador, después de abdicar, a su bufón Pedro de San Erbas, se quitó el sombrero. Y, al ver que se admiraba, le dijo:

—Ya no me queda otra cosa que darte más que esta demostración de cortesía.

Por lo que respecta al rey Francisco I, en cierta ocasión, deseoso de pasar a Italia para conquistar Milán, sostuvo un largo Consejo sobre los lugares por los cuales debía entrar. Acabado que fue, se le acercó su truhán (su bufón) y le dijo:

—Señor, bravo hato de locos me parecen vuestros consejeros.

— ¿Por qué dices eso? —preguntó el rey.

—Porque sólo han consultado los lugares por donde hayáis de entrar en Italia, sin discurrir por cuál habéis de salir —respondió el truhán.

Poco después de firmar la Paz de Crespy, bajaba al sepulcro el rey Francisco I, el eterno enemigo de Carlos V.

## II

### Del rey "Barba Azul" al "Rey Sol".

#### «YO NIEGO MI OBEDIENCIA AL PAPA»

*(Enrique VIII)*

Es muy sabido que Enrique VIII se enamoraba de cuantas mujeres veía. Su esposa Catalina de Aragón —con este nombre ha pasado a la Historia— no lo ignoraba; no concedía gran importancia a tales devaneos. Y en vez de volverse loca, como le sucedió a su hermana Juana, buscaba el oportuno desahogo departiendo en latín con eminencias como Luis Vives y Tomás Moro.

Llegó un día, sin embargo, en que a Enrique VIII se le ocurrió enamorarse de una dama de la Corte llamada Ana Bolena, que no era una mujer fácil, y le planteó la cuestión resueltamente. Ella, con no menor resolución, contestó que no se entregaría jamás a un hombre casado.

Estorbaba, pues, la bella y culta Catalina. Mas esto no era obstáculo para el lujurioso monarca. Lo mejor sería divorciarse. Para ello fingió escrúpulo — ¡al cabo de los años mil! — por estar casado con la viuda de su hermano, alegando temer haber incurrido en pecado de incesto.

Como es lógico, algunos le dijeron que estuviera tranquilo de conciencia en este aspecto, pues ya obtuvo la oportuna dispensa pontificia y que, además, el primer matrimonio con Enrique VII ni siquiera llegó a consumarse.

— ¡No importa! —replicó el rey—. Quiero casarme con Ana Botana, y para ello he de divorciarme de mi mujer Catalina a todo trance.

En vano Tomás Moro y el obispo Fisher trataron de disuadirle de su empeño con abundantes razonamientos teológicos y éticos. Catalina, por su parte, se negó a reconocer le ilegitimidad de su boda como el monarca pretendía.

Despótico y brutal, Enrique VIII hizo anular por el arzobispo Cranmer



su matrimonio con Catalina de Aragón; mas como el Papa le excomulgase por tal conducta, se levantó en franca rebeldía contra Roma, promovió el Cisma de la Iglesia Anglicana y anunció desafiador:

—Yo niego mi obediencia al Papa y desde hoy me proclamo Pontífice de Inglaterra.

Seguidamente fue reconocido por el clero de su nación como único y supremo jefe de la Iglesia Anglicana. Entonces comenzó a perseguir a los católicos, porque se negaban a reconocer su autoridad en lo eclesiástico; y a los protestantes, porque se separaban del catolicismo, pues Enrique VIII continuaba llamándose católico y ufanándose con el título de «Defensor de la Fe», que antes le había dado el Papa.

Es curioso señalar que desde entonces, y por eso, en las monedas inglesas, al nombre y título del soberano reinante, siguen las letras F. D., iniciales de las palabras latinas *Fidei Defensor*. Y sorprende advertir que (aun separada de la Iglesia Católica la Anglicana) los monarcas ingleses continúan «decorándose» con e' título de defensores de la fe cristiana ortodoxa.

Por oponerse a su despotismo y a reconocer su autoridad eclesiástica, fueron enviados al patíbulo (entre más de sesenta mil inocentes víctimas) el célebre estadista y canciller Tomás Moro, el virtuoso Juan Fisher, obispo de Rochester, y el venerable sacerdote y maestro de escuela Lambert.

Poco antes de ser ajusticiado, comiendo en la prisión Tomás Moro a la mesa del alcaide con otros caballeros, le dijo el alcaide:

—Admitid por cortesía lo que tenéis delante.

A lo que respondió el preso:

—Cualquiera de nosotros que no fuese contento de lo que le es puesto delante, merece y es digno de que lo echéis fuera de la cárcel como indigno de este lugar.

Otro día, habiendo sabido Tomás Moro que un miserable hereje, llamado Constantino, había roto las prisiones de la Cancillería, llamó al punto al alcaide y le dijo:

—Ve y cierra con diligencia la prisión, porque ése que se ha huido no se nos vuelva acaso a ella.

Al ser condenado Tomás Moro por Enrique VIII al suplicio, y habiéndosele quitado los medios de poder leer y escribir, cerró las ventanas, diciendo:

—Perdidas las mercancías, conviene cerrar la tienda.

Y el subir al cadalso, donde tenía que ser ajusticiado, rogó al verdugo le diese la mano para ayudarle a subir, diciéndole:

—Haced esto, que al bajar os aseguro no he de daros más molestia.

Ana Bolena triunfó sobre Catalina de Aragón. Mas no tardó en pagar su culpa. Enrique VIII se enamoró después de Juana Seymour y envolvió a la reina en un proceso inicuo, acusándola de adulterio y alta traición para que la condenaran a muerte.

Este mismo truco y vil proceder siguió Enrique VIII con otras de sus esposas, que fueron seis. Casi todas sufrieron la última pena por orden de su esposo, siniestro *Barba Azul* con manto real.

La infeliz Catalina murió pronto, aunque no en el cadalso. Parece lo más probable que le administrasen las consabidas «hierbas», entonces tan en boga en las cortes de Europa.

Se cuenta que el conocer Ana Bolena le noticia de que había sido condenada a muerte por el rey de Inglaterra, exclamó:

— ¡De simple particular que era, me hizo marquesa, después reina, y, no pudiendo elevarme más en este mundo, me quiere enviar santa al cielo!

### «MI AUTORIDAD NO LLEGA HASTA EL INFIERNO»

(*Paulo III*)

Muchas son las anécdotas que se cuentan referentes a los Papas, prelados y hombres de la Iglesia. Citaremos seguidamente algunas:

El papa Sixto V se llamaba, antes de su pontificado, Félix Pereto, y anduvo arrimado a una muleta con la cabeza baja, fingiéndose enfermo. Y decía en el cónclave que necesitaba (si le elegían pontífice) que los cardenales gobernasen por él.

—Yo sólo tendré el título honorífico, sin el ejercicio laborioso — agregaba.

Sin embargo, apenas resultó elegido cuando, arrojando la muleta, se enderezó y con majestuosa seriedad dijo:

—Hasta ahora anduve inclinado mirando hacia la tierra para poder hallar las llaves de San Pedro. Pero ya que las he hallado, quiero

enderezarme y buscar la cerradura, porque quiero abrir la puerta del cielo.

El día 10 de septiembre de 1586 se efectuó el traslado a la plaza de San Pedro del obelisco que hoy se alza en el centro de la misma, y que a la sazón se hallaba en el interior de la primitiva Basílica vaticana.

La maniobra, en la que tomaron parte ciento cuarenta caballos y ochocientos hombres (muchos de ellos presos), entrañaba un gran riesgo, por lo cual el papa Sixto V, deseando evitar cualquier distracción, dio orden de que cuantos participasen en aquella ardua tarea, o la presenciasen, guardaran profundo silencio, bajo pena de muerte. Si bien llegó un momento de extrema tensión cuando las cuerdas parecía que iban a romperse. En tal momento se oyó un grito estentóreo:

— ¡Mojad las cuerdas!

Se hizo lo recomendado, y las cuerdas ganaron en resistencia. Gracias a ello, la difícil maniobra pudo ser llevada a feliz término. El hombre que profirió la recomendación «salvadora» era un capitán de la marina genovesa, llamado Bresca, a quien, además de indultarle, colmaron de honores.

Le enviaron al cardenal Polo una larguísima carta llena de infinidad de argumentos, a fin de consolarle en la muerte de un gran amigo suyo. Y leída la carta, comentó:

—Es muy cierto que esta carta es a propósito para consolar, porque no puede reírse sin gran risa.

En la elección de Don Pedro González de Córdoba, arzobispo de Granada, le dijo el duque de Lerma:

—Muy contentos están todos con la elección que Su Majestad Católica ha hecho en Vuestra Señoría, si bien para prelado le juzgan muy mozo.

Respondió el joven arzobispo:

—Falta es ésa de que me iré enmendando a cada día que pase

Solía Don Pedro Calderón de la Barca decir misa en la iglesia de San Salvador, muy temprano. Y como cierta mañana fuese algo tarde, al ponerse el alba (que por vieja al menor descuido se rasgaba), llegó el sacristán y le dijo:

—Pues, Don Pedro, ¿cómo hoy tan tarde?

Y respondió el autor de «Le Vida es sueño»:

— ¿Tan tarde os parece que vengo, y estoy al *romper de el alba*?

En la mesa del papa Alejandro VI se discutía sobre la conveniencia de

si era provechoso que hubiese en la república médicos. La mayor parte de comensales dijeron que no, y alegaron, en sus razonamientos, que Roma estuvo seiscientos años sin ellos.

—Yo no soy de ese parecer —expuso el Pontífice—, antes lo soy de que los haya, porque si faltasen los médicos crecería tanto la multitud de los hombres, que no cabrían en el mundo.

Cierto día salió el cardenal Cisneros a presenciar unos ejercicios militares que se hacían en Madrid, fuera de la Puerta de los Moros. Los arcabuceros le hicieron salva apenas le vieron. Y como se levantó mucho humo, un caballero que iba cerca de Cisneros indicó:

—Apártese Vuestra Señoría de este humo, que huele mal y es muy dañoso.

Y le respondió el cardenal regente:

—No me hace daño, y me huele mejor que el incienso.

Acostumbraba el cardenal Cisneros no dar nunca beneficio a quien se lo pedía. En esto vacó uno en Valdeavellano, de donde era natural un criado suyo, el cual, sabida la vacante, se llegó al prelado y le dijo:

—Señor reverendísimo, en mi tierra está vacante un beneficio que me estaba muy bien por ser mi patria. Y sé también que Vuestra Señoría no da nada a quien se lo demanda, ni tampoco se acuerda de quien le pide. Suplico a Vuestra Señoría reverendísima me avisase cómo yo pueda haber este beneficio.

Cisneros le dijo:

—Ya os lo daré. Llamad al secretario, que os haga la colación.

Y así se lo dio.

El papa Adriano VI deseaba echar la estatua del maestre Parquín en el río Tíber, para evitar la ocasión de los que con libertad dijese todo lo que querían en nombre de aquella estatua.

Le dijo el duque de Sesa, que entonces era embajador:

—No lo haga, Su Santidad, porque se volvería rana, y si ahora canta de día, después cantará de día y de noche.

Al maestrescuela de Toledo, fundador del colegio de Santa Catalina, acudió a visitarle, pidiéndole prestados cincuenta ducados. Mandó sacar un talegón de reales y se los dio. El que los pedía prestados los tomó de su mano y los echó en un pañuelo, sin más contarlos. Observando el

maestrescuela que no los contaba, le pidió el pañuelo con los dineros y los volvió a donde los había sacado, diciendo:

—Quien no los cuenta, no los piensa pagar.

Pasó el arzobispo de Colonia por un lugar donde araba un labrador, y como iba armado y acompañado por mucha gente, se rió aparatosamente el rústico. El arzobispo le preguntó, enfadado:

— ¿Por qué te ríes, labrador?

—De ver un arzobispo armado —respondió el campesino.

—Si ando de tal guisa es porque soy duque y arzobispo —replicó el prelado.

A lo cual agregó el labrador,

—De acuerdo. Y si ese duque, que dice Vuestra Señoría, va al infierno, ¿a dónde irá el arzobispo?

Estando el conde de Cifuentes de embajador en Roma, en un Concilio presidido por el Santo Padre, quitó la silla del rey de Francia, que estaba puesta donde debía estar la del rey de Castilla, y la arrojó a puntapiés. El obispo Don Pablo, que iba con él, mostró estar enojado porque en tales momentos buscaba que se montase un escándalo. A lo que dijo el conde de Cifuentes:

—Padre, haced vos como letrado; yo haré como caballero.

Se cuenta que el papa Julio II hizo al genial Miguel Angel, que acudía a saludarle, esperar largo rato en la antecámara. El artista se marchó diciendo al ujier:

—Cuando pregunte por mí el Papa le diréis que en otra parte le espero.

Miguel Ángel recibió el encargo de realizar la ejecución de los frescos de la Capilla Sixtina de Roma. En repetidas ocasiones el Pontífice julio II, no pudiendo reprimir su impaciencia por verlos terminados, le preguntaba:

— ¿Cuándo acabarás?

Y respondía el artista:

— ¡Cuando pueda!

En cierta ocasión se quejó al papa Paulo III el maestro de ceremonias de que Miguel Ángel (el excelentísimo pintor) le había pintado su retrato en la capilla del Juicio de Roma, entre los atormentados espíritus que estaban en el infierno.

—Esto no puede permitirse —dijo el maestro de ceremonias al Papa —, porque redundaría en desdoro de mi fama; pues mi retrato se quedará permanentemente donde está.

Deduciendo el Papa que «aquello» ya no tenía remedio, y ante la tozudez del maestro de ceremonias, respondió con ironía:

—Bien sabéis que tengo potestad de Dios en el cielo y en la tierra; pero, como sabéis, mi autoridad no se extiende hasta el infierno. Vos habréis de tener paciencia, porque yo no puedo libraros.

Un día visitó al citado Paulo III Don Juan de Hibernia, persona de grandísimo entendimiento.

—¿Qué edad tenéis? —le preguntó el Papa.

—Sesenta años.

Y pareciéndole a Don Juan que Su Santidad no le daba crédito, se quitó el solideo que cubría el cabello de su cabeza, todo cano. Y admirado el Pontífice, porque la barba no representaba más edad que le de cuarenta años (pues la tenía negra) respondió:

—No cause a Vuestra Santidad esta admiración alguna, porque el cabello tiene veinte años más que la barba.

Al hacer el nombramiento de pontífice a favor de Clemente XIII, hubo varios cardenales que quisieron influir sobre él para que admitiese en el número de los empleos vaticanos a aquellos por quien se empeñaban. Les respondió Su Santidad, muy severo:

—A vosotros toca proponer y elegir Papa, y al Papa elegir ministros.

El cardenal Richelieu, refiriéndose a su confidente el capuchino padre José, de la ilustre familia de los Temblay, decía:

—Nadie puede «hacer la barba» a mi capuchino, por muy larga que la lleve.

Al invadir las tropas españolas Picardía, Borgoña y Guyena, París tembló. Tembló también Richelieu, a tal punto que pensó en retirarse del gobierno. Entonces el padre José le fortaleció y le indujo a montar a caballo y recorrer París. Aquel acto de valor le devolvió el aprecio del pueblo, que le aplaudió largamente. Y al encontrarse de nuevo con el capuchino, éste dijo al cardenal:

—¿No os tengo dicho que sois un pollo mojado y que con un poco de serenidad y mala cara se arreglaría todo?

Se cuenta que desde el lecho de muerte, Richelieu escribió al rey:

«Señor, vuestras armas están en Perpiñán, y vuestros enemigos han sido muertos».

Preguntado por su confesor si perdonaba a sus enemigos, respondió el famoso purpurado:

—No he tenido más enemigos que los del Estado.

## **«YO NO ENVIE "LA INVENCIBLE" A QUE LUCHARA CONTRA LOS ELEMENTOS»**

*(Felipe II)*

Felipe II, nacido en Valladolid el año 1527, era de carácter grave y taciturno. Pero en los ratos de ocio que le dejaban los asuntos del Estado, se solazaba tañendo la vihuela y aun escribiendo versos. También tenía gran afición al ajedrez, y se ejercitaba con el famoso ajedrecista Ruy López de Segura, cura de Zafra y autor de un celebrado libro acerca del mencionado juego, en que se defiende un planteo conocido en todo el mundo con el nombre de Ruy López o «salida española».

Por la inconmensurable extensión de sus territorios, Felipe II era el monarca más poderoso de la tierra. Y por eso es por lo que decía con orgullo:

—En mis Estados nunca se pone el sol.

Cuando concedía audiencia usaba de pocas frases: siendo muy contadas las de su repertorio. Gustaba asistir a las fiestas de Corte con jubón y calzas blancas bajo su ferreruelo negro. De vez en cuando se le escapaba un ansia del pecho, y suspiraba como si estuviera cansado de ser rey.

Al conversar con el Nuncio o con los legados del Papa, siempre acababa su oración con las palabras:

— ...Beso los pies de Su Santidad por la merced que me hace.

Por su parte, el embajador de Carlos II de Francia decía de Felipe II:

—Su entereza y disimulación es tanta, que aunque tuviese un gato rabioso bajo sus calzas no se movería ni demostraría alteración alguna. Nunca se le ha oído cantar, ni se le ha visto reír.

No se crea, por lo expuesto, que el *Rey Prudente* carecía de ingenio y que no amaba el buen humor, pues solía ser agudo en las notas marginales que ponía a los papeles y en las súplicas de gracia; ello se advierte incluso en los expedientes de más graves negocios del Estado. A cierto sujeto que le suplicaba un cargo de importancia y cuya prudencia se le recomendaba con grandes extremos, contestó:

«Propóngaseme otro, que ya tengo noticias de su *Prudencia*».

(Pues éste era el nombre de su coima.)

Al margen de otra petición parecida, escribió:

«Cuando no juegue».

Se cuenta que recibió el rey una carta en la que le recomendaban a un clérigo para ocupar una mitra vacante. Su gran conocimiento de las personas le hizo escribir al margen de la misiva la siguiente nota:

«Si le hacemos Obispo, ¿cuál de sus hijos le heredará?».

Y a un virrey del Perú, famoso por sus crueldades, le dijo:

«No os he enviado a las Indias para que matéis a reyes, sino para que sirváis a reyes».

Durante una audiencia pidió un soldado a Felipe II alguna merced por sus servicios, y le hizo el rey merced de trescientos ducados cada año. Volvió el soldado poco después a visitarle y nuevamente le pidió alguna merced al monarca, y éste le dijo:

— ¿Pues, no os di ya una provisión de trescientos ducados?

—Es así, Majestad —respondió el soldado—, pero «aquéllos» fueron para comer, y lo que pido ahora es para beber. Tan graciosa respuesta hizo concederle la nueva gracia solicitada tan ingeniosamente.

El rey Felipe II no era inaccesible a la razón de los otros, cuando se le demostraba que la suya se desviaba del recto sendero. Tal sucedió con Don Gonzalo Chacón, que incurrió, por ciertas andanzas, en el enojo del rey, por lo cual buscó refugio en la celda de un fraile de San Francisco. Cuando se descubrió la ayuda que el religioso le prestó al cuitado, el monarca mandó llamar al fraile.

— ¿Quién os enseñó a desobedecer a vuestro rey y a encubrir a un delincuente tal? —le preguntó, enfadado.

El franciscano escuchaba de rodillas, y temeroso; y al alzar los ojos y la voz hacia el soberano, murmuró encogido y angustiado:



— ¡La caridad, señor!

Don Felipe quedó largo rato absorto. Luego movió la cabeza, mientras paseaba meditabundo por la estancia. Por fin exclamó, dirigiéndose a las personas de su guardia y alcaides de Corte, testigos de la escena:

— ¡La caridad... la caridad! ¡Qué hemos de hacer...! Si la caridad lo ha movido... Volvedle bien acomodado a su convento.

La famosa rendición de las tropas francesas en San Quintín dejó abierto el camino de la capital de Francia. Al recibir Carlos V en su retiro de Yuste la noticia de la célebre batalla, preguntó:

— ¿Ha continuado mi hijo Felipe la marcha hasta las puertas de París? Y como le dijesen que no, lanzó un suspiro y repuso:

—A mi edad, y con tal fortuna, no me hubiera parado a medio camino.

En conmemoración de la gloriosa batalla de San Quintín, el rey Felipe II hizo erigir el monasterio de El Escorial, levantado en las vertientes del Guadarrama por los arquitectos Toledo y Herrera. El rey presenciaba los trabajos desde una alta roca, que todavía se conserva y por cuyo motivo es llamada «La silla de Felipe II».

Se cuenta que, hallándose una tarde sentado en dicho poyo, solo y modestamente vestido, acertó a pasar por aquel sitio un soldado de los tercios de Flandes, que se hallaba en la Corte, pretendiendo, aunque en vano, una audiencia del rey. Sin conocer al monarca, se sentó con familiaridad en la misma piedra y entabló conversación con el desconocido, refiriéndole su historia. Don Felipe hubo de atajarle:

— ¿Y si el rey no os hiciera justicia?

—Entonces —respondió con presteza el soldado— sería un mal rey, yo le mandaría al diablo, y en paz.

Al día siguiente fue recibido en audiencia por el soberano. El soldado reconoció en seguida a su interlocutor de la víspera; y, disimulando, expuso su pretensión. El monarca le contestó fríamente que no consideraba justo lo que solicitaba y fingió que iba a retirarse. Y entonces el soldado exclamó:

—Pues, señor, lo dicho dicho; y a Flandes me vuelvo.

Felipe II, celebrando mucho la franqueza de la frase le hizo merced al leal militar.

El monarca no se precipitaba jamás en la resolución de los negocios arduos. Y solía decir:

—El tiempo y yo contra otros dos.

Y es que le había enseñado la experiencia que muchas veces la mano del tiempo desata, por sí sola, el nudo de las mayores dificultades.

Tenía Felipe II a su servicio al doctor Morata, hombre gracioso y tocado de la locura. Un día le dijo Su Majestad:

—Deseo casaros. ¿Qué os parece?

Y le preguntó Morata:

—¿Y dónde, señor?

En Madrid —respondió el rey.

—Yo, señor —dijo Morata—, tengo a Vuestra Majestad por hombre recatado y entendido. Y pues Vos os habéis ido a casar a Inglaterra, Francia, Alemania y Portugal, algo sabéis de las mujeres de Madrid. Y así, no quiero casarme.

En una ocasión, halló un labrador un tesoro, y le presentó al rey Felipe II la parte que le pertenecía. Preguntó el monarca a los circunstantes que estaban viendo las monedas:

—¿Ese sello es de mi padre?

—No, Majestad —le respondieron—. La efigie es de los emperadores romanos.

—Pues si aqueste dinero —dijo el rey— no fue de mi padre ni de mis antecesores, dejémoslo al labrador que se lo halló y Dios le ha hecho la gracia.

Otro día acudieron dos sujetos de cierta comunidad a proponer y tratar cierto negocio con el rey Felipe II. Y dándoles audiencia, empezó por hablar el más viejo, que se alargó demasiado en su informe. Le escuchó Su Majestad en silencio y con la medida que acostumbraba. Luego, sin mostrar enfado, preguntó al compañero:

—¿Tenéis vos algo que advertir?

El cual, reconociendo lo cansado que estaba el monarca por tan larga conversación, respondió, con harta sal:

—Señor, lo que yo tengo que advertir es que Vuestra Majestad nos mande despachar con brevedad, porque, si no, será fuerza volver a informar otra vez mi compañero.

El rey Felipe II, que prefería perder sus Estados a reinar sobre herejes, por lo cual se le llamó *el Caballero de la Fe*, resolvió emplear el hierro y el

fuego para concluir con la insurrección de los territorios flamencos. Y al efecto envió a aquellas tierras como gobernador y con facultades omnímodas al severo Duque de Alba, que creó el «Tribunal de los Tumultos» o «de la Sangre», e hizo decapitar a cuantos habían participado en los anteriores desórdenes. Dejó tal memoria en Flandes el general español, que las mujeres del país, para atemorizar o acallar a los niños, les decían:

— ¡Que viene el Duque de Alba!

Servía Jácome de Trezzo a Felipe II en muchas ocupaciones de escultor, medallista y orfebre, y le debía el rey más de cuarenta ducados, que no pagaba. Por entonces quiso el rey que le enderezase unos relojes, y le envió a decir que le viese a las tres de la tarde. No acudió Jácome ni aquel día ni los siguientes, y el rey mandó a un criado que fuese por él y no le dejase de la mano hasta traerlo. Lo hizo así, y cuando entró le dijo Su Majestad:

— ¿Qué merece el criado que no viene cuando le llama su señor?

Y respondió Jácome:

— Señor, que le paguen y se le despida.

Cuando Felipe II anunció su propósito de fijar la capitalidad del reino en Madrid, su padre, Carlos V, le indicó:

— Si quieres conservar tus Estados, deja la corte en Valladolid; si quieres aumentarlos, ponla en Lisboa; y si quieres perderlos, llévala a Madrid.

Algunos le aconsejaron que la estableciese en Cádiz, por ser el puerto más indicado para el comercio con América y toda Europa.

Archisabido es que para enviar una expedición contra Inglaterra, Felipe II equipó una escuadra tan numerosa y formidable que recibió el orgulloso nombre de «Armada Invencible»; si bien fue deshecha por las tempestades. Cuando el monarca supo lo ocurrido, se limitó a decir:

— Yo no la envié a que luchara contra los elementos; doy gracias de corazón a la Divina Majestad, por cuya mano liberal me veo con bastantes medios todavía para sacar al mar otra escuadra cuando lo considere necesario.

Afirman algunos historiadores (otros lo niegan) que fue procesado como hereje luterano el príncipe Don Carlos, primogénito de Felipe II, añadiendo que éste le hizo prender en su misma cámara, en la cual falleció

el infante al poco tiempo, dando lugar tal muerte a sospechas de haberla «dispuesto» el rey. Se cuenta que el monarca había dicho, en cierta ocasión:

—Si mi propio hijo fuera hereje, yo llevaría la leña para quemarle en la hoguera.

De todas formas, si Felipe II se mostró duro con su primogénito, éste lo pagaba con una profunda aversión. Entre sus papeles se halló uno escrito de su puño y letra, en que, estableciendo un paralelo entre Carlos V y Felipe I, para ridiculizar a su padre, decía:

«Carlos V va de Madrid a Túnez; Felipe II de Madrid a El Escorial; Carlos V, de Túnez a Italia; Felipe II, de El Escorial a Madrid...», etcétera.

El rey Felipe II había heredado la enfermedad de la gota, que en los últimos años le tenía demacrado y lleno de úlceras. Presintiendo el fin de su existencia, hizo que le llevaran donde estaba su sepultura, siendo conducido a hombros desde Madrid a El Escorial. Y en el Monasterio, al cabo de dos meses de horribles sufrimientos, exhaló el último suspiro este monarca, tan ensalzado por unos historiadores como menospreciado por otros.

Poco antes de morir, su lecho presentaba repulsivo aspecto, por la constante supuración de las úlceras. El rey mandó llamar a su hijo y sucesor, para que contemplara el triste y repugnante cuadro, y le dijo:

— ¡Mira cómo fenecen todas las grandezas de este mundo!

### «PARIS BIEN VALE UNA MISA»

*(Enrique IV de Francia)*

En el mismo sitio en que asesinaron a Enrique III fue proclamado Enrique IV, primer vástago de la dinastía de Borbón. Dicho monarca venció al partido católico en varios encuentros, señaladamente en el de Ivry. Ocurrió el 14 de marzo de 1590, y en él Enrique IV, al arengar a los suyos, les dirigió las famosas y caballerescas palabras:

—Si perdéis vuestras banderas, seguid mi penacho blanco, que siempre le encontraréis en el camino del honor y de la gloria.

Sin embargo, comprendió el rey que, para afirmar en sus sienes la corona, le convenía abjurar la herejía protestante. Y convirtiéndose por tal motivo, pública y solemnemente, al catolicismo, el reino entero le prestó

obediencia. Parece ser que fue en esta ocasión cuando Enrique IV pronunció la célebre frase:

—París bien vale una misa.

Poco después, el duque de Saboya preguntó al rey de Francia qué renta tenía de sus reinos, y el monarca le respondió:

—Toda la que yo quiero, porque como mis vasallos me aman, cuentan sus bienes y los míos como si fuesen comunes.

Cierto día, hallándose discutiendo sobre la importancia del «secreto de la confesión» el rey Enrique IV de Francia y el padre Cotton, le dijo el rey:

— ¿Es decir, que vos no denunciaríais a uno que me quisiese asesinar?

—No, señor —respondió el sacerdote—; pero yo me pondría entre él y Vuestra Majestad.

Enrique IV mereció el sobrenombre de *Grande* y aseguró a los calvinistas el libre ejercicio de su culto por medio del Edicto de Nantes. Tuvo un reinado completamente pacífico, lo que le permitió consagrarse a desarrollar, bajo la hábil dirección de su sagaz ministro Sully, los intereses materiales del país, planeando hermosos ideales de paz universal.

Ajustó con España un tratado de paz, que se firmó en Vervins el 2 de mayo de 1598. Y para perpetuar su recuerdo, mandó el célebre ministro Sully que se plantaran árboles en todos los lugares del reino. Por cierto que uno de los citados árboles se conserva todavía: es un monumental tilo con que se ufana el pueblo de Mompcelle-la-Cour, pues cuenta más de 350 años, habiendo sido saludado, en la época de la Revolución francesa, como Árbol de la Libertad.

En cierta ocasión, Enrique IV recibió una acusación contra Sully y a continuación el rey se lo indicó al interesado, el cual, para justificarse, se arrojó a sus pies conmovido. Al verle, el monarca exclamó:

— ¿Qué hacéis? Si os vieses creerían que os había perdonado.

Otro día el rey preguntó al embajador de Rodolfo II:

— ¿Vuestro señor tiene amigas?

—No lo sé —contestó el embajador—, pero si tiene debilidades las oculta.

Enrique IV le replicó:

—Hace bien, si no tiene buenas cualidades que basten para cubrir sus faltas.

Pero mientras Enrique IV y su ministro Sully acariciaban los colosales proyectos de federación europea, de paz perpetua y de convivencia universal, o sea, lo que sería el ideal moderno de tolerancia mundial, San Vicente de Paúl, limosnero de la Corte, trazaba el plan de las numerosas instituciones piadosas que luego fundó en el reinado siguiente.

El fanático Ravaillae puso fin a la existencia del ilustre monarca Enrique IV.

Su hijo Luis XIII, inhábil para gobernar por sí mismo, acertó a poner el timón del Estado en las expertas manos del cardenal Richelieu.

Al conocer el nuevo monarca la muerte del célebre Wallenstein, exclamó confiadamente:

—Tal... fin tenga to... do traidor... a su príncipe.

Lo cual hizo comentar a Richelieu:

—Bien podía Vuestra Majestad abstenerse de expresar tan libremente sus pensamientos.

No olvidemos que Luis XIII era tartamudo; y se refieren curiosas anécdotas sobre situaciones creadas por tal defecto físico. A esta tara se debe que cuando Luis XIV era niño, le dijera su madre, Ana de Austria:

—Procura parecerle a tu abuelo, y no a tu padre; porque a la muerte de Enrique IV se lloró, y a la de Luis XIII se rió.

## «OS PERDONO DE TODO CORAZÓN»

*(María Estuardo)*

¿Qué fue María Estuardo? ¿Una mártir? ¿Una asesina? ¿Una intrigante? ¿Una santa? Indudablemente la hermosa reina de Escocia es una de las figuras que la Historia ha juzgado con mayor apasionamiento.

La joven reina María I, notable por su hermosura, era católica, y subió al trono de Escocia cuando el país atravesaba un período de fermentación política y religiosa; porque ya el protestantismo, divulgado por Knox (fundador de la Iglesia Presbiteriana), era abrazado con delirio por el pueblo.

La desgraciada María Estuardo, educada en Francia y casada en muy temprana edad con el rey francés Francisco II, quedó viuda cuando tenía dieciocho años. Seguidamente pasó a Escocia, donde casó en segundas

nupcias con su primo Eduardo, Lord Darnley, quien poco después pereció abrasado al incendiarse una casa de campo. La opinión pública atribuyó el siniestro a una mano criminal, la de Jaime Efbum, conde de Bothwell, que luego vino en ser el tercer esposo de la reina. Ante tamaño escándalo — ¿calumnia?, ¿verdad?— la nación se levantó en masa. Y María I no tuvo más remedio que abdicar la corona en su pequeño hijo Jacobo VI, siendo encerrada en un castillo: pero logró evadirse, y pudo refugiarse en Inglaterra, cuya reina Isabel, envidiosa de su prima por su belleza y por ser enemiga de su religión, la tuvo en la cárcel cerca de veinte años, y por último, sin piedad, la hizo decapitar.

No hizo más que venir al mundo el heredero de la Corona escocesa, cuando María Estuardo envió mensajeros a las principales Cortes del mundo a fin de dar a conocer le buena nueva. Sir James Melville se encargó de comunicar la noticia a Isabel de Inglaterra, que se hallaba presidiendo un baile.

—Señora —le dijo—, vuestra prima la reina María Estuardo ha tenido un hijo varón...

Al oír la noticia, de los labios de la llamada Reina Virgen se escapó una exclamación de rabia. Y su iracundo gesto, al ponerse en pie y abandonar el salón de baile, paralizó a los invitados e hizo cesar la música. Todos los cortesanos presintieron inmediatamente de que Inglaterra tenía ya un rey para suceder a Isabel. El hijo de su prima, sería el heredero de la Corona.

Isabel, que corrió a su cámara para no dar el espectáculo de su ira desenfrenada, asustó a sus damas de honor cuando, entre improperios, indignación y sollozos, dejándose caer en un sillón, exclamó:

—La reina de Escocia ha dado a luz a un hijo, pero yo... no soy más que un tronco muerto...

Con esta confesión pública, que no pudo contener, Isabel ponía de manifiesto el más secreto de los dolores que la corroían. Se sabía estéril. Y al saberlo se acrecentaba su angustia de mujer frustrada en lo más íntimo de su ser. Por tal motivo, al conocer el «triunfo maternal» de su rival en un terreno en que jamás podría vencerla, sintió hacia María Estuardo un odio, una envidia, que hasta entonces había sido tan sólo enemistad.

El encierro de la desdichada reina de Escocia comenzó apenas llegó a tierra inglesa. Y sólo terminaría cuando concluyera su vida, muchos años después. Durante todo el tiempo que permaneció en prisión y en poder de su

enemiga, «veía» (sin lograr adivinarlo) cómo se formaba a su alrededor la tela de araña que acabaría por arrebatarse todo derecho como persona y como reina, y hasta la cabeza.

Los temores de María Estuardo acabaron por cumplirse. Un día, sabedor el pueblo de Inglaterra de que se había fraguado secretamente una conspiración contra la vida de su reina Isabel, prorrumpió en gritos de cólera reclamando la cabeza de los supuestos culpables, insinuando que entre ellos figuraba María Estuardo.

«Ya he logrado lo que me proponía», dicen que comentó la reina, cuando le dieron cuenta del suceso. La «maniobra» difamadora tenía buenos resultados.

Y, en efecto, no era ella, la reina, quien pedía que fuera ejecutada su prima. Era el pueblo quien se lo exigía. Consecuentemente, dio la orden siguiente a sus jueces:

—Que se inicie un proceso contra la reina de Escocia bajo la acusación de complot contra mi persona, intento de asesinato y proyecto de usurpación de mi trono.

Para cada una de las mencionadas acusaciones sólo había una sentencia: la pena de muerte.

María Estuardo se negó, al principio, a comparecer ante los jueces ingleses.

—Siendo reina ungida —alegaba— no puedo, ni debo, comparecer ante ningún tribunal.

Mas la débil y hermosa reina, siempre inconstante en los momentos más cruciales de su existencia, acabó accediendo a comparecer ante el tribunal que había nombrado la Reina Virgen.

El juicio de la reina de Escocia tuvo lugar el 14 de octubre de 1586 en el hall del castillo de Fotheringhay. Un elevado sillón, bajo un dosel, presidía la escena. Estuvo vacío siempre. Su misión era la de «representar simbólicamente» a la reina de Inglaterra, en cuyo nombre dictarían sentencia los jueces. Una vez reunidos éstos, se hizo comparecer a María Estuardo. Un ujier le señaló el asiento que se le había dispuesto por debajo del de la reina Isabel. Entonces, la acusada irguió la cabeza con altivez y clamó, inútilmente:

—Nací reina. Estuve casada con el rey de Francia. Mi puesto debe estar ahí arriba.



Y con el índice, señaló el sillón que debiera ocupar Isabel, de haberse atrevido a estar la reina inglesa presente en tan memorable juicio.

El proceso constituyó una farsa, puesto que los mismos jueces eran, a la vez, jueces y parte. Ni una sola vez logró María conmovier a aquellos hombres, ni tan siquiera cuando, alzando una mano, les mostró el anillo que llevaba en el dedo y que le había regalado Isabel.

—Vine a este país —dijo— confiando en las promesas de la reina de Inglaterra. Esta es la prenda que me dio de su cariño y amistad. En cuanto a las pruebas que he recibido de ellas... vosotros sois testigos de cuanto ahora estoy recibiendo.

Durante varios días se discutió la sentencia en secreto. Finalmente, el 28 de octubre se dictó en los términos siguientes: «La nombrada María Estuardo, que siendo reina de Escocia abdicó en su hijo y pese a lo cual sustenta derechos a aquella Corona y a la de Inglaterra, ha aprobado e imaginado diversos planes con que perjudicar, aniquilar o matar a la real persona de nuestra soberana, la reina de Inglaterra».

Reconocido con este infame la culpabilidad de María Estuardo, le siguió después la expresión de la pena: muerte por decapitación.

Isabel pudo hacer uso de su derecho de indulto, pero a pesar de las muchas demandas que le llegaban, solicitando que no se ejecutara la sentencia, no quiso escucharlas, ni mostrarse magnánima ni generosa.

Pasaron cuatro exasperantes y angustiosos meses. Y el viernes 7 de febrero de 1587, se presentaron en Fotheringhay lord Shrewsbury y lord Kent, para comunicar a María Estuardo que había llegado el momento trágico. La reina de Escocia acogió la noticia como una liberación y no como si fuese una sentencia de muerte. Solicitó entonces que se le permitiera recibir los auxilios de la religión: pero a ello se opuso fría y rotundamente lord Kent.

Las primeras luces del alba del día 8 de febrero anunciaron a María Estuardo que se aproximaba el instante en que subiría al cadalso. Durante toda la noche estuvo oyendo los martillazos que le anunciaban los preparativos de la ejecución. Y sin manifestar la menor turbación, ordenó a sus doncellas:

—Vestidme por última vez.

Y escogió cuidadosamente cada una de las prendas que iba a llevar en la última escena de su vida.

Alrededor de las ocho compareció el sheriff para anunciarle que le esperaban los lores. María se puso en pie y le siguió, apoyándose en los brazos de sus sirvientes. Una vez en el patio, éstos se hicieron a un lado y dos hombres de Amias Poulet le ayudaron a subir al cadalso.

Erguida la cabeza, con continente de reina, con porte majestuoso, María Estuardo ascendió los dos escalones.

Y entonces, ante ella, se arrodillaron el verdugo de Londres y su ayudante, para pedirle perdón por la muerte que estaban obligados a darle.

—Os perdono de todo corazón —respondió María, suavemente—, pues espero que esta muerte pondrá término a todos mis padecimientos.

Y dirigiéndose después a todos los presentes, agregó:

—Mis delitos son mi nacimiento, las ofensas que me han hecho y mi religión. Estoy orgullosa del primero: sé perdonar las segundas; y la religión es para mí un manantial de consuelos y esperanzas hasta el punto de estar contenta de que mi sangre se derrame en el patíbulo, por su gloria.

Luego, sin mostrar vacilación alguna, la reina de Escocia se arrodilló sobre los almohadones que se habían colocado al efecto, y apoyó su cabeza en el tajo. En este instante proclamó una vez más su fe católica, diciendo:

—*In te Domine speravit, non confundat in aeternum.*

Abrazada al tajo esperó el golpe fatal. El verdugo asestó el primero, pero no acertó en la nuca. Volvió a dejar caer el hacha y esta vez sí dio en la nuca, aunque sin cercenar la cabeza. Hasta el tercer golpe, no consiguió su propósito.

Y entonces, la cabeza de la reina, que debía ser asida por el verdugo, se escapó de los dedos de éste —ya que sólo había cogido la peluca— y rodó por el suelo como una bola macabra.

Apresuradamente se cubrió con un lienzo el cuerpo decapitado y la cabeza; y entonces sucedió, ante el espanto de todos, que acababan de lanzar el grito ritual de « ¡Viva la reina! », que vieron que algo se movía bajo el lienzo que cubría el cadáver. El verdugo dominó su temor y volvió a descubrir el cuerpo tapado. Y apareció, ante los aterrorizados ojos de los presentes, el perrillo de la reina, que había corrido hasta ella para oprimirse contra su yerto cuerpo y serle fiel hasta el último instante.

(Luis XIV)

Al subir al trono Luis XIV quedó bajo la regencia de su madre, Ana de Austria, la cual encomendó la dirección de los negocios públicos al cardenal Mazarino.

Suponían los cortesanos que el gran ascendiente que Mazarino ejercía sobre la reina no se debía sólo a las altas dotes políticas del famoso personaje, sino a sentimientos de otra naturaleza, llegando a señalar algunos historiadores —tales como Michelet y otros— que la viuda de Luis XIII y madre de Luis XIV estuvo casada en secreto con su célebre ministro; el cual, aun cuando vestía la púrpura cardenalicia, no era sacerdote.

Algunos meses antes de fallecer Mazarino, ocurrió en Francia un suceso tan difundido como misterioso. Un prisionero del Estado (cuyo nombre no ha podido averiguarse nunca) fue enviado a las islas de Santa Margarita y luego llevado a la Bastilla de París, donde murió en 1703, sin que nadie le hubiera visto jamás el rostro; pues lo llevó siempre cubierto con una *máscara de hierro*, por lo cual es conocido bajo este nombre.

Por las consideraciones con que se le trataba en la prisión, se conjetura que era de alto rango, y aun se han aventurado diferentes nombres; si bien ningún historiador ha logrado todavía descubrir la verdad del caso.

No obstante, existe en los archivos del Ministerio de la Guerra de Francia una carta cifrada, que, habiendo resistido hasta hoy cuantas tentativas se hicieron para interpretarla, ha sido descifrada recientemente. Y resulta haberse aclarado se trataba de una orden dirigida por el rey a su ministro de la Guerra, para que arrestase a cierto general, M. de Barlonde, y le condujera a la fortaleza de Pignerol, por haber levantado el sitio de Conti en desobediencia de las órdenes del monarca.

Agrega el rey, en la carta, que «las facciones del general deben ocultarse bajo una máscara de terciopelo negro» (*loup*). Parece, por tanto, que la mencionada carta pone ya fin a cuantas suposiciones y conjeturas se han estado haciendo (desde hace más de dos siglos) respecto a la identidad del famoso *hombre de la máscara de hierro*.

Al morir Mazarino, tomó Luis XIV a su cargo la gobernación del país, sin que ministro ni favorito alguno ejerciera, desde entonces, influjo de

ninguna clase en su voluntad soberana; por lo cual se le atribuye la conocida frase:

—El Estado soy yo.

Tal era en aquellas fechas el reflejo y la idea de la omnipotencia real, que hasta las censuras dirigidas al soberano francés encerraban aquel concepto en formas lisonjeras. Así, el poeta Racine, a quien Luis XIV le leyó unos versos para que le diese su parecer, contestó:

—Señor, nada hay imposible para Vuestra Majestad; pues habéis querido hacer «malos versos», y Vuestra Majestad lo ha conseguido.

Deseando continuar la obra de Richelieu, Luis XIV declaró la guerra a España, hasta que se firmó la Paz de Nimega, que dio a Francia el Franco Condado. Durante la celebración de la conferencia que precedió a la Paz de Nimega, el rey francés pasó su *ultimátum* a los plenipotenciarios del congreso. Don Pedro Ronquillo, representante español, contestó, resignado, al Nuncio de Su Santidad, que se lo comunicó:

— ¡Qué hemos de hacer! Más vale arrojarse por la ventana que de lo alto del tejado.

El reinado de Luis XIV fue destacable por la influencia política y la gloria militar que alcanzó Francia. Muchos y excelentes fueron los colaboradores del monarca, siendo el ministro Colbert uno de los principales. Cierta día, al encontrarse éste en su lecho de muerte, Luis XIV envió a informarse sobre su salud, a lo que respondió el gran ministro:

—No me habléis ya del rey; que me deje, a lo menos, acabar en paz. Si hubiese hecho por Dios lo que he hecho por él, me habría salvado dos veces. Ahora no sé qué me sucederá.

Melac, el célebre mariscal de campo de Luis XIV, tenía fama de hombre feroz. Solía decir:

—Comprendo que no soy el diablo como dicen, porque yo he hecho todo lo posible por tener relaciones con él y no he podido conseguirlo.

Se cuenta que Juan Sart, el famoso marino francés, fue recibido por el rey.

—Juan —le dijo Luis XIV—, te he nombrado jefe de escuadra.

—Señor, habéis hecho bien —le respondió.

Mas como los cortesanos presentes insinuaron risas despreciativas, el monarca repuso, dirigiéndose a los envidiosos:

—Vosotros no le habéis comprendido. Es la respuesta de un hambre que sabe lo que vale y desea darme nuevas pruebas.

Durante una audiencia al general Catinat, apodado por los soldados *el padre Pensamiento*, le preguntó Luis XIV:

— ¿En qué estado se hallan vuestros negocios?

A lo que respondió el militar:

—Señor, tengo cuanto necesito.

—He aquí el primero —exclamó el rey— que me habla en este lenguaje.

Es muy sabido que Carlos II de España (que no tenía sucesión directa) designó por heredero de su trono a Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV y pariente del monarca español. Alemania y otras naciones se opusieron, hasta que la Paz de Utrecht puso término a la lucha, reconociendo a Felipe V como rey de España.

Al ser nombrado para el trono español Felipe V, Luis XIV hizo la presentación de su nieto en el palacio de Versalles, diciendo:

—Señores, he aquí al rey de España. Su nacimiento le ha llamado a esa Corona; la nación española lo ha deseado y me lo pidió con anhelo, yo se lo concedo con placer, acatando los decretos de la Providencia.

Después, recomendó el nuevo rey:

—Sed buen español; ése es desde ahora vuestro deber primordial. Sin embargo, acordaos de que habéis nacido francés, para mantener la unión entre ambas naciones, como medio de hacerlas felices y de conservar la paz de Europa.

El embajador de España, Cartel Dosrius, entusiasmado, pronunció seguidamente las históricas palabras:

— ¡Qué gozo! ¡Ya no hay Pirineos! ¡Se han hundido en la tierra y ya no formamos más que una nación!

El rey Luis XIV tenía respeto a la religión un punto de vista muy particular. Le dijo el duque de Orleáns, que tenía, en la empresa de España, a Fontpertuis por secretario.

— ¡Cómo, si es jansenista! —exclamó el monarca.

—Puedo asegurar a Vuestra Majestad que no por esto cree menos en Dios —respondió el duque. Y el rey quedó satisfecho.

El bravo Duquesne nunca fue recompensado, porque era protestante, y

tuvo que reprocharle a Luis XIV:

—Señor, cuando yo combatía por Vuestra Majestad nunca pensaba en que vos érais de otra religión que la mía.

En 1685 decretó Luis XIV la revocación del Edicto de Nantes. A consecuencia de ello, el hijo de Duquesne se vio obligado a emigrar a Suiza, llevando consigo el cadáver de su padre. Y sobre la tumba del duque, en Eaubonne, hizo poner la inscripción:

«Holanda erigió un mausoleo a Ruyter; Francia ha negado su suelo al vencedor de Ruyter».

Un día, Luis XIV encargó al conde de Grammont que investigara sobre la existencia de ciertas herejías, a lo que el cortesano, para eludir el enojoso encargo, respondió:

—Si existen, preciso es decir que guardan riguroso incógnito.

Y otra vez, durante un sermón ante el rey, el predicador exclamó:

—Todos nosotros moriremos.

Mas el darse cuenta del gesto de desagrado de Luis XIV, se corrigió y, volviéndose hacia él, agregó:

—Casi todos nosotros moriremos.

La gestión financiera del ministro Colbert resultó admirable, a pesar de los enormes gastos que ocasionaba la corte con su fausto escandaloso y aterradora inmoralidad. El Parque, el Grande y el Pequeño Trianón de Versalles fueron teatro de los escandalosos amores del rey, entre cuyas favoritas se cuentan: le Vallière, la Montespan y la Maintenon, con la cual se casó secretamente. Si bien al lado de éstas y de otras damas, que adquirieron notoriedad por sus aventuras galantes en la fastuosa corte (entre ellas Ninon de Lenclos, que conservó hasta una edad muy avanzada su deslumbrante belleza, con toda la lozanía de sus verdes años), hubo algunas que supieron honrarla con sus virtudes y talento, como Madame de Sévigné, justamente celebrada por sus valiosísimas «Cartas».

Se cuenta que al notificar al hijo de La Vallière el fallecimiento de su madre, exclamó:

—Más debo llorar su nacimiento, que su muerte.

La Montespan, por su parte, parece ser que ayunaba con escrupulosidad. Y como le manifestara su admiración la duquesa de Usez, y el contrasentido que significaba en su vida, la favorita le contestó:

— ¡Pues qué!, porque yo hago un pecado, ¿debo cometer todos los demás?

Durante una cuaresma, cierto rígido sacerdote predicó en la corte contra el adulterio, aludiendo a los amores de Luis XIV con la Montespan. El rey lo mandó llamar y le dijo:

—Padre, debéis estar satisfecho de mí. Madame Montespan se halla en Clagny.

Pero el inflexible predicador, le respondió:

—Señor, Dios estaría más satisfecho si Clagny se hallase a setenta leguas de Versalles.

En cuanto a su mujer, Luis XIV, al referirse a ella, comentó:

—Su muerte es el primer disgusto que me ha causado.

En aquella época, las ocurrencias de buen tono, las réplicas irónicas, solían dar relieve en la vida social y aristocrática. Habiendo roto Lezun la espada en presencia de Luis XIV diciendo que no volvería a servir a un rey tan injusto, éste, por única respuesta, arrojó su bastón por una ventana, exclamando:

—No se dirá nunca que he apaleado a un caballero.

Por último, con el matrimonio de Carlos II de España y María Luisa de Orleáns abrigaba Luis XIV vivos deseos de heredar el trono de Castilla. El pueblo español, aludiendo a este propósito, cantaba una copla que decía:

París, bella flor de lis;  
Si parís, parís a España;  
Si no parís, a París.

### III.

## De la batalla de Lepanto a la Rusia imperial.

¡VAMOS A LEPANTO, SEÑORES...!»

*(Don Juan de Austria)*

Palacio Real de Bruselas.

Ante el César Carlos V, sentado a la mesa de su despacho, se halla su mayordomo don Luis Quijada, hombre de su máxima confianza.

Tiene el emperador la cabeza abatida, y se confiesa, en tenue y sentida voz, con el servidor lealísimo, para el cual no tiene secretos. Algo muy importante debe de haberle confiado por cuanto que remata sus palabras preguntándole:

— ¿Y decís que hay noticias de Ratisbona? ¿Qué tal está Bárbara de Blombergh?

—Bien, Señor. ¡Ha dado a luz un príncipe! —responde Quijada, con cierto aire misterioso.

— ¿Un príncipe, decís?

Carlos V sonrío, satisfecho. Mas pronto la sonrisa desaparece de sus labios. Pasa la mano por su frente y queda borrado el gesto alegre de su faz. Y dejando caer las manos con desaliento, comenta:

— ¡No, un príncipe, no! Por ahora... un niño... Las flaquezas mías, ya os lo tengo dicho, no deben ser conocidas por nadie... ¡No lo olvidéis, Quijada!

—Jamás olvidé nada en el servicio de Vuestra Majestad —contestó Quijada, un tanto amostazado—. Pero olvidela yo o no, que eso sería lo de menos, el niño que el día veinticuatro de febrero de mil quinientos cuarenta y siete ha nacido en Ratisbona será siempre para mí... ¡un príncipe!, Señor.

— ¡Extraña coincidencia! —exclamó Carlos V cambiando de



conversación—. El día veinticuatro de febrero es la festividad de San Matías. Y ese mismo día, hace cuarenta y cinco años, vine yo al mundo.

—Pues quiera Dios que sigan las coincidencias, ya que así algún día lo veremos substituyéndoos en vuestras glorias militares.

— ¡Calla, Quijada! —le interrumpe el emperador—. Este niño tendrá vida obscura, cual corresponde a mi falta. Quiero que os hagáis cargo del niño y que lo bauticéis en secreto. Su nombre será Jerónimo, como el de aquel Santo Padre, propagador de la vida monástica y luchador infatigable contra el error y la corrupción de costumbres.

— ¿Y si la sangre de Jeromín, señor, se rebelara contra vuestros propósitos? —inquirió Quijada.

—Pues entonces, si con el peso del tiempo tuviera que ser públicamente conocido como mi hijo... ordeno que se le cambie tal nombre por el de Juan, en honor a mi madre, Doña Juana de Castilla.

Y mirando fijamente a Quijada, añade el emperador:

— ¡Recuérdalo siempre y haz cumplir mi deseo, que para eso y otras muchas cosas te nombraré mi albacea testamentario!

Luis Quijada se inclinó emocionado, y de sus labios salen las sinceras palabras:

— ¡Oh, Señor...! ¡Cuánto honor me hacéis! ¡Estad seguro de que vuestras órdenes serán fielmente cumplidas!

Salón del Trono, del Palacio Real de Valladolid.

El rey Felipe II, en el sillón, bajo dosel. A su derecha, el príncipe Don Carlos y la princesa Doña Juana.

A su izquierda, la reina de Hungría y Alejandro Farnesio. Frente al trono, don Luis Quijada, ayo y jefe ahora de la Casa de Juan de Austria, cuya servidumbre forma, entera, tras él.

A la derecha del príncipe Don Carlos los Grandes de España, con el duque de Alba y el cardenal arzobispo de Toledo a la cabeza. A una seña de Felipe II un mayordomo anuncia:

— ¡El Serenísimo Señor Don Juan de Austria!

Y por la puerta de fondo aparece Jeromín (ya convertido en Don Juan de Austria), vistiendo un magnífico traje de Corte. Le sigue el capitán de sus guardias, que al entrar en el salón envaina su espada. Detrás, el resto de su

escolta.

Avanza Don Juan y, tras una reverencia, queda frente al trono. Don Felipe se levanta y los heraldos dicen:

— ¡Oíd..., oíd..., oíd...!

Luego, Felipe II se dirige a los presentes:

—Tengan todos por mi hermano al Serenísimo Señor Don Juan de Austria.

La Corte entera se inclina, y el rey continúa:

— ¡Venid, hermano!

Avanza Don Juan y Don Felipe desciende, abrazándolo. Dura un instante el abrazo de ambos jóvenes. Y un escalofrío de sincera emoción corre por todos los cortesanos, que presienten, en los dos retoños de la Casa de Austria, toda la historia del futuro de la patria.

La escuadra española, procedente de Nápoles, se acerca al puerto de Mesina. Las escuadras pontificia y veneciana salen de él y se adentran, por el estrecho, en su busca.

El día 5 de septiembre de 1571 suenan las salvas de saludo. En la bahía de Mesina se hallan reunidas más de trescientas velas y pasan de ochenta mil las personas que han de ocupar sus puestos, entre soldados, marinos, marineros y gente de mar.

Desconocido de todo el mundo, ha embarcado un soldado en la galera «Marquesa», mandada por Francisco de Sancto Pietro: es Miguel de Cervantes.

Sobre le cubierta de la nave capitana, Don Juan de Austria, general en jefe de la escuadra aliada de la Liga, conversa animadamente con Marco Antonio Colonna, almirante de la flota pontificia, y con Sebastián Veneiro, almirante de la veneciana.

Don Juan, que sólo cuenta veinticuatro años, tiene la gentileza y elegancia en él características.

Jornadas más tarde, la gran escuadra cristiana llegó a Cefalonia. Y allí supieron que la Armada turca, compuesta de más de doscientas galeras de combate, intentaba sorprenderles. Inmediatamente Don Juan de Austria convocó en «La Real» consejo de capitanes, para deliberar a qué lugar habrían de dirigirse. Los pareceres expuestos fueron contradictorios.

Se interrumpió el debate con la llegada del gran navegante Gil de Andrade, que manifestó:

—He podido averiguar que el turco Alí-Bajá, con todas sus naves, se halla en el golfo de Lepanto.

Los munidos quedaron asombrados por la noticia. Tan sólo Don Juan, sonriendo, tranquilo, dijo:

—He ahí, señores, el dedo de Dios.

Y tras breve pausa, añadió:

—Don Luis de Requesens, mi lugarteniente, ordenad a todas nuestras naves... ¡rumbo a Lepanto!

Y agregó con acento triunfal:

— ¡Vamos a Lepanto, señores, que allí me han dado cita Dios y la victoria!

Era el amanecer del día 7 de octubre, cuando Don Juan de Austria mandó largar las velas al viento. Pocas horas después, frente a la costa de Albania, las galeras de Andrea Doria, que marchaban en vanguardia, al doblar el golfo descubrieron las naves de la Armada enemiga.

Don Juan de Austria, sin aguardar más, mandó enarbolarse el estandarte de la Liga en «La Real». La enseña izada en el mástil de la galera capitana y el estampido de un cañonazo, anunciaron al ejército cristiano la proximidad de la batalla. Rápidamente, todas las fuerzas se dispusieron en orden de combate.

Por su parte, los turcos formaron su línea y salieron a la boca del golfo, dispuestos para la pelea. Fue entonces cuando el propio Andrea Doria, a la vista de la poderosa flota enemiga, se atrevió a insinuar que convendría retirarse.

—Señores —les dijo Don Juan de Austria—, ya no es hora de aconsejar, sino de luchar.

Acto seguido, Don Juan lanza a su hombres al asalto. Los tercios, en tromba, caen sobre la nave enemiga degollando al Estado Mayor otomano. ¡Qué clamores...!

Y mientras, Miguel de Cervantes se afirma en su puesto de combate. Las sienes le estallan de fiebre, bajo el galopar de la sangre. Su valor compagina a la altura de la gran ocasión. Negro de pólvora, embriagado de calentura, con la sangre manándole del pecho, se revuelve cual león herido,

sembrando la muerte a su paso. No hay tregua ni descanso en aquel infierno desatado. Un nuevo arcabuzazo le hace caer entre nubes de pólvora, con la mano izquierda destrozada.

Durante el combate un forzado de galeras, sin encomendarse a nadie, corta de un tajo la cabeza del turco Alí-Bajá, y decide la cuestión. ¡La batalla está ganada!

Después del resonante triunfo, avanza Don Juan, precediendo a su séquito de guerreros, por la cubierta de la nave capitana. Y a su paso se abre un clamor, aliento unánime de los suyos que cantan, en sus frases encendidas, la alegría de la victoria.

En la galera «Marquesa» un cirujano, agachado sobre un joven soldado que, tendido en el suelo, se muerde los labios para no quejarse, lo cura, algo rudamente.

Se detiene Don Juan de Austria ante el grupo y pregunta al soldado:

— ¿Cómo...? ¿Vos también, Miguel de Cervantes?

— ¡Oh, señor! —responde el herido, intentando levantarse, lo que Don Juan no permite, con un elocuente y señorial gesto de su mano—. ¡También a mí me cupo esta gloria!

Don Juan sonríe y pregunta al cirujano:

— ¿Qué tiene?

—Quedará manco —responde el tosco médico, que no cree a tan humilde soldado merecedor de más pulidos miramientos.

— ¡Zurdo decid! —increpa a su vez Miguel, al curandero—. Que si lo zurdo no excluye lo manco..., en tanto me quede la diestra para el oficio a que me dedico, bien sabe Dios que no he de menester más.

—Bien dicho —responde sonriente Don Juan—, y plegue a Dios que ella os dé toda la honra y el provecho que de todo corazón os deseo.

De lo segundo me dé Dios, que de honra creo haber ganado, y no poca, con haberme hallado en esta batalla, «la más memorable que vieron los siglos pasados, ni esperan ver los venideros».

— ¿Aunque os cueste una mano? —preguntó don Juan, sorprendido.

—Aunque así sea; que poderse llamar *el manco de Lepanto*... a costa de esa mano ¡no es mal precio!, noble príncipe... Nada puede igualar a la gloria de haber visto vuestra mayor proeza...

Y pretende sonreír: sin embargo, el dolor pone en su cara una mueca,

que desaparece cuando Don Juan le alarga su mano, la que Cervantes besa con el más fiel acatamiento.

—Bien servisteis al Rey Nuestro Señor —dice el vencedor de Lepanto.

Y dirigiéndose a su secretario, agrega:

—Aventájese a este soldado con tres coronas sobre su paga ordinaria y cuídesele y atiéndasele muy bien, dándome noticias de su curación.

La alegría en toda le Cristiandad por el triunfo de Lepanto fue extraordinaria. En Venecia, en Roma, en Barcelona, los festejos superaron cuanto hasta entonces se recordaba.

El papa Pío V, el gran promotor de la Liga contra el turco, lloró emocionado al conocer le noticia. Y repitió —aplicándolas a Don Juan de Austria— las palabras que el Evangelio aplica a San Juan Bautista:

—*Fuit homo missus a Deo cuius nomen erat Joannes* («Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan»).

Se cuenta que el sombrío Felipe II recibió le noticia de la victoria en El Escorial, mientras rezaba las vísperas de Todos los Santos, en el coro bajo de le iglesia. El rey continuó con impasible serenidad, sin alterarse, y como si nada hubiese sucedido, hasta que se acabaron las plegarias.

Finiquitadas, mandó al prior Fray Herrando de Ciudad Real que, en acción de gracias, se cantara el *Te Deum*. Y seguidamente exclamó las célebres palabras:

—Ha vencido; pero ha arriesgado demasiado.

En verdad que arriesgó siempre Don Juan de Austria, durante toda su vida. Hasta que el 1.º de octubre de 1578 registró un día de inmenso dolor para España y de luto para la Cristiandad. Pues en las tierras lejanas de Flandes, frente a Namur, Don Juan de Austria entregó su alma a Dios.

Fray Félix Lope de Vega escribió del príncipe victorioso:

*Hízome eterno Lepanto;  
Mozo he muerto, viejo fui,  
Que al mundo en un tiempo di  
Lástima, envidia y espanto.*

## «TENGO AL PARLAMENTO EN EL BOLSILLO»

*(Cromwell)*

Carlos I de Inglaterra, que por espacio de once años ejerció el poder absoluto, tuvo por ministro consejero al célebre Buckingham, odiado político del reinado anterior.

Se cuenta de él que había acaparado tanta riqueza, que en cierta ocasión sembró de perlas, soltando el hilo que las sujetaba, la alfombra del salón de su amada, diciendo:

—Para que otros, al recogerlas, sean felices en el mismo sitio que yo lo he sido.

En 1641 el monarca inglés intentó un golpe de Estado contra la cámara; mas sólo consiguió que estallara más pronto la guerra civil y la revolución, en que las tropas leales fueron derrotadas por el ejército nacional.

Carlos I, refugiado en Escocia, fue entregado a los soldados del Parlamento. Dominaba en éste la fracción de los «Independientes», que era republicana y estaba dirigida por el famoso Oliverio Cromwell.

Ante tales acontecimientos, y visto el cariz que tomaban, la reina de Inglaterra pidió asilo a Francia. Richelieu le contestó:

—En tales revueltas, el que deja el puesto, lo pierde.

Y bien que lo perdió Carlos I, porque poniéndose Cromwell al frente de un cuerpo de voluntarios, derrotó en Nasseby a las tropas realistas, haciendo prisionero al monarca.

Habiéndose apoderado, también, de sus papeles y cartas, publicaron los vencedores, para desacreditar al rey, algunos de sus escritos. En una carta de Carlos I a la reina, le decía:

«Tranquilízate sobre las concesiones que haga; en su tiempo y lugar sabré cómo conducirme con estos bribones. En vez de una liga de seda [la Jarretera], les daré una soga de cáñamo».

Al penetrar Cromwell en Londres, so pretexto de corregir los desórdenes, fingió escuchar las proposiciones del rey y le facilitó la fuga a la isla de Wíght, cuyo gobernador, hechura suya, lo retuvo prisionero.

Y comentó Cromwell:

—Ahora que tengo al rey en mi mano, tengo al Parlamento en el bolsillo.

Inmediatamente consiguió que la Asamblea decretara la muerte del soberano, cuya cabeza rodó por las gradas del cadalso, proclamándose seguidamente la República.

Se cuenta que Carlos I, en pie, desde el patíbulo, dijo al pueblo:

—*Remember!* — (« ¡Acuérdate!»).

Otros autores suponen que la palabra fue dirigida a la víctima por su misterioso verdugo, personaje desconocido que, cubierto el rostro con una careta, se ofreció espontáneamente a decapitar al rey, desapareciendo luego entre la muchedumbre, sin que haya podido averiguarse quién era.

El cadalso se levantó frente al Palacio Real de Witte-Hall. Sobre la puerta del mismo fue puesto un cartel que anunciaba: «Esta casa se alquila».

Con esta frase se daba e entender que el poder real había concluido, y que la República sería la forma de gobierno del pueblo inglés y el «coronamiento» de su revolución.

Y aunque el nuevo orden de cosas halló viva oposición en Irlanda, Cromwell hizo en dicho país una guerra de exterminio; y obtuvo la presidencia de la República con el título de Protector.

Cromwell despojó a las cuatro quintas partes de los propietarios irlandeses, para dar sus tierras a los soldados ingleses.

Las consecuencias de esta medida todavía pesan sobre la infeliz Irlanda, cuyo suelo pertenece a una mayoría de propietarios que no viven en la isla y que arriendan sus tierras a colonos, eternamente sumidos en la miseria. Y de ahí los perpetuos y terribles conflictos entre ambos países, permaneciendo incesante la protesta de los oprimidos irlandeses.

Crofton Croker refiere el siguiente testamento de un compañero de Cromwell:

«Mi féretro será puesto sobre una mesa de encina en la cámara obscura. Cincuenta irlandeses serán invitados a velar sobre mi cadáver. Y cada uno de ellos recibirá tres cuartillos de aguardiente bueno y tendrá un puñal delante de sí.

»Cuando hayan concluido de beber, se sellará mi caja y se entregará mi cuerpo a la tierra, de que procede».

— ¿Y por qué queréis obsequiar de este modo a los irlandeses, a

quienes siempre habéis aborrecido? —le preguntaron. A lo que el otro respondió:

—Porque no dejarán de embriagarse, y en la embriaguez se matarán entre sí. Recordad que si todo inglés hiciera algo parecido, la vieja Inglaterra se vería muy pronto libre de ellos.

Prescindiendo de su origen, el Protectorado de Cromwell fue una de las mejores épocas de Inglaterra, pues durante ella se afianzó su poder marítimo y comercial.

Cromwell murió en el apogeo de su gloria, que, reflejándose aún sobre su hijo Ricardo, le permitió a su heredero conservar el poder por algún tiempo, resignándolo después voluntariamente.

Ricardo (sucesor de Cromwell), viendo un día puesto a la vergüenza a un individuo porque había compuesto una sátira contra los ministros, dijo riendo:

— ¡Qué majadero! ¿Por qué no la habrá escrito contra mí? Se la hubiera dejado pasar sin obstáculo.

La restauración de la monarquía inglesa la llevó a cabo el general Monk, que en 1660 proclamó rey a Carlos II. Al final de cuyo reinado aparecieron dos partidos en Inglaterra, cuyos nombres de *whigs* y *tories* se han perpetuado después, defensores los primeros de las libertades públicas y allegados los otros a la autoridad real y de ideas conservadoras.

Las principales leyes que se votaron fueron el *Bill del Test*, que excluía a los católicos de los cargos públicos, y el *Habeas Corpus*, que garantizaba la seguridad personal y la inviolabilidad del domicilio.

En contra de los sentimientos de Carlos II, se impuso el triunfo de la Iglesia anglicana siendo perseguidos los presbiterianos, los católicos y la nueva secta de los *cuáqueros*.

Resulta curioso saber que la secta de los cuáqueros o cuákaros (nombre que equivale al de «tembladores») fue fundada en 1647 por Jorge Fox, zapatero de Leicester. Llamándose, al principio «Sociedad cristiana de los amigos».

Sus miembros rechazan todo sacramento y culto externo, lo mismo que toda dignidad jerárquica. Sólo tienen fe en el «Cristo interior», que todo hombre puede recibir.

Se reúnen en salas desnudas de ornato y esperan, con el mayor recogimiento, a que el Espíritu Santo se manifieste en ellos por medio de un



«temblor», que es el signo o preludio de la divina inspiración. Condenan el derramamiento de sangre, el juramento, los espectáculos, los juegos de azar, la música y la caza. Se distinguen por la pureza de sus costumbres y la sencillez de sus vestidos, que son de un solo color y sin adornos.

Hoy tienen su principal asiento en los Estados Unidos, donde Guillermo Penn, uno de los fundadores de la secta de los cuáqueros, les cedió un territorio, que de su nombre tomó el de «Pennsylvania».

## «EN MÍ TENÉIS EL VERDADERO PATRIARCA»

(*Pedro I «el Grande»*)

Rusia entró por el camino de la civilización en el reinado del célebre Iván el Terrible, primero que tomó el título de Zar, pues sus antecesores sólo habían llevado el de Grandes Duques de Moscú.

En 1582 conquistó Siberia y legisló con acierto, en un principio; mas luego, con apoyo de la milicia de los *Strelitzes* (que Iván había creado) cometió actos demenciales y crueles.

Recuérdese que el Zar era considerado por los rusos como representante de Dios, como padre y como amo: ellos se llamaban «sus esclavos». Era señor de vidas y haciendas: su autoridad no tenía limitación alguna y no había más ley que su voluntad, expresada en órdenes llamadas *úkases*.

Después de Iván *el Terrible* subió al trono de Rusia, con Miguel 1, la dinastía de los Romanoff, a la que pertenecía el zar Nicolás II, asesinado con toda la familia imperial rusa en 1917.

El soberano más destacado (si bien déspota sanguinario) que tuvo le mencionada dinastía, fue Pedro I *el Grande*.

Extraño carácter en verdad el de este hombre extraordinario.

En este Zar que ensanchó a Rusia se dio una indudable mezcla de dos factores, casi siempre opuestos: la potencia creadora y la crueldad.

Pedro *el Grande* convirtió a una nación despreciada y considerada de ninguna importancia por la Europa Occidental, en una fuerte potencia militar. Y sorprendió el Occidente modernizando a Rusia; y lo logró por sí solo, contra la inercia perezosa y la oposición violenta, incluso de sus

propios familiares.

El aventurero suizo François Lefort y el escocés Patrick Gordon, figuraban entre sus íntimos. Y lo que éstos le contaban sobre la vida y costumbres de Occidente despertó en Pedro I intenso deseo de saber más y de abrirle a Rusia «ventanas sobre el mundo».

—Iré a la Europa Occidental a aprender sus técnicas militares e industriales —decidió un memorable día el Zar.

En marzo de 1697 salió de Moscú la delegación que iba a hacer de Rusia una nueva nación, según el modelo que le ofrecía Occidente. Conjunto de la más peregrina apariencia. Los delegados de categoría, presididos por el suizo Lefort, llevaban vistosas túnicas orientales y tantas joyas cuantas podían soportar encima. Cada uno de los enviados tenía un séquito de sirvientes, además de su acompañamiento de payasos, enanos y bufones.

Iban en total 270 personas. Uno de los delegados, conocido como Pedro Mikhailov, vestía traje corriente y no llevaba joyas. Era el Zar, que había decidido viajar de incógnito.

Visitando Francia, exclamó ante la tumba de Richelieu:

—Daría la mitad de mi Imperio a un hombre como tú, con tal que me ayudase a gobernar la otra mitad.

Como agregado a una embajada, visitó de incógnito Alemania septentrional, Holanda e Inglaterra, estudiando cuidadosamente los talleres y fábricas.

Al Zar lo habían fascinado siempre la construcción de buques y la navegación. Y se cuenta que con el fin de aprender el arte de las construcciones navales, Pedro el Grande se dirigió al pequeño puerto holandés de Zaandam, y allí vivió como un obrero cualquiera. Dormía en una pequeña choza, donde él mismo prendía la lumbre y se preparaba la comida. Se levantaba muy temprano, para ir a los muelles.

Hay historiadores que niegan esta conducta, diciendo que el Zar sólo permaneció ocho días en dicho puerto.

Visitó además otros lugares de Holanda, siempre con su cuaderno de apuntes en la mano. Inspeccionó aserraderos, molinos harineros y toda clase de telares y talleres, haciendo mil preguntas sobre lo que le interesaba averiguar.

Su curiosidad se extendía hasta asuntos concernientes a la medicina y

la cirugía. Se dice que en Amsterdam vio trabajar a un dentista, especialidad que era totalmente desconocida en Rusia. El Zar se llevó al sorprendido odontólogo a sus habitaciones, hizo que le enseñara el uso de los instrumentos y se los compró.

Lo curioso del caso es que Pedro *el Grande* se dedicó entonces a practicar lo aprendido, sirviéndose para el efecto de los miembros de su séquito, a quienes extraía las muelas, estuvieran cariadas o no.

La delegación rusa visitó también Inglaterra. Un observador ha descrito la visita:

«...Los rusos caminaban por las calles de Londres regando perlas y piojos».

Su aprendizaje de construcción naval lo reanudó Pedro en Deptdorf, donde vivió, con algunos de sus acompañantes, en una casa que pertenecía a John Evelyn. No bien desalojaron la mansión los huéspedes, Evelyn elevó una reclamación por los daños que le habían causado:

«Trescientos vidrios de puertas y ventanas rotos; destrozado el piso de la cocina; la verja del jardín derribada para usarla como leña; rotas las rejas de hierro y retorcidas las varillas; 21 cuadros hechos pedazos; varias mesas rotas, los colchones de plumas desbaratados, las sábanas rasgadas...»

La lista comprendía muchos otros desafueros y pérdidas. Pero el soberano ruso, tan entusiasmado quedó de la Marina inglesa, que dijo:

—Hubiera deseado ser su Almirante, a no ser el Zar de Rusia. De regreso al Continente, Pedro I consagró su atención al estudio de cosas prácticas, como transportes, manufacturas, exploración de minas, instrucción militar, etc. Lo relacionado con la cultura le interesaba poquísimo.

Cierto día oyó hablar de un método bárbaro de ejecución de los criminales, quebrantándoles los huesos, en la rueda. Quiso ver «trabajar» el aparato.

—No hay criminales a mano que merezcan tal suplicio —le dijeron.

Semejante observación le impacientó y le hizo exclamar:

— ¿Por qué dar tanta importancia a una vida humana? Traigan a uno de mis sirvientes para hacer la prueba.

Le gran excursión por Europa terminó de manera inesperada en Viena. En esta ciudad recibió Pedro aviso de que los *strelitzes* marchaban sobre

Moscú. El Zar regresó precipitadamente a Rusia e inició entonces una expurgación de tal carácter que en la historia del país ruso marcó huella.

Catorce cámaras de tortura estuvieron en actividad día y noche durante semanas enteras. Y el Zar en persona pasaba buena parte de su tiempo en esas cámaras presenciando los tormentos. Luego llegó el turno de las ejecuciones en la que hoy es la Plaza Roja. Se llevaba allí a los prisioneros en carretas porque eran pocos los que podían andar. Pedro *el Grande*, personalmente, segaba el primer «lote de cabezas» cada día. El trágico balance registró seis mil decapitados y dos mil despedazados en la rueda.

Después de la inhumana expurgación, Pedro I reinó veinticinco años más. Dictó varias medidas que quitaron a su pueblo el carácter oriental que hasta entonces tuvo. Prohibió las barbas largas; mandó que todos los funcionarios vistiesen a la europea; permitió el uso del tabaco (vedado por la Iglesia rusa) e impuso a las altas clases la «vida de salón», al estilo de Francia.

Y comoquiera que entre los más decididos adversarios de tales reformas figuraban su mujer Eudoxila y su hijo Alejo, los condenó a muerte, sin más explicaciones. Luego, casó en segundas nupcias con una joven y humilde livonia llamada Catalina Skavronsky.

Un día, habiéndose dirigido a Pedro I el clero ruso para que restaurase el Patriarcado, el Zar, golpeándose en el pecho, con su acostumbrada furia, exclamó colérico:

—En mí tenéis el verdadero patriarca.

Desde aquella fecha quedó la Religión sometida al Estado, y en los catecismos se enseñaban las siguientes aseveraciones:

1.<sup>a</sup> La más alta autoridad paternal después de Dios, es el Zar. 2.<sup>a</sup> El Zar es el primer gobernante después de Dios. 3.<sup>a</sup> El Zar no puede reconocer en la tierra ningún ser superior a él. 4.<sup>a</sup> Los Directores espirituales se encuentran muy por bajo del Zar. 5.<sup>a</sup> El Zar no está sujeto a ninguna ley humana. 6.<sup>a</sup> El Zar es el primer guardián y protector de la Iglesia. 7.<sup>a</sup> La alta inspección de las autoridades religiosas, a fin de que cumplan con su deber, corresponde de derecho al Zar.

Pedro *el Grande* fue maestro en el arte de reinar por el terror. Deseando adquirir un litoral más extenso, declaró la guerra al rey de Suecia, Carlos XII, con el fin de conquistar las playas del Báltico que poseía dicha nación.

Quiso aliarse con Federico IV de Dinamarca; pero el rey danés se negó a combatir contra los suecos. Por cierto que estando Pedro I en Copenhague, visitó la célebre Torre Redonda, siendo acompañado por el monarca danés, que hacía los honores a su huésped.

Cuando los dos soberanos llegaron a lo más alto de la torre, Pedro I, al ver la altura en que se hallaban, no se le ocurrió otra cosa que preguntar al rey Federico:

— ¿Queréis que os dé una muestra de mi poder?

Y, sin aguardar contestación a su pregunta, el Zar llamó a uno de los cosacos de su séquito, le señaló con la mano el abismo que se abría ante ellos, y le ordenó secamente:

— ¡Salta!

El cosaco no vaciló lo más mínimo. Saludó a su soberano y se lanzó a la muerte decidido.

— ¿Qué os parece? —preguntó el Zar al atónito rey de Dinamarca—. ¿Tenéis vos súbditos que os obedezcan así?

—Felizmente, no —respondió el monarca danés.

Mientras el déspota ruso preparaba a su ejército para combatir a Suecia, pensó en construir una capital moderna, que fuera puerto de mar y que mirara al Occidente.

Con tal ambición se fundó la ciudad de San Petersburgo, obra que constituyó una hazaña increíble. Antes que fuera posible echar los cimientos fue menester hincar cientos de miles de pilotes en los pantanos que se extendían por las márgenes del Neva. Se disponía de pocas herramientas; si bien la «provisión de brazos» era abundante.

Los siervos del Zar trabajaban en el lodo siempre bajo el acicate del *knut*, que el mismo rey blandía. Hay pruebas de que murieron 200.000 obreros en la edificación de San Petersburgo.

En 1721 la Paz de Nystadt le dio a Pedro I lo que tanto deseaba: la posesión segura de la costa desde Finlandia hasta el río Niemen. Esta fue la culminación del Zar. Celebró la victoria en San Petersburgo, con una borrachera ruidosa y haciendo grotescas cabriolas por las calles.

Pedro I *el Grande* era un hombretón de dos metros de estatura y fuerza tal que —se cuenta— podía matar a un toro de un puñetazo. Comía prodigiosamente y, en poniéndose a beber, duraba horas y horas seguidas en

la tarea.

Lo asombroso es que después de una borrachera nocturna podía trabajar, al siguiente día, dictando cartas y dando órdenes a sus ministros.

Durante toda su vida sufrió el Zar de pesadillas. Nunca podía dormir solo. Se veía sometido a violentos e irrazonables accesos de cólera, durante las cuales el rostro se le ponía lívido y el cuerpo le temblaba convulsivamente. Entonces, a cualquiera que estuviese cerca le golpeaba furiosamente llegando, incluso, a matar a varias personas de su escolta.

En sus últimos años Pedro se hallaba a las puertas de la locura, si no las había traspasado ya. Y si antes se mostró cruel en la persecución de algún propósito, ahora se mostraba más cruel por sólo el gusto de serlo. Hacía torturar a las mujeres y a los sacerdotes, sin motivo alguno. Desconfiaba de cuantos le rodeaban.

Después de presenciar la tortura y la ejecución de su hijo Alexis, una ola de odio contra el tiránico Zar se extendió por Rusia, y de muchos atentados contra la vida del déspota.

Finalmente, hasta su mujer Catalina se volvió contra el tirano. Buscando la felicidad junto a otras personas, fue infiel a su esposo. Lo supo el Zar, porque tenía múltiples espías. Y después de someter al amante de Catalina a las acostumbradas torturas le hizo decapitar, disponiendo que la cabeza de la víctima fuese puesta en un jarrón de alcohol y colocada en el tocador de Catalina...

Pedro el Grande murió en 1725 a los cincuenta y dos años de edad. Los excesos de su vida le habían destrozado los riñones, y su organismo era presa de la sífilis.

Mucho logró su ambición para Rusia. Mas queda la duda de si su vida contribuyó en algo a la felicidad y bienestar de un solo ser humano.

**« ¡DESPUES DE NOSOTROS, EL DILUVIO! »**

*(Mme. de Pompadour)*

Puede decirse que el gobierno de Luis XV de Francia es el gobierno de las mujeres. En el exterior significa la humillación de Francia como potencia. Y en el interior se caracteriza por las intrigas amorosas y cortesanas, casi de harén, pues no de menos «turco» puede calificarse el

proceder del soberano francés que el de la Sublime Puerta, donde la poligamia la autorizaban las leyes.

El círculo de *Mesdames* (la reina y le delfina) constituía un foco de intrigas: *Mesdames* d'Estradas, de Mirepoix, de Tencin, de Marsan, acudían a la corte como mariposas a la luz; si bien con intenciones más concretas: unas para que el rey pagase sus deudas; otras para que protegiese a sus deudos.

Mientras tanto, la desdichada reina María Leczinska, la princesa polaca, sólo estuvo en el favor real doce años, el tiempo de envejecer y de dar descendencia.

Desde 1736, con las hermanas Nesle, «es la aristocracia quien se disputa el honor de dar favoritas al rey», dice P. Foncin. A éstas siguieron: la duquesa de Châteauroux; Madame de Pompadour, le que tuvo mayor ascendiente; Madame Du Barry, que reemplazó a la anterior; y otras muchas que llevaron en sus blancas e impuras manos las riendas del gobierno.

Le Châteauroux fue la única favorita de Luis XV que logró comunicarle un poco de actividad, y le decidió a ir a le guerra.

—Vos me matáis —decía el augusto indolente.

Mas no tuvo más remedio que sacudir le pereza. Eran los tiempos de la campaña de Flandes. El rey cayó enfermo en Metz. Y temiendo morir despidió a la favorita, ante las instancias del obispo de Soissons.

—Que se vaya. No quiero volverla a ver —decía asustado el monarca, consumido por la fiebre.

Sin embargo, pasado el peligro, volvió a las andadas con más bríos, si cabe, que antes. Lo malo es que entonces quien no tardó en morir fue la Châteauroux, de una «fiebre maligna», como se llamaba entonces a cuantas enfermedades no se acertaba a curarlas.

Con ello quedó allanado el camino para Juana Poisson, más conocida por *la Pompadour*. Pasada la «luna de miel» adulterina, la Pompadour descubrió que el punto débil de su regio amante era el de no saber cómo pasar el tiempo. Luis XV era «indivertible». Todo acababa por cansarle.

Los biógrafos de la Pompadour están todos de acuerdo en que el secreto de la *marquise* (en la prolongada duración de su privanza) consistió en saber el arte de distraer y entretener a Luis XV.

Parece que, en efecto, resultaba difícil divertir al rey. Sin embargo, la Pompadour fue capaz de aficionarse a la política, al gobierno, al trabajo,

para entretener a su amante.

Y agradecido a estos trabajos incesantes, a sus favores, a sus gracias, el 12 de octubre de 1752 el rey la nombró Duquesa de Pompadour.

Entonces se inicia la etapa de su cenit mundano. Y Juana Poisson se siente tan segura en su trono que comienza a comportarse como un gobernante.

A partir de estas fechas la favorita tiene que trabajar para mucha gente. La nube de privilegiados se multiplica como por encanto; de todas partes salen primos, carnales o no, hermanos de leche, primos segundos y parentela inédita e inagotable.

—He de «hacer algo» por cada uno, para que no me tachen de orgullosa —se justifica la favorita.

Al estallar la Guerra de los Siete Años hacía ya varios que Luis XV y la Pompadour no estaban «unidos» por lo que cortesanos llamaban eufemísticamente «el amor». Parece ser que el antiguo entusiasmo del rey había cedido para transformarse en sincera amistad.

Esta segunda etapa del poder de la Pompadour podría ser definida como «la privanza por inercia». La marquesa ha sido de las pocas favoritas que, después de perder el atractivo físico sobre su señor, no «cae», ni siquiera puede decirse que decaiga en el sentido mundano y político del término. Al contrario: políticamente aumenta en influencia y prestigio. «De «deseada» se había convertido en «respetable».

Mientras tanto, la esposa legítima, la reina María Leczinska, sigue viviendo y continúa figurando, oficialmente, al lado de su marido.

Cuentan que paseando por los jardines de Bellevue, María ve la estatua de mármol de una diosa, completamente vestida, que adorna aquel lugar retirado y señorial, con la severa y casta actitud que le ha dado su autor, el escultor Pigalle.

—¿Qué representa esta estatua? —pregunta la reina al jardinero.

Y el buen hombre, que apenas acierta a responder, porque la inesperada visita de la soberana casi le deja mudo, balbucea:

—Majestad, este lugar se llamaba, hace muchos años, «el bosque del Amor», pero ahora le llaman «el bosque de la Amistad».

Y la reina, que sabe por experiencia cómo cambian los sentimientos de los hombres, no puede dejar de sonreír.



La estatua del jardín aparece cubierta desde los pies hasta el cuello por una *draperie* magistral, marmórea... Por su parte la mujer de carne y hueso, la Pompadour, está ya marchita, y sólo tiene treinta años. Ello es debido a su misma ambición, a su temperamento, a su vida de *surmenage*...

Sin embargo, marchita o no, continúa en su puesto, ahora se diría casi tan «oficial» como el de la reina. No quiere, ni puede abandonarlo. Como ocurrió con la Montespan en tiempo de Luis XIV, su caída arrastraría consigo demasiados intereses creados. Sería una catástrofe.

De la época de la «Enciclopedia» y del proceso contra los jesuitas datan el famoso Parc-aux-Cerfs (refinado escondrijo de vicio), al que acudía de incógnito el rey para entrevistarse con jovencitas a las que luego, si había «consecuencias» de sus actos impuros, se las casaba, en provincias, con una dote lo bastante importante para que no faltasen quienes tuviesen interés en solucionar los escabrosos asuntos.

Y se asegura que era la propia Pompadour la proveedora principal del Parc-aux-Cerfs y se encargaba de reclutar a jovencitas propicias para tan bajos menesteres. Es decir, que la duquesa desempeñaba, en sus últimos años, el papel de Celestina.

De todos modos, el Parc-aux-Cerfs parece no haber sido obra de la Pompadour, la cual, sin embargo, hacía le vista gorda al ver que el rey tomaba aquel camino porque, para ella y para su moral, era un mal menor.

—Peor sería que el monarca tomase otra amante «fija» mientras yo viva —comentó con su camarera.

El carácter de Luis XV se debilitaba entretanto, y no eran los vicios solamente los que contribuían a ello. Los avances revolucionarios se han apoderado de numerosos ambientes y de todas las clases sociales, y no vacilan en atentar contra el mismo rey. Es entonces cuando la Pompadour, presintiendo probablemente la tormenta, el terror que asolaría a Francia, exclama:

— ¡Después de nosotros, el diluvio!

Frase que (según otros historiadores) fue pronunciada por la favorita para hacer olvidar a Luis XV el resultado de la desgraciada batalla de Rossbach.

## « ¡QUÉ TALENTO TIENE ESTE HOMBRE! »

(*Catalina II*)

Catalina II *la Grande* era alemana, hija del príncipe alemán Cristián Augusto, y marchó a Rusia al casarse con el zar Pedro III. Luego hizo «suprimir» a su marido y se hizo coronar como zarina.

Durante el reinado de Catalina II llegó Rusia a su mayor grandeza. Y si bien es cierto que la reina no supo honrar el trono con virtudes privadas, también es verdad que poseía raras dotes para gobernar.

Aficionada a los estudios filosóficos, mantuvo activa correspondencia con los enciclopedistas franceses. Fue gran protectora de las letras, las artes y las ciencias, y acrecentó su territorio con la Crimea, arrancada a Turquía.

Cierto día, la gran cantante italiana Catalina Gabrielli debutó con éxito insuperable en el Teatro de la Opera de San Petesburgo. La emperatriz Catalina deseosa de oír cantar a tan gran artista, le mandó llamar y le preguntó:

— ¿Cuánto cobraréis por cantar en una fiesta que proyecto dar en el Palacio de Invierno?

Le Gabrielli hubiese cantado gratis, por el honor que suponía para ella el hacerlo en presencia de Catalina *la Grande* y su Corte. Pero al oír que se le pedía precio, contestó:

— Cinco mil rublos, Majestad.

Ante lo elevado de la cifra, la zarina exclamó, dolida:

— ¡No pago tanto a mis mariscales!

A lo que la Gabrielli replicó, orgullosa, al punto:

En ese caso, haga Vuestra Majestad que canten vuestros mariscales.

Y se cuenta que para no oír cantar a sus mariscales, Catalina *la Grande* prefirió pagar los cinco mil rublos a la gran Catalina Gabrielli.

En otra ocasión, acudió a presentar sus cartas credenciales a Catalina II el conde de Segur. Esperaba, dicho embajador, el momento de su audiencia con la zarina, cuando se encontró en la antesala de palacio con su colega austriaco, con el que entabló tan animada conversación que olvidó completamente el discurso que llevaba preparado.

Al encontrarse en presencia de la emperatriz se dio cuenta que no

podía recordar una palabra de su estudiada peroración. Mas con gran serenidad, improvisó un nuevo discurso, no sin gran sorpresa de la zarina, que esperaba oír el otro parlamento, para el cual ella tenía su respuesta preparada.

Más tarde, Catalina II preguntó al conde de Segur:

— ¿Por qué cambiasteis vuestro discurso?

A lo que el embajador contestó con suma diplomacia:

—La presencia de tanta gloria y majestad me aturdió hasta el punto de tener que expresar los sentimientos de mi soberano en los términos que primero acudieron a mi mente.

La emperatriz encontró muy acertada su conducta. Y desde entonces distinguió el gentil y apuesto embajador con su amistad más íntima.

Sabido es que Catalina *la Grande*, emperatriz de Rusia, conservó siempre viva su inclinación a enamorarse. Sin embargo, sus últimos y extravagantes amoríos con que escandalizó a Europa no fueron sino variaciones de un mismo tema: el de su perdurable adhesión al célebre Gregorio Alejandrovich Potemkin.

¿Cómo pudo este hombre, de simple guardia de caballería, llegar a mariscal, príncipe y primer ministro de Rusia?

Parece ser que la zarina se prendó de Potemkin, viéndole caracolear sobre su caballo. Escasa afinidad había, aparentemente, entre la soberana y el nuevo favorito. Catalina encarnaba la personificación de la puntualidad y el orden; sobria, al extremo de no probar jamás la bebida; tan laboriosa que se levantaba con el alba y trabajaba quince horas diarias. Potemkin, en cambio, se entregaba al ocio y a la bebida, a comer con glotonería, a llevar una existencia en que alternaban las más desenfundadas orgías con períodos de arrepentimiento, que nunca llegaban a la enmienda.

Y es que Potemkin adoraba a la emperatriz, la rodeaba de tiernas atenciones; era maestro consumado en el arte de obsequiarla con presentes cuya misma frivolidad los hacía magníficos.

De ahí que, al lado de su amante, sentía Catalina que su condición de soberana cedía el puesto a la de mujer que, sabiéndose adorada por un hombre, deja que él la halague y la mime.

Destacaba, en las relaciones entre Catalina y Potemkin, algo muy superior a la pasión carnal: un afecto único en la Historia. Un amor cuyo nexo común fue la insaciable ambición que en ambos ardía.

Catalina *la Grande* de Rusia tuvo incontables amores, sin que se le ocurriera dar, a quienes se los inspiraron, el mando de sus ejércitos, ni el gobierno de su imperio. ¿Por qué, pues, distinguió tanto a Potemkin, de entre sus demás favoritos?

En un principio, Catalina II vio en su amante al «personaje más cómico y divertido del siglo», atributos que le hacían gratisimo para quien, como la zarina, por haber presenciado muchos horrores, ansiaba un poco de risa y alegría.

No tardó, sin embargo, en reconocerle verdaderas cualidades. Y entonces exclamó, admirada:

— ¡Ah, qué talento tiene este hombre!

Y sin más le nombró subsecretario de Guerra, y luego, de la noche a la mañana, ministro. No obstante, de pronto, sin que hubiese habido, al parecer, enfriamiento alguno en sus relaciones con la emperatriz, el favorito partió para el sur de Rusia: renunciaba, pues, a la intimidad física con la amante, para dominarla en lo anímico. Llegando, en esta seguridad, al extremo de designar sucesores suyos «corporales» cerca de la zarina.

Lo asombroso es que durante unos quince años medió la aprobación (cuando no la voluntad expresamente manifestada por Potemkin) en la elección de los amantes de Catalina de Rusia, y que siempre le hallaba dispuesto a poner a sus pies cuanto se le antojase: una plaza fuerte o unas flores; nuevas provincias o nuevos amoríos.

Potemkin llevó vida ociosa, mientras no pasó de ser el amante de la emperatriz. Si bien desde el instante en que se apartó de sus brazos pensó tan sólo en dar cima al «formidable plan, digno de un César»: de someter al dominio de Rusia el mar Negro y toda la Europa Sudoriental.

En 1783 Catalina II, «por amor al orden», declaró a Crimea incorporada al Imperio ruso. Potemkin fue nombrado gobernador de la nueva provincia, a la que pensó en transformar, de tierra baldía, en país civilizado y productivo.

Entusiasmado por la empresa, emprendió un centenar de audaces proyectos: fundar un puerto militar en Sebastopol; construir numerosa flota, lo mismo de guerra que mercante; plantar árboles frutales, y viñedos; abrir nuevos caminos; edificar fábricas...

También entraba en sus planes el de levantar, a orillas del río Dniéper, una ciudad soberbia que bautizarían con el nombre *Ekaterinoslav*, es decir,

«Gloria de Catalina».

Y deseoso de informar personalmente a la emperatriz de todas estas maravillas, tomó, por último, el camino de la Corte. Catalina II le prestó entero crédito. Creyó también en los milagros que le contaba: campos cubiertos de ondulantes mieses, aldeas florecientes, labriegos satisfechos...

Todo ello despertó en la emperatriz el deseo de ver con sus propios ojos tanta maravilla. Y no dudó la soberana, por un instante, que Potemkin no había transformado los yermos en vergeles, ni reemplazado la escasez con la abundancia. Mas sí consiguió el favorito arreglárselas para crear en el ánimo de la zarina la grata ilusión de que todo lo explicado estaba ya logrado.

Aunque poblaciones y fábricas «sólo» existían en los informes de Potemkin; a pesar de que estepas y aldeas continuaban siendo eriales y casas destartadas, supo, con arte que le habría envidiado el mejor escenógrafo, ofrecer a la vista de su soberana un cuadro que, por la maestría con que lo fingido ocultaba lo verdadero, era digno de aumentar la lista de las Siete Maravillas del mundo.

Sí, Potemkin engañó a Catalina de Rusia. Y por complacer a la emperatriz y halagar a la amante, transformó una región entera, como por arte de magia, dándole la «apariencia» real de su vitalidad, riqueza y progreso.

Catalina II dio comienzo a su viaje en febrero (Potemkin salió con alguna anticipación, a «preparar el recibimiento»). Formaban el séquito de la emperatriz cuarenta mil personas. El trineo imperial, arrastrado por ocho caballos, era semejante a una casita; en cada uno de los lados se abrían tres ventanas.

A lo largo de todo el recorrido Catalina contempló aldeas felices y prósperas, modernas fábricas, casas nuevas y confortables, y vecinos aseados y contentos. Sin embargo, la verdad era que todo «aquello» sólo era una decoración escénica y mucha camparsería teatral. Los pueblos y aldeas (construidos de madera, lienzo y cartón pintado) se desmontaban inmediatamente después del paso de la zarina y su comitiva. Súbditos leales y obedientes aparecían disfrazados de felices campesinos, y, apenas saludaban a la emperatriz, desaparecían corriendo. Y el aparatoso tinglado (junto con los comparsas) se desplazaba rápidamente y marchaba por atajos, para «colocarse» de nuevo, al día siguiente, en el camino imperial y «fingir» ser otro pueblo.

Juzgando por las apariencias, la emperatriz no dudó haber logrado que la abundancia y el contento reinaran entre sus súbditos. Y todo era obra imaginativa del «mago» Potemkin. Ningún detalle se le había olvidado.

En la alcoba imperial, formaba parte de la pared inmediata a uno de los lados del lecho de la zarina un gran espejo que, al apretar un resorte, se convertía en puerta corredera y dejaba ver un segundo lecho: el de Mamonov, el favorito de turno. Este ingenioso arreglo —delicada atención de Potemkin— lo halló Catalina en todos los sitios donde pernoctaba durante aquel viaje.

Largo sería detallar el viaje por el «país de las hadas» creado por Potemkin. Y lejos estaba de sospechar la emperatriz que todo cuanto veía fuese habilísima tramoya destinada a durar sólo lo que su «paso» por villas y pueblos exigía.

En su conjunto y en sus pormenores, la trama, el desarrollo, la representación y la escenografía del largo espectáculo ofrecido durante la larga ruta, no adolecieron de una falta. La ilusión creada en la mente de Catalina la Grande fue completa. La felicidad que tal ilusión le producía no conoció límites.

¡Y toda la obra realizada se la debía a Potemkin!

La farsa, el gigantesco engaño, costó siete millones de rublos, consumió muchas energías y no dejó ningún resultado apreciable, como no fuera el de aumentar el valimiento de Potemkin sobre la emperatriz Catalina.

En realidad, las «maravillosas» jornadas de Crimea y los artificios que presentaron, a ojos de quienes las presenciaron, una región floreciente y dichosa, no pasaron de ser fantasmagoría, tan original como costosa.

Resultó una inmensa y prodigiosa farsa ideada por un astuto y despilfarrador amante, para obsequiar a su dama.

Desde entonces, análogas ficciones de poderío, de grandeza y prosperidad siguen alzándose por doquier...

## ***EDAD CONTEMPORANEA***

## I.

### De la Revolución francesa a Waterloo.

«ESTO ES UN MOTÍN»

*(Luis XVI)*

En julio de 1789 Versalles se ha convertido en el epicentro de una de las convulsiones más trascendentales de la historia de la humanidad.

Al derribar a Necker, el único ministro popular, Luis XVI ha hundido el último dique de contención entre el antiguo régimen y el torrente revolucionario. En aquel instante la Revolución se apresta a saltar sobre el poder que ya nadie puede, ni sabe, disputarle.

En la mañana del domingo 12 de julio, todavía no ha empezado a correr la sangre. Y aún se conservan firmes los muros de la más secular e inexpugnable de las fortalezas francesas: la Bastilla.

A media tarde se congrega en los jardines del Palais-Royal una multitud nerviosa, medio enloquecida por la incertidumbre y el calor.

De pronto, el joven Camilo Desmoulins se abre paso a codazos entre la muchedumbre, brinca sobre una mesa empuñando dos pistolas y grita con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Pueblo, la corte prepara una Noche de San Bartolomé de patriotas! ¡Pueblo, a las armas!

Mientras las masas se estremecen enfebrecidas y le aclaman hasta enronquecer, Camilo, exaltado, rojo de entusiasmo, arranca unas hojas de castaño con las que trenza una escarapela que prende en su sombrero, y vuelve a chillar a voz en grito:

— ¡Pueblo, ahí tienes tu divisa!

En pocos instantes desnudan los árboles del Palais-Royal y luego el gentío se dirige corriendo en busca de armas. Un destacamento del Real alemán carga contra las masas inesperadamente y mata, sin proponérselo, a



un anciano.

¡Es la primera víctima de la revolución! La sangre del pobre viejo indefenso servirá para abrir la gran hemorragia de la Revolución francesa.

A las cinco de la madrugada del 14 de julio se reúne la Asamblea. A esa misma hora las masas, armadas de picas, asaltan el cuartel de los Inválidos, para apoderarse de las armas del depósito. Seguidamente cargan contra la Bastilla, hasta que su jefe, el insobornable y férreo Delaunay, juzgándose deshonorado, accede a capitular.

Mientras una multitud desarrapada, sucia, cubierta de polvo y de sangre, invade el Ayuntamiento, un corcel exhausto, con el belfo cubierto de espuma, llega a galope tendido el Palacio Real de Versalles, despertando, con el repiqueteo violento de sus cascos, todos los ecos dormidos de la noche estival.

Su jinete es el duque de Liancourt, amigo personal del rey Luis XVI, que se apea de un salto junto a la verja del patio. Impaciente, solicita audiencia para ver inmediatamente al monarca. Al entrar en las habitaciones del soberano postra una rodilla en tierra, y, excitado, relata atropelladamente los sucesos que se están desarrollando en París.

—Pero, amigo mío —exclama el rey, consternado—. Esto es un motín.

—No, Majestad —responde secamente el duque de Liancourt—. ¡Es la Revolución!

Después de muchas vicisitudes y calamidades, Luis XVI fue depuesto y encarcelado en el Temple, junto con su familia. Y el 10 de diciembre de 1792 fue presentada a la Convención el acta, que se aprobó, acordándose la comparecencia del ex rey para el día siguiente.

Iba a empezar en París uno de los procesos más apasionantes de la Historia. En la sala de sesiones de la Convención, Barrère, que actuaba en funciones de presidente, tomó le palabra, y manifestó:

—Ciudadanos, Europa os contempla. La posteridad os juzgará con severidad inflexible. Conservaros, pues, dignos e impasibles como cumple a los jueces. Recordad el terrible silencio que acompañó a Luis Capeto a su regreso de Varennes.

—Capeto —le interrumpió el rey— es el nombre de mis antepasados y no el mío.

Después de un largo proceso en el que Luis XVI negó casi todos los

cargos que se le hicieron, acabó siendo condenado a muerte, por exigua mayoría de votos. Algunos de estos votos fueron emitidos con frases brutales. Uno de los convencionales declaró:

—Detesto la efusión de sangre; pero la sangre de un rey no es sangre humana.

Otro exclamó:

—No hay pueblo libre sin tirano muerto.

Pero entre los más indulgentes, se señalaron los que manifestaron:

«Voto el destierro; porque quiero ver al primer rey del Universo condenado a ejercer un oficio para ganarse la vida.» «Voto la reclusión; porque hacer un Carlos I es hacer con el tiempo un Cromwell.» «Voto el destierro; ¡que ese espectro vivo vaya errante alrededor de los tronos!» «La reclusión; conservemos vivo a Capeto como espantajo.» « ¡Que viva! ¡No quiere hacer un muerto, pare que Roma haga de él un santo!»

El 20 de enero de 1793, a las dos de la tarde, comunicaron a Luis XVI, en el Temple, la sentencia de muerte, que debía cumplirse en el plazo de veinticuatro horas. El monarca escuchó impávido la lectura del terrible documento y luego, con voz tranquila y pausada, sin delatar el menor signo de miedo o de angustia, redactó, poco a poco, con escalofriante serenidad, una carta, dirigida al presidente de la Convención, en la que solicitaba despedirse de su familia y los auxilios espirituales de un confesor.

Sorprende deducir que cuando todo ha concluido definitivamente, este monarca, antaño hombre débil, evidencia durante sus últimas horas un extraordinario valor y un perfecto dominio de sí mismo, que admiran hasta a sus propios enemigos.

Poco después, el rey almorzó con buen apetito, según su costumbre. Y únicamente protestó irritado cuando el fiel Cléry le anunció que habían suprimido los cuchillos de mesa, por temor a un suicidio.

— ¿Me creen tan cobarde que pueda atentar contra mi vida? — exclamó el monarca—. Soy inocente, y moriré sin temor.

A las siete de la tarde, después de confesarse con el sacerdote M. Edgeworth de Firmont, el rey acudió, escoltado por la guardia republicana, a las habitaciones de María Antonieta, para despedirse de ella y de sus hijos.

La entrevista fue desgarradora. Mientras De Firmont y Cléry lloraban desconsolados en el umbral de la estancia, María Antonieta, las princesas y el Delfín sollozaban entre los brazos de Luis XVI que, gracias a un esfuerzo

increíble, a un dominio absoluto, conservaba la serenidad y trataba de consolar a su esposa, a la que prometió:

—Mañana volveré a visitaros antes de salir del Temple.

El rey durmió profundamente durante toda la noche. A las ocho de la mañana del día siguiente la guardia republicana entró en la habitación. Había llegado el instante postrero. El rey de Francia, Luis XVI, iba a dejar la vida en el cadalso.

Sin poder contener la emoción que le embargaba, el monarca encargó a su fiel Cléry que diera en su nombre el último adiós a su esposa y a sus hijos. Al mismo tiempo le entregó un mechón de cabello y algunas joyas. Por último, estrechó sus manos dándole las gracias por todos los servicios prestados, a la vez que le confiaba la custodia de su familia.

A continuación se dirigió a uno de los agentes municipales y antiguo sacerdote, Jacobo Raux, y le pidió:

—Hacedme el favor de transmitir mi testamento a la Corporación.

A lo que Raux respondió desabridamente:

—Yo sólo estoy encargado de llevaros al suplicio y no acepto órdenes de ningún tirano.

Sonriendo levemente, Luis XVI se encogió de hombros y cedió el documento a otro comisario del Ayuntamiento. Luego, con paso decidido, se encaminó hacia el coche que aguardaba.

Camino de la muerte, leyó las oraciones de los agonizantes, con sereno fervor. La multitud, en medio de un cerrado e impresionante silencio, contemplaba el paso del carruaje por el bulevar Saint-Honoré, el *Via Crucis* que siguieron todos los condenados a la guillotina.

A las diez y diez minutos, en punto, Luis XVI subió despacio, por su propio pie, las gradas del cadalso. Cuando el verdugo Sansón pretendió atarle las manos a la espalda hizo un ademán de rebeldía.

El sacerdote De Firmont, susurró a su oído:

—Tolerad este ultraje en nombre de Jesucristo, que premiará vuestros sufrimientos.

El rey entregó entonces, resignado, sus muñecas al verdugo. Sonaron insultos contra el sentenciado y gritos aislados de « ¡Viva la República! »; mas de pronto todo el mundo enmudeció. Luis XVI avanzó un par de pasos y gritó, con todas sus fuerzas:

— ¡Franceses! ¡Muero inocente de los crímenes que se me imputan; pero perdono a mis asesinos y pido que mi sangre no recaiga sobre Francia!

Un redoble de tambor ahogó sus últimas palabras. El verdugo Sansón y sus ayudantes sujetaron al rey por los hombros, sin que él opusiera la menor resistencia, y le arrojaron sobre el tablero de la guillotina.

El sacerdote aún tuvo tiempo de gritar, en el último instante:

— ¡Hijo de San Luis, subid al cielo!

Después se oyó un golpe sordo, seco, un crujido que estremeció a la multitud como un trallazo. Y en el acto la cabeza de Luis XVI cayó en el cesto de la guillotina, chorreando sangre.

Se cuenta que en el preciso momento en que el verdugo empujaba al monarca sobre el tablero de la guillotina, un hombre agitó un sable e, irguiéndose entre setenta mil soldados armados hasta los dientes, gritó con todas sus fuerzas:

— ¡A mí, los amigos! ¡A mí, los que quieren salvar al rey!

Nadie le siguió. Y poquísimos oyeron sus gritos temerarios porque el redoble de los tambores ahogó su voz. Algunos guardias republicanos intentaron prenderle, si bien, en la confusión de aquellos instantes, consiguió huir, mientras el cuerpo decapitado del soberano se agitaba sobre el patíbulo en el postrer espasmo.

¿Quién era aquel hombre arrojado? Era el barón de Batz, aristócrata multimillonario y devoto de la familia real francesa, quien muerto Luis XVI, fraguó un plan casi perfecto para arrancar a María Antonieta del Temple. Desgraciadamente, su proyecto de fuga fracasó por una malhadada casualidad que desbarató, en el último instante, todos los planes cuidadosamente preparados durante varios meses.

Con la muerte de Luis XVI, Francia acababa de recorrer una órbita completa de su destino histórico.

**«YO SOY QUIEN HA MATADO A MARAT»**

*(Carlota Corday)*

La caída de los girondinos coincidió con una inmediata agravación de los acontecimientos internos y externos de Francia. En todo el país reinaba

un espantoso caos, que nadie acertaba a zanjar.

En medio de aquel horrible desconcierto, una muchacha de Caen, de veinticinco años escasos, llamada Carlota Corday, se propuso salvar a su patria. Esta joven había soñado el sueño utópico de un mundo mejor, que surgiría de las ruinas de la Bastilla; mas sufrió una cruel decepción, ante tantas iniquidades, crímenes, venganzas. Entonces, exaltada por los discursos de los girondinos proscritos, se creyó llamada por un turbio destino implacable para salvar a Francia asesinando a uno de los adalides jacobinos.

Pero, ¿a cuál? La elección de la víctima, para cometer su atentado político, se hacía difícil para Carlota. Al principio vaciló entre Danton y Robespierre; finalmente se decidió por el anarquista Marat, que había extendido el terror por las provincias.

Al considerar fríamente el homicidio de Carlota, nos parece inútil y absurdo. Al asesinar al sanguinario Marat sólo consiguió condenarse a sí misma a la guillotina y dejar las cosas prácticamente igual o peor que antes. En cambio, si la muchacha hubiese descargado su puñal sobre el pecho angosto y menudo de Robespierre, hubiera cambiado posiblemente el sino de Francia, precipitando y mudando de signo el golpe de Estado del Thermidor.

La víspera del día escogido para cometer su atentado, la audaz y vengativa Carlota escribió una carta ponderada y serena a su padre en la cual le decía, entre otras cosas:

«...Me marcho a Inglaterra porque no puedo resistir por más tiempo la insoportable situación política francesa...»

Al verse en París, pidió a un cochero las señas de Marat y se hizo conducir al domicilio de su víctima. Le abrió la puerta una moza rolliza, que era manceba y ama de llaves del terrorista. Sonriente, casi humilde, dueña de sus nervios en todo momento, Carlota le manifestó:

—Deseo entrevistarme con el ciudadano Marat para relatarle acontecimientos importantísimos ocurridos en Calvados.

La mujer, presintiendo quizá las dramáticas consecuencias de la visita de la desconocida, pretendió, recelosa, despedirla con buenas palabras. Si bien Marat, que se hallaba en el baño, oyó la conversación a través de la puerta entreabierta y ordenó:

—Hacedla pasar hasta mí, al instante.

Al verse sola frente a Marat, Carlota no vaciló ni un segundo.

Tras exponerle la situación de Caen, le habló de los diputados girondinos.

—Dadme sus nombres —le pidió Marat—; todos irán a la guillotina.

Y en el instante en que el anarquista medio se incorporaba en la tinaja de cinc donde se bañaba, para coger un lápiz y una hoja de papel de una mesita cercana, Carlota sacó rápidamente un puñal de entre sus ropas y se lo clavó, de un golpe seco y certero, en el corazón.

Al oír el grito mortal lanzado por Marat, se abrió la puerta y entró corriendo el ama de llaves, seguida de un joven secretario que, en una habitación contigua, catalogaba periódicos jacobinos.

La cabeza de Marat pendía sobre el borde de la bañera y la sangre resbalaba por su pecho, donde se alzaba todavía, clavado hasta la empuñadura, el mango de la daga vindicativa.

— ¡Asesina! —gritó el secretario.

Y loco de furor, derribó a Carlota de un silletazo en la cara. Al verla caída en tierra, el ama de llaves le pisoteó el pecho y el vientre, chillando históricamente. No tardaron en acudir los vecinos y una pareja de guardias republicanos, quienes a duras penas consiguieron salvar a Carlota Corday de morir destrozada junto a Marat.

Ya frente al tribunal, la joven homicida siguió conservando una calma imperturbable y una entereza a toda prueba. Iniciado el juicio, interrumpió al primer testigo y afirmó tranquilamente:

—Yo soy quien ha matado a Marat.

— ¿Quién as ha inducido a cometer este asesinato? —preguntó el presidente.

—Sus crímenes.

— ¿Qué entendéis por sus crímenes?

—Las desgracias que ha causado.

— ¿Quiénes son los que os han aconsejado semejante acto? —insistió el presidente.

—Yo sola —respondió Carlota—. Lo había resuelto desde hacía largo tiempo y jamás hubiera tomado consejo ajeno para cometerlo.

—Pero, ¿creéis haber dado muerte a todos los Marat?

Esta pregunta hizo que se ensombreciera el bello semblante de Carlota. Frunciendo el ceño, pensativa, respondió en voz baja:

—No, ciudadano presidente, no lo creo.

Condenada a muerte, escribió a su padre una carta meditada y consciente. Le pedía perdón por la pena que iba a causarle y concluía con las siguientes palabras, casi proféticas:

« ¡Qué triste pueblo para formar una República! Se necesita por lo menos restablecer la paz; ya vendrá el gobierno cuando pueda...»

El ánimo de Carlota no flaqueó a la vista de la guillotina. Arrostró los insultos del populacho con impávida dignidad y subió las gradas del patíbulo con idéntica decisión que había entrado dos días antes en casa de Marat para matarle.

Muy pálida, envuelta en un chal, las manos atadas a la espalda y los labios distendidos en una vaga sonrisa, inclinó la resignada cabeza para que el verdugo Sansón le cortase los largos cabellos. Luego se hincó de rodillas bajo la terrible cuchilla de la guillotina, sin esperar a que los verdugos la empujasen...

Daba la impresión de estar desengañada, tal vez de las consecuencias del homicidio; sin embargo, estaba convencida de que asesinando a Marat había ejecutado un acto de justicia en nombre del pueblo francés.

**«ARANDA, ERES MAS TERCO QUE UNA MULA»**

*(Carlos III)*

No habiendo dejado sucesión Fernando VI, vino a ocupar el trono de España su hermano Carlos III, que reinaba en las Dos Sicilias.

Las primeras disposiciones del nuevo monarca fueron: reunir, para su jura, las olvidadas Cortes del Reino, en las cuales se proclamó Patrona de España a la Inmaculada Concepción; y adoptar varias disposiciones encaminadas al fomento de la agricultura y del ornato público. A Carlos III se deben los mejores edificios públicos que hoy tenemos en Madrid y provincias. Por ese motivo su consejero Tanuci dijo que el soberano padecía «mal de piedra».

A este monarca se deben también el alumbrado y limpieza de las

calles, que antes estaban a oscuras y llenas de inmundicias. Y sin embargo, todas sus mejoras fueron repugnadas o abiertamente resistidas; por lo cual solía comentar el rey:

—Mis súbditos son como los niños, que lloran cuando les asean.

Asimismo firmó con Francia un Tratado, que recibió el nombre de «Pacto de familia», por el cual se ligaba la suerte de nuestro pueblo, tan necesitado de paz, a la del país vecino, que a la sazón estaba en guerra contra Inglaterra.

Las consecuencias del mencionado tratado no se hicieron esperar; pues las flotas inglesas, atacando nuestras posesiones de Ultramar, se apoderaron de La Habana y de Manila, distinguiéndose el marino don Luis de Velasco y el oidor don Simón de Anda, en la respectiva defensa de dichas capitales. Luego fueron recuperadas a cambio de la Florida, cuya pérdida nos compensó Francia cediéndonos la Luisiana.

Carlos III realizó muchas reformas y mejoras en el país que constituyen, sin duda, un título de gloria para su reinado. Si bien su ministro siciliano Esquilache intentó prohibir en España el uso de la capa larga y del sombrero chambergo, medidas que produjeron un motín que arrancó al monarca la destitución y destierro del impopular consejero italiano.

Esquilache fue quien estableció en España el juego de la Lotería, importado de Italia. El primer sorteo se verificó el 10 de diciembre de 1763. Dicha lotería fue la que luego se llamó Antigua o Primitiva, para distinguirla de la que aún subsiste con el nombre de Lotería Nacional y que crearon las Cortes de Cádiz.

La Lotería Primitiva, que constaba sólo de 90 números, de los cuales se extraían cinco premiados, quedó suprimida en 1862.

Resulta curioso recordar que después del «motín de Esquilache» y con mayor habilidad se llevó a cabo el reemplazo del chambergo por el sombrero de «medio queso».

También se proyectó, bajo los auspicios del célebre ministro Floridablanca, la creación de un traje nacional para las damas, a fin de rechazar las costosísimas modas francesas, y en cuyo adorno no habían de entrar manufacturas extranjeras, para proteger nuestra abatida industria. Sin embargo, tal reforma, que entrañaba una renovación de las leyes suntuarias con objeto de reprimir el lujo, fracasó por completo.

Luego, por causas que no se hicieron públicas, y que algunos quieren



relacionar con el «motín de Esquilache», Carlos III, influido por su nuevo ministro y consejero, el Conde de Arana (aragonés y volteriano), tomó la resolución de expulsar del reino a todos los jesuitas.

Don Pedro de Abarca y Bolea, conde de Arana, fue llamado por muchos el *Talleyrand* de su época, por su sagacidad política. Se cuenta, para pintar su rudo carácter y su tozudez, que, discutiendo con el rey Carlos III, le dijo éste:

—Aranda, eres más terco que una mula manchega.

A lo que inmediatamente replicó el gran hombre de Estado:

—Perdonad, Majestad, pero yo conozco otro más terco que yo.

—¿Quién? —preguntó el monarca.

—La Augusta y Sacra Majestad del rey de España y sus Indias — contestó el ministro aragonés.

Por aquellas fechas los Estados Unidos de Norteamérica acababan de nacer. Los historiadores recogen una información que el embajador conde de la Avenida envió a Carlos III. Obsérvese lo que su comentario tuvo de visión profética del porvenir:

«Esta república federal que nace, no es más que un pigmeo. Pero día vendrá en que será un coloso formidable para el Continente. La libertad de conciencias, las facilidades que se dan para adquirir tierras, las ventajas del nuevo gobierno, atraerán aquí a los artesanos y granjeros de todo el mundo. Dentro de algunos años podremos comprobar, a pesar nuestro, la existencia del coloso norteamericano...»

El embajador del rey de España no se equivocó.

A Carlos III debía sucederle su primogénito Felipe, si bien fue excluido del trono por ser idiota desde nacimiento; por lo cual subió a él Carlos IV (su segundo hijo), de carácter apacible.

Por esta época la Revolución francesa se había desencadenado completamente, y Luis XVI era prisionero de la Asamblea. Varios príncipes se pusieron de acuerdo para salvar al monarca francés. Y perteneciente éste e la familia del rey de España, unió Carlos IV sus esfuerzos a los de dichos soberanos, para oponerse a los propósitos revolucionarios.

El día 16 de enero de 1793, a las siete de la tarde, en la Convención nacional comenzó la votación que debía condenar a muerte a Luis XVI. El ambiente estaba enrarecido por las más exaltadas pasiones políticas.

De pronto, el ministro de Estado francés pidió la palabra para leer una nota de Oscariz, embajador de España, que ofrecía la neutralidad española y su mediación con todas las potencias enemigas de la República, si se perdonaba al monarca francés.

Al oír esta proposición rugieron los jacobinos, en sus bancos. Y mientras imponía Robespierre su voz sobre el indescriptible griterío, Dantón alzó su hercúlea figura y gritando pidió que se declarara inmediatamente la guerra a España.

Entretanto las riendas del poder, en nuestro país, habían pasado de las manos de Floridablanca y Aranda a las de Manuel Godoy, Príncipe de la Paz. Personaje funestamente célebre en la historia de España, entró en palacio como guardia de Corps, se atrajo pronto el favor de la reina María Luisa y llegó, en muy poco tiempo, a las más altas dignidades.

Comenzó Godoy a desempeñar su cargo de ministro cuando Luis XVI era guillotinado. Poco después estallaba la guerra entre los republicanos de Francia y el pueblo español.

Parece que Godoy fue bígamo, pues cuando contrajo matrimonio con la infanta Doña Josefa de Borbón estaba ya casado con la hermosa gaditana Pepita Tudó. Es por esta causa que escribe el conde de Toreno:

«La escandalosa privanza de Godoy, se fundó, pues, en la profanación del tálamo real».

A él aludió sin duda el autor de la sátira en que se halla este famoso terceto:

Dejad de los estudios la molestia;  
para agradar a una bonita dama,  
basta con ser una bonita bestia.

**«SOY UNA CIUDADANA FRANCESA»**

*(María Antonieta)*

El carcelero Toulan, sin renunciar a su fe revolucionaria, acabó por manifestar sus simpatías por la soberana desgraciada. —La muerte de María Antonieta, en el Temple o en el cadalso —dijo un día—, servirá únicamente para deshonar a la República a los ojos del mundo.

La hermosa ex reina es ahora una prisionera prematuramente envejecida, de cabello entrecano, ademanes nerviosos y negros hábitos de viuda. Soporta su desdicha sin altivez, ni cobardía. Se muestra humana, incluso amable y considerada con sus carceleros.

¡Qué falsa era la leyenda que hizo de esta mujer, bondadosa, un ser despótico e intrigante que aborrecía el pueblo!

De nada sirvieron las tres tentativas de fuga para salvar a la reina, porque todas fracasaron. Y un día, la *Commune*, temerosa de que la prisionera pueda evadirse, lleva a cabo un nuevo y vandálico ultraje contra la ex soberana, que ya sólo vive para presenciar su propia agonía. Cierta noche comparecen dos comisarios en sus habitaciones y le leen una orden, garabateada por Hébert.

En el escrito se dice que el Comité de Salud Pública decreta que el Delfín Luis Capeto sea separado de su madre y entregado al inculto y soez zapatero Simón, «el más digno de confianza de los *sans-culottes*, que no se deja corromper por dinero, ni por sentimientos de sensiblería».

A partir del citado día —12 de julio de 1793— el heredero del trono de Francia entra en el misterio y la leyenda. Se asegura, no obstante, que el niño murió en el Temple dos años más tarde, el 8 de junio de 1795, y su cadáver, cubierto con cal viva, fue arrojado a la fosa común del cementerio de Santa Margarita.

Separada de su hijo, María Antonieta es trasladada del Temple a la Conserjería, la temible prisión, antesala de la muerte, de la cual nadie regresa. Aun allí sus escasos y arrojados amigos llevan cabo un poster intento para salvarla, que también fracasa.

María Antonieta sabe que no tardará en subir el cadalso y se resigna. No teme a la muerte. Se lo han arrebatado todo: el reino, el esposo, los hijos, los amigos... La muerte sería una liberación, que, a veces, anhela ardientemente.

Sin embargo, le falta todavía soportar una nueva prueba, casi tan dolorosa como las anteriores: la farsa jurídica de su proceso. Y ésta no tarda en llegar, mientras que el Terror se adueña de Francia.

El 12 de octubre de 1793 comparece María Antonieta ante la gran sala de deliberaciones, para someterla a un interrogatorio previo a su proceso. La ex reina lleva setenta días encerrada en la Conserjería; setenta días que la han convertido en una «anciana de treinta y ocho años». Su cabello ha

encanecido y su tez se ha vuelto pálida. Además está enferma y padece continuas hemorragias.

Sin embargo, los dos meses de reclusión y las tremendas tragedias sufridas han hecho de ella una mujer psíquicamente fuerte y tranquila que ha perdido toda esperanza y ha superado el límite de todo sufrimiento.

Vestida de negro, sin abogados defensores, María Antonieta se enfrenta con un tribunal decidido previamente a condenarla. Lo preside Herman, íntimo amigo de Robespierre. A su lado se sienta Fouquier-Tinville, como juez instructor.

— ¿Cuál es vuestro nombre? —le preguntan.

A lo que responde la soberana altivamente:

—María Antonieta de Austria-Lorena, de treinta y ocho años de edad, viuda del rey de Francia.

Sigue luego un largo rosario de huecas acusaciones, sin fundamento de causa, basadas en lugares comunes, que la reina rechaza enérgicamente. Se atribuye a María Antonieta la responsabilidad del «engaño que ha sufrido el buen pueblo francés por parte de Luis Capeto».

—En efecto —admite la soberana—, el pueblo ha sido engañado, pero no por mi marido ni por mí.

Herman, irritado, vuelve a la carga con una serie de preguntas concretas que entrañan otras tantas añagazas de doble sentido.

— ¿Qué interés sentís por las armas francesas?

—Deseo, por encima de todo, le felicidad de Francia.

— ¿Creéis que los reyes son necesarios para la dicha del pueblo?

—Soy una ciudadana francesa. Como tal ciudadana no puedo decidirlo.

Dos días después, a las ocho de la mañana, comienza el proceso. María Antonieta comparece vestida de luto, con su famoso traje de viuda, que dos días más tarde le será negado para ir al cadalso. Va tocada con una cofia blanca y peinada con esmero. Muy pálida y enferma; mas nunca ha parecido la antigua reina tan dueña de sus nervios y segura de sí misma.

Inmediatamente comienza el desfile de cuarenta y un testigos que juran declarar «sin odio y sin temor a la verdad, toda la verdad y nada más que le verdad». Si bien le mayor parte de estas declaraciones son de una sorprendente ridiculez, que comienzan a exasperar a la sala.

En el interrogatorio vuelve a citarse otra vez el apasionante caso del collar.

— ¿Persistís en negar que hayáis conocido a De la Motte? —pregunta el acusador público, Fouquier-Tinville.

—No persisto en negar —responde María Antonieta—. Digo la verdad y seguiré diciéndola.

Se habla también de los gastos habidos en construir y amueblar el *Petit-Trianon*. Mas las inculpaciones generales no consiguen cuartear la sólida y firme defensa de la reina.

Súbitamente el proceso adquiere un giro inesperado. El tribunal había guardado, para el último momento, la más monstruosa, la más horrenda de las acusaciones: el incesto de la reina con su propio hijo: el Delfín.

Para presentar tan inaudita inculpación se ha escogido a Hébert, el director del «Père Duchesne», individuo inculto, soez y escandaloso, que piensa prestigiarse a los ojos de Robespierre, hundiendo definitivamente a María Antonieta.

Decidido y agitado, comparece Hébert en la barra de los testigos y repite, en voz alta, la absurda calumnia. El ministro fiscal que confiaba, con ella, encender la indignación del pueblo contra la reina, observa asombrado que el resultado inmediato es claramente contraproducente. La muchedumbre, antes deseosa de escándalo, permanece ahora sorprendida y anonadada ante la vil acusación.

Uno de los jurados obliga a Herman, contra sus propios sentimientos, a interrogar a la reina acerca de la repugnante cuestión. Y en medio de un ambiente saturado de indescriptible emoción, Herman interroga, vacilante y nervioso, a María Antonieta:

— ¿Por qué no habéis respondido nada respecto a lo que ha hablado Hébert?

Vivamente conmovida la procesada, se levanta de pronto y responde en tono seco y tajante:

—Ciudadano presidente, si no he respondido antes es porque la naturaleza se niega a contestar semejante acusación hecha a una madre. ¡Apelo a todas las madres que puedan encontrarse aquí!

Ante esta dramática llamada, gritos terribles agitan la sala como una lluvia de trallazos. Todas las mujeres se han puesto en pie identificadas, instantáneamente, con María Antonieta. Todas las mujeres, heridas en su

condición femenina, abuchean e insultan a Hébert que, tembloroso y demudado, abandona la audiencia rápidamente.

Mas a pesar de tan formidable escándalo, al día siguiente la reina es condenada a muerte, por unanimidad.

Tan sólo ocho horas le quedan de vida a María Antonieta. Al menos la inútil tortura del proceso ha terminado. Sola en su celda, en la última noche de su existencia, la reina escribe una carta de despedida a su hermana Elisabeth, que a su vez morirá en la guillotina, sin llegar a leerla.

«...Perdono a todos mis enemigos el mal que me han hecho...»

Al día siguiente, 16 de octubre de 1793, desde la madrugada una muchedumbre impaciente y soñolienta se dirige hacia la Plaza de la Revolución (hoy Plaza de la Concordia), donde al mediodía será ejecutada María Antonieta.

Pronto se iniciará el último acto de la tragedia de la reina de Francia. Un último acto cuyo telón será la silbante y acerada hoja de la guillotina. Entretanto, María Antonieta permanece tendida en su camastro, con los ojos abiertos, esforzándose posiblemente en no pensar en nada. Parece como si estuviera muerta, agotada por la última noche de calvario.

En el momento más cruel de su existencia sólo la aldeana Rosalía, la criada del carcelero, permanece a su lado consolándola.

—Señora —murmura la joven, en voz casi imperceptible—, ¿qué deseáis tomar esta mañana? Desde ayer no habéis tomado ningún alimento.

Tras un silencio terrible, más trágico que cualquier chillido, responde la reina:

—Gracias, hija mía, no necesito nada. Todo ha terminado. Para que no excite a la muchedumbre, han recomendado a la antigua reina que no suba el cadalso con el negro vestido de viuda. Como ya no le importa una nueva vejación, María Antonieta ha aceptado y decide ir a la muerte con un traje blanco.

Ayudada por Rosalía, se viste con cuidadoso esmero. Una cofia de dos volantes oculta su cabellera encanecida. Escoge su mejor par de zapatos y se envuelve el cuello con un *fichu* de muselina.

Foco después llega un sacerdote, mas la reina se niega, cortésmente, a confesarse por considerarle un renegado que ha prestado juramento de fidelidad a la República. El insiste en acompañarla hasta el patíbulo.

—Como preferáis —responde la reina, hastiada e indiferente.

A las diez entra, por fin, el verdugo en la celda de la muerte. El grosero Sansón, con su mirada estúpida y bovina, corta con unas tijeras los cabellos de María Antonieta y le ata las manos a la espalda sin que ella oponga la menor resistencia.

Alrededor de las once, un carro con adrales se detiene frente a la Conserjería. La muchedumbre, que se apretuja ante el portal del presidio, ve aparecer a la reina, con las manos atadas a la espalda por una larga sogas cuyo cabo sostiene el verdugo Sansón. El clérigo Girard, vestido de paisano, acompaña a María Antonieta y le ayuda a subir a la carreta de la muerte. Sansón y sus ayudantes se descubren. Una atención respetuosa acoge la presencia de la reina.

Mientras el carro se pone en marcha, no se oye ni un murmullo. A cada vaivén, a cada traqueteo, el cuerpo de María Antonieta se estremece, sobre el duro travesaño de madera donde se ha sentado, sin que se inmuten sus facciones ni pierda su rostro la patética inmovilidad que se ha impuesto, como una digna y despectiva máscara trágica. El mismo Hébert, en su editorial del infame periódico «Père Duchesne», se verá obligado a reconocer:

«Por lo demás, la muy bribona se mantuvo, hasta el final, audaz e insolente».

Mientras bastantes mujeres acogen la presencia de la reina condenada a muerte con algún que otro insulto, al entrar en el bulevar Saint-Honoré, el comediante Grammont, uniformado de guardia nacional, se adelanta a caballo hasta situarse frente a la carreta de Sansón y ruge, gritando:

— ¡Aquí tenéis a la infame Antonieta! Ha llegado su última hora, amigos míos.

En la esquina del mismo bulevar el pintor Luis David (tránsfuga de tres regímenes) espera a la reina para retratarla en su agonía. Cuando poco después aguarde en idéntico lugar la carreta que llevará a Danton a la muerte, éste, exasperado por las reiteradas traiciones del artista, le lanzará el célebre insulto:

— ¡David, eres un lacayo!

Más de diez mil personas se apretujan en la Plaza de la Revolución en torno a la guillotina, cuya hoja acerada reverbera al tibio sol del mediodía sobre un cesto de mimbre, en el que muy pronto, caerá, rebotando, la

ensangrentada cabeza de María Antonieta.

Junto al patíbulo se alza la Estatua de la Libertad, cifras y símbolos de dos contradictorias y obsesivas paradojas. Veintidós días después de morir la reina, madame Roland subirá impávida y tranquila los peldaños del cadalso y murmurará, con escalofriante resignación, contemplando la estatua de la diosa tocada con un gorro frigio:

— ¡Oh, Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre! De pronto, la multitud enmudece. Chirrían las ruedas del carro al detenerse junto al cadalso. Ayudada por Sansón y por Girard, el clérigo renegado, María Antonieta desciende de la carreta y, fuerte y serena, sube al patíbulo.

Un minuto más tarde todo habrá concluido.

Alguien hizo circular la falsa leyenda de que la reina había muerto de un síncope al pie del cadalso, teniendo que ser ejecutada precipitadamente *post mortem*. Nada más falso. En realidad, María Antonieta mantuvo su altivez y serenidad hasta el último instante. Y subió las gradas del patíbulo con la misma señorial indiferencia que paseara, antaño, por el Triánón.

De pronto, las recias manos del verdugo Sansón y sus ayudantes la sujetan por los hombros y la doblan de rodillas de bruces sobre el tajo. Como un rayo la cuchilla baja zumbando y se desploma sobre el cuello de María Antonieta, con un golpe sordo. La muchedumbre contiene estupefacta la respiración.

Cae la cabeza de la reina, chorreando sangre, en la cesta de paja. Sansón la levanta inmediatamente y la muestra a los cuatro lados de la Plaza mientras la sangre de la decapitada se derrama, goteando, sobre el patíbulo.

— ¡Viva la República! —se oye gritar unánimemente.

Pronto el gentío se disuelve rápidamente. Todo el mundo tiene prisa para irse a comer. En pocos minutos la Plaza queda casi desierta. El espectáculo ha terminado y son ya las doce y media.

En la imprenta del «Père Duchesne», Hébert se apresura a escribir un artículo sobre la sangrienta jornada:

«He visto caer en la cesta la cabeza del Veto hembra. Querría poder expresaros la satisfacción de los *sans-culottes* cuando la architigresa atravesó París en el «coche» de treinta y seis estacas... Su maldita cabeza estaba por fin separada de su cuerpo de golfa y en el aire vibraban gritos de " ¡Viva la República!"».

Mientras un reducido piquete de la guardia republicana permanece



formado junto al cadalso, en un carretoncillo se lleva el verdugo Sansón el cuerpo de la reina más bella y poderosa de su tiempo, con la cercenada cabeza entre las piernas.

La tragedia de María Antonieta acababa de consumarse en toda su grandeza patética y todo su dolor.

## « ¡LA SANGRE DE DANTON TE AHOGA, ROBESPIERRE! »

(*Fouché*)

En las vacaciones estivales de 1778, dos jóvenes comentan entusiasmados el «Contrato social» de J. J. Rousseau. Uno, es un culto y taciturno seminarista, de diecinueve años, llamado José Fouché; el otro, es un abogado recién salido de las aulas, que ama las ideas enciclopedistas, escribe poesías amorosas y firma Maximiliano Robespierre. Los dos sueñan en transformar el mundo con la conmovedora y ridícula inconsciencia de la juventud.

Al año siguiente, durante una tarde de junio, en Arras, Robespierre presenta a Fouché su hermana Carlota, que se enamora en seguida ciegamente del seminarista triste, tímido y feo, el cual, prendado a su vez de la poco agraciada muchacha, cuelga la sotana sacerdotal y pide en matrimonio a Carlota con la satisfecha y feliz aprobación de Maximiliano.

Pasa el tiempo, y un día Robespierre es nombrado diputado por el pueblo y llamado a Versalles para tomar parte en la reunión de los Estados Generales. El mismo Fouché le presta sus ahorros y le compra un vestido nuevo para el viaje a París.

Sí, en 1789 fue José Fouché el primero que tendió una mano a Robespierre. Si bien cinco años después será también el primero en traicionarle. Y no cesará hasta que se alce su esmirriada figura triunfante, Ave Fénix de la vileza y la traición, agitando en la mano la sangrienta cabeza decapitada de Maximiliano Robespierre.

Mas, en el curso de esos cinco años, Fouché ha roto su compromiso con Carlota (por causas todavía no muy claras), y Robespierre, fanático en sus odios y en sus afectos, se ha convertido en el amo absoluto de Francia y también en el peor enemigo del ex seminarista.

Y entonces, entre el poderoso Robespierre y el astuto y escurridizo Fouché se entabla un terrible duelo cuyo resultado será el más extraordinario, el más increíble que imaginarse pueda, pues el único vencedor absoluto no será otro que el vil y traidor Fouché.

Mientras se dirige a París, adonde ha sido llamado por Robespierre, José Fouché piensa en Danton y en Desmoulins, que acaban de ser

guillotinado. Sabe que se dirige al encuentro de la muerte, porque no ignora que Robespierre, cruel y brutal en sus odios y venganzas, le aborrece como no ha aborrecido jamás a nadie, y quiere asegurarse su aniquilamiento. De hecho, si Fouché no ha sido ejecutado ya es, probablemente, porque Robespierre se recrea jugando, como un nervioso felino, con ese ratón que lleva la cabeza de prestado.

Y éste es su fatal error: concederle a Fouché el sádico crédito de una agonía demasiado larga. Porque el cobarde, el astuto, el inteligente y prestidigitador extraordinario, conseguirá (casi debajo del mismo filo de la guillotina) substituir precipitadamente su cabeza por la del propio Robespierre.

¿Cómo fue posible conseguirlo?

Por estas fechas se halla encarcelada, por orden de Robespierre, una hermosa dama española que ha sido marquesa de Fontenay y es compañera del demagogo jacobino Tallien. La dama no es otra que Teresa Cabarrús y Gelabert, de la cual se dice que una carta suya cambió el sino de Francia; sin duda contribuyó, efectivamente, a cambiarlo.

El incorruptible Robespierre odiaba a Tallien y a su amante. La bella Teresa llegó a conocer trece cárceles distintas, siendo azotada, martirizada y sometida a las vejaciones más increíbles. Finalmente, la trasladaron a la Force, el peor de los presidios franceses. Y desde allí la desesperada Teresa logra hacer llegar a manos de Tallien un papel con dos trágicas líneas:

«Me dicen que de un momento a otro iré a la guillotina. Tu cobardía me está matando».

Tallien siente que le abrasan las entrañas, mientras no cesa de repetirse: «Tu cobardía me está matando». Si bien se encuentra impotente para hacer nada porque se halla en situación parecida a la de Fouché, temiendo a cada instante sentir el postrer crujido de sus vértebras bajo la guillotina.

Mas pronto aparece en escena Fouché. Dos días hace que intriga sin descanso, hasta que logra por mayoría ser elegido presidente del Club de los Jacobinos.

La maniobra es arriesgadísima, y en ella los conspiradores Fouché, Barrás, Tallien, Carnot, Bourdon, etc., se juegan a cara o cruz su propia vida. Mas Fouché no tiene ya miedo. El 7 Thermidor acaba de perder a su hijita Nièvre, a la que adora. Por eso todo le es indiferente, le es igual.

¡Misterios siempre inaprehensibles de la condición humana han hecho de este ser, cínico y cruel, el mejor de los padres y esposos imaginables! Fouché es un cobarde, y toda su actividad política se caracteriza por bajezas rastreras y abyectas. Sin embargo, este hombre extraño, que desde la sombra ha asesinado a tantos miles de semejantes, daría gustoso su vida por su esposa o por cualquiera de sus hijos.

También Tallien ha perdido el miedo a la muerte. Tanto a él como a Fouché la desesperación les ha drogado y he hecho de ellos dos héroes. En silencio se estrechan las manos fraternalmente, y ambos se juran, a sí mismos, hundir a Robespierre en la próxima sesión de la Convención.

—Mañana o nunca —murmura Tallien.

—Mañana, el 8 Thermidor —responde Fouché.

Al día siguiente comienza en la Convención la histórica sesión, la penúltima para Robespierre, Saint-Just, Couthon y todos sus incondicionales. La atmósfera parece electrizada, bajo el bochorno veraniego de París. Robespierre comienza un largo discurso. Y por primera vez alguien osa medirse con él: Bourdon de l'Aise, el hombre que prácticamente inicia la revuelta thermidoriana.

Fouché, entretanto, prepara el golpe definitivo. Agrupa a las fuerzas disponibles y organiza la estrategia de la dramática jornada del 9 Thermidor. Lanza la consigna:

—Hay que impedir, a toda costa, que Robespierre o Saint-Just pronuncien una sola palabra en la Convención.

El 9 Thermidor, apenas inicia Saint-Just su violento discurso, el plan de Fouché empieza a desenvolverse perfectamente. Tallien interrumpe al orador, gritando con toda la fuerza de sus pulmones. El propio Robespierre intenta hacer uso de la palabra. No lo logra, pues se eleva un griterío ensordecedor que repite la consigna de Fouché:

— ¡La sangre de Danton te ahoga, Robespierre!

Acto seguido saltan los diputados por encima de los escaños y amenazan con destrozar, en la misma sala, a Robespierre y a sus escasos incondicionales.

No repuesto aún de su sorpresa, huye el vencido dictador al Ayuntamiento, donde entran al poco rato las tropas de la Convención que Fouché, eterno previsor, gran estratega político, tenía ya preparadas para esta contingencia. Se entabla una breve lucha. Cae Robespierre, herido de

un pistoletazo en la mandíbula, y su flaco cuerpo, ensangrentado e inconsciente, es apresado junto a veintidós de sus incondicionales.

Liberada de la hedionda cárcel, aquella noche escribe la hermosa Teresa Cabarrús:

«El 9 Thermidor es el día más hermoso de mi vida. La guillotina ha sido derribada, y mi pequeña mano ha contribuido un poco a ello».

Sin embargo, la guillotina no ha sido aún derribada. Al día siguiente descargará veintidós golpes, sordos, sobre las nuca de Robespierre y sus últimos fieles.

En tanto que el verdugo ejecuta indiferente su trabajo, un aullido estremecedor, inspirado por Fouché, brota de todas las gargantas, resuena bajo el cielo de París y agita el espeso gentío como un oleaje de furia vindicativa:

— ¡La sangre de Danton te ahoga...!

Y mientras las cabezas de Robespierre y las de sus fieles se desangran en el cesto, se desangra, al mismo tiempo, el espíritu de la Revolución francesa, y toda una época histórica trágica toca prácticamente a su fin.

### «SI DESENVAINO MI ESPADA...»

*(Napoleón, Cónsul)*

El 23 de abril de 1779 ingresó el pequeño Napoleón Bonaparte en la escuela de Brienne.

Un día, en 1811, dijo el emperador a Coulaincourt:

—En Brienne era yo el más pobre de todos los compañeros... Ellos tenían dinero, y yo nunca lo tuve. Yo era orgulloso y me esmeraba para evitar que se diesen cuenta de ello... Yo no sabía reír, ni divertirme como los demás...

De tal suerte, extraño al ambiente, solitario por fuerza, Napoleón tenía que soportar las burlas de sus compañeros. Le llamaban *El Corso*, y por apodo *La paille au nez* («La paja a la nariz»), variante de la pronunciación aguda en francés (*Napolioné*) de su nombre corso *Napolione*.

No cabe dudar de que todas estas amarguras le agriaron el carácter, pero desde que halló un compañero que le dio pruebas de simpatía, fue igual

que los demás.

— ¡Oh! —decía a Bourrienne—, tú nunca te burlas de mí. Yo te quiero.

Mas, ¿en qué sentido pudo pronunciar esta otra frase?:

—A tus franceses he de hacerles todo el daño que pueda.

En sus primeros años Napoleón pasó muchas calamidades y miserias. Refiriéndose a los tiempos de penuria, dijo a un funcionario, que le hablaba de sus grandes cargas de familia, para quejarse de la insuficiencia de su sueldo:

—Yo sé muy bien lo que es eso, señor. Cuando tenía el honor de ser segundo teniente, almorzaba con pan seco. ¿Y sabe lo qué hacía? No ir nunca a ningún café, ni a ninguna casa y limpiarme yo mismo mis trajes para que durasen más. Y echaba bien los cerrojos de mi puerta, para ocultar mi pobreza.

Durante su estancia en París asistió Napoleón a las grandes jornadas de 1792. Paseándose con su amigo Bourrienne, observó a las turbas de los arrabales que se dirigían hacia las Tullerías. Era el 20 de junio.

—Sigamos a esa ralea —propuso Napoleón.

Y contemplando a aquella multitud de desarrapados, burlescamente armados, y lanzando a grito pelado las más grotescas provocaciones contra la realeza, sintió en todo su ser una gran repugnancia por la democracia. Cuando el rey se mostró al público y rodeado por el populacho, y calado el gorro frigio, en una de las ventanas de palacio, Napoleón, sin poder contenerse, exclamó:

—*Che c...!* ¿Cómo han podido dejar entrar a esa vil ralea? ¡Habría que barrer a cuatrocientos o quinientos individuos a cañonazo limpio, y el resto correría aún!

La expresión completa resultó tan grosera y expresiva, que ni aun en italiano (como Napoleón la pronunció) nos atrevemos a consignarla.

Su madre, Leticia Ramolino, se lamentaba sin cesar del deplorable porvenir que esperaba a sus hijas. Y, tratando de calmarla, Napoleón le respondía:

—Iré a las Indias y volveré, dentro de algunos años, rico cual un nabab, y le traeré buenas dotes para mis hermanas.

Nombrado general, toma Tolón, el 17 de diciembre de 1793. Siendo

esta victoria el punto de partida de la inaudita carrera del joven Bonaparte.

Cierto día de abril de 1795 se hallaba en París sin destino y fue a reclamar al ministerio de la Guerra, regido a la sazón por un tal Aubry. La discusión resultó agria.

—Sois demasiado joven —le dijo el ministro—, y hay que dejar pasar a los viejos, que en los campos de batalla se envejece pronto.

—De esos campos vengo yo, señor —dijo Napoleón.

Añadamos que Aubry no había estado nunca en campaña. Pero ello no le impidió obstinarse y hacer efectiva su decisión. Pero Napoleón también fue testarudo y se negó a ir a servir en infantería. Entonces intervinieron en su favor Borrás y Fréron, a quienes había conocido en Telón.

Para obtener algo del omnipotente Borrás, había que hacer cortejar antes a la hermosa Madame Tallien (Teresa Cabarrús), llamada por todos Nuestra Señora de Thermidor. Y a Teresa, que se hallaba entonces en todo el brillo de su singular belleza, acudió Napoleón en demanda de ayuda... y de amor. ¡Qué contraste entre aquella mujer radiante y exuberante de felicidad, triunfante reina de la vida fácil, y aquel oficial enfermizo que disimulaba mal su pobreza y su imitación contra las ironías de la suerte!

Por estas fechas se fraguaba una insurrección en París. Las secciones amenazaban con marchar sobre la Convención y disolverla. Barrás se vio en grave apuro. Mas Fréron, que estaba enamorado perdidamente de Paulina Bonaparte, le recomendó:

—Napoleón os puede sacar del aprieto.

Barrás ordenó que fueran a buscarle inmediatamente. Y al verle, le tomó aparte, diciéndole sin rodeos:

—Os propongo la segunda plaza en el mando supremo del ejército de la Convención.

Y como no obtuviera respuesta inmediata, agregó:

—Os doy tres minutos para decidiros.

¡Fueron tres minutos durante los cuales la suerte de Napoleón, de Francia y de Europa se jugaron pendientes de su respuesta! Finalmente, respondió Napoleón:

—Acepto, pero os prevengo que una vez haya desenvainado mi espada, no la volveré a envainar sino después de haber restablecido el orden.

Al día siguiente, 14 Vendimiario, Napoleón era nombrado general de

división. Y el 26 de octubre siguiente se le nombraba definitivamente general en jefe del interior.

«...La fortuna me sonrío. Mis cumplidos a Eugenia y Julia», escribe a su hermano José.

En la «tertulia» de Madame Tallien conoció Napoleón a la viuda criolla Josefina de Beauharnais. Y durante aquellas reuniones (según cuenta Marmont, testigo ocular), «se enamoró de ella en toda la extensión de la palabra, con toda la fuerza de la mayor acepción».

Bonaparte fue nombrado general en jefe del ejército de Italia el 23 de febrero de 1796, y su matrimonio con la ardiente Josefina tuvo lugar el 9 de marzo.

Muchos historiadores han consagrado la frase: «El mando en jefe del ejército de Italia fue la dote que Josefina llevó a Napoleón». Sin embargo, esto no es verdad. Laravillère-Lepeaux afirma rotundo: «Yo puedo asegurar que en la elección del Directorio no influyó ni Barrás, ni nadie...»

El 30 de noviembre de 1797 se firma en Rastadt la ratificación del Tratado que puso fin a la sorprendente campaña de Italia. Mientras tanto, la escandalosa conducta de Josefina ha hecho que la pasión de Napoleón por ella se enfríe gradualmente.

Al año siguiente, el 19 de abril, embarca Bonaparte a bordo del buque almirante «El Oriente», para llevar a la práctica sus planes para conquistar Egipto. Eugenio, el hijo de Josefina, forma parte de la expedición.

Se cuenta que en vísperas de entablar la batalla de las Pirámides, Napoleón arengó a sus tropas:

— ¡Soldados, desde lo alto de esas pirámides cuarenta siglos os contemplan!

Durante la campaña de Italia les había arengado con las siguientes palabras:

—Soldados, estáis mal vestidos, mal alimentados, y el gobierno, que todo os lo debe, nada puede hacer por vosotros. Yo os conduciré al paraíso terrenal, donde hay llanuras fértiles, grandes ciudades, magníficas provincias, donde os esperan honor, gloria y riqueza.

En 1799, de regreso a Francia, preparó Bonaparte un golpe de Estado (18 Brumado) en virtud del cual el Directorio quedó substituido por un Consulado. Al año siguiente, tras la victoria obtenida en la batalla de Marengo, Napoleón era nombrado Cónsul único y Perpetuo.



Se cuenta que el general Desaix, al ver la derrota que en la primera fase de la batalla de Marengo infligían los austriacos a los franceses, indicó a Napoleón:

—Mi general, la batalla está perdida; si bien todavía tenemos tiempo para ganar otra...

Desaix salió finalmente victorioso; pero perdió la vida en la contienda.

**« ¿TAN MAL ME QUEREIS VOS QUE TAMBIÉN ME HALAGÁIS? »**

*(Napoleón, Emperador)*

Cierto día, cuando Napoleón sólo era Primer Cónsul, paseaba con su esposa Josefina y el general Cambacérès, en un magnífico coche, por el parque de Saint-Cloud. De pronto tuvo el capricho de guiar los cuatro caballos que tiraban del carruaje. Se sentó en el pescante y tomó las riendas de manos del cochero, que se llamaba César.

En cuanto los corceles extrañaron la mano del nuevo cochero que les guiaba, empezaron a encabritarse y partieron al galope. César, viendo que cambiaban la dirección y se desmandaban, recomendó a Napoleón:

— ¡A la izquierda! ¡A la izquierda!

Josefina y Cambacérès gritaban alarmadísimos para que Napoleón detuviera el coche; mas éste no podía dominar los fogosos caballos. Por fin el carruaje chocó contra la verja del paseo y volcó. Napoleón fue lanzado a diez pasos, y Josefina y el general sufrieron ligeras contusiones.

Por la noche, durante la cena, en la mesa de Napoleón no se habló más que de la aventura y del riesgo corrido. Bonaparte estuvo bromeando con Cambacérès y al final le dijo:

—La moraleja de nuestra historia es que hay que dar al César lo que es del César. Por lo tanto, César conservará siempre el látigo y las riendas.

En Flavio Renato Vegecio (escritor militar romano), Tucídides, y Cicerón, se encuentra la locución latina:

*Si vis pacem, para bellum* («Si quieres paz, prepárate para la guerra»).

Muy amante de la paz debía de ser Napoleón, cuando constantemente se estaba preparando para guerrear. En contra de las coaliciones formadas

contra él, derrotó a los austriacos en Marengo y en Ulma, a los rusos en Austerlitz y a los prusianos en Jena. Y aunque también derrotó a los austriacos en Wagram, la campaña de Rusia fue «el principio de su fin», pues el incendio de Moscú le obligó a emprender una retirada desastrosa.

Vencido, luego, en Leipzig por los aliados, tuvo que abdicar y retirarse a la isla de Elba. Mas a poco tiempo desembarcó en Francia siendo aclamado de nuevo. Y al cabo de «Cien Días», volvió a perder su corona en Waterloo, batalla ganada por los ingleses, y que decidió lo condujeran a la isla de Santa Elena, donde murió en 1821.

La estrella de Napoleón comenzó a palidecer en la guerra de la Independencia de España, que devoraba sus ejércitos y marchitaba los laureles de sus mariscales: Mural, Ney, Soult, Víctor, Massena, etcétera.

A De Pradt, y en relación con la resistencia española, le dijo Napoleón:

—Si esta empresa debiera costarme ochenta mil hombres no la acometería, pero bastarán doce mil; es una niñada. Los españoles no saben lo que son las tropas francesas. Los prusianos eran lo mismo, y ya se ha visto lo que les sucedió. Creedme, la resistencia será corta. No quiero hacer daño a nadie; mas cuando mi carro político está en marcha necesita pasar adelante y ¡ay de aquel que se encuentre bajo las ruedas!

Al presentarse en Tolosa el clero a saludar a Napoleón, les manifestó, con su habitual tono de amenaza:

—Señores frailes, si tenéis la ocurrencia de mezclaros en nuestros asuntos militares, os prometo que os haré cortar las orejas.

Poco después, refiriéndose a España, decía Bonaparte al canónigo Juan de Escoiquiz.

—País donde hay muchos frailes es fácil de subyugar; lo sé por experiencia.

Durante la estancia de Napoleón en Chamartín, una sola vez, muy de mañana, entró en Madrid para visitar el Palacio Real. Nada le llamó tanto la atención como el retrato de Felipe II pintado por Pantoja («Juan de la Cruz»), más por el retrato que por el pincel. Al descender por la soberbia escalera, dijo a su hermano José, el célebre *Pepe Botella*:

—En verdad, hermano, estáis mejor alojado que yo.

Sabido es que les fue muy mal a los franceses en España, pues que en todas partes hallaron tenaz oposición.

Durante el sitio de Gerona, cuando la invasión francesa, realizaban los sitiados frecuentes salidas para hostilizar al enemigo. Como en una de ellas el oficial que mandaba el destacamento preguntase al general Álvarez de Castro dónde se refugiaría en caso de necesidad, contestó el valeroso jefe, con imperturbable laconismo:

—En el cementerio.

Y otro día, en el propio sitio de Gerona, como oyese el general Alvarez de Castro pronunciar la palabra «capitulación», amenazó con imponente acento:

— ¡Cómo!, ¿sólo usted es aquí cobarde? Cuando no haya víveres, nos comeremos a usted y a los de su ralea, y después resolveré lo que más convenga.

También durante la invasión francesa, el general Saint-Cyr quiso comprometer la población de Barcelona, obligando a las autoridades civiles a prestar juramento de reconocimiento y obediencia al rey intruso, José Bonaparte. En su virtud, fueron convocados en la Casa de la Audiencia. Pero hecha la citación, se negaron con resolución y firmeza los patriotas, añadiendo algunas palabras tan dignas como las del oidor Dueñas, que dijo:

—Antes pisaría le toga que visto, que deshonrarla con un juramento contrario a la lealtad.

A Napoleón le extrañaba sobremanera el comportamiento de los españoles. En una conversación sostenida con el consejero Izquierdo, el emperador francés le preguntó:

— ¿Los españoles me querrían como a soberano suyo?

A lo que Izquierdo le respondió oportunamente:

—Con gusto y entusiasmo admitirán los españoles a Vuestra Majestad como monarca; pero será después de haber renunciado a la Corona de Francia.

El 18 de mayo de 1804, el Primer Cónsul fue proclamado emperador por el Senado. De este modo Napoleón Bonaparte vino en ser Napoleón I.

Sin embargo, como el nuevo emperador deseaba ser coronado por el Papa, logró que el Pontífice Pío VII se trasladara desde la Ciudad Eterna a París, para celebrar la coronación en la catedral el día 2 de diciembre de 1804.

Cuenta G. Tower que la ceremonia comenzó ungiendo el Papa con

óleo bendito la frente, el brazo y la mano del emperador; después bendijo la espada y se la ciñó; a continuación bendijo y le entregó el cetro y, por fin, bendijo la corona. Y había ya extendido la mano para ponérsela sobre la cabeza de Napoleón, cuando éste subió inesperadamente al altar, cogió la corona de manos del Papa, y con sus propias manos se la puso en la cabeza.

Acto seguido se procedió a la coronación de la emperatriz Josefina. Y Napoleón repitió su acto de soberbia, no permitiendo que el Papa colocara la corona sobre la cabeza de su esposa, sino poniéndosela él mismo.

Con su conducta y altivez quería demostrar públicamente que él era bastante grande y poderoso para coronarse a sí mismo, sin necesidad de la intervención de la Iglesia.

Napoleón llamaba a su familia «la tribu». Un historiador contemporáneo ha dicho: «A Napoleón le costaba más gobernar a su familia que a su Imperio». Y es que resultaba difícilísimo satisfacer a sus ambiciosos hermanos y hermanas: todos se creían reyes de derecho divino y reinas por su nacimiento. Su estado de espíritu quedó resumido por una salida de Napoleón un día en que se quejaba, delante de Bourrienne, de las recriminaciones de los suyos:

—En verdad que quien les oiga creería que yo he malgastado la herencia de nuestro padre.

En la imposibilidad de dar a su madre el título de emperatriz, hizo que le dieran el de *Madame Madre*. Napoleón no es el hijo preferido de Leticia, y rara vez se la ve en la Corte. No está deslumbrada por la fortuna excepcional que les ha tocado en suerte, y no cesa de repetir la célebre frase: «Con tal que esto dure...».

Leticia, *Madama Madre*, no cree en la superioridad de su hijo, sino en la de la familia. En los días más prósperos dice a Napoleón:

—Trabajas demasiado, hijo.

Y él contesta, nervioso:

— ¿Es que he podido nunca vivir sin trabajar?

Y al oírse elogiar después por su madre, le replica con ironía:

—Madame Leticia, ¿tan mal me queréis vos que también me halagáis?

Todos pensaban en enriquecerse al lado del emperador, mientras que él únicamente soñaba con los buenas negocios que le brindaban las guerras. Por eso solía comentar:

—Mi poder se debe a mi gloria y mi gloria a las victorias que he logrado. Mi poderío se caería si no le diese por base más gloria, ni nuevas victorias.

Y orgulloso de su valía, al ver a todos sus hermanos y hermanas sentados en sus respectivos tronos, exclama riendo:

—José, ¡si nuestro padre nos viese...!

Otras veces se manifiesta más pesimista. Al atravesar los Alpes decía Napoleón a uno de sus ayudantes:

—Gran cosa os parece ser emperador de los franceses y rey de Italia; yo no me hago ilusiones. Soy un instrumento de la Providencia, la cual me conservará mientras tenga necesidad de mí, y después me romperá en mil pedazos, como a un vaso de vidrio. Y otro día comentó:

—Tanto dentro como fuera, sólo reino por el temor que inspiro. Si abandonase este sistema, no tardaría en ser destronado. Napoleón sufría frecuentes arrebatos de cólera. Y cuando se creía desobedecido o contrariado, su primer impulso era agredir. Mas, igual que todos los atrabiliarios enfermizos, se tornaba prudente cuando se encontraba frente a un hombre valeroso y digno, poco dispuesto a soportar una afrenta.

El almirante Bruix se negó abiertamente, en Boulogne, a obedecer a Napoleón, quien, con insensatez, ordenó que se hiciera una maniobra naval a una hora en que el estado del mar hacía muy peligroso el embarque de las fuerzas. El emperador, irritado, avanzó hacia el almirante, blandiendo un látigo de montar, en actitud agresiva. Bruix retrocedió un paso, echó mano a la empuñadura de su espada y le recomendó, digno y amenazador:

— ¡Cuidado, Sire!

Napoleón se dio por advertido y bajó el brazo, sin atreverse a consumir la agresión. Se limitó a destituir a Bruix, designando en su lugar a Magon, quien, sumiso e imprudente, ordenó el embarque de las fuerzas. El terco Napoleón presenció, una hora después, el naufragio de veinte naves. Murieron ahogados doscientos hombres.

Es curioso observar, sin embargo, que si Napoleón gozaba entre sus tropas de una popularidad indiscutible, no la ganó transigiendo con las infracciones a la disciplina, pues nunca titubeó en tomar las más enérgicas medidas.

Un día el cirujano Boyer se negó a prodigar sus cuidados a ciertos heridos que se suponía atacados de enfermedades contagiosas. Y Napoleón

ordenó:

—Es indigno de ser ciudadano francés. Será vestido de mujer y paseado a burro por las calles de Alejandría, con un cartel en la espalda que rece: «Es indigno de ser ciudadano francés, pues teme morir».

«Aquel generalito» hablaba así a sus generales. En 1797 escribía al general Despinois, que había venido expresamente a «hacerle la corte»:

«General: su período de mando en Lombardía me había hecho comprender que tiene usted poca probidad y demasiado amor al dinero, pero yo ignoraba que fuese usted un vil. Salga del ejército y no vuelva a comparecer ante mí».

El propio Junot, su amigo de juventud, recibía también buenas filípicas cada vez que se presentaba la ocasión. Júzguese por ésta:

«Su conducta me ha causado la mayor pena. Ha tratado usted a un gobernador como a cualquier cabo de guarnición, lo que demuestra una falta de tacto y un olvido de usted mismo que me parecen inconcebibles. Lo que usted ha hecho carece de precedente. Ya no le reconozco a usted».

Habitualmente, las mujeres caían en sus brazos. Algunas fueron las amantes que tuvo. Sin embargo, la verdad es que no le quisieron ni éstas ni sus dos mujeres, Josefina y María Luisa. Las dos se casaron con Napoleón por conveniencia, no por amor. Y, además, las dos le fueron infieles. Posiblemente la polaca María Walewska fue la única que, además de darle un hijo, sintió por él algo de afecto.

—Nunca he encontrado mujeres difíciles —dice un día Napoleón a Josefina y a su hija Hortensia.

A lo que la hermosa Hortensia le replica, sin la menor consideración hacia su madre:

—Es que sólo se ha dirigido usted a las que no lo eran.

— ¿Oyes a tu hija? —ríe Bonaparte—. ¡Cómo me trata! ¡Cree que siempre he sido viejo!

Y Napoleón cuenta entonces sus aventuras galantes, detallando incluso las imperfecciones ocultas de sus amantes.

## «PREFIERO LA MUERTE A SANTA ELENA»

*(Napoleón, cautivo)*

Al recibirse en París malas noticias de la guerra de España, coincidentes con la trágica retirada de las tropas francesas que luchaban en Rusia, se dice que exclamó el famoso Talleyrand, ministro de Asuntos Exteriores de Napoleón:

—Este es el principio del fin.

Talleyrand fue quien al sentirse insultado cierto día por el emperador, en presencia de varios cortesanos, comentó irónicamente: —Es una lástima, señores, que un hombre tan grande esté tan mal educado.

José Fouché, valiéndose de mil astucias y traiciones, estuvo también al servicio de Napoleón. Cuando después de los «Cien Días» napoleónicos, Luis XVIII regresó a París, Chateaubriand vio, un día, entrar en la cámara real a Talleyrand del brazo de Fouché. Y en esta ocasión fue cuando pronunció la tremenda frase:

—Ahí va el vicio apoyado en el crimen.

En realidad, Napoleón Bonaparte carecía de amigos. El mismo solía decir:

—No quiero más que a las personas que me son útiles y mientras lo son. Me importa muy poco lo que piensen.

Al casarse con María Luisa, la vanidad le hace exclamar:

—Me tiene sin cuidado que no sea muy bella; me caso para tener hijos. Además, con esta boda entro en la familia de los reyes... ¡Me caso con la hija del Kaiser!

Por entonces todavía hay un monarca en Europa que resiste a su voluntad: el emperador de Rusia.

—Alejandro se burla de mí —dice Napoleón.

Y como no quiere someterse, piensa en deshacerse de él. Pronto dirá a sus generales de Estado Mayor:

—Recuerden, señores, esta frase de un emperador romano: «El cuerpo de un enemigo muerto siempre huele bien».

Alrededor de Borodino, a seis kilómetros del río Moscova, Napoleón arenga a sus tropas momentos antes de la batalla de Moscú. En aquellos

instantes el sol perfora la niebla. Y Bonaparte grita:

— ¡Soldados, es el sol de Austerlitz!

Pero ese día se produce el gran desastre. Han caído 47 generales, 100 coroneles y miles de soldados. Al anochecer, entre Napoleón y un viejo soldado se cruza un rápido diálogo:

— ¿Qué hace usted aquí? —pregunta Napoleón con tono severo.

—Me han ordenado estar aquí —responde el soldado.

—Reúnase con su regimiento.

— ¡Está aquí!

—Le digo que tiene usted que incorporarse a su regimiento.

— ¡Está aquí, Sire!

Y entonces, Napoleón comprende. Ha caído allí todo el regimiento. ¡Todos!

El viernes 18 de diciembre de 1812, Napoleón se halla nuevamente en las Tullerías. Al día siguiente recibe una carta de Berthier en la que le explica:

«Sire, ¡el Ejército ya no existe...!».

¡Todo se he perdido en Rusia! La *Grande Armée* está deshecha. No queda un solo caballo, y mil doscientos cañones han quedado enfangados y en manos de los rusos.

Los súbditos se agitan. Por todas partes se oyen imprecaciones contra «el corso». Además, cada jornada está marcada por una derrota. Napoleón dice a Berthier.

—Así es la guerra, feliz por la mañana, desgraciada por la noche. Con frecuencia no hay más que un paso de una victoria a una derrota.

En Leipzig se produce, por último, la gran derrota. Napoleón ya no reacciona. No quiere dirigir, ni ver nada.

—Doy órdenes y nadie me escucha... ¿Qué queréis que haga? —murmura con indiferencia.

Le quedan aún 50.000 hombres. Sin embargo, presintiendo que va a perder la corona, anuncia orgullosamente:

—Os repito que París no será ocupado jamás por el enemigo, mientras yo viva.

Al pie de la columna Vendôme, que domina la estatua del emperador,



alguien ha colgado una pancarta en la que, divertidos, los parisienses leen: «Pasar de prisa, va a caer».

Después de algunos escarceos termina el emperador por encontrarse sin ejército y sin amigos. Todos le han abandonado. Entonces huye hacia el Mediterráneo, disfrazado de postillón, de correo. Por fin puede alcanzar la costa. Su hermana Paulina, a la que vuelve a ver, aparece indignada: se niega a besarle mientras no se quite el humillante disfraz.

— ¿No te da vergüenza? —le increpa.

Embarcado casi a la fuerza, en un barco inglés, el 4 de mayo de 1814 Napoleón desembarca en la isla de Elba. Apenas pone pie en tierra de su ridículo «reino», dice a Cambronne:

—Esta es mi mejor campaña. Os doy el mando de mi vanguardia. No disparéis un solo tiro, no encontraréis más que amigos. Mi corona debe serme devuelta sin que se derrame una sola gota de sangre francesa.

En Elba recibe la visita de María Waleswka, portadora de documentos que indican que en Francia sus partidarios le esperan, y parece que su famosa buena suerte todavía brillará favoreciendo a Napoleón Bonaparte. Porque su regreso a París es un «verdadero paseo» de vítores y aclamaciones, gracias a un concurso fabuloso de circunstancias. El emperador, no obstante, se siente cada vez más solo.

Y en cuanto dispone de un nuevo ejército lo lanza sobre Bélgica. El acude al campo de batalla en coche. Previsor ante «una desgracia», se lleva del Elíseo, cosidos bajo el forro del uniforme, unos diamantes (por valor de un millón de francos) y el collar de Paulina.

Finalmente, el 18 de junio de 1815, sucumbe en Waterloo. Allí tiene lugar la más espantosa de las derrotas. Los franceses se han batido heroicamente. Cuando la guardia imperial es invitada a la rendición contesta estoicamente:

—La guardia imperial muere, pero no se rinde.

El general inglés Wellington comentaba al día siguiente de Waterloo:

—Bien sabe Dios que sin mí no hubiéramos triunfado.

Justo es señalar, sin embargo, que la situación de Wellington en la famosa batalla fue, a las cinco de la tarde del día crucial, sumamente crítica. Sólo la pronta llegada de los prusianos de Blücher o el advenimiento de las sombras de la noche podían salvar al *Duque de Hierro* de la derrota. En aquellos momentos, Wellington profirió la desesperada súplica:

— ¡Blücher, o la noche!

Napoleón está ya en el ocaso. Fouché lo derriba y le invita a desaparecer. Y para justificar la desleal conducta que ha tenido para con el emperador, pronuncia las célebres palabras:

—No he sido yo quien ha traicionado a Napoleón; ha sido Waterloo.

Bonaparte sabe que le espera la prisión si los aliados son magnánimos, y el cadalso si aplican la «Pena del Talión». Y entonces escribe una carta al Regente de Inglaterra:

«Alteza Real... he terminado mi carrera y vengo como Temistocles a sentarme junto al hogar del pueblo británico. Me pongo bajo la protección de sus leyes, que reclamo de Vuestra Alteza Real como el más poderoso, el más constante y el más generoso de mis enemigos».

Los ingleses saben que Temistocles no acudió a pedirles auxilio. Pero como no les interesa el estilo sino el hombre, deciden no fusilar a Napoleón y que termine su vida en la isla de Santa Elena.

Al enterarse de tal decisión, Bonaparte queda anonadado. Cuando reacciona, dice con energía:

—No iré... Antes correrá mi sangre por el Belerofonte... Prefiero la muerte a Santa Elena... No quiero de ningún modo ir allí: sería morir de una manera innoble...

Finalmente, al advertir que no tiene otra solución, dice abatido y tristemente:

— ¡Todo el mundo me abandona!

Y a partir de entonces comienza la «leyenda» de Santa Elena. Una leyenda con la que Napoleón intenta vencer a la Historia. Y para «edificar» dicha leyenda va a imponer al mundo la idea de su «martirio». Ya no dice ahora que para ganar la guerra hace falta «dinero, dinero, dinero...». Sólo lamenta:

— ¡Cuántas cosas tengo que reprocharme!

A veces evoca y otras emprende el camino de las confesiones en sus «Memorias». También tiene a menudo remordimientos. Sin embargo, se calla pronto y repite las palabras que pronunció al conocer lo recomendado por el abogado Lainé:

— ¡La ropa sucia se lava en casa!

El 5 de mayo de 1821 es el último día de Napoleón. Los fieles están

alrededor del lecho. A eso de las seis de la tarde, tres suspiros, con un minuto de intervalo... Le oyen balbucear, luego murmurar algo sobre la guerra... Sólo pueden entender:

— ...Al frente del ejército...

Napoleón ha dejado de existir. Y ha muerto en «su cama», como él quería.

## II

### De Trafalgar a la guerra de Secesión.

**«LA PATRIA ESPERA QUE CADA CUAL CUMPLA CON SU DEBER»**

*(Nelson)*

En 1796, Godoy, *Príncipe de la Paz*, firmó en La Granja un« alianza con la República francesa; lo cual nos trajo seguidamente un conflicto con Inglaterra, que derrotó a nuestra escuadra en el cabo de San Vicente y se apoderó de la isla de Trinidad.

Semejante descalabro, sin embargo, resultó contrapesado por la heroica defensa de Cádiz y Santa Cruz de Tenerife, en que fracasó el genio de Nelson, gloria de la marina británica.

En la defensa de Cádiz, donde se cubrió de gloria el marino Mazarredo, los gaditanos se burlaban de los proyectiles que lanzaba el «bombo», con cuyo nombre designaban una enorme bombardera que los ingleses trajeron de Gibraltar.

Nelson, que mandaba el barco «Captain», tuvo de retirarse, con los demás navíos ingleses, de la bahía gaditana, ante los furiosos ataques de las flotillas de lanchas cañoneras españolas. El marino inglés fracasó también, siendo herido y perdiendo un brazo, en el ataque a Santa Cruz de Tenerife, que fue rechazado con bravura por los valerosos y fieles hijos de la capital canaria.

Durante el ataque, Nelson estuvo a punto de perder la vida. En el momento en que su bote tocaba la isla de Tenerife y se disponía a saltar a tierra, un disparo de metralla destrozó el hombro del marino. Nelson se desplomó en el fondo del bote, exclamando:

— ¡Soy hombre muerto! ¡Me han arrancado el brazo! Llevado inmediatamente al navío insignia «Culloden», donde actuaba como segundo el capitán Eduardo Berry, el cirujano le hizo la amputación del miembro

herido. Por cierto que Nelson no hizo el menor aprecio sobre el brazo cortado.

— ¿Queréis que se embalsame vuestro miembro? —preguntó el médico.

A lo que Nelson, indicando con un movimiento de cabeza la hamaca en que yacía el cadáver de un marinero, que pronto iba a recibir sepultura en las aguas del mar, contestó con indiferencia:

—No, arrojadlo ahí.

Algo más tarde, Napoleón Bonaparte, convertido en dueño de los destinos de Francia, rompió las hostilidades contra Inglaterra y nos obligó a seguirle.

Unidas, pues, nuestras fuerzas marítimas a las francesas, en 1805 fueron atacadas y vencidas por la escuadra inglesa en aguas de Trafalgar, de tan triste aunque glorioso recuerdo para los españoles, y de la fuga de la escuadra francesa al ver indeciso el combate. Pero, en la batalla, los británicos no obtuvieron impunemente el triunfo, pues costó la vida al almirante Nelson.

También fueron víctimas de la sangrienta jornada nuestros ilustres marinos Churruca, Gravina y otros no menos heroicos.

En la célebre batalla naval no mandaba Horacio Nelson la escuadra inglesa, sino el almirante John Jarvis. Nelson era solamente comodoro, y únicamente mandaba el navío «Captain». Sin embargo, el tuerto y manco Nelson fue quien decidió la victoria, gracias a que desobedeció las órdenes de su superior Jarvis.

Cuando frente a Trafalgar se encontraron las armas inglesa y francoespañola, Churruca llamó al capellán de su navío, el «San Juan», para que diera la bendición a los tripulantes, y pronunció las palabras siguientes:

—Hijos míos, en nombre del Dios de los ejércitos, yo prometo la eterna bienaventuranza al que muera en el cumplimiento del deber.

También es memorable y digna de un espartano, por su laconismo, la frase con que Nelson arengó a los suyos al iniciar la batalla:

—La patria espera que cada cual cumpla con su deber. Nelson, que tantas victorias y laureles había cosechado, perdió la vida en el famoso combate de Trafalgar, que tuvo lugar el 21 de octubre de 1805. Y Churruca halló su gloriosa tumba en su navío «San Juan». Sus últimas palabras las dirigió a un cuñado suyo:

—Di a tu hermana, mi mujer, que muero con honor, pronunciando su nombre, adorando a Dios y sirviendo a la patria.

El poeta Quintana, en su oda «A Trafalgar», formulando el sentimiento nacional, glosa, refiriéndose al vencedor comodoro Nelson:

«Inglés, te aborrecí: héroe, te admiro».

Algo más tarde, el 2 de mayo de 1808, se producía en España el alzamiento nacional contra los franceses invasores. Ocupada la Península por ejércitos de Francia, y prisioneros en Bayona Carlos IV y Fernando VII, dispuso Napoleón que saliera de España toda la familia real.

Dicha orden produjo en el memorable Dos de Mayo, una tremenda colisión entre las gentes de Madrid y la guarnición francesa, costando la vida a los heroicos Daoíz y Velarde, oficiales de Artillería, junto a Ruiz, teniente del Regimiento de Voluntarios, y a tantos heroicos hijos del pueblo, muertos en la lid o fusilados después del triunfo por el general Murat, cuñado de Napoleón.

Otro de los héroes de la lucha fue el «chispero» Pedro Malasaña, genuino representante del pueblo madrileño. Pues él fue quien, arengando a la muchedumbre congregada ante el regio alcázar para impedir la salida del infante Don Francisco hacia Francia, provocó el rompimiento y la desatada lucha popular contra los franceses.

Y luego, al frente de un pelotón de paisanos, se dirigió al Parque, donde se batió denodadamente hasta que lo recuperaron los franceses. Finalmente, se hizo fuerte en su casa, sita en la calle de San Andrés, sucumbiendo en ella con su mujer y su hija.

La sangrienta jornada, en la cual el pueblo madrileño rasgó a navajazos las banderas en que aún se olía la pólvora de Austerlitz, fue el principio de la Guerra de la Independencia.

Los «manolo» y «chisperos», como se apellidaba entonces a los madrileños de las clases bajas, fueron los héroes de la efemérides. Y a navajazos, por falta de armas, acometían fieramente a las tropas francesas.

«Desaparezcan de una vez esas odiosas expresiones de "pueblo bajo", "plebe" y "canalla", porque este pueblo bajo, esta plebe, esta canalla es el que libertará a España del invasor».

Al iniciarse la guerra, el alcalde de Móstoles, pequeño pueblo inmediato a Madrid, dio parte del trágico suceso a las provincias y lanzó el guante de desafío a Napoleón en los siguientes términos:

— ¡La patria está en peligro! ¡Madrid parece víctima de la perfidia francesa! ¡Españoles, acudid a salvarle!

Se alzan las provincias, siendo Asturias la primera. Y mientras los españoles, sin distinción de clase, empuñan las armas, al mismo tiempo se unen a España, Inglaterra y Portugal, viniendo a mandar las fuerzas de esta triple alianza el duque de Wellington, el vencedor, más tarde, de Napoleón en Waterloo.

Poco después las tropas francesas, mandadas por Dupont, sufrieron un gran descalabro en los campos de Bailén, donde nuestro glorioso general Castaños obtuvo, con soldados bisoños, la primera victoria de aquella titánica lucha, haciendo veinte mil prisioneros.

Los cañonazos victoriosos de dicha batalla retumbaron por toda Europa, anunciando a las naciones, oprimidas por Napoleón, que no eran invencibles los ejércitos del emperador de Francia. Se cuenta que al rendirse Dupont, dijo al general Castaños:

—General, os entrego esta espada, con la que he vencido en cien combates.

Y repuso modestamente el vencedor en la épica batalla de Bailén:

—Pues, general, mi primera victoria es ésta.

La lucha continuó en España contra el invasor. Y tantos desmanes cometieron los franceses que hasta *Pepe Botella*, el hermano de Napoleón (impuesto por éste como rey a los españoles con el nombre de José Bonaparte I) escribió a París:

«Todo lo que se ha hecho en Madrid el Dos de Mayo es odioso. No se ha guardado ninguna de las consideraciones que debieran tenerse a este pueblo».

A lo que le respondió el propio Napoleón Bonaparte:

«Es necesaria una energía extraordinaria con esa raza española, tan inflexible e indomable».

## «NO ME GUSTA ESTE RETRATO QUE GOYA ME HA HECHO»

*(Wellington)*

Sir Arturo Wellesley, duque de Wellington y de Ciudad-Rodrigo, mandó varias de las batallas ganadas en España a los franceses, en particular las de Talavera y de los Arapiles. A su entrada triunfal en Madrid, el Ayuntamiento de la ciudad no quiso que se fuera del país sin que su estancia quedara eternizada por el pincel de Goya, el genial pintor del «Dos de Mayo» y de «Los fusilamientos de la Moncloa».

Cuenta Mesonero Romanos en el tomo primero de las «Memorias de un setentón» que Wellington concedió una hora, y nada más, a don Francisco de Goya y Lucientes. El viejo, sordo y malhumorado artista aragonés consintió a regañadientes en que, ante él, posara el joven y satisfecho guerrero inglés.

Cuando Goya dio su obra por terminada, Wellington echó una mirada sobre el retrato y con su brusquedad militar declaró que lo desaprobaba.

—No me gusta este retrato que Goya me ha hecho —sentenció. Y sin más ni más quiso que se corrigiese algo en el cuadro. Digamos (antes que nada) que Goya, con su mentalidad española, había acentuado lo azul del mentón varonil de Wellington, es decir, que le pintó una barba fuerte. Y es que el famoso pintor no podía saber que, para un caballero británico, no estar cuidadosamente afeitado es una terrible ofensa, equivalente a que se dijera de él que «se presentaba sucio».

El general Cuesta, que acompañaba al militar inglés, tradujo la petición de Wellington. Y como quiera que el irascible y agresivo pintor español no admitiera ni la más mínima crítica de sus cuadros, se desató en injurias contra el orgulloso militar británico.

Bien pronto el estudio del pintor se llenó de gritos. Lo curioso es que ni Wellington entendía lo que se le estaba diciendo, por no conocer apenas la lengua castellana, ni Goya se enteraba de nada, debido a su gran sordera.

Sin embargo, los gritos y los gestos del pintor no ofrecían la menor duda, por lo que el general inglés, con ademán amenazador, llevó la mano a la empuñadura de su espada.

Y allí pudo cambiar el curso de la historia. Goya, que tenía «malas



pulgas», se indignó y cogió una pistola del cajón de una mesa, con la cual apuntó decidido a la cabeza de Wellington.

Los asistentes, especialmente el hijo del pintor y el general Cuesta, se arrojaron sobre Goya, arrebatándole el pistolón. A pesar de todo tuvieron que darse mucha maña para evitar un choque, puesto que el viejo pintor quería vengar a toda costa la ofensa recibida.

Aquel día Wellington salvó la vida. Y cabe preguntar: ¿Qué hubiera sido entonces de Napoleón?

No obstante, Wellington, llamado también el *Duque de Hierro*, fue, además de ídolo popular, héroe nacional y gran político, un irreprochable caballero.

Se reunía la aristocracia inglesa todas las noches en Almacks, reservado salón de baile patrocinado por las más encopetadas señoras y regido por las más severas reglas mundanas. Era de rigor el calzón corto y la media de seda.

Cierto día, el duque de Wellington trató de entrar vistiendo otro traje, y el portero se adelantó, al verlo, para decirle:

—Vuestra Señoría no puede ser admitido aquí con pantalón largo.

Y el vencedor de Waterloo, como buen soldado disciplinado, se retiró sin replicar.

En otra ocasión, se formaba en Inglaterra nuevo ministerio. La pobreza del partido en cuanto a hombres era tal que sólo tres de ellos habían desempeñado con anterioridad el cargo de ministro.

La reina Victoria juzgaba que el alma del ministerio era solamente lord Derby, el famoso fundador del premio hípico de su nombre. Este, si alguien se interesaba por su salud, contestaba:

—Me encuentro muy bien, y mis niños también.

El duque de Wellington se hizo enumerar los nuevos ministros. Mas como tenía bastantes años y no oía bien, todos los nombres resultaban nuevos para él. Por esto interrumpió varias veces al informador, con unos repetidos:

— ¿Quién...? ¿Quién...?

Los periódicos se «apoderaron» de la anécdota, y el ministerio fue bautizado por el de los « ¿Quién...? ¿Quién...?».

Es digno de notar que la elección de Disraeli para canciller del

Exchequer, se juzgó entonces ridícula.

Victoria I de Inglaterra (cuyo reinado llena la segunda mitad del siglo XIX) vio alcanzar a su país el rango de primera potencia mundial por la extensión de sus colonias. En 1877 fue coronada solemnemente emperatriz de las Indias, por el *Premier* Disraeli.

A Disraelí se debió también parte del apoyo prestado para la apertura del Canal de Suez, en la que tanto influyó nuestra Eugenia de Montijo, y, asimismo, que esta importantísima llave del Mediterráneo pasara casi totalmente a poder de Inglaterra.

Los señores Disraelí acudían con frecuencia al campo a pasar unos días en las casas de los aristócratas, donde las ingenuidades de la esposa del gran político obtenían éxito. Cierta día discutían algunas señoras sobre la estética de algunas estatuas griegas, y ella replicó:

— ¡Oh, debieran ustedes ver a mi *Dizzi* —como familiarmente ella llamaba a su esposo— en el baño!

Otra vez, la mencionada esposa de Disraelí manifestó en una reunión aristocrática a cierta señora que tenía fama de puritana:

—Está mi casa llena de cuadros indecentes. En nuestra habitación hay uno horrible. *Dizzi* afirma que es Venus y Adonis. He tenido que permanecer despierta gran parte de la noche para impedir que lo mirara.

En 1875, cuando Bismarck, tras amenazar a Bélgica, se revolvió contra Francia, Disraeli escribió a lady Chesterfield: «Bismarck es, en verdad, un nuevo Bonaparte, y habrá que ponerle un freno».

Y por la intervención de Disraelí, Bismarck hubo de batirse en retirada, lo mismo que Napoleón en Waterloo obligado por el duque de Wellington.

**«SEÑORA, MANOS BLANCAS NO OFENDEN»**

*(Calomarde)*

Mientras los españoles luchaban tan gallardamente contra los franceses por su rey Fernando VII, la conducta de este monarca en su cautiverio no correspondía a tantos dolores y sacrificios; pues no sólo abdicó a favor de Napoleón la Corona de España, sino que le felicitó por alguna de

sus victorias y por haber dado a su hermano el cetro de dos mundos.

En una carta escribía al emperador francés:

«Doy muy sinceramente en mi nombre y el de mi hermano y tío a V. M. I. y R. la enhorabuena de la satisfacción de ver instalado a su hermano el rey José en el trono de España».

Al mismo tiempo Fernando VII disputaba con su padre sobre el derecho a reinar, ocurriendo entre Carlos IV y su hijo escenas que indignaban a Napoleón, árbitro de tales discordias. Decía éste, refiriendo las riñas:

—A los reproches del rey Carlos, vino a unirse la reina, que estalló en amenazas e invectivas contra su hijo Fernando, acabando por pedirme que le hiciera subir al patíbulo. ¡Qué mujer! ¡Qué madre! Verdad es que estoy seguro de que su hijo Fernando no vale más que ella.

En efecto, desde muchacho había revelado Fernando VII la perversidad de su carácter. Siendo príncipe de Asturias y hallándose en El Escorial trató de arrancar a quienes le dieron el ser, no sólo el cetro, sino también la vida. Así lo declaró Carlos IV en un manifiesto que dio al país para notificarle la detención y el procesamiento del heredero de la Corona.

Fernando VII, una vez perdonado, publicó también una carta en la que decía:

«Estoy muy arrepentido del grandísimo delito que he cometido contra mis padres y reyes».

A pesar de que los españoles sabían todo esto, recibieron a su rey Fernando VII con transportes de júbilo indescriptible, y le dieron el nombre de *Deseado*.

Pero el monarca, aunque al recobrar el cetro había dicho (en un manifiesto al país) que aborrecía el despotismo y se proponía marchar por la senda constitucional, apenas pisó el territorio español disolvió las Cortes, procesando a todos los diputados, aboliendo el régimen constitucional y restableciendo la Inquisición.

Los defensores de la Constitución conspiraron para restablecerla; si bien todas sus tentativas salieron frustradas y ocasionaron muchas víctimas. Entre las más destacadas y notables se cuentan Mina, Lacy, Porlier, Vidal, Torrijos, La Bisbal y Riego.

Cierto día, el célebre Martínez de la Rosa anunció a Fernando VII su propósito de substituir la Constitución de 1812 por otra más autoritaria en la

que se establecía un segundo cuerpo colegislador, el Estamento de Próceres.

— ¿Cómo? —exclamó el rey—. ¿Dos Cámaras cuando no podemos con una? ¡Jamás!

Conociendo Fernando VII el estado moral de España en los últimos momentos de su reinado, solía comparar éste, humorísticamente, con el contenido de una botella de cerveza.

—A esa botella —decía— mi vida le sirve de tapón, el cual saltará con estrépito cuando yo muera.

Entretanto, había nacido la princesa Isabel. Y para que pudiera reinar, derogó su padre la Ley Sálica, falleciendo poco después. Con su muerte, «el príncipe borrón de nuestra historia», como le llamó Espronceda; o «el chispero infame y manolo indecente», cual le calificó Castelar, dejó a España en apurada situación.

Efectivamente, sintiéndose el rey Fernando VII gravemente enfermo, los partidarios del antiguo régimen le «arrancaron» la firma para un decreto por el cual se restablecía la Ley Sálica. Sin embargo, el decreto no llegó a ver la luz pública, porque a tiempo se descubrió el engaño.

La infanta Doña Luisa Carlota de Borbón, hermana de la reina y mujer de ánimo varonil, tuvo noticia de que el astuto ministro Tadeo Calomarde intentaba poner a Carlos V en el trono de España. Y ni corta ni perezosa arrancó en la regia alcoba, a Calomarde, el codicilo que había obtenido del rey para que el infante Don Carlos fuera heredero de la Corona.

Y es fama que Doña Carlota, después de hacer pedazos el importante documento, estampó un sonoro bofetón en la cara del ministro carlista. Calomarde, acariciándose el rostro dolorido, se limitó a decir sonriendo:

—Señora, manos blancas no ofenden.

A la muerte de Fernando VII se encargó de la regencia Doña María Cristina de Borbón (en nombre de su hija Doña Isabel II), a quien disputó el trono su tío el infante Don Carlos, estallando la guerra civil.

En los comienzos de la «guerra carlista» sucedió el hecho siguiente, de naturaleza cómica, realizado por Cabrera, apodado el Tigre del Maestrazgo:

Una mañana se presentó el caudillo carlista en Villafranca del Cid con algunos de los suyos, a los que había hecho vestir uniformes aprehendidos a los liberales en una batalla reciente. Entrado que hubo en Villafranca, llamó al alcalde y le dijo:

—Os invito a que convoquéis a los milicianos para marchar juntos en busca de los carlistas.

Una vez reunidos, Cabrera les dirigió la palabra, diciéndoles:

—No les he engañado a ustedes al mandar que se reuniesen para perseguir a los carlistas. Aquí estamos, yo soy Cabrera. Empecemos, pues, el combate. Pero si ustedes quieren, si lo creen prudente, entréguenme las armas y vuelvan a sus faenas.

Ni que decir lime que optaron por lo último.

Otro día, enterado Don Carlos de Borbón de que, con motivo de su manifiesto de Abrantes, el gobierno de Cea Bermúdez le declaraba conspirador y usurpador del trono, secuestrando sus bienes, se refiere que exclamó:

—Quedo enterado. Veremos quien tiene más derecho: yo también usaré de los míos.

Por su parte, al regresar desde La Granja la reina Gobernadora María Cristina, su hija Isabel II, la reinecita de seis años, que por primera vez oía gritos hostiles, preguntó a su madre:

—Dime, mamá, ¿por qué no haces disparar el cañón?

En la mencionada guerra carlista, durante la acción de Galarreta, el jefe isabelino Espartero avanzó con tal impetuosidad sobre el enemigo, que Córdoba, entonces general en jefe del ejército liberal, partido acaudillado por O'Donnell, para detenerlo en su marcha envió a dos ayudantes con la orden:

—Si es necesario —les dijo—, agarradle los faldones de la levita.

En otra ocasión, hallándose el general Narváez en territorio aragonés persiguiendo y a punto de completar el copo de la partida carlista del *Organista*, recibió una Real Orden del nuevo gabinete Calatrava, en la que se le mandaba:

«...Os pondréis inmediatamente en marcha para Castilla la Nueva, amenazada por Gómez, pues va de provincia en provincia paseando la bandera del Pretendiente Don Carlos...».

Por este motivo, dejando la persecución del *Organista* y sus hombres, Narváez tuvo que emprender la marcha para el nuevo destino. Y al realizarlo, es fama que dijo:

—Esta facción sí que puede decir que vive de «real orden».

En agosto de 1836 tuvo lugar una sublevación militar, promovida en la Granja por el sargento Higinio García, con otros dos de su clase llamados Alejandro Gómez y Juan Lucas, que obligó a la reina Gobernadora María Cristina a restablecer la Constitución de 1812.

Durante los sucesos de 1840 en Barcelona, que motivaron la renuncia de María Cristina a la Regencia, recibió ésta la visita del jefe político de la ciudad, que le dijo:

—No tema escenas deplorables. Sólo se trata de una agresión como la de La Granja, con la diferencia de ser obra de generales en vez de sargentos.

### **«CREÍA TENER MÁS HONDAS RAÍCES» EN ESTE PAIS»**

*(Isabel II)*

En 1843, al ser declarada mayor de edad doña Isabel II, desapareció de las esferas del Poder el partido progresista.

Durante un breve período presidía el Gobierno Espartero y ocupaba la cartera de Guerra O'Donnell. Dispuesto este general a terminar con la revolución, expuso, en Consejo de ministros, su propósito de reprimir los constantes alborotos de los radicales exaltados. El ministro Escosura se opuso y, entonces, O'Donnell, con Escosura, dimitió. Espartero, confiando en la reina, acudió a palacio y dio cuenta de la crisis. En aquel momento acompañaban al héroe de Luchana el ministro de la Guerra, y Escosura.

Isabel II admitió a Escosura la dimisión y ratificó a O'Donnell en su puesto.

—Me voy con el beneplácito de Vuestra Majestad —exclamó el ministro dimitido.

Espartero, que había creído contar con el apoyo de la reina, entendió el juego, y, cogiendo del brazo a Escosura, dijo con acento dolido:

—Espere usted, que nos vamos juntos.

Aquel mismo día, O'Donnell fue nombrado presidente del gabinete.

Cierto día el ayudante de O'Donnell, al penetrar en el despacho del general, encontró a don Leopoldo agitadísimo, paseándose por la habitación con visibles muestras de contrariedad y desesperación. Acababan de comunicarle que Prim conspiraba.

—Vaya usted —le dijo al ayudante— a casa de Prim y préndalo.

Salió O'Lauvar con el general Echagüe en dirección al domicilio del famoso general de Reus. Les recibió un criado.

—El general Prim —les dice— está de caza.

Y no mintió. «El general Prim —comenta el marqués de Lema— estaba de caza... de regimientos.»

El general Narváez, que ostentaba el título de Duque de Valencia, ocupó varias veces el poder. Hallándose en París, fue instado por el partido conservador para que se hiciera cargo del Gobierno. Apremiado por los ruegos de Pidal y otros amigos, les escribió diciéndoles que, a pesar de haber jurado no volver a ser ministro, lo sería cuando las circunstancias lo demandasen.

Ponía una singular condición para ello: «Aseguro que en España no se puede gobernar con blandura, sino a palos. Por ello pido carta blanca para empuñar el garrote y pegar firme».

A raíz de la Noche de San Daniel, memorable en los anales históricos, cansado Narváez de aguantar motines y revueltas, esperó uno de los días a los manifestantes en la acera de Gobernación. Cuando el tumulto era mayor, el general se encaró con los revoltosos y les gritó:

Las personas honradas, a su casa; los pillos y granujas, que se queden aquí a entendedselas conmigo.

La manifestación quedó disuelta en el acto.

Durante el período dictatorial de Narváez en el poder, la raíz de los sucesos revolucionarios que ocasionaron la pérdida del trono por Luis Felipe de Orleans, en Francia tuvo precisión el general de luchar con diferentes enemigos.

Entre éstos se hallaba el embajador inglés Bulwer, empeñado en alentar a todos los descontentos e intervenir en cuantas conspiraciones se urdían en nuestro país, por lo que su presencia en Madrid se hacía francamente insufrible para todo gobierno.

Antes de tomar ninguna determinación, Narváez optó por pedir al *Premier* británico lord Palmerston la retirada del intrigante y entrometido representante y que enviase otro, súplica que fue desatendida. Nueva petición al gabinete inglés y aun al propio embajador Bulwer, la cual también quedó sin respuesta.

Al fin, después de diversas asonadas contenidas y en las que la opinión pública designaba a Bulwer como promotor de las mismas, el general Narváez, agotada la paciencia, expulsó al embajador inglés de modo brusco, dándole sus pasaportes y obligándole a salir de Madrid en el plazo de veinticuatro horas.

El rumor popular añade que, al tiempo de expulsarlo, le propinó un fuerte puntapié en «discreto lugar». Y se dice que la medida del general fue muy popular y celebrada en España entre todos los partidos políticos existentes en aquellas fechas.

Después de la expulsión del embajador inglés Bulwer, un amigo de confianza preguntó a Narváez:

— ¿Qué vas a hacer con el banquero Salamanca?

A lo que respondió el general:

—Ese no es pájaro de cuenta. Es muy *salao*. Y aunque me ha hecho rabiar mucho, soy flaco, le quiero... Pero no se lo digas, porque en seguida me vendría a proponer «un negocio gracias al cual vamos a dar a España muchos millones».

Por cierto que, durante la difícil situación que atravesó la Hacienda española en la legislatura de 1849, se celebró una junta de acreedores en la que uno de ellos dijo con ironía, refiriéndose a Narváez:

—España es grande, poderosa, cuenta con hombres eminentes... Puesto que Cristóbal Colón descubrió América, ¿por qué alguno no descubriría el modo de que cumpliese sus sagradas obligaciones?

Narváez contestó, sin titubear

—Cristóbal Colón descubrió América porque había una América; pero nosotros no podemos descubrir el dinero, porque no lo hay.

En otra ocasión, anunciada la formación de un ministerio relámpago, toda la opinión pública se manifestó unánimemente contra el nuevo gabinete, lo que motivó que la reina Isabel II llamase apresuradamente a Narváez para reconstituir su ministerio. Al presidente del efímero gabinete, Cleonard, le arrojó Narváez de la cámara regia después de firmar su separación del cargo, diciéndole en tono humorístico:

—Puede Vuestra Excelencia retirarse a descansar de sus fatigas.

Poco después el gobierno de Narváez presentó a la Cámara los presupuestos, al mismo tiempo que solicitaba autorización para que rigiesen



desde 1.º de enero.

Al discutirse la autorización, Donoso Cortés pronunció un discurso atacando al gobierno. Le contestó Martínez de la Rosa que, con sus discreteos, creyó cándidamente haber derrotado a aquel adversario. Y satisfecho dijo a Narváez:

—La victoria ha quedado de nuestra parte.

A lo que el general repuso:

—Pues será usted el que la disfrute, porque yo esta misma noche presento mi dimisión a la reina.

Y así ocurrió. El famoso discurso del no menos célebre Donoso Cortés provocó la dimisión de Narváez como presidente del gobierno, a pesar de los esfuerzos de Pidal y del conde de San Luis para que desistiera de su resolución.

—Yo he nacido —exclamó el duque de Valencia— para patear frente a frente con mis enemigos y no para recibir balazos por la espalda.

Durante el golpe de Estado de O'Donnell, jefe del partido liberal, Alonso Martínez acudió a palacio para informar al general de que era inminente la batalla con la milicia nacional. Y hasta se afirma que añadió, dirigiéndose a Isabel II:

—Vuestra Majestad verá lo que conviene, y si está o no a tiempo de retroceder, pues es lo cierto que Vuestra Majestad se juega la Corona y nosotros la cabeza.

— ¿La Corona? —repuso la reina—. Para llevarla sin dignidad prefiero no tenerla; adelante.

Sin embargo, la reina trató, siguiendo el consejo de Córdoba, de salir de Madrid, refugiándose en Aranjuez. Mas en aquel momento el marqués de Turgot, embajador de Francia, recomendó a Isabel II:

—Señora, los soberanos que abandonan su palacio los días de revolución, jamás regresan a ellos.

Y la convenció.

No había pasado mucho tiempo cuando la reina pasó recado al general O'Donnell de que podía presentar su dimisión. Refiérese que, después de haber dado este paso, Isabel II fue visitada por Alonso Martínez, reconviniéndola por su resolución, por lo que ella dijo al gobernador de Madrid:

—Pide a Dios, como yo pido, que me saque con bien de lo hecho.

A lo que el célebre político y jurisconsulto replicó:

—Señora, esas plegarias no llegan al cielo.

Antes de dimitir O'Donnell, Alcalá Galiano combatía en el Congreso al gobierno de don Leopoldo. Y utilizó en su discurso este ejemplo:

«En una feria de remoto país —dijo el orador—, vi a cierto hábil domador de fieras y otras alimañas, quien, en una gran jaula, tenía encerrados multitud de animales de la más encontrada especie y opuesta condición que pueda imaginarse.

»Sin el prestigio y seguridad del domador, y temerosas del castigo que se les daba (o sin el alimento de recibían) los animales se hubiesen separado huyendo unos de otros, o se hubiesen arañado, herido y hasta devorado, sin compasión. Pues bien, merced al domador, a su látigo y a la ración que les daba, el perro, el gato, el lobo y el cordero, el milano y la paloma, la garduña y los pollos, y otros seres por el estilo, todos vivían en paz y buena armonía dentro de la jaula, donde el domador los exhibía y sobre esa jaula tenía colocado un rótulo que rezaba: "La familia feliz"».

Aludiendo al cuento referido por O'Donnell y a la Unión Liberal, dicho partido en lo sucesivo fue llamado así: «la familia feliz».

Durante el mencionado período nuestras armas dirigidas por O'Donnell, Juan Prim y otros prestigiosos caudillos, adquirieron fama y gloria en la guerra de Africa, cuyas principales jornadas fueron la acción de los Castillejos, la toma de Tetuán y, finalmente, la batalla de Wad Ras, que impusieron la paz de este último nombre.

Al declararse la guerra de Africa, motivada por insultos hechos a nuestro pabellón en las cercanías de Ceuta, pronunció Doña Isabel II unas palabras, que se grabaron luego en medalla conmemorativa:

—Que se vendan todas mis joyas, si es necesario al logro de tan santa empresa. Y que se disponga, sin reparo, de mi patrimonio. Disminuiré mi fausto: una humilde cinta brillará en mi cuello, mejor que hilos de brillantes, si éstos pueden servir para defender la honra de España.

Se cuenta que durante la acción de los Castillejos, arrollados los españoles por la superioridad numérica de los enemigos, comenzaban a ceder, abandonando las mochilas que habían dejado en el suelo para combatir más desembarazadamente, y el valiente general Prim, cogiendo la bandera española, los detuvo, enardeciéndoles:

—Soldados, esas mochilas son vuestras y podéis abandonarlas. ¡Pero ésta es la bandera de la Patria! Yo voy a meterla en medio del enemigo. ¿Permitiréis que el estandarte de España caiga en poder de los moros? ¿Dejaréis morir solo a vuestro general?

Y, picando espuelas a su caballo, se abalanzó impetuosamente contra los marroquíes; pero no avanzó solo, sino seguido de todos sus soldados, que electrizados con tan brillante arenga, le aclamaban frenéticamente, y dieron a España el más esplendoroso triunfo.

Por ésta y otras hazañas, Don Juan Prim fue nombrado Marqués de los Castillejos, Conde de Reus y Duque de Prim.

Sin embargo, el final del reinado de Isabel II estaba ya cerca. Durante una sesión se discutía en el Parlamento el reconocimiento del reino de Italia. Se oponían las derechas a todo contacto con el gobierno italiano. Aparisi y Guijarro, en un inspirado párrafo de su intervención en el debate, pronunció estas frases que causaron enorme sensación en la Cámara:

—Adiós, mujer de York, reina de los tristes destinos...

Aludió claramente a Isabel II. Y tan gran resonancia produjeron estas palabras que un diputado liberal auguró:

—Este discurso pudiera decirse que es la última profecía.

Y como profecía se conoció, en la historia parlamentaria, la oración de Aparisi y Guijarro.

Poco antes había vaticinado lo mismo Donoso Cortés, cuando anunció en las Cortes:

—El destino de los Borbones parece ser alentar a la revolución y morir a sus manos... ¡Ministros de Isabel II, yo os pido que libertéis a mi reina y vuestra reina del anatema que pesa sobre su raza!

En 1868, al triunfar los elementos revolucionarios en la batalla de Alcolea, la reina Isabel II se hallaba veraneando en San Sebastián. Advirtiendo que toda la nación estaba alzada contra ella, abandonó el territorio español, internándose en Francia. Al contemplar la desbandada de los que consideraba sus más leales amigos, dijo, llorando:

— ¡Creía tener más hondas raíces en este país!

De tal cariz acabó su reinado. Poco después, Isabel II abdicaba la Corona en su hijo el príncipe Don Alfonso XII, que, por ser entonces menor de edad, quedaría bajo la tutela de un Regente.

## «SI YO TUVIERA OTRA CARA NO USARÍA ÉSTA»

(*Lincoln*)

La elección presidencial, en 1860, de Abraham Lincoln, abolicionista acérrimo, señaló prácticamente el principio de la guerra civil norteamericana. Lincoln, hombre de clara visión, había comentado antes de ser elegido:

Ningún campesino puede arar sus tierras con un par de caballos que tiren en direcciones opuestas. Tampoco nuestro país puede vivir siempre mitad esclavo y mitad libre. Día llegará en que la nación se incline absolutamente hacia un bando u otro. Con sus palabras quedaba definida la política del nuevo presidente: unidad de la nación por encima de todo. Pero la conflagración armada estalló poquísimo después, en la primavera de 1861. Se ha dicho que lo que Dios le negó a Lincoln respecto a su físico se lo compensó dotándolo de un notable sentido del humor. Tanto en las buenas épocas como en las malas tenía el gracejo a flor de labio. Y explicó así su fealdad excesiva:

Cuando yo tenía dos meses de edad era el chico más mono de Kentucky: sin embargo, mi nodriza, que era negra, me cambió por otro chico por darle gusto a una amiga suya que iba río abajo con su crío, bastante feúcho por cierto.

En una reunión, hablando ante un grupo de redactores de periódico en Bloomington, les dijo:

—Me siento ahora como me sentí una vez que me encontré de manos a boca con una dama, paseando a caballo por el bosque. Cuando refrené mi cabalgadura para darle paso, ella, mirándome fijamente, me espetó:

—Jamás he visto un hombre tan feo como usted.

—Señora —le respondí—, quizá tenga usted razón, pero yo no tengo la culpa.

—Claro que usted no la tiene..., pero hubiera podido quedarse en casa.

En realidad, no existe sino un retrato de Lincoln que lo muestre sonriendo. Para la mayoría de nosotros es la figura taciturna y melancólica del monumento consagrado a su memoria en Washington. Sin embargo, Lincoln no fue sólo el primer magistrado, «sino el primer chistoso de su país», como le llamó el «Saturday Review», de Londres.

Lincoln convirtió el humorismo en su baluarte; su antídoto contra la aflicción o el desastre. Muchas veces se le veía a medianoche —alto, flaco, desgarbado, con su holgada camisa de dormir— recorriendo la Casa Blanca en busca de alguien que estuviese aún despierto para contarle algún cuento gracioso que acababa de leer. Y se dice que «el relincho del caballo salvaje en su nativa pradera no era más espontáneo que la risa de Lincoln».

Las anécdotas que refirió ingeniosamente Lincoln llenan varios volúmenes; son casi tan numerosas como las que se han contado de él. Al referirse a su propia persona le gustaba relatar el cuento de las dos damas que discutían el posible resultado de la guerra civil.

—Yo creo —decía una— que Jefferson Davis —presidente del Sur rebelde— triunfará porque es un hombre que reza.

—Lincoln también es un hombre que reza —afirmó la otra.

—Sí, pero cuando reza, Nuestro Señor cree que se está chanceando.

El 15 de abril de 1837 Lincoln se instaló en Springfield, estado de Illinois, donde comenzó a ejercer la profesión de abogado. Tenía entonces veintiocho años. Cinco después, en noviembre de 1842, se casaba con María Todd.

Cierto que Lincoln ganó gran reputación como abogado, si bien lo que le dio fama, en el circuito judicial, no fue tanto su pericia en los tribunales como sus chistes y cuentos.

—Señores del jurado —comenzó diciendo Lincoln, al abrirse la prueba de un proceso contra un joven oficial—, se acusa aquí a un soldado por haber atacado a un anciano.

El acusado lo interrumpió, indignado,

—Señor abogado, no soy soldado, sino oficial.

—Perdone usted —respondió Lincoln—. Señores del jurado: se acusa aquí a un oficial, que no es soldado, por haber atacado a un anciano.

El juez Davis, ante quien se celebraron centenares de casos, era uno de los que más apreciaban el ingenio de Lincoln.

—Siempre se esperaba con interés su presencia en la sala de audiencia —decía el citado juez—, y jamás dejó de causar regocijo e hilaridad. Su vena humorística era inagotable.

Cuando la sesión se hacía tediosa, Davis «picaba» a Lincoln para animar las cosas. Un día, el juez Davis presentó ante el tribunal un

larguísimo alegato, escrito por un abogado que gozaba fama de perezoso. Y enseñándoselo a Lincoln, le dijo:

—Sorprendente, ¿verdad?

—Sí —respondió el aludido—. Parece el sermón de un cura que conocí. Era tan holgazán que cuando se ponía a escribir sus sermones la pereza no lo dejaba parar.

Lincoln solía contar la historia de un maestro mal pagado que dijo a sus discípulos:

—Si cada uno me traéis mañana un huevo, yo os enseñaré la forma cómo Colon hizo que se sostuviera sobre una punta.

Y tras una breve pausa, agregó:

—Los que no puedan traer un huevo, que traigan una loncha de jamón.

A raíz de la muerte de un político de Illinois, muy vanidoso él, hablaba Lincoln de la mucha gente que había concurrido a los funerales y comentaba:

— ¡Vaya! Si el pobre hubiera sabido qué gran entierro le íbamos a hacer, seguro que se hubiera muerto hace años.

En 1846, Lincoln fue candidato al Congreso en lucha contra Pedro Cartwright, famoso pastor metodista. Durante la campaña electoral, Lincoln acertó a entrar en una capilla donde el reverendo Cartwright terminaba un furibundo sermón con las palabras:

— ¡Todos los que deseen vivir una vida ordenada, quieran llevar el Congreso a un hombre de bien e ir al cielo, pónganse de pie!

Todos se levantaron, menos Lincoln.

—Y ahora —tronó el predicador—, ¡todos los que no quieran irse de cabeza al infierno, pónganse de pie!

Lincoln permaneció sentado tranquilamente.

Al ver su conducta, Carwright gritó furioso:

— ¿Cómo se entiende esto, señor Lincoln? Si no quiere ir al cielo ni tampoco al infierno, ¿a dónde quiere ir?

Lincoln se levantó lentamente y tomó su sombrero.

—Al Congreso —dijo—, si usted no dispone otra cosa.

Y abandonó la reunión.

Lincoln ganó las elecciones por una decisiva mayoría. Ya en el

Congreso, se opuso a la guerra contra Méjico. Declaró que quienes pretendían probar que la guerra no era un acto de agresión procedían lo mismo que aquel granjero de Illinois que dijo:

—Yo no soy codicioso, ni tengo ambición de poseer tierras. Las únicas que quiero son las que lindan con la mía.

Los famosos debates Lincoln-Douglas tuvieron lugar en 1858, año en el cual Abraham Lincoln y Stephen Douglas se disputaron un asiento en el Senado de los Estados Unidos. Durante una serie de debates el inagotable buen humor de Lincoln le ayudó a vencer a su opositor y ganar adeptos.

Douglas trató de explotar el hecho de que Lincoln, en su juventud, había vendido whisky en una tienda de comestibles.

—Eso es cierto —le replicó Lincoln, impasible—. No obstante, en aquellos tiempos, el señor Douglas era uno de mis mejores parroquianos. También puedo decir que hace muchos años que yo dejé mi lado del mostrador, mientras que el señor Douglas todavía conserva el suyo.

En otra discusión, Douglas llamó a Lincoln «hombre de dos caras».

—Eso se lo dejo al buen criterio de quienes me escuchan —replicó Lincoln.

Y dirigiéndose al auditorio, agregó en tono burlesco:

— ¿Creen ustedes, señores, que si yo tuviera otra cara iba a usar ésta?

**« ¿PARA QUÉ ME HA PUESTO DIOS EN ESTE LUGAR? »**

*(Lincoln, presidente)*

Algunas semanas después de las elecciones a la Presidencia de los Estados Unidos, Juan Bunn se encontró con Salomón Chase que salía del despacho de Lincoln.

Bunn dijo después al Presidente:

—No creo que vaya a meter a ese tipo en su gabinete.

— ¿Por qué no?

—Porque se cree mucho más grande que usted.

— ¡Bah! —repuso Lincoln—. Si conoce usted a otros que se crean mejores que yo, avísemelo. Quisiera hacerlos mis ministros.

Cuenta el historiador Juan Bach McMaster que la primera vez que vio a Lincoln fue en una recepción en la cual los invitados pasaban frente al presidente, escoltados por recelosos guardas, que no los dejaban acercarse mucho. Cierta ciudadano, muy contrariado por no haber podido estrecharle la mano, blandió en alto el sombrero y gritó:

— ¡Señor presidente, yo soy del estado de Nueva York, donde todos creemos que Dios Todopoderoso y Abraham Lincoln van a salvar al país!

—Amigo —le respondió Lincoln—: usted tiene la mitad de la razón.

Al presidente le disgustaba mucho la tenaz insistencia del diputado Jerry Smith, quien lo asediaba continuamente con solicitudes de empleos.

Cierta día fue a visitarlo a la Casa Blanca una delegación de sacerdotes, y uno le preguntó:

— ¿Tenéis por costumbre invocar a Nuestro Señor, para pedirle auxilio y guía?

—Ciertamente —le respondió Lincoln—. Todas las noches rezo al acostarme. Pienso en mis responsabilidades y le pido a Dios fortaleza y buen criterio. En seguida miro debajo de la cama para ver si Jerry Smith no está allí con una solicitud de empleo. Le doy gracias a Dios por eso, apago la luz y me duermo.

Lo acosaba una delegación con el fin de que nombrara a su candidato representante diplomático en las islas Sandwich (Hawaii) y alegaban en su favor la circunstancia de que estaba enfermo y necesitaba un cambio de clima.

—Lo siento mucho, caballeros —contestó el presidente—, pero el caso es que hay otros ocho aspirantes al puesto, y todos ellos están mucho peor de salud que su candidato.

La persistencia de los empleómanos sacaba de quicio a Lincoln. Por tal motivo escribió a un jefe de sección:

«Este hombre desea trabajar; es un deseo tan poco común que creo que debe satisfacerse».

Juan Hay, secretario de Abraham Lincoln, describió lo siguiente sobre el amor y la caridad del presidente:

«Quienes estábamos a su lado luchábamos por cercarlo de barreras que lo defendieran contra las constantes interrupciones, si bien el mismo presidente era el primero de echarlas por tierra. Detestaba todo cuanto



pretendía interponerse entre él y el pueblo, que deseaba verlo.

»—Si algún vicio tengo, y vicio es, es no saber decir no. Gracias a Dios que no me hizo mujer. Aunque si me hubiese hecho mujer... y me hubiera dotado con los mismos encantos que hoy tengo supongo que nadie se hubiera atrevido a tentarme.»

Sabido es que los porteros de la Casa Blanca tenían la orden permanente del presidente de dejar pasar a cualquier mensajero que le trajera una petición para salvar una vida (por mucha gente que hubiera haciendo antesala) aunque tuvieran que aguardar el turno senadores y congresistas.

Algunos de nuestros generales —decía Lincoln— se quejan de que estoy relajando la disciplina del ejército con mis perdones y suspensiones de sentencias. Es que no saben el enorme descanso que me proporciona, después de un día de trabajo, encontrar una buena disculpa para salvar la vida de un hombre. ¡Con qué gusto me duermo pensando en la felicidad que, con sólo echar una firma, puedo proporcionarles a él, a su mujer, sus hijos y amigos!

Llegó a oídos de Lincoln la noticia de que cierto rapaz de catorce años había sido condenado a ser pasado por las armas. Inmediatamente le escribió al Secretario de Guerra, Stanton, insinuándole un castigo más apropiado:

«Señor Secretario: ¿No le parece a usted mejor que le diéramos unos azotes a ese muchacho malcriado... y lo mandáramos a su casa? Abraham Lincoln».

Cierta noche, el congresista William Kellogg entró en la Casa Blanca y, venciendo con súplicas la resistencia de los guardias, que no querían dejarle pasar, logró llegar hasta la alcoba donde dormía Lincoln.

—Ese hombre no puede ser fusilado mañana —exclamó—. No sé, ni me importa lo que haya hecho. Pero es mi vecino.

Lincoln oyó tranquilamente las súplicas de su antiguo amigo. Y en seguida le dijo:

—Pues, realmente, no creo que el fusilamiento le aproveche. Así que dame acá esa pluma...

Durante los trágicos años de la guerra, Abraham Lincoln encontraba alivio a su dolor dando expansión a su buen humor.

—Me río porque no debo llorar —decía.

Su gran provisión de anécdotas le ayudaba a mantenerse sereno bajo los ataques del público a que tan a menudo se vio sometido. Cuando un viejo amigo, de Springfield, le preguntó:

— ¿Cómo os sentís en la presidencia de los Estados Unidos?

Lincoln le respondió con una graciosa parábola:

—¿No has oído el cuento del hombre a quien le untaron de brea el cuerpo, se lo cubrieron de plumas y lo sacaron del pueblo amarrado a un palo que conducían dos hombres? Pues bien: cuando alguno de los mirones le preguntó si le gustaba, contestó: «Si no fuera por el honor que me hacen, preferiría caminar».

Un diplomático le censuró que calificara de aburrida cierta historia griega:

—El autor de esa historia, señor presidente, es uno de los intelectuales más profundos de este siglo. En efecto, hay razón para dudar de que otro hombre de nuestra generación se haya sumergido más hondamente en la fuente sagrada del saber.

—Ni que haya salido de ella tan seco —comentó Lincoln.

El general McClellan, jefe de las fuerzas del gobierno, con sus excesivas medidas de precaución, sacaba a Lincoln de sus casillas. Cierta vez un individuo del Norte solicitó un salvoconducto para ir a Richmond, la capital de los rebeldes, en Virginia.

—Mi querido amigo —le dijo Lincoln—: un salvoconducto que yo le dé no le serviría a usted para nada. Le puede parecer a usted muy extraño, pero hay mucha gente que, o bien no sabe leer, o tiene prejuicios contra los que llevan permiso mío. Verá usted: al general McClellan y a doscientos mil hombres más les he dado pases para ir a Richmond, y ninguno de ellos he llegado todavía.

El juez Baldwin, de California, solicitó del presidente un salvoconducto para visitar a un hermano que vivía en Virginia.

— ¿Se lo ha pedido al general Halleck? —le preguntó Lincoln.

—Sí, pero me lo negó de plano.

—Entonces tiene que ver al Secretario Stanton.

—Ya lo vi, y obtuve el mismo resultado.

—Pues, entonces, yo no puedo hacer nada. Porque usted debe saber que tengo muy poca influencia en esta administración.

El día de Año Nuevo de 1863, a mediodía, le presentaron a Lincoln para la firma la proclama de emancipación de los esclavos. Teniéndola a la vista sobre la mesa, el presidente tomó dos veces la pluma y la dejó de nuevo. Se volvió entonces a su Secretario de Estado, Guillermo Seward, diciéndole:

—He estado estrechando manos amigas desde las nueve de la mañana y tengo la derecha casi paralizada. Si mi nombre algún día pasa a la Historia, será por este documento en el cual he puesto toda mi alma. Si me tiembla la mano al firmarlo, quienes lo examinen en la posteridad podrán decir: «Vaciló».

Seguidamente volvió el cuerpo hacia la mesa, cogió nuevamente la pluma y muy despacio y con gran firmeza estampó su nombre: «Abraham Lincoln».

Poco antes de ésta efemérides se convocó con urgencia el gabinete de guerra a la Casa Blanca con el fin de celebrar una sesión especial. Lincoln estaba leyendo un libro. Al fin se dirigió hacia los reunidos y dijo:

—Caballeros, ¿han leído ustedes algo del humorista Artemus Ward? Permítanme leerles un capítulo muy gracioso.

Dicho esto, el presidente leyó en voz alta un articulillo burlón, hoy olvidado. El Secretario de Guerra, Stanton, no podía disimular su cólera y se preparaba a retirarse. Pero Lincoln seguía leyendo deliberadamente. Al terminar se echó a reír de buena gana y dijo:

—Caballeros, ¿por qué no se ríen ustedes? Dada la terrible tensión a que estoy sometido día y noche, si no tuviera de qué reír me moriría. Y ustedes necesitan de esta medicina tanto como yo.

Acto seguido alargó la mano a su sombrero de copa, que había colocado en la mesa frente a él, y sacó un documento al cual dio lectura. ¡Era la Proclama de Emancipación! Stanton estaba anonadado. Se levantó de su puesto y emocionado fue a estrecharle la mano a Lincoln.

—Señor presidente —le dijo—, si leer un capítulo de Artemus Ward es prelude de actos como éste, deberíamos guardar el libro en los archivos nacionales y canonizar a su autor.

Todo el mundo sabe que cuantas batallas daba el general Ulises Grant eran otras tantas victorias. En cambio, las dadas por los demás generales norteños, seguían ganándolas las tropas del Sur.

Esto despertó las envidias contra el general Grant, al que acusaban de

haber sido expulsado del ejército por borracho y de que aún continuaba emborrachándose a más y mejor. Queriendo deshonrado, un chismoso advirtió a Lincoln lo que ocurría. Y como viera que el presidente se interesaba por el chisme, agregó:

—El general Grant se emborracha con whisky.

—¿Sabe de qué marca es? —inquirió Lincoln.

—No lo sé, señor presidente. Pero puedo enterarme.

—Pues entérese y venga a decírmelo —le encargó Lincoln.

Y aclaró seguidamente:

—Es que pienso enviar algunas botellas de ese whisky a mis otros generales, para que ganen las batallas como Grant, ¿sabe?

Y se cuenta que Abraham Lincoln no llegó a hacer esto, quizá porque no supieron decirle la marca de aquel whisky maravilloso. Pero nombró a Ulises Grant general en jefe del ejército, con lo que el Norte triunfó definitivamente sobre el Sur.

Conquistada la capital de la Confederación, Richmond, por el general Grant, en abril de 1865, pocos días más tarde capitulaba el general sudista Lee con todas sus tropas. Había terminado la llamada Guerra de Secesión, y la unidad de Norteamérica quedaba asegurada.

Pero Lincoln pagó con su vida el amor a su patria. Cinco días después de restablecida la paz, hallándose el presidente en su palco de un teatro de Washington, un actor sudista fanático y medio loco llamado John Wilkes Booth disparó contra él y lo mató.

En el último Consejo de ministros celebrado el último día de su vida, Lincoln dijo al general Grant que tenía el presentimiento de recibir muy pronto noticias de gran importancia.

—¿Que le hace pensar en eso? —le preguntó Grant.

—Mi sueño de anoche. Desde que comenzó la guerra he soñado lo mismo cada víspera de un gran acontecimiento.

Y siguió contándole lo que vio en sueños: un barco navegando a velas desplegadas sobre el mar. Lo había visto ya antes de las batallas de Bull Run, Antietam, Gettysburg y otras.

El escritor Ward Hill Lamon, amigo de Lincoln, habla en su libro «Recollection of Abraham Lincoln» de un sueño que le refirió pocos días antes de su muerte.

Dice que había oído llantos en la Casa Blanca, y tratando de averiguar la causa, el presidente entró en el Salón del Este, en cuyo centro vio un catafalco al que varios soldados custodiaban.

— ¿Quién ha muerto? —preguntó.

—El presidente —le contestaron—. Le mató un asesino.

Tanto a Lamon como a la esposa de Lincoln impresionó fuertemente aquel sueño, si bien Lincoln procuró disipar sus temores mostrando su constante buen humor.

— ¿No ven ustedes el desenlace? —les dijo—. En ese sueño no fui yo, sino otro, el asesinado.

Y en seguida, como tenía por costumbre, les contó una historieta. Ese fue, realmente, su último cuento...

...puesto que la pistola del asesino John Wilkes Booth estaba ya cargada y lista. Sólo faltaba apretar el gatillo.

### III

## Del héroe de Castillejos a la Dictadura española.

« ¡O FAJA, O CAJA! »

*(Juan Prim)*

A causa de los desmanes ocurridos en la isla de Santo Domingo, en 1861 se envió una expedición a Méjico para pedir satisfacción, que se nos dio completísima, sobre los agravios hechos a nuestra bandera. El jefe de dicha expedición fue el general Juan Prim, Conde de Reus y Marqués de Castillejos, que en ella acreditó sus dotes de hombre de Estado.

A raíz de su actuación, Prim comprendió que se había malquistado con la opinión pública y con la del gobierno, y se apresuró a enviar mensajeros que informaran a la reina Isabel II acerca de la verdad de lo sucedido.

El gobierno dictó un decreto desautorizando le conducta del héroe de los Castillejos y con el cual se presentó O'Donnell en palacio para someterlo a la firma de la reina, pero con el propósito en el duque de Tetuán de no dimitir. En aquel momento salió a su encuentro el rey consorte, quien le dijo:

—Bien venido seas. La reina te espera impaciente. Suponemos que vendrás a felicitarnos por el gran acontecimiento de Méjico. Prim se ha portado como un hombre. Ven, ven, la reina está loca de contenta.

Y ya O'Donnell en su presencia, Isabel II, con su característica vivacidad, le manifestó:

— ¿Has visto que cosa tan buena ha hecho Prim?

Hay que advertir que los mensajeros que éste envió la habían informado con anterioridad de todo.

Y O'Donnell no exhibió el decreto que trataba de someter a la sanción real.

Juan Prim, soldado de una temeridad y arrojo sin par, contestaba

siempre a los amigos y parientes que le recomendaban que se comportara con prudencia:

— ¡O faja, o caja!

Con esta expresión quería significar su férrea voluntad de ceñir la faja de general o perecer en la lucha.

En cierta ocasión, Prim se hallaba de caza en los montes de Toledo cuando llegó a Madrid Salazar Mazarredo, portador de la carta en que Leopoldo de Hohenzollern aceptaba su candidatura al trono español.

Hubo de saberlo un diputado influyente, a quien, por otra parte, no se le podía ocultar, y cometió la indiscreción de decir:

— ¡Ya tenemos rey!

Ello bastó para que se averiguase y descubriese. Se hizo luz sobre la candidatura de Hohenzollern antes de que Prim volviese de los montes de Toledo. La noche que el conde de Reus llegó a Madrid, de regreso de su cacería, dos amigos acudieron a la estación del ferrocarril a recibirle, manifestando al general su satisfacción, como monárquicos, al ver que había candidato y aceptaba el trono. Prim se quedó atónito y los interrogó.

Le manifestaron seguidamente lo que sabía todo el mundo político, el nombre del candidato y su aceptación. El general frunció las cejas y, oprimiendo un guante que tenía en la mano, exclamó:

—Trabajo perdido; candidatura perdida... ¡Y Dios quiera que no sea esto sólo!

En efecto, se perdió el trabajo, la candidatura... Y la guerra entre Francia y Prusia se produjo a consecuencia de aquella indiscreción.

El martes 27 de diciembre de 1870, terminada la sesión de Cortes, el general Prim se acercó a un grupo de diputados, con los que conversó. Al despedirse, preguntó al más significativo federal de los que formaban el grupo:

— ¿Por qué no viene usted a Cartagena a recibir a nuestro rey?

El diputado contestó:

—Ya se le dispensará aquí un buen recibimiento, mi general.

—Procedan juiciosamente, porque yo tendré la mano dura.

—Mi general —respondió uno del grupo—, a cada puerco le llega su San Martín.

Al día siguiente era asesinado el héroe de Castillejos en la calle del

Turco de Madrid.

«MÁS VALE TENER HONRA SIN BARCOS...»

(Méndez Núñez)

En 1869, siendo presidente del Consejo de Ministros el general Prim, formó la Constitución democrática y proclamó rey de España a Don Amadeo de Saboya, hijo del rey de Italia Víctor Manuel II.

Al desembarcar en Cartagena el rey Amadeo se enteró del asesinato de quien le había ofrecido la Corona. Por eso lo primero que hizo el flamante monarca al llegar a Madrid fue ir a orar ante los restos mortales del héroe de los Castillejos.

Días después los reyes fueron objeto de un criminal atentado, cuyos autores, apostados en la calle del Arenal, dispararon sobre el carruaje en que iba Don Amadeo de Saboya con su esposa Doña María Victoria, quienes salieron milagrosamente ilesos.

Tanto entonces, como antes de aceptar el trono de España, demostró Don Amadeo que tenía valor. Un valor casi tan proverbial como el de los españoles. En efecto; por sabido se calla que entre españoles siempre hay valor. Conocido es el endecasílabo:

*Sois españoles, luego sois valientes.*

Un día hubo de celebrar Consejo Don Amadeo I, en que debía tomarse grave determinación. Todos los jefes y oficiales del cuerpo de Artillería habían dimitido colectivamente. El Gobierno vacilaba, dudando acerca de cómo tenía que aconsejarse al monarca.

Amadeo I, creyendo que tal vacilación era porque temían proponerle alguna determinación arriesgada, comenzó diciendo:

—Señores, sepan que a mí no me falta valor...

A lo que le interrumpió el famoso Manuel Becerra:

—Majestad: entre españoles, de valor no se habla.

Uno de estos valientes aludidos fue sin duda el glorioso Méndez Núñez.

En 1866, durante la segunda etapa del gobierno del general O'Donnell,



ocurrió la Guerra llamada «del Pacífico», por haberla sostenido nuestra escuadra en las aguas de dicho mar contra las repúblicas de Chile y el Perú, bombardeando a Valparaíso y El Callao.

El día del combate de El Callao (que se libró por extraña coincidencia en fecha de glorioso recuerdo: el memorable Dos de Mayo), habiéndose declarado un incendio a bordo de la fragata «Blanca, (o «Almansa», según otros), el general don Juan Topete, con un arranque espartano, gritó a los que corrían a apagar las llamas:

— ¡No mojéis la pólvora!

Otros dicen que quien pronunció estas hermosas palabras fue don Victoriano Sánchez Barcáiztegui, comandante de la fragata «Almansa», que luego murió gloriosamente, víctima de una granada carlista, en aguas de Bilbao, durante la segunda guerra civil.

Durante la citada Guerra del Pacífico todos nuestros marinos, bajo las órdenes del glorioso don Casto Méndez Núñez, conquistaron inmarcesibles laureles. El jefe de la escuadra inglesa trató de impedir el bombardeo de Valparaíso, amenazando con interponerse entre dicha plaza y nuestra flota, para hundirla.

Fue entonces cuando el ilustre Méndez Núñez pronunció las históricas palabras:

—España más quiere tener honra sin barcos, que barcos sin honra.

**«ANTES PREFIERO PERDER LA CORONA...»**

*(Alfonso XII «el Pacificador»)*

En 1874 el general Martínez Campos inició, en Sagunto, la restauración de la monarquía, proclamando rey a don Alfonso XII, en quien su madre Isabel II (según ya dijimos) había abdicado previamente le Corona.

Diez años después de su abdicación, negociando Isabel II con uno de los ministros de su hijo Alfonso XII las condiciones de su vuelta a España, previno:

—No me ocuparé de política salvo en el caso de que la religión católica fuese amenazada.

Alfonso XII, entretanto, fue inmediatamente reconocido y aceptado por toda la nación, ávida de orden y sosiego.

Se cuenta que en el palacio de Castilla, de París, ante la familia real y miembros de la nobleza, se celebraba el acto de abdicar sus derechos al trono doña Isabel II en favor de su hijo, Alfonso XII. Terminada la ceremonia, la reina, castiza y pinturera, se refugió, sofocada, en un sillón, al tiempo que exclamaba:

— ¡Qué peso se me ha quitado de encima!

Evidentemente, Isabel II tuvo muchos rasgos de ingenio. A fin de unificar la dinastía evitando las repeticiones de la guerra civil, se negoció el matrimonio del conde de Montemolín con la castiza reina. Esta contempló un retrato del candidato y como observase que padecía estrabismo, lo rechazó, con gesto de asco:

— ¡De ningún modo me caso yo con un bisojo!

Cierto día, ya en los últimos tiempos de su vida, Isabel II conversaba en su palacio de Castilla, de París, con León y Castillo, embajador de su nieto Alfonso XIII en Francia. Al referirse a su marido, don Francisco de Asís, dijo al diplomático:

— ¿Qué piensas de un hombre que tenía sobre su cuerpo más puntillas que yo?

En 1869 ocupaba el ingeniero don Práxedes Mateo Sagasta la cartera de Gobernación cuando recibió la visita de un amigo que, radiante de alegría, le mostró, como un hallazgo importantísimo, determinado número de cartas relativas a la destronada reina Isabel II al tiempo que le indicaba su decisivo valor para terminar con la dinastía destronada.

Cogió el paquete Sagasta, tomó al azar una carta, y, a medida que avanzaba en su lectura, la sonrisa se dibujaba en sus gruesos labios. No llegó al final, y con indiferencia comentó:

—Esto no tiene importancia, son cartas de amor escritas por una mujer apasionada.

Quedó asombrado el visitante, atreviéndose a replicar:

—Dice usted eso por no haberse fijado en quién las firma...

—Fírmelas quien las firme, he dicho y repito que no tienen importancia —contestó Sagasta.

Marchó defraudado el amigo. Y, apenas lo hizo, cuando don Práxedes

colocó las cartas en un sobre lacrado y, llamando a persona de su confianza, le comisionó para llevarlas a Pau y entregarlas a la ex reina Isabel II.

Años más tarde, restaurada la monarquía en la persona de Alfonso XII, llegó a Madrid Isabel II. Al acudir Sagasta, presidente del Consejo, a saludarla, le dijo la reina destronada:

—Al verte al lado de mi hijo te felicito y me felicito. Bien sabes que yo lo deseaba hace mucho tiempo... Siempre he sabido mostrarme agradecida a los favores que tú, con menos motivos que otros muchos, me han dispensado, y muy señalados.

Ya relatamos que por determinados políticos, Prim entre ellos, se patrocinaba la candidatura al trono de España del príncipe Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen. El ingenio español, ante la dificultad de pronunciar su apellido, le denominó jocosamente:

— ¡Olé, olé, si me eligen!

Restaurado Alfonso XII en el trono de sus mayores, Cánovas del Castillo, principal artífice de ello, dijo a Cristino Martos:

—Ya está echado el vino. Ahora hay que tomarlo.

Es fama que cuando se trató de hacer a Cánovas del Castillo Duque de Málaga, al enterarse el gran político dijo:

—Soy yo quien hace los duques.

Y rechazó la oferta.

Otro día, se elaboraba en las Cortes la Constitución de 1876. Los miembros de la comisión parlamentaria designada para la redacción del proyecto acudieron a Cánovas del Castillo en demanda de consejo sobre la definición de españoles.

— ¿Qué ponemos? —preguntaron.

—Pongan ustedes que los españoles son los que no pueden ser otra cosa —respondió el político.

También fue proverbial el ingenio de Alfonso XII. Al recibir el monarca a sus ministros o realizar algún viaje por alguna provincia española, solía decir humorísticamente:

—Vamos a ganar el sueldo.

El general Morriones, procedente del campo republicano y de ideas un tanto avanzadas, se presentó en cierta ocasión a Alfonso XII. Temía el general la presencia del rey, que conocía perfectamente los antecedentes

revolucionarios de Morriones, así que, al comparecer ante el soberano, exclamó:

—Señor, yo no puedo ocultar que he hecho toda mi carrera en la revolución.

—¿Qué era usted en 1868? —preguntó el rey.

—Capitán, Señor.

—Pues poca carrera ha hecho usted —replicó Don Alfonso—, comparándola con otros, y, sobre todo, con la mía. Yo, en 1868, era soldado raso y ahora me encuentro de capitán general.

Alfonso XII, después de conocer en Arcachon a su futura segunda esposa, María Cristina, que acudió acompañada de su madre, escribía lo siguiente:

« ¡Lástima —decía con su desenfado picante—, que gustándome más la madre, tenga que casarme con la hija!»

Cierto día, Alfonso XII y su buen amigo el duque de Sexto regresaban a palacio cerca ya del amanecer. Un desconocido, en estado de alcoholismo, los cogió del brazo dirigiéndoles varias bromas. Al cabo de un largo recorrido, y no pudiendo desprenderse de él, el duque de Sexto optó por revelar su personalidad. Y, despidiéndose del importuno borracho, le alargó la mano, diciéndole a la vez que se despedía:

—El duque de Sexto, en el palacio ducal.

Alfonso XII le imitó, expresando, ante el asombro del desconocido:

—Alfonso XII, en el Palacio Real.

Ante cuya actitud, el noctámbulo, después de meditar su respuesta, les dijo:

—Pues Pío IX, en el Vaticano; a mí no me dejáis chico.

Conocida es la dificultad de expresión con que tropezó la reina María Cristina a su llegada a España, lo que, unido a la falta de dominio completo del castellano y al carácter humorista de Alfonso XII, la colocó en varias ocasiones en situaciones desairadas.

Un día, el rey, después de haber conversado con sus ayudantes, dijo a la reina:

—He recibido noticias de la sesión que se celebra en el Congreso, y creo que Cánovas ha estado hecho un «barbián».

Como María Cristina le preguntase sobre el significado de la palabra,

el monarca le contestó diciendo:

—Quiere decir gran orador.

Al día siguiente, después de despachar con el rey, Cánovas del Castillo, como presidente del Consejo que a la sazón era, pasó a ofrecer sus respetos a la reina, a lo que ésta le dijo:

—Enhorabuena, señor presidente, ya sé que en la sesión de ayer en el Congreso estuvo hecho un barbián de mucha altura.

A lo que Cánovas replicó sonriendo levemente:

—Muy agradecido a Vuestra Majestad; sin embargo, el barbián no he sido yo, sino la persona que se lo ha indicado a Vuestra Majestad.

Y en otra ocasión, para manifestar su contento y el buen estado de salud, dijo María Cristina:

— ¡Estoy al pelo!

Otro día, un personaje (según refiere la infanta Eulalia), hombre de escasas luces y abundantes títulos, interrogó a Doña María Cristina de Habsburgo:

— ¿Dónde nació Vuestra Majestad?

—En Bohmen —respondió la reina, que no sabía decir Bohemia.

Y como el hombre no comprendiese, la soberana aclaró:

—Soy del país de Bohmen. ¡Gitana! —terminó, repitiendo el vocablo como un hallazgo.

Se divulgó la noticia, y algunos espíritus ingenuos encontraron raro que una gitana fuese coronada reina de España.

A don Alfonso XII se le dio el sobrenombre de *Pacificador* porque durante su reinado Martínez Campos extinguió, con el Pacto de Zanjón, la guerra que ardía en Cuba.

Poco después Alemania trató de disputarnos la posesión de las islas Carolinas; si bien la mediación del Papa evitó el conflicto entre aquella nación y la nuestra.

A todo trance procuró evitarlo el joven monarca español; pues presintiendo cuán desastrosa hubiera sido para nosotros una guerra con Alemania, hubo de decir, al parecer:

—Antes prefiero perder la Corona, que ver a mi patria empeñada en tal lucha.

Por estas fechas el conde Raczynski se hallaba como embajador de Prusia en España, quien sufría resignadamente la indiferencia que el ministro de Estado, marqués de Miraflores, mostraba por la grandeza prusiana.

Éste le dijo candorosamente:

—Estoy convencido de que los negocios importantes se tratan en Viena y no en Berlín.

El comentario determinó en el conde Raczynski su propósito firme de irse de España. Y al hacerlo manifestó:

—Dos cosas me asombran por su grandeza, aunque las veo a diario: el firmamento estrellado y la sencillez del marqués de Miraflores.

También el gran canciller Bismarck trataba de llevar a cabo sus ambiciosos sueños imperialistas, a los cuales Inglaterra procuraba frenar valiéndose de todas sus fuerzas y artimañas.

Se cuenta que lord Beaconsfield, primer ministro de Inglaterra, estando de visita en casa del príncipe Bismarck le preguntó:

— ¿Cómo hace usted para desembarazarse de los importunos que nos asedian constantemente a los hombres de Estado? ¿Cómo se los quita usted de en medio? ¿Cómo les da a entender el momento en que deben marcharse?

—Muy sencillo —comentó sonriendo Bismarck—. Mi mujer tiene para eso un golpe de vista admirable. Los conoce en seguida. Y cuando juzga que ya han estado bastante tiempo importunándome, me envía un recado diciéndome que me espera en palacio.

—Es muy ingenioso —comentó el ministro inglés.

En aquel instante se abrió la puerta y apareció un criado, que le anunció al príncipe Bismarck:

—Su Majestad espera en palacio para hablar a Vuestra Alteza.

Cada día aumentaba la intranquilidad que reinaba en las colonias españolas de ultramar. Durante la regencia de Doña María Cristina, estalló de nuevo en Cuba la guerra separatista iniciada en Baire, merced al apoyo de los Estados Unidos y a las provocaciones que tenían que motivarla.

Los héroes de esta contienda fueron el oficial español Neila, que, sin medios para resistir, dijo a los parlamentarios del enemigo que fueron a intimarle la rendición:

—Creí que venían ustedes para que les indultase.

Famoso fue también el soldado Eloy Gonzalo García, más conocido como el *héroe de Cascurro*, que con una cuerda amarrada a la cintura (para no dejar su cadáver entre los insurrectos) y una lata de petróleo en las manos prendió fuego a una casa que aquéllos ocupaban y desde la cual hacían terrible fuego sobre el fuerte de Cascorro.

Los Estados Unidos, pretendiendo que España reconociera la independencia de Cuba, ocasionaron el conflicto entre nuestra nación y Norteamérica, que no sólo llevó la lucha a nuestras Antillas, sino también al archipiélago filipino, ya en rebelión contra España, destruyendo nuestras flotas en aguas de Manila y Santiago de Cuba.

El combate de Cavite se registró en 2 de mayo de 1898 y el de Santiago de Cuba en 3 de julio del mismo año: fechas ambas de triste recuerdo, si bien cubiertas de gloria. La flota norteamericana fue tan superior a la nuestra por el número y la calidad de sus barcos, que los marinos españoles no pudieron sostener ventajosamente la lucha, inmolando heroicamente sus vidas en holocausto de la patria.

He aquí los nombres de varios de los héroes, en tal tragedia, que han pasado a la historia como prueba de que no se ha extinguido el indómito valor de nuestra raza:

*Lazaga*, comandante del «Oquendo», que pereció en su barco por no querer abandonarle, envolviéndose en su bandera, cual si fuese un sudario; el alférez de navío *Fajardo*, que viéndose con un brazo completamente cercenado por una bala, exclamó fríamente:

—No importa, aún me queda otro para la patria.

El guardiamarina *Saralegui*, quien llevado a la enfermería con ambas piernas destrozadas, preguntó al capellán que le auxiliaba a bien morir:

—Padre, ¿cree usted que he cumplido con mi deber?

Y, por último, el del *Condestable de Zaragoza*, que con el vientre abierto por la metralla pedía un pedazo de bandera española para cubrir su mortal herida...

« ¡QUÉ CONFLICTO! ¡Y CON ESTA TONTA...!»

*(Cánovas)*

Por primera vez intervenía en un debate parlamentario don Antonio Maura. Admirado de su oratoria, Cánovas preguntó:

— ¿Quién es ése?

El interrogado contestó:

—Maura, el cuñado de Gamazo.

—Pues me parece —replicó Cánovas— que muy pronto será Gamazo el cuñado de Maura.

Y acertó.

A Maura le molestaba un cliente precisamente a la hora en que don Antonio dejaba su bufete para ir a almorzar. La delicadeza impedía a Maura deshacerse del importuno, hasta que una mañana el cliente, después de aburrir a don Antonio con su conversación, preguntó:

— ¿Qué hora es, don Antonio?

—Hace ya rato que dio la hora de que me deje usted en paz —replicó Maura, ante el asombro de su interlocutor.

Cierto día paseaba Cánovas del Castillo del brazo de la embajadora alemana en un baile que se daba en la embajada. Varias señoras se acercaban a él e insistían en las peticiones que le tenían formuladas sobre diversos asuntos.

—Mucho deben de molestarle las señoras con tantas demandas, señor presidente —le dijo la embajadora.

A lo que Cánovas contestó:

—Señora, a mí no me molestan las mujeres por lo que me piden, sino por lo que me niegan.

Solicitó de Cánovas del Castillo un amigo íntimo la condecoración santiaguista. Cánovas indicó:

— ¿Pero tan mal le ha ido a usted de villano, que ya aspira a ser caballero?

Del carácter llano y jovial de don Alfonso XII se refieren muchas anécdotas. Cuando vino triunfalmente a España, uno de los alcaldes que



salieron a saludarle en su viaje de Valencia a Madrid, trató de dirigirle la palabra, si bien la emoción le impidió hablar. Entonces el rey le dijo, riendo:

—No se aflija usted, señor alcalde. Ya se conoce que usted y yo somos nuevos en el oficio.

Y en otra ocasión decía:

—Mi casa está hecha un infierno con la política; porque mi mujer es sagastina, mi hermano canovista y yo *republicano*.

Don Alfonso XII falleció en el Pardo, víctima de la tuberculosis, el día 25 de noviembre de 1885, exclamando al expirar:

— ¡Qué conflicto!

Fue encargada de la Regencia su viuda, doña María Cristina de Habsburgo, que dio a luz un hijo póstumo, proclamado luego rey con el nombre de Alfonso XIII.

Dícese que Cánovas del Castillo entró a orar en la cámara mortuoria donde acababa de expirar Alfonso XII. Al levantarse, dijo emocionado unas palabras, que pudo percibir perfectamente la reina viuda:

— ¡Vaya conflicto! ¡Y con esta tonta...!

Con el transcurso del tiempo, el propio Cánovas reconoció que aquella frase constituyó la mayor equivocación de su vida, y lo equivocado que estuvo en su apreciación.

Durante los tiempos alfonsinos don José Campo Sagrado desempeñaba el cargo de embajador en Rusia. Su propósito de dejar bien sentado el pabellón español en la corte de los zares le obligó a derrochar una fortuna.

Y envió a su hermano una fotografía en la que el insigne prócer aparecía embutido en ricas pieles, con la dedicatoria: «Para que veas cómo andamos por aquí».

El hermano del diplomático le remitió seguidamente otra fotografía en la que aparecía desnudo. A su pie se leía:

«Para que veas cómo nos has dejado por aquí.»

## «UNIÓN SOBRE TODO»

*(Bolívar)*

La emancipación de las provincias españolas de América Hispánica tuvo por principal caudillo y libertador a Simón Bolívar, que realizó campañas célebres en la América del Sur, asegurando definitivamente la libertad de su país con la victoria de Ayacucho, ganada por su lugarteniente Sucre.

Los dos más famosos caudillos de la independencia americana, Bolívar y el general San Martín, habían recibido en España su educación militar. Después de la liberación del Perú, de su territorio se separó a poco tiempo la parte sur de dicho país, que tomó por nombre «Bolivia», en memoria de las gestas de Bolívar.

Es un hecho digno de notarse que en toda la Era cristiana sólo dos grandes personalidades históricas, Colón y Bolívar, han dejado su nombre a naciones soberanas (Colombia y Bolivia); pareciendo natural que la república norteamericana se denominase Washingtia, y de análogo modo las restantes, exaltando la personalidad de quienes les dieron nacionalidad.

Los principales triunfos de Bolívar fueron: el de Somagoso, que dio por resultado constituirse Venezuela y Nueva Granada, en la República de Colombia; y el de Ayacucho, que aseguró la independencia de toda la América Meridional.

Poco después, como sus conciudadanos recelasen que aspiraba a la dictadura, dimitió, diciendo:

—Quiero asegurarme, después de la muerte, una memoria digna de la libertad.

Más tarde volvió al poder e intentó formar una gran confederación americana; mas viendo que su obra era destruida por las ambiciones que le rodeaban, renunció el mando y quiso expatriarse alegando:

—Me voy para que mi presencia no sea obstáculo a la libertad de mis conciudadanos.

Se cuenta que al derrotar Bolívar a La Torre en la llanura de Tinaquillo, no quiso aceptar el triunfo, y dijo:

—Un hombre como yo es peligroso en un gobierno popular. Deseo quedarme como simple ciudadano, para ser libre y que lo sean todos.

Simón Bolívar murió en su casa de campo el día 17 de diciembre de 1830. Sus últimas palabras fueron la recomendación:

—Unión, colombianos; unión sobre todo.

A Bolívar sus compatriotas le llamaban *el Libertador* por haber conquistado la independencia americana.

## « ¡SUBLEVACIÓN A ESTAS HORAS! »

(*Sagasta*)

A un ambicioso politiquillo le ofrecieron, cuando comenzó a actuar, un gobierno civil. Resuelta la crisis en favor de su jefe, se presentó en la casa del recién agraciado, con la presidencia del Consejo. Le saludó y un poco tímidamente le preguntó:

— ¿Qué gobierno se me adjudica, señor presidente?

—Huelva —entendió el pedigüño.

Muy satisfecho salió el novicio de la entrevista, y comunicó la noticia a sus allegados. Pero al día siguiente se publicaron los decretos y su nombre no figuraba en la lista. Asombrado de la omisión, se presentó en casa del presidente.

—Señor —le dijo—, me extraña que usted no haya cumplido su promesa.

— ¿Qué promesa? —exclamó el presidente.

—La de nombrarme gobernador de Huelva.

— ¿Pero cuándo he dicho yo eso? —replicó el presidente.

—Señor... al preguntarle dónde se me destinaba, me dijo usted bien claro: Huelva.

— ¡No, hombre, no! Fue una confusión de usted. Yo le dije en efecto: vuelva, y, sin duda, usted entendió Huelva. No, no; vuelva, que vuelva usted...

El autor de la frasecita fue don Práxedes Mateo Sagasta.

Evidentemente, Sagasta tenía un gran sentido del humor. Una de las veces ocupaba la presidencia del Consejo al ocurrir la sublevación de Badajoz en 1883, dirigida por Ruiz Zorrilla.

A las cuatro de la madrugada despertaron a Sagasta para comunicarle la noticia. El famoso político riojano, después de enterarse del suceso, exclamó, rascándose la barba:

— ¡Pero, hombre, sublevación a estas horas!

Alfonso XII tuvo feliz ingenio. En cierta ocasión recibió en audiencia a un coronel, cuya manifiesta juventud contrastaba con su albo cabello, por lo cual le interrogó sobre este particular.

Contestó el coronel refiriéndole lo ocurrido, que él explicaba por haber sentido súbito terror. Al parecer, en efecto, el joven jefe pasó a nado un río durante la campaña de Zoló, y de pronto sintió aprisionada la bota que resguardaba su pie. Rápidamente se dio cuenta de que un caimán le había alcanzado, y con notorio esfuerzo logró desasiese, poniéndose a salvo. Mas al llegar a su morada y mirarse en un espejo, observó que sus cabellos se habían vuelto completamente blancos.

Gustó al rey Don Alfonso la narración y felicitó el coronel vivamente por su sinceridad. Mas el militar era galante, y alguna de sus amigas le indicó la necesidad de poner a tono su cabellera con la edad. Quedó convencido el oficial, y por arte del tinte varió el color de su pelo.

Alfonso XII, dotado de feliz memoria, vio más tarde al coronel protagonista del suceso, recordó la narración, y, al contemplar la modificación en su cabello, le preguntó intrigado:

—Coronel, ¿le ha vuelto a morder a usted algún caimán?

Refiérese que la familia de Sagasta se hallaba intrigada al no conocer a determinado sujeto que almorzaba todos los días con don Práxedes y al cual nadie había presentado; ignorando todos su nombre, apellidos, estado social y condición.

Lo curioso era que aquel individuo se permitía infinitas libertades, pues daba consejos políticos a Sagasta y casi le tuteaba, encontrándose como pez en el agua, igual que si fuera persona de la casa.

Finalmente, la hija y el yerno de Sagasta, cansados de aguantar el desconocido, preguntaron a don Práxedes quién era tal sujeto, creyendo que se trataba de una antigua amistad, que tal vez procedente de la emigración, autorizaba tanta familiaridad y franqueza.

A lo que declaró Sagasta:

—Pues no sé quién es, ni a qué viene. Me figuraba que vosotros le conocíais.

Debatiendo Sagasta con Cánovas del Castillo e inculpándole por los «términos medios» del discurso de la Corona, exclamaba:

—Y por lo visto pretende Su Señoría resolver las dificultades de lo irreconciliable de esos extremos a la manera de aquellos dos personajes que, habiendo decidido presenciar juntos las fiestas de la Semana Santa, y ponderando el uno las excelencias de las procesiones de Madrid y exagerando el otro los esplendores de las solemnidades religiosas de Toledo, acordaron, después de larga discusión, como término medio, presenciar las festividades entre Pinto y Valdemoro.

A partir de entonces se hizo famosa la frase «entre Pinto y Valdemoro».

En 1881 criticaba Sagasta el estado a que habían reducido los conservadores la Hacienda pública, y decía:

—No puedo menos de acordarme de la situación desdichada en que se encontraba cierto cuerpo de ejército en campaña. Se veía en tan angustiada situación, pasaba tan grandes penalidades, que resultaba imposible continuar operando, por falta de dinero.

»De tal modo se presentaban las cosas cuando recibió la noticia (que corrió como un rayo por todas las filas) de que había llegado a casa del general un intendente con fondos. Soldados, oficiales y jefes, corrieron presurosos, y rodeando la casa gritaron:

»— ¡Viva el general! ¡Ya tenemos dinero, ya ha venido el dinero!

»El general se enteró por el intendente de que todo el dinero que llevaba no sumaba más de mil duros, y dijo:

»—Pues con esto no tengo para empezar; con tan exigua cantidad no puedo salir de apuros.

»A lo que replicó el intendente:

—Pues si con esas cinco mil pesetas no podemos salir de tan apurada situación, ya que nosotros también tenemos apuros personales, podemos repartírnoslas a cuenta de nuestros atrasos.

»Al general le pareció bien la idea, y se distribuyeron la cantidad citada. Sin embargo, como la algazara y el griterío de los soldados continuaba, el general salió al balcón y dijo:

»—Hijos míos, es verdad que ha venido el dinero...

»— ¡Viva el general! —le interrumpieron los de abajo.

— ...pero también es verdad que ha sido distribuido. Lo que ocurre es que sois insaciables.

## «DIOS NOS VE Y NOS GUÍA»

(*Botzaris*)

Durante la guerra por la independencia de Grecia, cabe reseñar la hazaña que inmortalizó al albanés Botzaris, el cual, sitiado en Missolonghi, por no entregarse hizo una salida desesperada con otros doscientos cuarenta patriotas sucumbiendo todos ellos, al tratar de romper la línea enemiga. Por lo cual se denomina a Botzaris *el Leónidas de la Grecia moderna*.

Se cuenta que durante la insurrección griega contra la Sublime Puerta, acudió un voluntario en socorro de Grecia y, hallando a Botzaris, le dijo:

—En mi patria se admira vuestro valor. Nuestros periódicos dan cuenta de vuestras grandiosas hazañas.

Botzaris respondió:

—También entre nosotros se escriben los hechos extraordinarios, y se graban en mármol los nombres de los cobardes.

La Asamblea Nacional envió a Botzaris el diploma de gobernador militar de Grecia occidental, pero habiendo averiguado que alguno le envidiaba el puesto, besó el documento y después lo rasgó en menudos pedazos, diciendo:

—De aquí en adelante escribiremos los diplomas con nuestra sangre. El que quiera merecerlos que venga a tomarlos conmigo a las tiendas de nuestro enemigo Mustafá.

A este respecto se refiere que el propio Botzaris ordenó el ataque a la tienda de Mustafá, encaminándose al campamento de éste seguido de los antes citados doscientos cuarenta suliotas de los más resueltos, con el objeto de sorprenderle. Y al comenzar el ataque les dijo:

—Si me perdéis de vista, encaminaos a la tienda de Mustafá, que allí me encontraréis. Dios nos ve y nos guía.

Y todos repitieron:

—Dios nos ve y nos guía.

A continuación se lanzaron arrojadamente en medio de los enemigos,

yendo Botzaris delante de todos, hasta que rodeado de cadáveres, cayó gritando:

— ¡Amigos, vengadme!

En Missolonghi sucumbió también el gran poeta inglés Lord Byron, que había ido a luchar por la independencia griega. Parece ser que Jorge Byron, hastiado de goces, decidió combatir en defensa de la libertad del país del arte, la belleza, la filosofía y la política. Aunque llevaba pocos secuaces y poco dinero, fue muy bien recibido, y dijo a Maurocordato:

—Si Grecia quiere ser como Valaquia y Moldavia, puede conseguirlo mañana; si como Italia, pasado mañana; si desea ser libre, es preciso que se decida hoy.

Lord Byron, al cambiar de postura en su lecho de muerte, pronunció unas palabras. Fueron las últimas del gran poeta romántico:

—Ahora voy a dormir,

## «ESTOS SON GAJES DEL OFICIO»

*(Alfonso XIII)*

La Regencia de doña María Cristina duró desde 1886 hasta 1902, año en que Don Alfonso XIII prestó ante las Cortes el juramento solemne de cumplir sus deberes de rey constitucional.

Se dice que las damas de María Cristina era todas señoras de edad madura y muy sobrias. A propósito de dichas damas, refiérese que siendo ya Alfonso XIII mayor de edad, recibió en audiencia a un príncipe marroquí, que se encontraba de visita en España.

El príncipe, después de rendir pleitesía a Su Majestad, pasó a saludar a la reina Cristina, con la que departió unos minutos. Al salir de la entrevista, alguien preguntó al moro sus impresiones del Palacio Real.

—Magnífico y suntuoso —respondió el marroquí—. Muy bello todo, pero, en verdad, el harén de Su Majestad deja bastante que desear.

Y ya hablando de las damas de María Cristina, referiremos la siguiente anécdota:

La tarde de jueves Santo era costumbre que la corte, a pie, siguiese al Santísimo, que se sacaba de la Real Capilla, y lo acompañaba hasta la Plaza

de Isabel II. Con motivo de esta procesión, un gran público se aglomeraba siempre en el trayecto, para ver de cerca a los miembros de la real familia. En la ocasión aludida un chusco, al pasar las damas de honor, exclamó en voz alta:

— ¡Vaya que son feas las damas de Su Majestad!

A lo que la condesa de Puñoenrostro, graciosamente y sonriendo, le respondió rápida:

— ¡Y bastante que lo sentimos!

La coronación de Don Alfonso XIII tuvo lugar el 17 de mayo de 1902. Cuatro años después, en 31 de mayo de 1906, se verificaba la boda del rey con la princesa Victoria Eugenia, perteneciente a la familia real de Inglaterra.

Cuando, verificada la ceremonia nupcial, regresaba la comitiva regia por la calle Mayor, desde un balcón el anarquista Mateo Morral arrojó una bomba, envuelta en un ramo de flores, al paso de la carroza real. Los reyes resultaron ilesos, pero la explosión causó gran número de víctimas entre las personas que presenciaban el paso del cortejo, y entre los soldados que cubrían la carrera.

Al regresar Alfonso XIII a palacio, después del atentado, fue interrogado con ansiedad sobre lo ocurrido, a lo que respondió el joven el monarca:

—Un anarquista. Éstos son gajes del oficio.

Durante los tristemente célebres sucesos de Annual, se cuenta que existía un hilo telefónico directo entre palacio y el Ministerio de la Guerra, demandando con frecuencia el monarca noticias sobre la marcha de las operaciones.

En cierta ocasión, el propio Alfonso XIII hizo la llamada. Existía en la centralita del Ministerio un grupo de soldados, gente de buen humor, y propicios a burlarse de cualquiera. Una vez descolgado el auricular por el soldado de servicio en la centralita, y toda vez que le pedían comunicación con el ministro, preguntó:

— ¿De parte de quién?

—Aquí el rey —dijo Alfonso XIII.

—Conque el rey, ¿eh? ¡Que te crees tú eso!

Y a continuación colgó. Transcurrido cierto tiempo, Alfonso XIII,



después de haberse enterado del muchacho que le había dado esta contestación, ordenó que acudiera a palacio para recibirle. El señor Fernández de Blas (de quien tomamos ésta y otras anécdotas) dice que es de suponer cómo llegaría de azorado el soldado a presencia del rey.

Después de suplicar el soldado que le perdonase, a cuyo hecho el monarca no concedió importancia, éste le dijo:

—Todo lo contrario, tu contestación me ha parecido muy ingeniosa. Prueba de ello es que pienso recompensarte. Torna este billete para que el domingo te diviertas.

El muchacho dudó, si bien, ante la orden del rey, alargó la mano para coger el dinero, momento en que Alfonso XIII le dijo riendo:

— ¡Que te crees tú eso!

Y acto seguido, rápidamente, guardó el billete en su bolsillo.

En vísperas de elegir Alfonso XIII a su compañera de trono, fue instado por los ministros al objeto de que se decidiera entre las diversas aspirantes al trono de España.

—Tienen ustedes mucha razón —manifestó muy serio el rey—. Indiscutiblemente debo decidirme antes que ustedes deciden por mí. Voy a bautizar mi nuevo balandro; es cuestión de muy pocos días. Llevará el nombre de la futura reina de España. La espera no será larga. Hasta entonces guárdenme el secreto.

Naturalmente, el secreto se divulgó con facilidad, con la consiguiente ansiedad curiosa de las gentes. El día escogido para botar el nuevo balandro, una inquieta multitud se apiñaba en el lugar escogido, ansiosa por conocer el nombre de la futura reina.

De pronto, la nave se deslizó en el mar. Uno de sus costados, y en letras de grandes trazos, exhibía lo siguiente: «Reina X».

Una salva de aplausos celebró el rasgo de ingenio de Don Alfonso.

Durante un viaje regio, Alicante aclamó a los soberanos. En el casino principal se celebró en su honor un baile de gala. Don José Canalejas, presidente del Consejo de Ministros en aquellas fechas, resbaló y cayó al suelo. Alfonso XIII acudió, solícito, a levantarlo y, brindándole la mano, le dijo:

—Don José, yo siempre le daré la mano a usted para que se levante.

Don Alfonso fue muy amigo de efectuar viajes por los más diversos

países. En cierta ocasión visitó París. Y, cuando en compañía del presidente de Francia, Mr. Loubet, regresaba desde el teatro de la ópera al Quai d'Orsay, una bomba de gran potencia estalló entre las ruedas del carruaje.

El rey de España se levantó con rapidez, preguntando al presidente:

— ¿De qué lado han tirado, del de usted o del mío?

—Del mío —contestó tembloroso Mr. Loubet.

—Lo lamento muy de veras, señor presidente —y añadió en tono de broma: — Ya podían haber tenido más consideración a sus canas.

Mr. Loubet, con el rostro desencajado, forzó una sonrisa entre su blanca barba. Don Alfonso, preocupado, le preguntó:

— ¿Está usted herido, acaso?

—No, creo que no. ¿Y Vuestra Majestad, está herido? —inquirió a su vez el presidente francés, aún impresionado.

— ¡Bah! —exclamó riendo Alfonso XIII—. No se preocupe usted por mí. Para nosotros, los reyes, éstos son gajes del oficio. Esta frase (también dicha el día de su boda, y la serenidad de don Alfonso ante el peligro) dio motivo a que la prensa francesa le dedicase largos comentarios bajo el epígrafe común:

«El rey que sonríe ante la muerte».

Durante un viaje a Alemania, en honor de Alfonso XIII se celebró en Berlín un banquete oficial que, en palacio, le ofreció el Kaiser. Guillermo II tenía que pronunciar determinado discurso en francés y Don Alfonso contestar con otro en idéntico idioma.

Mas el emperador de Alemania sustituyó su discurso por un brindis de su propia cosecha en alemán. Entonces Don Alfonso, sin mostrar asombro, se levantó y cortésmente contestó con un largo discurso en castellano y en párrafos —según refiere el conde de Romanones— «cuyo contenido eran pura camelancia».

Cierto verano visitaba Alfonso XIII un pueblo español y recorría diferentes fábricas acompañado del alcalde y otras autoridades. La pesadez del día obligaba al monarca a llevar en la mano el sombrero, que utilizaba de vez en cuando como abanico. Al entrar la comitiva en una finca propiedad del alcalde, éste, extremando su afabilidad, dijo al rey:

—Cúbrase, Majestad, cúbrase.

Don Alfonso sonrió y fingió no oírle. Y, según refiere Bonmatí de

Codecido, continuó descubierto.

—Pero, cúbrase Vuestra Majestad —insistió el alcalde.

El rey le miró irónico y se puso el sombrero, al tiempo que decía seriamente:

—Con permiso de usted, señor alcalde.

En otra ocasión la «Pulchra Leonina» fue recorrida con detenimiento por Alfonso XIII, que gustaba de su maravilla de filigrana. Le acompañaba el señor deán, hombre presuntuoso que a toda costa quería lucir sus conocimientos.

El rey sabía con exactitud cuántas minucias trataba de referirle su acompañante, y soportaba con paciencia el pesado relato. De pronto se detuvieron ante dos arcos, y el soberano preguntó:

— ¿Qué contienen esos arcos?

—El glorioso cuerpo de San Florián, Majestad —respondió el deán.

— ¿Pero es que tenía dos cuerpos el Santo? —replicó rápidamente el rey.

Se desconcertó el canónigo. Y, al abandonar el templo, dijo Don Alfonso a uno de sus acompañantes:

—Que le pongan dos cirios de mi parte a San Florián por haberme librado de la tormenta.

## «MIENTE MÁS QUE LA "GACETA"»

*(Dicho popular)*

Alfonso XIII mantuvo en el poder alternativamente a los partidos liberal y conservador, ocupando la presidencia del Consejo y los diversos ministerios varios personajes que gozaron de gran popularidad y fama.

En cierta ocasión apareció en «El Siglo Futuro», diario de Madrid, el siguiente suelto:

«Mal sienta el otoño a los políticos españoles. López Domínguez lucha entre la vida y la muerte; ayer recibió la Extremaunción. Merino sigue con su catarro. Al que no le parte un rayo es al conde de Romanones.»

A finales del siglo pasado, se desarrolló una epidemia de gripe en

Andalucía siendo el primer atacado el célebre general Caballero de Rodas.

El pueblo madrileño, tan aficionado a la broma, bautizó la enfermedad con el apodo de «Caballero de Rodas». Indispuesto repentinamente un político, se le preguntó qué sentía:

—Pues me parece —manifestó— que padezco un Caballero de Rodas bastante grave.

Sufría don Francisco Romero Robledo la enfermedad que habría de llevarle al sepulcro. Un íntimo del enfermo entró en la alcoba, se aproximó a la cabecera del lecho y le preguntó:

— ¿Cómo se encuentra usted, don Francisco?

Romero Robledo, que ni aun en aquel momento perdió el humor contestó:

—Pues verás. Ya sabes que en las estaciones del ferrocarril hay unas salas que llaman de espera, donde aguardamos la llegada del tren... Cuando nos impacientamos, suena una campana que anuncia la salida, ¿verdad? Bueno, pues yo me encuentro esperando que toque esa campana para emprender la marcha.

Como detalle revelador de la gran pasión que Romero Robledo sentía por la política, refiérese que un cáncer en la nariz le obligó momentáneamente a dejar los negocios públicos para trasladarse a Berlín, en cuya capital fue felizmente operado por el especialista doctor Bergman.

Terminada la operación, y para convencerse de que podía de nuevo articular perfectamente las palabras, pronunció las siguientes:

—Señores diputados...

Adelardo López de Ayala, el insigne escritor y político, mantuvo firme amistad con Arrieta, el compositor navarro, temperamentos diametralmente opuestos. Esta diferencia motivó que la amistad resultara más honda. La proverbial actividad de Arrieta dio lugar a que, al ser preguntado, ya en la vejez: «Maestro, ¿por qué no se ha casado usted?», contestase:

—Porque no he tenido tiempo.

Cierto día le preguntaron a Castelar:

—Don Emilio, ¿cómo habla usted tan mal de los negros después de sus trabajos y discursos en favor de la abolición de la esclavitud?

—Verá usted —respondió Castelar—, yo a los negros las manumito, pero no los trato.

Cuentan de un famoso político de gran influencia que era molestado constantemente por un innominado amigo para que le nombrara gobernador civil. El político cedió ante las súplicas constantes del impertinente caballero y extendió el nombramiento, que apareció en la *Gaceta*. Mas el presidente del Consejo, enterado de los malos antecedentes del favorecido por la merced del ministro de la Gobernación, llamó a éste y le dijo:

—Pero hombre, ¿cómo me has colocado el nombre de... —aquí el nombre del gobernador— para semejante cargo?

—Porque me tiene loco, y según mis informes es una excelente persona. Dejémoslo así.

—En manera alguna. Ese individuo, según me informan a mí, es un perfecto sinvergüenza. ¿Cómo arreglamos esto?

—Déjelo usted de mi cuenta —respondió el sagaz ministro.

Al día siguiente, el flamante gobernador se presentó en Gobernación, solicitó audiencia, se la concedieron y pasó al despacho del ministro.

—Señor ministro —manifestó—, estoy muy agradecido a su bondad y le reitero las gracias por el nombramiento de gobernador civil con que me ha distinguido.

— ¿Qué nombramiento? ¡No tengo la menor idea!

—Pero, ¡si aparece hoy en la *Gaceta*!

A lo que el ministro, con gran tranquilidad, repuso:

— ¡Hombre, acabáramos! ¡En la *Gaceta*! ¿Pero usted es un cándido? Conque en la *Gaceta*, ¿y se lo ha creído usted?

—Sí, señor.

— ¿Y no ha oído aquello del «mientes más que la *Gaceta*...? —insistió el ministro. Y haciendo un significativo ademán, agregó:— Vamos, vamos, retírese y no vuelva a creer jamás en las mentiras de la *Gaceta*. De esa manera no será usted nunca gobernador.

El rey Don Alfonso XIII tenía gran amistad con algunos toreros, especialmente con el famoso Rafael *el Guerra*. Cierta tarde charlaba éste con un grupo de amigos y uno de ellos le dijo:

— ¿Y quién crees tú que después de ti ha sido el mejor torero?

—Después de mí *naide*, y después de *naide* Antonio Fuentes —respondió el diestro cordobés, cuyas últimas palabras se confundieron con una carcajada de sus admiradores.

En otra ocasión le preguntó un periodista a Rafael Guerra, *el Guerra*:

—Dígame, Rafael, ¿cuál es la sensación del diestro antes de la corrida?

A lo que contestó el maestro:

—La sensación sólo puedo expresarla indicándole que al único matador a quien he visto escupir al hacer el paseo fue a Mazzantini. A los demás nos ha faltado saliva: tan grande es la sequedad de boca.

*Frascuelo* definía el arte de torear de la forma siguiente:

—Te pones delante del bicho; lo citas, y si no te quitas tú, te quita el toro.

Otro torero famosísimo fue Rafael *el Gallo*. Toreando un día en Madrid en su primer toro hizo una de las peores faenas de su vida torera. Llovieron almohadillas, y el público se hartó de gritarle. Cuando *el Gallo*, decaído por su mala suerte, volvió a la barrera, Vicente Pastor, que le estimaba mucho, se creyó obligado consolarle, y le dijo:

— ¡Hay que ver cómo está el público esta tarde, Rafael...!

A lo que *el Gallo* respondió con viveza:

—Para vosotros, colosal. ¡Ya les *he dejao* a tos roncós!

Y otro día, después de las corridas de Córdoba, un amigo le preguntó primero por la actuación de todos los diestros. Y después:

—Oye, Rafael, y tú, ¿qué tal has estado? ¿Qué opinaba el público?

A lo que *el Gallo* contestó, seguro:

—Pues, mira, de mí sólo sé decir que las opiniones quedaron divididas.

— ¿Entre tú y *el Bomba*? —preguntó el amigo.

—No —replicó el de las *espantás*—, que unos se metían con mi padre y otros con mi madre.

Mas dejemos a los toreros y digamos que después de la crisis del gobierno nacional en 1918, Alba y Romanones se alejaron un poco y enfriaron su amistad. Cierta día, pasado algún tiempo, surgió otra crisis, de las muchas que hubo en el país. Romanones estuvo en palacio muy de mañana. A mediodía volvió a la cámara regia, y cuando salió de conferenciar con Alfonso XIII llegaba Alba a palacio.

— ¿Qué nos puede decir, conde...? Ahora llega el señor Alba —

dijeron los periodistas.

A lo que respondió Romanones:

— ¡Ah! , conque ahora llega el señor Alba... Pues, ¡qué les he de decir a ustedes!, que cuando él viene... —pausa— ¡yo ya vuelvo!

Y Romanones fue el nuevo presidente del Consejo.

A raíz de los frustrados intentos de golpe de Estado por el general Aguilera, es sabido que el señor García Prieto, enterado de ello, manifestó en el Senado:

—Antes de tolerarlo, pasarán por encima de mi cadáver.

Se repitió la intentona, y se consumó, por el general Primo de Rivera, en 1923. Los amigos de García Prieto, para aplaudir el valor cívico y la actitud de su jefe, acordaron regalarle un busto con la famosa frase estampada al pie. Al efecto escotaron, recaudando unos cuantos miles de pesetas para tal fin. Sin embargo, como la Dictadura triunfó, los amigos y correligionarios del marqués de Alhucemas desistieron del homenaje. Y cierto día compareció en casa del marqués un adicto:

— ¿Cómo estás, Manolo?

— ¡Muy bien! ¿Y tú?

—Conque, ¿muy bien...?

— ¡Perfectamente...!

—Bueno, pues vengo a que me devuelvas las mil pesetas del busto...

—Hombre, ¡pero si yo no las tengo...!

—Entonces dame tu cadáver.

Poco antes de que Alfonso XIII abandonara España, un famoso historiador solicitó audiencia del rey, al que después de cumplimentar hizo entrega de un ejemplar de su «Historia de España», lujosamente encuadernado, que le dedicó. El monarca, después de breve diálogo, en el que agradeció la deferencia, hojeó el manual, oyendo las explicaciones del historiador.

—Aquí —le dijo éste— abordo el difícil problema de las relaciones entre Inglaterra y España en tiempo de Felipe II. Completo, mediante diversas investigaciones, el problema sucesorio en la época de Carlos II. Y otro de los propósitos que sostengo, es reivindicar la memoria de su ilustre bisabuelo Fernando VII.

A lo que replicó Alfonso XIII, con viveza:

— ¿De manera que te propones reivindicar la memoria de Fernando VII?

—Sí, Majestad.

—Pues trabajo tienes... —replicó el monarca.

En determinada ocasión del reinado de Alfonso XIII ocupaba la cartera de Gracia y Justicia uno de los políticos más hábiles que ha tenido España. Un día, iba al Ministerio en su automóvil; pero el coche sufrió una avería y el ministro se vio en la necesidad de tomar un coche de punto. Llegó a la puerta del Ministerio, echó mano al bolsillo y no encontró suficiente moneda suelta para pagar el coche. Entonces llamó a un portero:

—Oye... ¿tienes das pesetas para que pueda pagar el coche? —preguntó.

—Tengo cinco duros, señor ministro —contestó el portero.

—Pues dámelos, que ya te los devolveré.

El portero prestó los cinco duros al ministro. Este pagó, se guardó el resto en el bolsillo, tomó el ascensor y se dirigió a su despacho.

Pasaron unas semanas. El ministro (por olvido, sin duda), no devolvía los cinco duros al portero, y éste no se decidía a pedírselos. Al fin, cierto día encontró solo al ministro en su despacho, y, aprovechando la ocasión, le dijo:

—Señor ministro... perdone S. E... Somos pobres.

—Sí, somos pobres. ¿Y qué? —replicó el ministro.

—Es que Su Excelencia no sé si recordará que...

El ministro, vivamente, cortó el diálogo:

— ¡Hombre, pues es verdad! ¡Sí, ahora me acuerdo que te debo cinco duros! Vamos a ver, ¿qué quieres: los cinco duros o un ascenso?

El pobre portero, indeciso, repuso:

—Su Excelencia decidirá... Yo, claro...

—Nada, hombre —cortó el ministro—, ya estás ascendido.

Y tranquilamente se quedó con los cinco duros.

Finalmente, cierto día Alfonso XIII visitaba, en unión de unos personajes extranjeros el panteón de los Reyes de El Escorial. Y como uno de los visitantes observase que solamente existía capacidad para sepultar un cuerpo más y mostrara su extrañeza, Don Alfonso le dijo:



—Aquí termina la monarquía.

## IV.

### De la poderosa América a la misteriosa Arabia.

#### «PALABRA SUAVE Y MANO DURA»

*(Teodoro Roosevelt)*

Teodoro Roosevelt fue deportista, cazador de fieras, alpinista, explorador y naturalista..., vaquero, jefe de policía, soldado, fecundo escritor, y, sobre todo, fue el reformador social, el político sutil y uno de los más infatigables presidentes norteamericanos.

Lo más asombroso es que en todas las facetas que cultivó alcanzó el éxito... y en algunas ha pasado a la historia. Además, sus triunfos los logró en apasionada lucha contra las duras pruebas, enfermedades de la infancia, tragedias de familia, derrotas políticas, la ceguera de un ojo, una bala en el pecho...

En cierta ocasión manifestó:

—No quiero predicar la doctrina de la milicia que nos denigra, sino la de la lucha que enaltece nuestra vida.

Con estas palabras Roosevelt descubría su verdadero modo de ser, «un hombre capaz de afrontarlo todo».

Teodoro Roosevelt se encontró con los múltiples problemas del siglo que comenzaba, afrontando cada crisis con valiente y pronta decisión. Y gracias a su consejo o a su acción se ganó por lo menos una guerra, se terminó otra y se evitaron dos.

En 1882 Teodoro Roosevelt tenía veintitrés años. Y la primera impresión que causaba a sus compañeros de la Universidad de Harvard era la de un alfeñique, la de un producto típico de la poderosa clase alta neoyorquina. Con todo, en los comienzos de su carrera, un incidente hizo cambiar la opinión que sobre él se tenía en el Capitolio del Estado.

Una tarde, cuenta Noel Busch, mientras daba su acostumbrada caminata de veinte kilómetros, se detuvo en una fonda del camino a tomar

una cerveza. En el bar se encontró con su colega John Costello, que estaba bebiendo en compañía de dos amigos.

— ¿No irá a pescar un resfriado el nene? —se mofó Costello llamando la atención de sus acompañantes, por el chaquetón de marinero que usaba Roosevelt.

Y como el joven no hiciera caso del sarcasmo, Costello lo llamó «petimetre detestable».

Entonces Roosevelt se quitó lentamente las gafas, se las metió en el bolsillo y sin más propinó a su gratuito ofensor un puñetazo que lo tendió en el suelo cuan largo era. En seguida derribó a uno de los amigos con un segundo golpe. Y el otro... se retiró corriendo.

—Anda, levántate —dijo seguidamente Roosevelt a Costello— y ven para que nos tomemos una cerveza.

El aludido cumplió la orden al pie de la letra. Y cuando ya se disponía a salir para continuar su caminata, Roosevelt se detuvo para aconsejarles al despedirse:

—Cuando estéis en presencia de caballeros, portaos como caballeros.

La destreza de Roosevelt para derribar a un hombre de un solo golpe era una demostración de habilidad que adquirió con grandes trabajos. A los doce años era un niño enfermizo; padecía de la vista, de trastornos digestivos y de graves ataques asmáticos. Su padre le advirtió:

—Tienes la mente, mas te falta el cuerpo. Y sin la ayuda del cuerpo la mente no puede ir tan lejos como debiera. Necesitas desarrollar tu organismo. Es un trabajo duro y penoso; si bien sé que lo harás.

Y lo hizo. Adoptó un riguroso horario de ejercicios, un régimen sorprendente. Hacía gimnasia, escalaba montañas, patinaba, nadaba, cazaba, corría o remaba, según la estación lo permitiera. Más tarde tomó lecciones de boxeo con un púgil retirado.

El régimen obró maravillas. En 1876 tenía el cuerpo delgado aún, mas tenía sus músculos tan duros como el acero y una resistencia fenomenal.

En 1884 murieron su madre y su esposa Alice. Estas tragedias marcaron el punto decisivo en la vida de Roosevelt. Primero se dedicó a la política; sin embargo, desilusionado y deprimido volvió a su hacienda de «Bad Lands», donde había reunido unas mil quinientas cabezas de ganado. Y con la ayuda de unos vaqueros experimentados se dedicó seriamente a aprender el negocio de la ganadería. La vida allí resultaba muy primitiva, y

a Roosevelt le gustaba.

Sin embargo, no todos los vaqueros acogían bien al «neoyorquino» de gafas y de lenguaje culto. En el pueblo de Mingsville, al entrar en el bar del hotel, un borracho le gritó, amenazándole con su pistola:

—*Cuatro Ojos* nos va a convidar, ¿verdad?

Roosevelt, sin inmutarse, se sentó junto a una mesa en un rincón.

— ¡Parece que no me has oído! —bramó el bravucón—. ¡Dije que *Cuatro Ojos* convida hoy!

Teodoro Roosevelt se levantó como si fuera a darle gusto; pero, ante el asombro general, le atizó un derechazo en la mandíbula. Al hombre se lo llevaron a rastras, completamente inconsciente.

La experiencia adquirida en el Oeste desarrolló en Roosevelt las cualidades y los reflejos con los cuales habría de conquistar la más alta posición de los Estados Unidos.

Para él la vida activa no era solamente la fuerza física, sino el logro de cierta fibra interior. Por tanto, con valentía (un poco pueril) despreciaba siempre sus lesiones y sus lastimaduras. Durante una cacería de zorros, cayó del caballo y se rompió un brazo. Sin perder un momento para atender su grave lesión volvió a montar y corrió tras el animal hasta darle muerte.

—A veces me gusta el vino de la vida mezclado con coñac —le decía a un amigo íntimo.

En 1888 Roosevelt volvió a las lides políticas. Su llegada trajo cambios inmediatos y radicales en la administración pública. —Los puestos públicos no son propiedad de los políticos —declaró—. Pertenecen al pueblo y deben ser provistos de acuerdo con las necesidades que demanda el servicio público.

En seis años Roosevelt transformó veintiséis mil puestos públicos (que constituían prebendas políticas) en empleos que se concedían previo examen de competencia.

Después de desempeñar diversos cargos importantes, entre ellos el de gobernador del Estado de Nueva York, en 1900 presentó su candidatura a la vicepresidencia de los Estados Unidos, juntamente con la de William McKinley a la presidencia, ganando las elecciones por gran mayoría.

En marzo de 1901 tuvo lugar la toma de posesión. Apenas seis meses más tarde, el presidente McKinley fue asesinado (de un balazo) por un

demente. Y a mediados de septiembre, Teodoro Roosevelt, aún no cumplidos sus cuarenta y tres años, prestó juramento constitucional como vigesimosexto presidente norteamericano.

«Es algo aterrador llegar a la presidencia en esta forma —le escribió a un amigo—; sin embargo, sería todavía peor desazonarse por ello. Aquí está la labor, y tengo que emprenderla según mi leal saber y entender; esto es todo y nada más.»

Las innovaciones del nuevo presidente en la Casa Blanca comenzaron con el nombre mismo de su residencia, que entonces se conocía por el de «Mansión del Ejecutivo». A Roosevelt le pareció el término demasiado altisonante. Y lo reemplazó por el de «La Casa Blanca», que antes era un mero sobrenombre.

Con el mismo espíritu de sencillez se le llamaba a él T. R. (el primer presidente que se identificó por sus iniciales) o Teddy.

Todas las tardes reservaba Roosevelt una hora para una partida de tenis, un paseo a caballo o un rato de boxeo. Cuando, a instancias suyas, el ejército de los Estados Unidos dispuso que todo oficial debiera recorrer a caballo ciento cincuenta kilómetros en el término de tres días, el presidente demostró que tal ordenanza no era una locura... haciendo él mismo el viaje en un día bajo una tormenta de granizo.

El boxeo, sin embargo, lo descartó pronto. Un golpe que le dio un joven oficial de marina que le servía de contrincante, le rompió un vaso sanguíneo del ojo izquierdo, y quedó tuerto. Mas con su característica caballerosidad, Roosevelt ocultó el hecho de que no veía por dicho ojo hasta que salió de la Casa Blanca. Y nunca reveló el nombre del oficial por temor de perjudicarlo en su carrera.

Posiblemente la mayor empresa de Roosevelt fue la construcción del famoso Canal de Panamá, obra que estuvo parada durante veinte años, por la vacilación de sus patrocinadores.

No obstante, la oposición de su país censuró a Roosevelt sus métodos arbitrarios y le reprochó haber instigado la revolución

—Cuando fui presidente tuve siempre bajo mi bota todas esas revoluciones, así, que, cuando ocurrió la de Colombia, yo no necesité fomentarla: simplemente levanté el pie.

La política exterior de Roosevelt estuvo dominada por la doctrina que expuso en uno de sus discursos políticos el referirse al nuevo papel de

Norteamérica en el mundo. Se basaba en el viejo refrán que reza:

«Habla suavemente y ten siempre a mano un buen garrote, así irás lejos»,

Cabe reconocer que su famoso lema de «palabras suaves y mano dura» dio a los Estados Unidos un nuevo y extraordinario papel en el concierto de las naciones.

Después de dar la vuelta al mundo y de realizar un safari que duró casi un año, en octubre de 1912 Roosevelt se presentó nuevamente a candidato presidencial.

El 14 de este mismo mes, durante la campaña electoral, se dirigía en coche descubierto a una reunión cuando, de pronto, abriéndose paso entre el gentío, llegó hasta él un hombre extraño que le disparó un pistoletazo en el pecho.

Teodoro Roosevelt, sin lanzar un solo lamento, retrocedió, se tambaleó, tosió y volvió a erguirse. Mientras tanto, la multitud, enardecida, quería linchar al criminal.

— ¡Atrás! —les gritó Roosevelt—. ¡No le hagáis daño!

Y luego, apartando a la policía y a los solícitos amigos que le instaban a que fuese al hospital, dio orden de que siguiera el coche la marcha.

Aunque no tenía idea de la gravedad de la herida, sus convicciones y la conducta de toda su vida no le permitían proceder de otra forma.

—Pronunciaré el discurso anunciado —dijo—, o me muero en el camino. Una cosa u otra.

Titubeando a veces ante un auditorio delirante, el discurso duró más de una hora. Al terminar lo llevaron rápidamente al hospital, donde descubrieron que la bala, después de atravesar su grueso abrigo, había traspasado también el estuche de sus lentes y el manuscrito antes de incrustarse en el pecho. Perdiendo, con la trayectoria, la fuerza, se había detenido en una de sus costillas, en vez de horadarle los pulmones o el corazón.

Al morir años después Teodoro Roosevelt, en enero de 1919, su hijo Archibald cablegrafió a sus hermanos, que se hallaban en Francia. Los telegramas decían solamente:

«El león ha muerto.»

Teodoro Roosevelt, según él decía, era un «hombre común y

corriente». Personificó la energía y la acción, el valor y la confianza, cualidades que han seducido a su país. El estadista inglés Lord John Morley escribió de Roosevelt:

«Teodoro Roosevelt no es un norteamericano. Es Norteamérica misma».

## «ÉSTE ES EL PRINCIPIO DEL FIN»

*(Francisco José)*

El 28 de junio de 1914 los servicios informativos de todo el mundo dieron la siguiente noticia:

« ¡Ha sido asesinado el príncipe heredero de Austria-Hungría!»

Los periódicos fueron informados día a día de la trascendencia del atentado de Sarajevo. Pero la verdad es que nadie le dio mayor importancia. El «Blanco y Negro» del día 5 de julio hacía el siguiente comentario:

«El archiduque de Austria, Francisco Fernando, ha perecido víctima de un complot, después de haber salido ileso del primer atentado. Con el archiduque ha perecido su esposa, la duquesa de Hohenberg. Y si el asesino no produjo mayor número de víctimas de la familia imperial, es porque sólo iban en el carruaje las dos personas mencionadas.

»El tristísimo suceso ocurrió el domingo último, en Sarajevo, capital de las provincias austriacas de Bosnia y Herzegovina, adonde había ido el archiduque para asistir a unas maniobras militares. Estaba en vísperas de regresar a Viena, cuando dos asesinos quisieron quitarle la vida, lográndolo el segundo.»

¿Cómo ocurrió el atentado que desencadenó la primera Guerra mundial?

Sabido es que el archiduque Francisco Fernando, sobrino del emperador Francisco José y futuro heredero del trono de Austria-Hungría, había contraído matrimonio morganático (pese a la oposición del emperador) con la condesa de Chotek, a quien se le concedió luego el título de Duquesa de Hohenberg.

A últimos de 1914, el príncipe heredero debía pasar revista en Sarajevo, en compañía de su esposa, a los Cuerpos de Ejército austro-

húngaros XV y XVI.

En el momento de emprender el viaje comentó el archiduque con su mujer:

—Esta región de Bosnia y Herzegovina a la que vamos, está llena de serbios, son poco amigos nuestros.

Las maniobras militares, en realidad, tenían principalmente un fondo político. Querían demostrar a la pequeña Serbia y a su protectora la Gran Rusia, que Austria-Hungría era poderosa y fuerte, que contaba con un ejército aguerrido, dispuesto en cualquier trance.

Y llegó el domingo 28 de junio, día señalado para pasar revista en la pequeña ciudad de Sarajevo. En la calzada, una multitud expectante, bajo la vigilancia policial, aplaudía y vitoreaba el paso de varios automóviles que se dirigían al Ayuntamiento.

En el primero de los coches iban el comisario del Gobierno y el alcalde de Sarajevo; en el segundo, el archiduque y su esposa con Potiorak, gobernador de Bosnia y Herzegovina, y el conde Harrach sentado junto al conductor; y en los otros dos, individuos del séquito real.

A las diez y media de la mañana, en medio de un extraordinario clamor, se oyó una gran detonación.

— ¡Una bomba! —gritó la gente—. ¡Ha estallado una bomba!

Efectivamente, el obrero Cabrinovich acababa de lanzar una bomba contra el coche que conducía a los príncipes herederos de la corona austriaca.

Por fortuna no ha sucedido nada —se aclaró pronto.

En efecto, no había sucedido nada respecto al archiduque y a su esposa, pues estaban sanos y salvos. Pero dos oficiales de la escolta habían resultado heridos. El agresor, aprovechando la confusión, huyó en dirección a un puente, para ya en la otra orilla del río borrar toda pista. Mas la policía, advertida, le persiguió con ahínco hasta lograr apresarle.

Una vez renacida la calma, la comitiva siguió la interrumpida marcha hasta llegar al Ayuntamiento. Donde entre banderas desplegadas, uniformes pomposos y damas escotadas, tuvo lugar la recepción. El alcalde, nervioso por lo ocurrido, pronunció un discurso frío, incapaz de borrar los recelos y el miedo despertado en todos los asistentes. Terminó diciéndole al archiduque:

—No temáis, señor, porque la ciudad está llena de policías.



— ¡Y también lo está de terroristas...! —interrumpió el gobernador.

Acto seguido habló el archiduque Francisco Fernando para agradecer el recibimiento que se le había hecho. No resultaba muy oportuno aquel discurso, mas como el protocolo lo exigía no tuvo más remedio que hacerlo. ¡Sería el último de su vida!

Mientras tanto, la duquesa fue recibiendo a las mujeres de Sarajevo, que le iban ofreciendo sus presentes, labores finas y productos del campo.

Terminada la recepción, volvieron a sonar estridentes las bandas de música y el séquito se puso en marcha en dirección al otro extremo casi de la ciudad. Poco antes de salir del Ayuntamiento el archiduque decidió, un tanto preocupado:

—No deseo ir a ninguna parte, salvo al hospital para ver a los heridos del atentado.

Y así lo hizo. Cuando el heredero de la Corona salió de nuevo a la calle volvió a producirse el clamoreo de la multitud. Y otra vez zumbaron los motores de los automóviles; automóviles altos, oscuros, brillantes.

Al modificarse el programa, se modificó también el itinerario a seguir. El alcalde ordenó al iniciar la marcha:

— ¡Vayamos al hospital por el trayecto más corto para despistar a los posibles terroristas!

Iniciaron los coches su marcha. Sólo que el primero, en el que iba el alcalde, se equivocó de camino. Los demás le siguieron sin dudar. Acababan de entrar en la calle de Francisco José.

—No importa —dijo el alcalde—. Ahora doblaremos la esquina y...

Súbitamente, frente al automóvil que conducía al príncipe heredero y a su esposa se plantó un joven moreno, pequeño, de faz sombría. Serenamente sacó del bolsillo una pistola y disparó hasta agotar el cargador.

El ruido de los disparos provocó gran revuelo. Parecía, también, que tampoco había pasado nada, ya que los príncipes continuaban sentados, en el coche, cual si nada hubiera sucedido.

Pero había ocurrido algo trágico. De pronto, la duquesa reclinó la cabeza sobre el pecho de su esposo. Al archiduque le salía sangre por la boca...

— ¡Corriendo...! ¡Al Gobierno Civil...!

Los automóviles arrancaron a toda velocidad, haciendo sonar

insistentemente sus bocinas. Sin embargo, al llegar a la sede del gobernador los médicos nada pudieron hacer para salvar aquellas vidas. El archiduque se desangraba por la yugular abierta y la duquesa tenía varias heridas mortales en el abdomen. Todo era inútil. Precisaban de auxilios espirituales. Un fraile les dio la bendición. A los pocos minutos expiraron ambos príncipes.

El asesino había sido detenido entretanto. En la comisaría de policía le tomaron las primeras declaraciones.

— ¿Cómo te llamas?

—Gavrilo Princip.

— ¿Edad?

—Diecinueve años.

— ¿Profesión?

—Estudiante.

— ¿Nacionalidad?

—Servio.

Pronto se supo que el asesino pertenecía a la «Naradna Odbrana», sociedad secreta de hondas raíces en Servia. Y que Princip era uno de los fanáticos servios que soñaban con la «Gran Servia, a la cual, según ellos, se oponía la doble monarquía de los Habsburgo, temiendo se quisiera convertir en triple anexionándose la indómita Servia.

Cuando el viejo emperador de Austria, Francisco José, tuvo noticia de la tragedia de Sarajevo, exclamó, apenado, lo mismo que Talleyrand dijera antaño:

— ¡Este es el principio del fin!

Y no se equivocó. Poco después, a primeros de agosto, por culpa del crimen de Saravejo, estallaba la primera Guerra mundial.

## «LE DARÉ EL RETRATO DE MI MADRE»

*(Eduardo VII)*

Eduardo VII de Inglaterra, siendo príncipe de Gales, iba un día por una carretera, guiando un cochecito.

Mujer de modesta condición, que iba por el mimo camino, agobiada por el peso de una enorme cesta de fruta, le llamó a grandes gritos:

—Señor, señor. ¿Va usted a pasar por el pueblo de...?

—Sí, allá voy —dijo el príncipe, frenando su auto.

—Entonces, ¿quiere usted hacerme el favor de llevarme esta cesta hasta la primera tienda que hay a la entrada, que yo la recogeré cuando llegue?

—Con mucho gusto. ¿Pero no le convendría a usted mejor vendérmela? ¿Cuánto quiere usted por ella?

—Tres chelines.

— ¿Tres chelines? No los llevo. Pero le daré a usted el retrato de mi madre.

La mujer se encogió de hombros.

— ¿Y para qué quiero yo el retrato de su madre? ¿Qué quiere usted que haga con él?

—Lo que usted quiera; tómelo —dijo el príncipe, riendo. Y poniendo en la mano de la asombrada campesina una libra esterlina, con el busto de la reina Victoria, emprendió rápida marcha con su coche.

Eduardo VII ha sido el más elegante de todos los príncipes de Gales habidos en Inglaterra. Mucho más que Jorge IV, el famoso imitador del «elegante Brummel», cuyos dictados de la moda acataba servil.

Suprema era la elegancia de las severas levitas y las fastuosas corbatas, impuestas a cuantos querían vestir bien por el futuro Eduardo VII. Si bien este príncipe, más que la elegancia material, tuvo la elegancia espiritual.

Se cuenta que su reputado sastre, Pool, le pidió como favor especial una invitación para asistir a una fiesta en el palacio de Buckingham. El acreditado sastre obtuvo fácilmente lo que pedía.

Durante el sarao, se le acercó el príncipe de Gales y le preguntó:

— ¿Qué te parece esto, Pool?

— ¡Oh, muy bien, señor! —respondió el sastre—. Aunque encuentro un poco mezclada la concurrencia...

A lo que replicó Eduardo VII:

—Efectivamente; pero ten en cuenta que son muchos los invitados y

que todos no podían ser sastres.

Célebre también (sobre todo por su abdicación) lo es el que fue Eduardo VIII, convertido en solamente duque de Windsor...

Durante más de veinte años, el mundo había visto, a través de las revistas ilustradas, la imagen del mencionado príncipe de Gales sencillo y deportista, viajero infatigable, que lo mismo se iba a la guerra, que aparecía tocado de un casco de alto plumaje en una revista militar, que disfrazado de mujer, que estrechando la mano de un jefe antropófago en el corazón de África...

El pueblo inglés gustaba de su aire desenfadado, que podía alternar con gran prosopopeya en los salones de Buckingham y en el fondo de una mina de carbón, codo a codo con los mineros.

Sin embargo, con su conducta parecía haber desechado la idea de contraer matrimonio con princesa de algún país; con cuya boda se habría asegurado la continuidad de la Monarquía británica... Al parecer no había encontrado todavía ninguna mujer de su gusto. Y eso que él sabía perfectamente que un príncipe, sobre todo si es el heredero de la Corona, debe someterse a las imperiosas razones de Estado.

Mas un día del año 1934, la vizcondesa Furness, amiga predilecta del príncipe de Gales, presentó a éste el matrimonio Simpson. El príncipe observó que la señora Simpson era una mujer agradable, menuda, de amena conversación y ojos negros.

En un aparte le preguntó a la vizcondesa:

— ¿Quién ha dicho que es esa dama?

—La señora Simpson. Su marido es un armador de Baltimore. Un canadiense. Antes, ella estuvo casada con un oficial de la Marina norteamericana... Ella se llama Wally.

De tal forma comenzó, en una simple reunión de sociedad, lo que estuvo a punto de poner fin a la dinastía en Inglaterra. Y es que al iniciarse el *flirt* del príncipe de Gales con una señora respetable los cimientos del viejo Imperio comenzaron a socavarse.

La presentación trajo, en primer lugar, como inmediata consecuencia, la separación de Wally Simpson de su marido; y en segundo lugar el idilio con el príncipe de Gales, que, ¡al fin!, se había rendido al amor.

Muy pronto los celos comenzaron a hacer presa entre los altos dignatarios ingleses ante la posibilidad de un matrimonio morganático.

Comenzó a pensarse que, corazón fogoso, el príncipe no retrocedería ante los obstáculos que se iban poniendo a su paso.

Al principio se creyó que el idilio sería pasajero. Sin embargo, los que conocían bien al heredero de la Corona británica sabían que aquello podía proporcionar un serio disgusto al país. Empezaron los comentarios de toda índole. Y hasta se habló de que el príncipe, llegado el caso, renunciaría a sus derechos a la Corona.

Entretanto, frente al mundo hostil, ante el cual el amor no se rinde, él y ella seguían viéndose en uno u otro lado del canal de la Mancha.

— ¡David!

— ¡Willy...!

Poco después, a la muerte de su augusto padre, y al leerse al pueblo de Londres la proclamación que lo elevaba al trono con el nombre de Eduardo VIII, tras los cristales del palacio de San Jorge estaba la señora Simpson, que había logrado entrar figurando entre las amistades de la real familia inglesa.

A pesar de todos los comentarios que provocaban aquellos amores, y aunque ya se empezó a decir que el nuevo rey tenía un teléfono directo con la villa en que habitaba Wally Simpson, la opinión pública británica, flemática y reservada, no se hizo eco de tales noticias hasta que el monarca inició en el «Nahlin» su crucero por el Mediterráneo, llevando como compañera de viaje a dicha dama.

Como es de suponer, existía gran inquietud y malestar en el seno de los partidos políticos ingleses afines a la Monarquía. Por lo cual, al regreso del viaje del soberano, el primer ministro, Stanley Baldwin, consideró que debía darse a Eduardo VIII cuenta de la situación creada.

—La señora Wally Simpson ha conseguido el divorcio, Majestad — terminó diciendo Baldwin.

—Exacto —contestó el rey—. Y yo estoy dispuesto a casarme con ella.

Semejante decisión hizo que los políticos se dirigieran a la reina madre con el fin de que intercediera cerca del monarca para hacerle entrar en razón. Mas, como opinó un filósofo francés, «el corazón tiene sus razones que la razón no conoce».

Y Eduardo VIII no aceptó la interminable serie de motivos enumerados por los políticos para que cambiara de idea. Los puritanos de

Inglaterra, mientras, habían «puesto el grito en el cielo».

— ¿Cómo es posible —decían— que una mujer divorciada dos veces, y sin tener ni una sola gota de sangre azul, esté a punto de ser la reina de Gran Bretaña?

Por su parte, el *Premier* británico, en sus conversaciones con el monarca subrayaba el escándalo que provocaba su idilio. A lo cual, al parecer, replicó Eduardo VIII:

—Yo soy el rey, y sé lo que tengo que hacer. Conozco perfectamente mis deberes y el grado de responsabilidad de mis actos, Pero sepan todos que yo quiero casarme con Wally...

Cada cual ha de mantenerse a la altura de sus actos. Y como la señora Simpson (en un país como Inglaterra) no podía jugar a hacer el papel de Pompadour, estaba a punto de resquebrajarse toda la aureola de la vieja Monarquía inglesa.

El escándalo era del dominio público. Y precisaba tomar una rápida solución. No podía adoptarse una postura indecisa. El primer ministro Stanley Baldwin tuvo que enfrentarse con el monarca:

—Majestad, los parlamentarios no están dispuestos a aceptar vuestro matrimonio con la señora Simpson.

—Entonces, lo más oportuno será que renuncie al trono. Abdicaré —replicó Eduardo VIII.

Y a los trescientos veinticinco días de su reinado —es decir, sin llegar al año— Eduardo VIII, rey de Gran Bretaña, Irlanda y los dominios de Ultramar y emperador de la India, duque de Lancáster y de Rothesay, se transformaba en míster Eduardo Windsor.

Al abdicar, en su discurso leído ante los micrófonos la noche del 11 de diciembre de 1936, recalcó, entre otras cosas:

«He considerado que sería incapaz de cumplir mis deberes de rey sin tener la ayuda de la mujer a quien amo...»

Indudablemente es una de las decisiones más galantes del siglo XX. Un hombre que renuncia a la más importante Corona del mundo por el amor de una mujer. ¡Puede sentirse satisfecha Wally Simpson! Porque la novela de la mecanógrafa que se casa con un rey oriental tiene muchas versiones. Sin embargo, la historia de una mujer divorciada de clase media, elegante, si bien no bella, que estuvo a punto de causar un serio disgusto a la que en 1936 era la potencia mayor del orbe... ¡eso no se registra todos los días!

El junio de 1937 contrajeron matrimonio civil en Monts (Francia). Juntos, optimistas, sonrientes, fueron y continuaron siendo el blanco de los objetivos fotográficos de los reporteros internacionales.

El nuevo rey de Inglaterra, su hermano, Jorge VII, le concedió al abdicado monarca el título de Duque de Windsor, por el cual es desde entonces conocido.

## «PERDERÉIS VUESTRO HIJO, VUESTRO TRONO Y VUESTRAS PROPIAS VIDAS»

(*Rasputín*)

Gregorio Efimovitch Novy, más famoso por el nombre de *Rasputín*, el mujic loco de Rusia, era un hombre rudo, dotado de una naturaleza extraordinaria. De un vigor inextinguible y de gran poder hipnótico y de sugestión, se dejaba arrastrar por sus pasiones: el vino y las mujeres.

Lo más chocante es que sin llegar a ejercer cargo oficial alguno, llegó a ser el hombre más poderoso de Rusia. La tempestuosa vida del misterioso mujic Rasputín, ejerció extraña influencia sobre el zar y la zarina. Y sus influencias y andanzas han pasado a ser leyenda fascinante.

Faltaba poco para la medianoche del 16 de julio de 1907 cuando Rasputín entró por primera vez en el palacio imperial ruso. El zarevitch estaba agonizando. El zar Nicolás II y la zarina Alejandra Feodorovna, soberanos del entonces Imperio mayor del mundo, aguardaban impacientes su llegada.

La zarina, hermosa dama de treinta y siete años, se apresuró a dar la bienvenida a aquel hombre extraño y desaliñado.

—Madrecita —aseguró Rasputín: recé por el zarevitch hace media hora. No morirá.

Desde ese momento el niño comenzó a mejorar. Los padres, agradecidos, cambiaron su primera sonrisa de varios días. Al marcharse Rasputín, la zarina, impulsivamente, extendió los brazos hacia el monje que había «curado» a su hijo moribundo.

—Padre Grigori —susurró con los ojos preñados de lágrimas—, usted tiene que quedarse con nosotros... siempre.

Entonces Rasputín le tomó las manos entre las suyas y se inclinó silenciosamente.

En el diario del zar figura la siguiente anotación, correspondiente al 19 de julio de 1907:

«Hoy hemos conocido a un santo varón llamado Grigori, nacido en Tobolsk. Alexis se salvó de una muerte segura gracias a sus oraciones».

A partir de esta fecha, Rasputín, fuerte, cruel, primitivo y desgreñado, se convirtió virtualmente en el dueño de Rusia. Ello hizo que muy pronto las filas de sus enemigos engrosaran, incluso con el ingreso de individuos muy poderosos.

En enero de 1912, varios miembros de la propia familia del zar pidieron al soberano ruso que despidiera al libertino, y Nicolás les respondió: —

—Yo conozco íntimamente a Rasputín; es un hombre de un gran corazón, al que la zarina quiere con toda su alma.

Al advertir el zar que el vilipendio continuaba, peligrando la seguridad del trono y su misma vida, decidió exponer sus aprensiones a Rasputín. Una lluviosa tarde de marzo lo llamó a su gabinete privado y, en presencia de la zarina, que escuchaba con los ojos llenos de lágrimas, le habló de la necesidad de separarse.

—Sí, será mejor que nos separemos —replicó Rasputín.

Pero al dirigirse decidido hacia la puerta, la zarina se levantó angustiada y corrió hacia él, exclamando:

— ¡Padre Grigori! Nunca permitiré que nos abandones, ¡nunca!

—Ten calma. No te inquietes —le recomendó Rasputín—. Debéis tenerme a vuestro lado, porque si no lo hacéis así perderéis a vuestro hijo, vuestro trono y vuestras propias vidas en el término de seis meses

Y tal como predijo sucedió. Al cabo de poco tiempo el zar, la zarina y todos sus hijos fueron asesinados por los bolcheviques en el sótano de una casa de Ekaterinburgo.

Mientras tanto, debido a la primera Guerra mundial, la situación militar de Rusia empeoraba por momentos. Las atroces carnicerías de la contienda, las derrotas, el descontento general, seguían horrorizando a Rasputín y, una vez más, trató de contenerlas. Con la ayuda de la zarina persuadió al zar de que Rusia debía retirarse del conflicto. E incluso, en el



verano de 1916, logró iniciar negociaciones secretas en Estocolmo con el objeto de firmar la paz, separadamente, de sus aliados, con Alemania.

Mas todas estas gestiones sirvieron para que sellara su propia sentencia de muerte. Los planes del asesinato de Rasputín se forjaron una tarde gris, a bordo de un tren hospital a las órdenes de Purishkevitch. Los conjurados coincidieron, unánimemente, en que un veneno sería lo mejor.

—El veneno no hace ruido —opinó el príncipe Yussupov.

Los conjurados eran el príncipe Yussupov, el diputado Purishkevitch, el capitán Sukhotin, el Gran Duque Dimitri y el médico Lazhovert. Este se responsabilizó de proporcionar el veneno que había de acabar con la vida de Rasputín.

La cita con la muerte quedó concertada para la noche del 16 de diciembre de 1917. El príncipe Yussupov lo tenía bien preparado todo, en el sótano de su palacio de «El Moika», de acuerdo con sus cómplices. Había invitado a Rasputín.

Yussupov, después de acomodar estratégicamente a todos los conspiradores, fue a buscarle. Y cuando el príncipe y el monje se trasladaban en coche a «El Moika», Rasputín hizo saber a su acompañante que conocía un plan que se había tramado para matarle.

— ¿Qué piensas de esto, Yussupov?

El joven príncipe quedó anonadado.

—No te preocupes —agregó Rasputín—, no pensemos ahora en mi asesinato.

Ya en uno de los salones del palacio, Rasputín (obsequiado por el príncipe) empezó a comer pasteles y a beber vino de Madeira. De acuerdo con los cálculos del doctor Lazhovert, el monje ya había ingerido suficiente cantidad de ácido cianhídrico como para acabar con la vida de varias personas. Sin embargo, Rasputín no daba señales de sufrimiento. Solamente se quejó:

—Noto un gusto amargo en la boca. Dame más vino, tengo sed.

Con manos temblorosas el príncipe volvió a llenarle el vaso. Yussupov estaba tan nervioso, que casi no podía tenerse en pie. De pronto se oyó ruido en el piso alto; donde estaban inquietos los otros conjurados. Indudablemente perdían la paciencia. Eran las dos y media de la mañana.

— ¿Qué es ese ruido? —preguntó Rasputín.

—Son mi esposa y unos amigos. Aguardad un momento, voy a verles.

—Di a tu mujer que baje. Me gustará conocerla —dijo el monje.

El príncipe salió del cuarto como una exhalación, subió a grandes zancadas y dijo a sus cómplices:

—El veneno no le ha hecho efecto

Seguidamente cogió el revólver que el Gran Duque Dimitri tenía en la mano y bajó corriendo. Rasputín continuaba sentado a la mesa comiendo y bebiendo tranquilamente.

— ¿Y tu esposa?

—Bajará en seguida —dijo el príncipe.

Sus nervios no resistieron más, agarró un crucifijo que había en una rinconera y alzándolo ante Rasputín le gritó:

— ¡Padre Grigori, arrodillaos y rezad lo que sepáis!

Rasputín le miró un tanto perplejo. Y su perplejidad se tornó en estupor al ver a su amigo sacar la pistola y apuntarle al pecho. El mudo interrogante del condenado apareció en sus ojos azules y magnéticos...

Al instante detonó el arma. Tras el disparo, Rasputín exhaló un quejido y cayó pesadamente al suelo.

Los demás conspiradores acudieron, corriendo, al cuarto, al oír el disparo. Rasputín aparecía tendido de espaldas; los puños apretados; los ojos cerrados... ¡pero aún respiraba! Tenía una mancha roja que se iba extendiendo sobre su blusa blanca, cerca del corazón. Poco después cesó todo movimiento.

El doctor Lazhovert se inclinó sobre el *strannik*; lo auscultó detenidamente y declaró:

— ¡Ya ha muerto!

—Ahora hemos de deshacernos del cadáver, tal como habíamos previsto —indicó el Gran Duque Dimitri.

Sukhotin cogió las ropas de Rasputín, el abrigo y el gorro de pieles, se los puso, y vestido con ellas salió y se metió en el coche, con el doctor Lazhovert. Era el plan convenido para despistar a los posibles agentes de policía que, seguramente, habrían visto entrar a Rasputín en «El Moika». Luego, Purishkevitch y el príncipe descendieron al sótano para introducir el cadáver en un saco y poder arrojarlo al río Neva, junto al puente Petrovsky. Todo lo tenían previsto.

Sin embargo, mientras discutían, en voz baja, si convenía atarle las manos al muerto o no, ocurrió el «milagro»... ¡Uno de tantos «milagros» análogos a los que Rasputín había hecho en su vida de falso *staretz*!

Describe Yussupov en sus Memorias que, cuando miraba el cuerpo de Rasputín, «vimos primero moverse imperceptiblemente un párpado del "muerto", Luego se agitaron las pestañas y abrió los ojos: unos ojos azules y verdes, horripilantes, que como dos ascuas fosforeciendo en la penumbra se clavaron en los de su asesino.

Y entonces ocurrió lo increíble. Con un violento y súbito esfuerzo Rasputín se incorporó, echando espuma por la boca.

— ¡Cielos santos! —exclamó el príncipe Yussupov—. ¡Vive todavía!

Purishkevitch se volvió viendo cómo Rasputín se abalanzaba sobre Félix Yussupov, echándole las manos al cuello. Fue un momento tan horripilante que el príncipe no logró poder olvidarlo durante los sesenta años que vivió después del drama.

— ¡El revólver! —gritó el diputado, precipitándose escaleras arriba—. ¡Lo hemos dejado encima de la mesa!

A su vez, Yussupov, con un esfuerzo sobrehumano, logró librarse de los puños de hierro del moribundo, que pretendían estrangularle. Y corrió, también, hacia las escaleras. Rasputín quedó tambaleándose, por el empujón recibido. En las manos apretaba una de las charreteras del príncipe.

— ¡Deme el revólver, dispararé otra vez! ¡Todavía vive! —pidió Yussupov.

Mas Purishkevitch prefirió conservar el arma para sí. El príncipe, oyendo ruido en las escaleras, se asomó para ver qué sucedía. Y observó, aterrado, que Rasputín trepaba a gatas por los peldaños de piedra, jadeando a cada paso. Así arrastrándose, logró llegar hasta el rellano donde estaba la puerta que daba al patio.

Allí lo encontró Purishkevitch, a los pocos segundos, y le disparó dos tiros a la espalda. Pero Rasputín parecía indemne a las balas, y seguía avanzando, tambaleándose en la obscuridad. Aún tuvo el diputado que disparar dos veces más, hasta conseguir abatirlo sobre un montón de nieve, donde, finalmente, murió.

Los disparos atrajeron a la servidumbre del príncipe y despertaron las sospechas de un agente de policía que efectuaba su ronda por las cercanías.

Comoquiera que Rasputín había caído de espaldas, detrás de un

montón de nieve, y no era visible su cuerpo por el momento, Yussupov se dirigió al encuentro del agente, el cual lo reconoció y saludándole le dijo respetuosamente:

—Excelencia; oí disparos. Ojalá no haya ocurrido algún accidente.

—No, no es nada —respondió el príncipe—. Hemos tenido una fiestecita y uno de mis amigos disparó, al aire... Puede usted dar su parte: sin novedad.

Poco antes de amanecer regresaron a «El Moika» el Gran Duque Dimitri, Sukhotin y el doctor Lazhovert, quienes, asombrados, se enteraron de lo ocurrido después de su marcha. Ellos envolvieron el cadáver de Rasputín en una manta y, tras de liarle fuertemente las piernas y los brazos, se lo llevaron, en el coche, hasta el puente de Petrovski, sobre el Neva, arrojándolo al río.

De este modo murió el famoso Rasputín, el hombre más temido de la Santa Rusia».

### «SOY EL REY, SIN CORONA, DE ARABIA»

*(Lawrence)*

¿Quién fue *Lawrence de Arabia*? ¿Un aventurero? ¿Un político? ¿Un héroe?

Lawrence fue un hombre de múltiples aptitudes: erudito, arqueólogo, soldado, diplomático y «coronador» de reyes. Sus fabulosas aventuras en los desiertos de Arabia hicieron de su nombre una leyenda y contribuyeron a modelar el destino del Oriente Medio.

Este hombre legendario, que «inventó» el Oriente Medio y conquistó para la Gran Bretaña el Imperio del Petróleo, dijo en cierta ocasión, al ser preguntado por un curioso periodista:

—Soy el rey, sin corona, de Arabia.

Si bien era hijo ilegítimo de un barón irlandés, al vérselo en sus campamentos del desierto parecía tan árabe como cualquier otro jeque; vestía igual que los árabes, hablaba árabe y montaba y disparaba lo mismo que un beduino.

Lawrence era intelectual y erudito; y además un hombre de acción.

Andaba descalzo por la tierra cubierta de guijarros, a fin de endurecerse para las incursiones por el desierto. Sentía la necesidad de hacer su endeble organismo más resistente que el de cualquier beduino; y lo consiguió.

Marchando por un desolado trecho del desierto de Arabia, notó que uno de los camellos de su caravana no tenía jinete.

— ¿Dónde está? —preguntó a un árabe.

Y como no recibiera contestación pasó breve revista y comprobó que un beduino, llamado Gasim, había caído sin que lo advirtieran sus compañeros.

—Voy a retroceder para buscarle —dijo Lawrence.

Los árabes protestaron y alegaron que retrasarse un poco en tan ardiente y expuesto territorio los pondría en peligro a todos, mas Lawrence fue inflexible en su decisión.

No tardó en encontrar al beduino, enloquecido por la sed; y subiéndolo a las ancas de su camello volvió a reunirse con los demás. Su proceder de humanitario heroísmo dejó muy impresionados a los árabes, que acabaron respetándolo como a su rey.

Su humanitarismo no le impedía, cuando llegaba la ocasión, ser duro como el pedernal. Vivía siempre atento a los brotes de celos y de intrigas entre las tribus, para cortarlos antes de que corriera la sangre.

Una tarde oyó un disparo de fusil. Pronto averiguó que un árabe había matado a otro de una tribu rival. Presintiendo sangrientas represalias, Lawrence se vio en el caso de obrar con rapidez. Condujo al asesino hasta el fondo de una cabaña y allí lo ejecutó, con su propio revólver.

—Vale más que muera él que no muchos más —comentó.

El agente secreto Thomas Edward Lawrence se guiaba siempre por su sutil comprensión de la psicología de los árabes. Invariablemente actuaba en nombre del emir Feisal, uno de los hijos del jerife Hussein.

Lowell Thomas, que conoció a Lawrence en el desierto y que fue el primero en divulgar el mundo sus andanzas legendarias, relata que verlo salir con sus hombres era un extraordinario espectáculo. Lawrence marchaba al frente, y su tez blanca contrastaba con su atuendo árabe de color oscuro. Tras él desfilaba su guardia de honor: unos ochenta jinetes, la flor y nata del bandidaje de las distintas tribus; si bien decididamente fieles a su caudillo inglés.

—Los ingleses los llamen asesinos —decía Lawrence—, pero solamente matan cuando yo les ordeno matar.

Después, en larga e irregular columna, seguían sus beduinos, bamboleándose el rítmico paso de los camellos. Lawrence se prodigaba en cabalgar con todos sus grupos para evitar celos. Dentro de sus amplias alforjas llevaba una fortuna en monedas de oro. Y aquellos de sus hombres que se distinguían en los combates, tenían derecho a meter la mano en ellas y sacar un puñado.

El método favorito de ataque de Lawrence consistía en la voladura de trenes. El mismo solía colocar las cargas explosivas; y luego, agazapado con sus beduinos, detrás de las dunas o de algunas peñas, aguardaba a que apareciera el tren turco.

Cuando pulsaba el pistón disparador, retumbaba la explosión, con un bramido en el silencio del desierto. El tren descarrilaba y los beduinos se precipitaban sobre los restos humeantes del convoy dando gritos salvajes. Durante los dieciocho meses de campaña que hicieron a las órdenes de Lawrence, los árabes volaron setenta y nueve, entre puentes y trenes.

Un día, sus jinetes entraron a saco en un pueblecito del mar Muerto, no lejos del sitio donde estuvieron las ciudades de Sodoma y Gomorra. Allí encontraron algunos barquichuelos de la Armada turca, que estaban cargando y se precipitaron sobre ellos al abordaje, como piratas. Hicieron sesenta prisioneros turcos y hundieron las naves...

—Probablemente —comentó, Lawrence— es la única vez en la historia que una batalla naval ha sido ganada por la caballería.

El conocimiento que Lawrence tenía del terreno fue la clave de algunas de sus victorias. Una de sus más dramáticas acciones de guerra tuvo lugar en lo que hoy es Jordania, y en el lugar donde antes se levantaba la antigua ciudad de Petra de la cual un poeta dijo:

—Es casi tan vieja como el tiempo.

Sin embargo, no todo fueron triunfos y glorias. Lawrence tuvo también derrotas, peligro constante, y sufrió traiciones. La prueba más clara de su importancia era el precio que los turcos habían puesto a su cabeza: ofrecían veinte mil libras esterlinas por él, vivo, y diez mil, muerto. A pesar de esta amenaza, no dejó de arriesgarse viajando, a veces solo y en otras ocasiones con uno o dos compañeros.

Andando solo por Dera'a —plaza fuerte otomana—, le detuvieron. Los

turcos no pensaban que aquel hombrecillo de poca estatura, vestido con desastrosas ropas árabes, era el jefe de la revolución. Las cicatrices que le habían dejado las balas les hicieron creer que se trataba de un desertor del ejército turco y lo llevaron ante su comandante.

— ¡Confiesa! ¿Quién eres? —le amenazaron.

Lawrence no contestó. Mas como el comandante turco le diera una bofetada, el prisionero le «respondió» dándole un puntapié en la ingle. Lívido de rabia y de dolor, el jefe otomano le clavó la bayoneta en el cuerpo.

—Que lo azoten y que le den tortura —ordenó después.

Lawrence temió descubrir su identidad si gritaba en inglés. Se contuvo el dolor, finalmente lo dejó inconsciente. Creyéndole muerto lo dejaron tirado en una habitación desocupada. Cuando volvió en sí logró salir arrastrándose hasta la calle, sin que nadie lo advirtiera.

A partir de este episodio se produjo un notable cambio en su carácter. Se volvió taciturno y áspero, mostrando en los combates una temeridad casi suicida.

Después de una serie interminable de hazañas, el misterioso Lawrence murió un día gris y brumoso de mayo de 1935, al salir «disparado» de su motocicleta. Le rindieron homenaje lo mismo grandes personalidades que gentes desconocidas. Una niña dejó sobre su tumba un ramo de lilas con una tarjeta que rezaba:

«A T. E. Lawrence, que debería reposar entre reyes».

Winston Churchill comentó:

—Con el coronel Lawrence hemos perdido uno de los seres más grandes de nuestro tiempo. Su nombre vivirá en las letras de Inglaterra; vivirá en los anales de la guerra; vivirá en las leyendas de Arabia.

## V.

### Del astuto Churchill al tenaz De Gaulle.

«NADA HAY MÁS FÁCIL QUE DEJAR DE FUMAR»

*(W. Churchill)*

El calificado por muchos escritores como Hombre del siglo, Sir Winston Churchill, llevó una vida de riesgos y aventuras. Su genio fue casi increíble: soldado, estadista, orador, escritor, pintor, deportista. Si bien aunque sus triunfos parecían casi sobrehumanos, no ha habido nunca una figura más sencilla. Fue siempre un hombre jovial, impetuoso, de corazón. Un hombre de sangre, sudor y trabajo, y también de un humor extraordinario.

El mismo escribió:

«Las anécdotas son los más relucientes juguetes de la Historia».

Damos seguidamente un anecdotario vivido y auténtico sobre el mismo Churchill, tomado de libros, artículos y crónicas. De él surge un retrato singular de un hombre de existencia épica, cuya muerte, a la edad de noventa años, acaeció el 24 de enero de 1965.

Al nacer, en noviembre de 1874, armó un griterío ensordecedor. Su madre, la duquesa de Marlborough, comentó asombrada:

—Yo misma he traído al mundo un gran número de niños. Todos ellos fueron, a su llegada, muy escandalosos; pero ruido tan horrendo como el que hizo este hijo, ¡no lo he oído jamás!

A sus doce años el joven Churchill ingresó en la escuela de Harrow, donde fue, sin duda, el peor de los alumnos. Sin embargo, se enamoró de la literatura inglesa y tenía una memoria prodigiosa, lo que le permitía citar escenas enteras de las obras de Shakespeare.

En la Real Academia Militar de Sandhurst ingresó como uno de los últimos de su clase; si bien, después, se graduó en octavo lugar entre los 150 estudiantes que la componían. Churchill recibió el grado de teniente; siendo



destinado al 4.º Regimiento de Húsares.

Y comoquiera que por aquellas fechas la amenaza de la guerra parecía haber desaparecido del mundo..., salvo en Cuba, donde los soldados españoles trataban de reprimir una rebelión de los nativos, apoyados por Norteamérica, allá marchó Churchill como corresponsal de guerra del «Daily Graphic».

Se ha dicho repetidamente que Churchill luchó al lado de los españoles en Cuba. El general Beigbeder, que trató mucho al político inglés, ha contado cómo el británico semicolonial, hijo de madre americana, si se trasladó a Cuba lo hizo con la intención de pasarse al bando del «Maine», como yanqui por sangre materna.

Parece ser que el whisky, el calor, los enganches de reclutamiento, un listo sargento español, «convencieron» al joven corresponsal inglés para que se quedara con ellos; y cuando se dio cuenta, desertó. El mismo deja en sus «Memorias» una laguna muy significativa sobre esta cuestión.

Por su parte, el general Juan Luis Beigbeder refirió que había tenido el expediente de deserción en su mano y que se lo había regalado al astuto voluntario inglés, que había desertado (siendo el propio ministro de Exteriores español).

Destinado después al 21.º Regimiento de Lanceros, Churchill partió para el Sudán. Los derviches avanzaban y el choque era inevitable. Fue la última carga de caballería en la que Churchill participó. La Historia la ha recogido con el nombre de «la carga de Omdurman».

En esta decisiva batalla, que se prolongó durante cinco horas, la suerte no abandonó al teniente Churchill. Gracias a lo cual el joven oficial pudo entrar a caballo en Omdurman, al lado del victorioso Kitchener.

Durante la guerra contra los bóers Churchill fue hecho prisionero y conducido a un campamento de Pretoria.

—No tenemos intención de soltarle —le dijeron—. No todos los días echamos mano al hijo de un lord.

A las tres semanas de su cautiverio Churchill se fugó del campamento. Y tras mil aventuras y calamidades llegó a una mina de carbón. Llamó a una puerta y apareció un hombre que lo miró con recelo, hasta que el fugitivo mencionó su nombre.

—Gracias a Dios que he venido usted aquí —dijo el hombre—. Es la única casa segura en treinta kilómetros a la redonda. En cualquier otra lo

habrían denunciado.

En mayo de 1904, entre los ensordecedores abucheos de los *tories* y los aplausos de los *whigs*, Churchill abandonó el partido Conservador y se pasó al lado de la oposición en la Cámara. Dos años después le designaban Subsecretario de Colonias.

Inmediatamente emprendió una gira por Africa. En Adén hizo escala el barco, y Churchill llamó por teléfono al oficial que mandaba la guardia mayor, que se llamaba Calvert. Éste lo relató:

«—Habla el señor Churchill. Quisiera que me proporcionaran un camello.

»Muy bien, señor —respondí. Y llamé al sargento, quien me dijo:

»—Ordenaré que ensillen al número 51.

»Bien sabíamos todos que el número 51 era un animal lleno de resabios y propenso a dar coces.

»Por la noche se me presentó el mozo de cuadra somalí. Inquirí acerca del camello, y el muchacho respondió riendo:

»—*Sahib*, camello dio patada Churchill; y Churchill pateó camello. Ya camello muy buen animal, *sahib*.

En 1908 Churchill se casó con Clementina Hozier, la bella e inteligente mujer que dedicó toda su vida, con gran tacto, a su desconcertante esposo. Refiriéndose a ella dijo el propio Winston Churchill:

—Ha sido la compañera y el apoyo de mi vida. Sin ella, yo nunca hubiera podido triunfar.

Conocido es el ingenio churchbilliano y la mordacidad de sus réplicas en el Parlamento. Durante una sesión, Sir William Joynson Hicks hizo un comentario ante el cual Churchill mostró su desaprobación.

—Veo que mi honorable colega mueve le cabeza —observó Hicks—. Quisiera advertirle que me estoy limitando a expresar mi propia opinión.

—Por mi parte —repuso Winston—, no hago más que mover mi propia cabeza.

En otra ocasión hizo un comentario que movió a otro de los diputados a ponerse bruscamente en pie para protestar, con tal vehemencia, que sus palabras, ahogadas por la rabia, casi no se entendieron.

—Mi honorable colega —comentó Churchill— debería evitar sentir más indignación de la que es capaz de dominar.

Al ser preguntado sobre cuál era, a su juicio, la condición esencial para un buen político, contestó:

—La facultad de predecir lo que sucederá mañana, el próximo mes y el año venidero... y explicar después por qué no sucedió.

Siendo Mr. Churchill primer ministro, un diputado de la oposición le atacó violentamente en un discurso. Sir Winston hincó le barbilla en su pecho, cerró los ojos y permaneció inmóvil. El orador, al observarle, exclamó furioso:

— ¡Protesto! ¡El señor presidente se permite dormir mientras yo hablo!

—No —contestó Churchill, levantando la cabeza—; no dormía... desgraciadamente.

Durante la primera Guerra mundial, Churchill desempeñó el Ministerio de Municiones y trató de imponer el tanque, al que los enemigos del político llamaban burlones «la locura de Winston».

Churchill tuvo un gran sentido del humor. Dando una conferencia en Toronto, se descompuso el sistema de amplificadores y comenzaron a oírse gritos airados:

— ¡Más alto! ¡Que grite más!

Mr. Churchill levantó la mano reclamando silencio, y al conseguirlo, arrojó el pequeño micrófono contra el suelo, donde se hizo añicos. Luego exclamó, con voz de trueno:

—Ya que hemos agotado todos los recursos de la ciencia, volvamos a los de la madre Naturaleza.

Y continuó su discurso en medio de calurosos aplausos.

Recibió su esposa la visita de una hermosa sobrina recién casada. Estaba tomando el té con sus invitados, y sir Winston asistía a la reunión. La hermosa joven manifestó lo feliz que se sentía y las atenciones de su marido por mimarla.

—Incluso está decidido a dejar de fumar por complacerme —dijo.

A lo que replicó Churchill, riendo:

—Mi querida niña; nada hay más fácil que dejar de fumar. Yo mismo lo he hecho muchísimas veces.

El inspector de policía Walter H. Thompson, que durante muchos años tuvo la misión de custodiar a Churchill, cuenta lo siguiente de la época en

que éste llevaba bigote:

En un mitin político, una señora feísima interrumpió su discurso.

—Me disgustan sus ideas y su bigote... —dijo.

—Le ruego, señora —replicó Churchill—, que no se excite. Creo que jamás entrará en contacto con él.

Durante una conferencia diplomática celebrada en Londres, un representante extranjero susurró al oído de otro:

— ¿Ha observado que míster Churchill está decayendo? Dicen que va perdiendo memoria y que a veces se duerme durante los debates de la Cámara...

Cortó el diálogo sir Winston, que se hallaba algo distante, al exclamar en voz alta:

— ¡Y lo que es peor, se está quedando sordo...!

Churchill, en su campaña contra la política de apaciguamiento, desplegó todas sus fuerzas. El Primer Ministro, Chamberlain, persistía en sus esfuerzos para mantener la paz. Se reunió con Hitler en Munich, y Checoslovaquia resultó sacrificada a la causa del «apaciguamiento».

A su regreso a Inglaterra, Chamberlain fue recibido por las aclamaciones de la muchedumbre.

—Paz con honor —declaró, muy convencido—. Paz para nuestra era.

Sin embargo, en la Cámara, Churchill se puso en pie entre gritos y silbidos, para decir, sin amilanarse:

—Empezaré diciendo lo que todos quisieran pasar por alto y que, no obstante, se debe decir: que hemos sufrido una derrota total e indiscutible. Y no crean que esto vaya a ser el final. Esto no es sino el principio, el primer sorbo...

En septiembre de 1939, cuando los nazis invadieron Polonia y sus designios quedaron al descubierto hasta para el mismo Chamberlain, no hubo otra alternativa que reponer a Churchill en su antiguo cargo del Almirantazgo. Entre las unidades de la Armada circuló la jubilosa noticia:

— ¡Winston está de vuelta!

« ¡JAMÁS NOS RENDIREMOS! »

(*W. Churchill, segunda etapa*)

Las horas de mayor gloria para Winston Churchill transcurrieron durante la segunda Guerra mundial. La historia de su grandeza, sin embargo, no dio fin con el triunfo de los aliados alcanzado sobre Hitler; continuó durante varios años de maestría política, años en que llegó a su plenitud como estadista, artista, historiador y hombre de ingenio.

Cuando los alemanes lanzaron su ataque contra Noruega, en la primavera de 1940, el parlamentario Leopold Amery (uno de los más antiguos amigos de Churchill) se puso en pie y dirigió a Chamberlain la terrible interpelación de Oliver Cromwell:

—Lleváis aquí demasiado tiempo para la utilidad que nos prestáis. Partid, os digo, y libradnos de vuestra presencia. En el nombre de Dios..., ¡marchaos!

Y seguidamente, después de cuarenta años en el Parlamento, Churchill asumió (por fin) el poder.

Se ha escrito que en 1940 Winston Churchill alteró por su conducta el curso de la Historia: «El cielo se apoyaba sobre sus hombros».

Y Churchill salvó a Inglaterra.

Siempre contó con una gran ayuda. Al asumir la pesada carga de dirigir los destinos del Imperio británico, en plena conflagración, su esposa Clementina llegó al número 10 de Downing Street adornada de las siguientes prendas: mucha experiencia como anfitriona; un encanto apacible; agudo ingenio y sereno valor. De ello es buena prueba el comentario que hizo a una amiga durante un bombardeo de Londres, por la aviación alemana:

—Me he propuesto firmemente no hacer ningún caso de todo esto.

El 13 de mayo de 1940 Churchill pronunció en la Cámara de los Comunes su primer discurso como *Premier* británico y que constituyó una declaración memorable. Sereno, y con las mandíbulas apretadas, empezó a hablar. Pausadamente, declaró:

—No tengo nada que ofrecer sino sangre, trabajos, lágrimas y sudor.

Diez minutos antes la Cámara era una asamblea seria, preocupada; al oírle se convirtió en una fuerza coherente, cuyo corazón latía al unísono con

el de su jefe.

—Nuestra política —prosiguió Churchill— es la de pelear por tierra, mar y aire, con todas nuestras fuerzas y con toda la energía que Dios pueda prestarnos...

Y mientras la Cámara le aclamaba, él terminó con firme acento:

—El fin que perseguimos sólo es uno: la victoria. La victoria a toda costa; la victoria a despecho del terror. La victoria, por largo y penoso que sea el camino que a ella conduce.

Por segunda vez en veinticinco años, Europa estaba sumida en tinieblas. Y en los sombríos meses de guerra que siguieron, entre la *blitzkrieg*, los bombardeos y las rendiciones, parecía que sólo un hombre hacía frente a la obscuridad definitiva.

— ¡Jamás nos rendiremos! —proclamó Churchill—. Y aun cuando esta isla o buena parte de ella se viera sojuzgada y hambrienta, cosa que ni por un momento juzgo posible, aun entonces nos quedará nuestro imperio de ultramar... Y proseguiría la lucha hasta que, cuando Dios lo disponga, el Nuevo Mundo, con todo el empuje de su fuerza y poderío, acuda en ayuda y a la liberación del Viejo.

Con sus palabras de aliento y de desafío Churchill inflamó el corazón de sus compatriotas y de infinitos secuaces.

La sala de operaciones del Grupo n.º 11 del Mando de Caza de la RAF era, durante la batalla de Inglaterra, el refugio predilecto de Churchill. Tras un encarnizado combate aéreo, comentó emocionado:

—Nunca, en la historia de los conflictos humanos, tantos seres han debido tanto a tan pocos.

El 7 de diciembre de 1941, Sawyers, el mayordomo de Churchill, entró en la habitación, comunicándole:

—Señor, los japoneses han atacado a los norteamericanos en Pearl Harbour.

Churchill pidió inmediatamente una comunicación con el presidente Roosevelt, que se puso al teléfono.

— ¿Qué es lo que se dice acerca del Japón, señor presidente? —inquirió sir Winston.

—Es la pura verdad —contestó Roosevelt—. Ahora todos remamos en la misma barca.

En agosto de 1942 Churchill hizo su primera visita a Moscú, para establecer relaciones con Stalin. La atmósfera de la primera reunión resultó sombría, dice Lewis Broad. Churchill llevaba la ingrata misión de comunicar a Stalin que no se abriría un segundo frente en el curso de aquel año.

El dictador soviético se mostró ofensivo.

— ¿Cuándo van ustedes a empezar a combatir? —pregunto irritado—. ¿Van a dejarnos que carguemos nosotros con todo el peso de la guerra?

Y con sonrisa mordaz, agregó:

—Ya verán que no es tan difícil, una vez empiecen.

Churchill había dominado su cólera hasta entonces; mas estas burlas lo hicieron estallar. Asestó un puñetazo sobre la mesa y de su boca brotó un torrente de palabras.

Stalin echó atrás la cabeza, riendo a carcajadas.

— ¡No comprendo lo que usted dice —le interrumpió—; pero me agrada su actitud!

De ahí en adelante disminuyó la tirantez, y la cordialidad fue en aumento.

Después de la campaña del Norte de Africa, en la que Rommel hubo de retroceder a través de Cirenaica, advirtió Churchill:

—Esto no es el fin. No es ni siquiera el principio del fin. ¡Pero es tal vez el fin del principio!

Cuando Churchill apremió a Roosevelt para que se reunieran antes de ir a la Conferencia de Yalta, el presidente norteamericano pensó que tal reunión podría ofender a Stalin, e insinuó que los asuntos que se tratarían en la Conferencia podrían resolverse en cinco o seis días. El Primer Ministro británico, convencido todavía de que, antes de comenzar las conversaciones esenciales, deberían solucionarse los problemas básicos, telegrafió:

«No veo ninguna forma de realizar nuestras esperanzas de organizar el mundo en cinco o seis días. Hasta el Todopoderoso necesitó siete».

En abril de 1945, al enterarse de la muerte del presidente de los Estados Unidos, Roosevelt, comentó Churchill con tristeza:

—He perdido un gran amigo, uno de los mejores que jamás he conocido. Murió en vísperas de la victoria; si bien alcanzó a ver sus alas. Y las oyó batir.

El 8 de mayo de 1945, cuando los alemanes se desmoronaron, y a una capitulación siguió otra, Winston Churchill fue quien dio la señal para la celebración del Día de la Victoria. A la multitud de Londres que le aclamaba sin cesar, le dijo:

— ¡Dios os bendiga a todos! Esta victoria es obra nuestra. ¡En toda nuestra larga historia no hemos visto día más glorioso que éste!

Sin embargo, a pesar de sus grandes merecimientos, once semanas después de la victoria, Churchill quedaba relevado de su cargo. Y como le era indiferente la idea de que se le dispensaran honores, rechazó el ofrecimiento de un ducado y hasta la Orden de la Jarretera, que se le brindó también.

— ¿Cómo he de aceptar de Su Majestad la Orden de la Jarretera — observó— cuando el pueblo acaba de otorgarme la Orden del puntapié?

Mr. Churchill no fue solamente un gran político, sino también un excelente escritor. Por ello le fue concedido, en 1953, el Premio Nobel de Literatura. Además, sir Winston ha sido uno de los escritores ingleses que ha obtenido mayores beneficios de sus libros.

Asimismo, fue un buen aficionado a la pintura, que le hubiera bastado a Churchill —según opina Picasso— para vivir holgadamente.

Durante unas vacaciones en Italia, un periodista le preguntó:

— ¿Qué opinión tiene usted de Picasso?

—Me parece un excelente pintor —respondió Churchill.

—Pues creo que él no tiene de usted tan buena opinión.

—Puede ocurrir que ambos estemos equivocados.

Al término de su carrera, después de posar Churchill el día de su ochenta y cinco aniversario, el fotógrafo le dijo:

—Espero volver a retratarle cuando cumpla los cien años.

— ¡Ya lo creo! Aún es usted joven y parece fuerte —contestó Churchill.

Para resumir el carácter de sir Winston Churchill, a quien se ha llamado *el hombre del siglo*, no hay palabras más apropiadas que las que él mismo escribió:

«En la guerra, resolución.

»En la derrota, desafío.



»En la victoria, magnanimidad.

»En la paz, buena voluntad.»

« ¡REGRESARÉ! »

*(Mac Arthur)*

La carrera del general Mac Arthur llena toda la historia moderna de los Estados Unidos.

Antes de la conquista del Oeste americano acompañó a su padre en la campaña contra el famoso *Jerónimo* y sus guerreros indios. Durante su vida mandó muchas unidades de combate, inclusive la única hasta ahora comprometida en una guerra nuclear.

No obstante su carácter severo e inflexible, Mac Arthur fue hombre cordial, humanitario y de sagaz humorismo.

Durante la guerra en el Pacífico (la segunda Guerra mundial) el almirante Nimitz y el general Mac Arthur salieron a pescar juntos. El bote en que se encontraban zozobró a causa de un movimiento brusco, y los dos «ilustres pescadores» fueron lanzados al agua. Siendo el almirante el primero que consiguió alcanzar el bote y, con la ayuda de un remo, acabó por poner a flote al general.

—Bueno, Mac —advirtió el almirante—, lo mejor es no mencionar este incidente a nadie. No me agradaría que los hombres de la Armada se enterasen de que no sé nadar.

—No te preocupes —replicó Mac Arthur—. Tu secreto es sagrado. Tampoco a mí me gustaría que mis hombres se enterasen de que no sé andar sobre el agua.

Se cuenta que el 7 de julio de 1853, cuatro navíos de la Armada norteamericana, mandados por el comodoro Perry, anclaron frente al pequeño puerto japonés de Uraga. Mas cuando sus tripulantes intentaron desembarcar, se lo impidieron las fuerzas japonesas, obedeciendo órdenes rigurosas del Shogunato.

Extrañado por semejante prohibición, el comodoro Perry solicitó entonces del Shogun o «generalísimo» nipón un Tratado de amistad y comercio, en nombre del Gobierno de los Estados Unidos, pero fue

despedido sin ver aceptada su demanda amistosa.

Malhumorado por tan extraña actitud, el comodoro se retiró con sus naves diciendo:

Prometo regresar en busca de la respuesta.

Y así lo hizo. Cuatro años después, en agosto de 1857, se firmaba el primer Tratado entre el Japón y los Estados Unidos de América. Y estos hechos fueron el paso inicial que abriría las puertas del misterioso Imperio del Sol Naciente a los extranjeros, provocando en el país nipón la más extraordinaria transformación que se ha conocido, no sólo en su historia, sino en todo el mundo.

El comodoro Perry no pudo imaginar siquiera que, cien años más tarde, otro americano —el general Mac Arthur— obligado a partir de Filipinas, ocupada por los japoneses, también diría: —*I will return!*— («Regresaré»).

Y cumpliendo, asimismo, su palabra, el 2 de septiembre de 1945, a bordo del acorazado americano «Missouri», entraba en la bahía de Tokio para recibir la capitulación japonesa, abriendo con ello para el Japón (como sucedió antaño) una nueva era de su historia.

Justo es reconocer que si el Japón consiguió su rápida reconstrucción y recuperación no fue debido únicamente a la laboriosidad y esfuerzo de su pueblo, sino a la desinteresada ayuda que Norteamérica le prestó.

—Se debe tratar honradamente al enemigo vencido, pues nunca se sabe lo pronto que podemos necesitar su ayuda —comentó el general Mac Arthur.

Y este inteligente y razonable punto de vista fue la conducta que emplearon los norteamericanos con el Japón derrotado y ocupado.

Días después de las explosiones nucleares de Hiroshima y Nagasaki, el Japón capitulaba, y el 30 de agosto de 1945 el general Mac Arthur izaba la bandera norteamericana en el aeropuerto de Atjusi.

Bien pronto advirtieron las fuerzas de ocupación americanas que los japoneses no les ponían obstáculo ni tropiezo alguno. El mismo general Mac Arthur, admirado, hubo de confesar:

— ...Vinimos a desarmar a los japoneses y fuimos nosotros los espiritualmente desarmados. Y bien sabe Dios que, al principio, no sentíamos la más mínima compasión hacia este pueblo...

Aunque es verdad que en el orden material el Imperio del Sol Naciente quedó deshecho; en otro orden de cosas bastaron cuatro meses sólo para que desde el mismo Japón otro «emperador americano», el *Supreme Commander*, general Mac Arthur, llevara a cabo una transformación tan radical que, aparentemente, logró transformarlo en un nuevo Estado.

Y aún hoy, para los japoneses, Mac Arthur es un símbolo rodeado de gloria imperecedera.

Muy temprano, en la mañana del 25 de junio de 1950, sonó el teléfono de la habitación del general Mac Arthur en la Embajada norteamericana en Tokio.

El oficial de guardia de Cuartel General norteamericano le comunicó:

—Mi general, acabamos de recibir un despacho de Seúl informándonos que los coreanos del Norte han lanzado un poderoso ataque al sur del paralelo 38, a las cuatro de la madrugada. A Mac Arthur le pareció la noticia una pesadilla.

— ¡No puede ser! —exclamó—. ¡Imposible que se repita lo de Filipinas!

Mas al preguntarse cuál era la política seguida por los Estados Unidos en Asia, se dio cuenta de una espantosa verdad: los Estados Unidos no tenían ninguna política definida en Asia.

Durante casi un año el general Mac Arthur llevó magníficamente la guerra de Corea. Mas debido a unas declaraciones (según se puso como pretexto), el 11 de abril de 1951 el presidente Truman lo relevó del mando en el ejército del Lejano Oriente.

Bien pronto se vio el precio trágico que costaba la destitución de Mac Arthur. Se le acusó de insubordinación. Sin embargo, el propio general declaró:

—Nada ha podido ser más grotesco.

Al no devolver al pueblo de Corea una nación unificada y libre (sino separada en dos zonas) las desastrosas consecuencias repercutieron inmediatamente en toda Asia: la China Roja se convirtió en el coloso militar de Oriente.

Mac Arthur había oído hablar mucho del temperamento del presidente Truman y de sus arrebatos de ira incontenible. Y también había advertido, con creciente inquietud, la indecisión, cada vez más notoria, con que manejaba los asuntos de Corea.

Al comentar su destitución del mando en el Lejano Oriente, solía contar el siguiente sucedido:

—Un capitán llevaba once años sin recibir un ascenso. Alguien le preguntó cómo se explicaba el hecho de que no progresase, y respondió: «Hace muchos años tuve una disputa con un general... ¡y yo gané!».

**« ¡ES USTED UNA DESGRACIA PARA EL EJERCITO! »**

*(Patton)*

—Señores, el momento que tanto hemos esperado y para el que nos hemos entrenado durante tanto tiempo, ha llegado finalmente. Mañana partimos para la guerra. Les felicito. Y les profetizo que sus nombres y el del III Ejército permanecerán en la Historia... o bien estarán en las listas de la Oficina de Bajas. Gracias. Buenas noches.

El hombre que así hablaba era el general George S. Patton. De los jefes militares norteamericanos, el general Mac Arthur ha sido el más admirado; y ninguno ha sido más criticado que Patton. Era alto y magnífico. Atlético aún a los sesenta años. Llamaba la atención con sus cabellos plateados, muy cortos. Su rostro muy viril. Expresión marcial. Indumentaria impecable.

Incluso en plena batalla, el uniforme de Patton parecía recién salido del planchado, los correaes relucientes, el casco brillante. Si tenía algunas manchas de barro, el general se cambiaba tan pronto como llegaba a su Cuartel General. Iba siempre enguantado o con los guantes en la mano. Y no se olviden, sobre todo, los dos famosos revólveres con incrustaciones de nácar en la culata. Los llevaba consigo siempre, incluso en las grandes recepciones, y también en la residencia del rey, en Buckingham Palace.

Cuando ingresó en el Instituto Militar de Virginia era mal estudiante, y tenía dos pasiones: los barcos de vela y el deporte. En los Juegos Olímpicos de 1912, en Estocolmo, a la llegada del *cross-country*, de cuatro mil metros de *pentathlon* moderno, el que llegó primero, un sueco, realizó tal esfuerzo que se derrumbó ante la tribuna real, exhausto. El segundo que le seguía a pocos metros, no se derrumbó: era Patton. La víspera de la final, había establecido una nueva marca mundial de tiro.

En 1940, el general de brigada Patton mandaba el Primer Cuerpo

Blindado. Entrenaba a soldados para que resistieran temperaturas terribles, sin beber ni comer, en el «Centro de Entrenamiento para el Desierto», en Indio, California.

George S. Patton mandó la primera fuerza americana que desembarcó en la costa marroquí el 8 de noviembre de 1942. En Túnez, condujo a la batalla el 2.º Cuerpo; en Sicilia e Italia, el VII Ejército.

Si queréis que una tropa combata y desafíe a la muerte —explicaba a sus oficiales—, andad ante ella y conducidla. Una tropa es como un spaghetti: no se puede empujar un *spaghetti*, hay que tirar de él.

Y en nombre de este principio, iba lo más frecuentemente posible en primera línea, o mejor aún, a la cabeza de sus columnas.

La única vez que se vio al general Patton privado del uso de la palabra fue en 1942 durante unas maniobras. Bajaba el general Patton por una carretera en un *jeep*, cuando gritó de repente al chófer:

— ¡Pare!

El coche se detuvo bruscamente. Patton saltó fuera y se dirigió dando zancadas hasta un poste de teléfonos. En lo alto de él había un joven de caqui, todo sucio, sin gorro y con la camisa desabrochada. Estaba fijando un alambre.

— ¡Baje inmediatamente! —rugió el general.

El joven miró hacia abajo al «inmaculado» general.

—Estoy ocupado —le respondió.

Patton creyó volverse loco y trepó por el poste. Lleno de furia repitió le orden. El joven se encogió de hombros y descendió. Y lo terrible se sumó a lo horrible: no saludó militarmente. Al general le parecía por momentos que iban a estallarle las venas en la frente.

Con secas palabras amonestó duramente al joven por sus pantalones arrugados, la suciedad de sus zapatos, el cuello sin abrochar, su falta de gorro y su imperdonable omisión de saludar.

Por fin, en el punto culminante de la furia, tronó:

— ¡Es usted una desgracia para el Ejército! Pero no lo toleraré. Se lo digo desde ahora, no lo toleraré. Así, que dígame su nombre y lo compañía a que pertenece.

Aquella fue la primera oportunidad que tuvo el joven de poder despegar los labios. Mirando fijamente a los ojos del general, respondió:

—Mi nombre es Joe Johnson. Mi compañía, la Compañía Telefónica de California Meridional. ¡Y usted puede irse ya al diablo!

Según los testigos, Patton, boquiabierto, estuvo a punto de desmayarse.

La opinión de Eisenhower sobre las cualidades de Patton era: «Un gran jefe especializado en la explotación de una situación fluida». Y también: «Astuto estratega que siempre ha apreciado en su justo valor la rapidez en la conducción de las operaciones».

Cuando el general Eisenhower le confió el III Ejército americano en la «Operación Overlord», Patton había ya demostrado su valía en Africa, en Sicilia y en Italia. Su reputación de guerrero valeroso estaba firmemente consolidada no sólo entre los militares, sino entre el público.

Más adelantada la guerra, Patton debía brillar con motivo del contraataque de Bastogne y cuando la penetración aliada hacia el Rin, en Coblenza y en el Sarre.

Al llegar a tierra francesa, Patton arengó a sus tropas:

—A los americanos les gusta combatir, ésta es su tradición. Todos los auténticos americanos aprecian la excitación y el estrépito de la batalla. Estáis hoy aquí por tres motivos: primero, para defender vuestros hogares y vuestros seres queridos; segundo, por respeto hacia vosotros mismos, porque no quisierais estar en este momento en ningún otro sitio; tercero, porque sois verdaderos hombres y a los verdaderos hombres les gusta el combate. Los americanos juegan para ganar. Norteamérica no ha perdido nunca, ni jamás perderá, una guerra, porque el solo pensamiento de perder es insoportable para un americano.

Al mismo tiempo que crecía su reputación como valiente y decidido se había hecho surgir contra él una enorme oleada de impopularidad y corrido el riesgo de sufrir un Consejo de Guerra. ¿Por qué?

Las jóvenes americanas, cuando se pronunciaba el nombre de Patton, decían resueltas:

—Detesto a Patton. Golpea a los soldados heridos.

¿Es cierto esto?

Según frase de los periodistas americanos, Patton fue el autor de una «bofetada que resonó en el mundo entero». La verdad es que no es posible esbozar el retrato de Patton sin hablar de un episodio desafortunado que, ciertamente, marcó su carrera militar.

Sucedió en Sicilia, en agosto de 1943. Se dice que Patton visitaba un hospital y se fijó en un soldado que no tenía ninguna herida aparentemente.

— ¿Por qué está usted hospitalizado? —le preguntó.

—Mi general, creo que es a causa de los nervios —contestó el soldado.

Patton tuvo un acceso de rabia al oírlo. Y furioso por el espectáculo de aquel hombre deprimido (después de reprocharle duramente su pusilanimidad) el general se dirigió a continuación a un segundo soldado, encamado y sin heridas.

— ¿Y usted?

—Depresión nerviosa, mi general.

«En esta ocasión —cuenta Eisenhower— Patton no supo dominar sus nervios y con el revés de la mano golpeó la cabeza del soldado. Tropezó con el casco del soldado y, dándole un puntapié, lo envió a rodar por el suelo. Entonces, médicos y enfermeras, sobreponiéndose a su comedimiento natural, en presencia de un general comandante en jefe, se interpusieron entre Patton y el soldado.»

Existen otras versiones del incidente, más o menos severas para Patton: según unas, había sacudido al soldado como si fuese un árbol frutal, antes de dejarlo sin sentido de un formidable bofetón; según otras, sólo esbozó el ademán de abofetearle. La versión de Eisenhower, sin embargo, parece ser la más exacta y desapasionada.

Todo pudo haber quedado sin resonancia; pero el médico jefe del hospital americano envió un informe oficioso a Eisenhower. Y lo peor fue que los corresponsales de guerra, informados por Drew Parson, provocaron una investigación a consecuencia de la cual Eisenhower impuso las correspondientes sanciones.

Luego, uno de los autores del informe que se realizó, exigió un Consejo de Guerra contra Patton, cosa que no se llevó a efecto. Mas, ¿qué había hecho realmente el valeroso general para suscitar tal animadversión?

Tal vez, sencillamente, por su prestancia militar, por sus fanfarronadas proverbiales, o quizá porque se había mostrado muy desagradable con algunos corresponsales de guerra y hombres políticos, a quienes sus frases y modales «poco democráticos» enfurecían.

El 9 de diciembre de 1945, Patton se dislocó el cuello en un accidente de automóvil en Alemania. Casi completamente paralizado, murió once días

después, a los sesenta años de edad.

## «VICTORIA COMPLETA; NADA MÁS »

*(Eisenhower)*

Desde su infancia, Dwight David Eisenhower llevaba el apodo familiar *Ike*, cuyo origen y significado desconocía por completo. Ingresó en la Escuela Militar de West Point, de donde salió oficial en 1915. A partir de entonces ascendió normalmente, al mismo tiempo que coleccionaba diplomas de las altas Escuelas militares.

Sus camaradas consideraban a Eisenhower un excelente teórico. Y sus jefes un notable instructor y organizador. *Ike* también era conocido, en el Ejército, por su notable serenidad jugando al póquer y al bridge.

En Inglaterra, las conferencias sobre el plan de invasión durante la segunda Guerra mundial reunían, por un lado, al general Eisenhower y a varios oficiales de su Estado Mayor; por el otro, a Churchill, al almirante Ramsay, al general Paget, al mariscal en jefe del Aire, Douglas, y a otros generales.

Durante la celebración de la primera de dichas reuniones, Eisenhower declaró:

—Creo que la primera decisión que se debe adoptar es el nombramiento de un jefe supremo aliado, encargado de dirigir la preparación de la invasión, y, después, de mandar la operación.

— ¿A quién nombraría usted comandante en jefe aliado? —le preguntaron.

Todo el mundo creía que la invasión podría realizarse en 1943, y que la participación inglesa sería la más importante.

—Cualquiera será mejor que nadie —contesté, Eisenhower—, si bien me parece que el almirante Mountbatten podría ser nuestro hombre. He oído decir que es enérgico, inteligente y valeroso.

Un silencio lleno de estupefacción acogió sus palabras. El general Brooke, jefe del Estado Mayor Imperial, dijo:

—General Eisenhower, ¿es posible que no conozca aún a Lord Louis Mountbatten? Está sentado ante usted.



Más tarde confesaría Eisenhower:

—No le reconocí cuando entré en la sala de reuniones. Y lo que yo dije creó un momento de perplejidad.

Sin embargo, Lord Louis Mountbatten no debía mandar la invasión. Se le nombró comandante supremo aliado en el teatro de operaciones del Sureste asiático.

El 24 de diciembre de 1943, el presidente Roosevelt anunció por radio el nombramiento del general Eisenhower como comandante en jefe de las fuerzas expedicionarias aliadas (*Supreme Commander Allied Expeditionary Force*. Abreviado: SCAEF).

*Ike* era un organizador tan excelente como el general Marshall, y mejor diplomático. Por ese motivo se le confió el Alto Mando de la «Operación Overlord».

La máquina de la invasión no tardó en ponerse en marcha. Y el día 4 de junio de 1944, exactamente a las cuatro y cuarto de la madrugada, Eisenhower, después de consultar a los meteorólogos y de examinar detenidamente el mapa del canal de la Mancha, anunció a los almirantes, mariscales, generales y jefes de Estado Mayor que le acompañaban:

—Señores, el «Día D» será el martes, 6 de junio.

Y en vísperas de la jornada de la invasión, el general Eisenhower dio la última consigna a los paracaidistas aliados:

— ¡Victoria completa; nada más!

A este respecto cuenta el mismo general Eisenhower:

—Casi estaban terminando las hostilidades en Europa cuando recibí la orden de trasladarme a los Estados Unidos, para asistir a una conferencia.

»Entre los pasajeros del avión en que yo iba se encontraba un soldado paracaidista, que me contó varios de sus éxitos, principalmente el de Normandía. Cuando nos estábamos acercando al campo de aterrizaje, final de nuestro vuelo sin escalas, me di cuenta del nerviosismo del soldado.

»— ¿Qué te ocurre, muchacho? —le pregunté.

»—Mi general —me contestó—, es la primera vez que "desciendo" en avión.

Cuando la guerra terminó, Eisenhower tuvo que enfrentarse con varias alternativas: desde retirarse y «marcharse a pescar», como él mismo comentaba, la de continuar como jefe del Estado Mayor, o pasar a ocupar

cualquiera de los cincuenta puestos destacados que le ofrecieron los industriales. Se decidió por volver a la Universidad de Columbia.

Tres días después de que Dwight D. Eisenhower iniciara su labor como decimotercer presidente de la Universidad de Columbia, dijo a Harry I. Carman, decano del Colegio Columbia:

—Estoy completamente desconcertado e ignorante en esta tarea. No sé ni siquiera cómo llamar a la gente que me rodea. Veo que hay dieciséis Escuelas diferentes en esta Universidad y cada una tiene su Decano o Director. ¿Cómo debo llamar a estas personas? ¿Decano? ¿Director? ¿Doctor?

—No todos son doctores, señor presidente —le replicó Carman—. Llámelos Decano o Director, hasta que llegue a conocerlos bien.

—Entonces, ¿por qué no llamarlos por sus propios nombres? —alegó Eisenhower.

—Perfectamente.

El presidente se echó hacia atrás en el gran sillón que ocupaba detrás de su mesa, diciendo sonriente:

—Comenzaré con usted. Desde ahora usted será Henry y yo seré *Ike*.

Pocos después, Eisenhower llamaba a más de la mitad de los decanos y directores de la Universidad por sus nombres de pila.

## «NUESTRA OBRA APENAS HA COMENZADO.

*(De Gaulle)*

El 13 de enero de 1943, el presidente Roosevelt llegó en avión a Casablanca para conferenciar con Churchill. Numerosos generales y almirantes ingleses y americanos, así como otros personajes oficiales, participaron en las reuniones que se celebraron del 13 al 23 de enero, y en las cuales se habló prolijamente de los proyectos de invasión de Europa.

Eisenhower, ocupado en dirigir la campaña de Túnez, sólo estuvo un día en Casablanca. Se esperaba la presencia del mariscalísimo Stalin; sin embargo, también él fue retenido por la dirección de sus ejércitos, y no acudió a la célebre Conferencia.

Algunos participantes han explicado la memorable reunión de

Casablanca en sus Memorias o en artículos. Pero si se leen varios de esos testimonios, se llega a la conclusión de que para conocer exactamente lo sucedido y la verdad hubiera sido necesario asistir personalmente a todas las reuniones.

El general De Gaulle ha escrito sobre ellas:

«En cuanto a los autores de Memorias, por gloriosos que sean, cada uno tiene su verdad».

Se cuenta que en la reunión de Roosevelt, Churchill y De Gaulle, celebrada en Casablanca durante la guerra, el presidente norteamericano dijo al jefe francés:

—Francia está en una situación tan mala que necesitaría un general del calibre de Napoleón,

— ¡Yo lo soy! —exclamó De Gaulle.

Roosevelt prosiguió:

Está en una situación financiera tan comprometida, que necesitaría un Colbert.

— ¡Yo soy Colbert! —añadió, sencillamente, De Gaulle.

Y, además —añadió Roosevelt, disimulando su sorpresa—, está políticamente tan debilitada que necesita un Clemenceau.

De Gaulle se levantó con dignidad y afirmó muy serio:

— ¡Yo soy Clemenceau!

Fue durante la mencionada entrevista cuando el presidente Roosevelt y Churchill pudieron apreciar plenamente las características psicológicas que perfilaban el futuro presidente de la República francesa.

Y a fe que el general De Gaulle ha intentado, después de la guerra, imitar o «ser los tres personajes franceses» citados por Roosevelt.

Durante la liberación de París, Charles De Gaulle llegó a la ciudad la tarde del 25 de agosto, cuando todavía se peleaba por las calles, y habían entrado primeramente en ella tropas americanas. Inmediatamente se dirigió al Cuartel General de la 2.<sup>a</sup> División Acorazada, en la estación de Montparnasse, donde el general Leclerc le mostró el documento de rendición firmado por von Chaltitz, comandante del *Gross-París*.

De Gaulle se enfureció al ver que el nombre de Rol, jefe de la Resistencia, figuraba también en el documento, pues para él esta maniobra revelaba una audaz tentativa de las *FFI*.

— ¡Esto es inadmisibile! —gritó el general—. Está claro que los dirigentes de la insurrección quieren atribuirse el mérito de la liberación de París.

Mientras en las calles las gentes gritaban hasta enronquecer « ¡Viva De Gaulle! », éste, todavía malhumorado, marchó el Ministerio de la Guerra, para establecer allí su oficina permanente.

Sabía perfectamente De Gaulle que los jefes de la Resistencia le estaban esperando en el Hôtel de Villa; y comunicó a sus íntimos:

—No tengo la menor intención de presentarme allí, para ser «recibido» por tales hombres.

Efectivamente, y pese a que aquella ocasión sería la de su primera «presentación oficial» ante el pueblo de París, fue preciso emplear muchos argumentos persuasivos para que el general se dignara, siquiera, visitar el Hôtel de Villa (Ayuntamiento). Se perfilaba, claramente, su orgullosa soberbia.

Antes, sin embargo, para exteriorizar sus sentimientos, se detuvo deliberadamente en la Prefectura de Policía, símbolo de la resistencia gaullista durante la insurrección.

Todo el mundo comprendió ya entonces la clase de hombre que era Charles De Gaulle, con quien en adelante tendrían que entenderse las.

Cuando por fin llegó al Hôtel de Ville, la muchedumbre, que le había estado esperando varias horas, mostró un desmedido entusiasmo. Vistiendo un sencillo uniforme caqui, De Gaulle se dirigió al lugar donde le esperaba Georges Bidault. Mas para que nadie pudiera suponer que se trataba de una «presentación oficial», evitó ser presentado a los elementos de la guardia de honor, formada por líderes de la Resistencia, que le aguardaban impacientes.

Bidault, sacando del bolsillo un papel, le preguntó:

—General, ¿quiere usted salir al balcón y proclamar solemnemente la República ante el pueblo congregado aquí?

— ¡No! —contestó De Gaulle, altanero—. La República jamás ha dejado de existir en Francia.

Seguidamente se asomó a la ventana. Los vítores atronaron el aire y la gente empezó a cantar a compás: «De-Gaulle, De-Gaulle, De-Gaulle». El general dirigió unas breves palabras a la muchedumbre, saludó con la mano y se retiró.

Todos se dieron cuenta de que ni en una sola palabra había mencionado al *Conseil National de la Résistance*.

Al día siguiente de la liberación de París, De Gaulle organizó su propia recepción, que reflejó bien simbólicamente su unión con las masas. El desfile empezó en la tumba del Soldado Desconocido, bajó por los Campos Elíseos y terminó en la Catedral de Notre Dame.

Sin embargo, cuando el desfile entró en la Plaza de la Concordia empezaron a oírse disparos, que continuaron después hasta en el interior de la inmensa catedral. Los feligreses se echaron, temerosos, al suelo; pero De Gaulle recorrió los cincuenta y ocho metros de la nave principal con paso firme para ir a ocupar su puesto, a la izquierda del crucero.

Al ver a la muchedumbre agazapada en el suelo, el general Pierre Koenig gritó indignado:

— ¡No tienen ustedes orgullo! ¡Pónganse en pie!

Jamás se he aclarado quiénes fueron los responsables del tiroteo. Para De Gaulle el asunto careció de importancia. Estaba convencido de que el incidente había sido obra de los comunistas. Durante los días siguientes hizo todos los esfuerzos posibles para destruir el poder que les quedaba. Una semana después de la liberación de París había reducido a la impotencia a sus rivales más importantes, comunistas o no.

Posteriormente, escribiría con modesta elocuencia:

«El hierro estaba caliente, y yo machaqué».

Muchos parisienses celebraron ruidosa y alegremente la liberación, sin hacer caso de los bombardeos alemanes, que continuaron. Sombrío y silencioso, el general De Gaulle observaba el espectáculo y escuchaba las carcajadas de sus compatriotas.

— ¡Ah! —dijo—. Creen que porque París ha sido liberado, la guerra ha concluido. Pues bien, la guerra sigue. Los días más duros nos esperan. Nuestra obra apenas ha comenzado.

Y lo que sí es cierto y puede comprobarse fácilmente, es que todavía sus estertores y consecuencias no han concluido.

Por último, queremos recordar que en las Memorias que publicó el general De Gaulle contó la anécdota siguiente:

Mientras inspeccionaba un polvorín, se encontró ante un inmenso letrero que decía: «Se prohíbe fumar». Y precisamente entonces encendió,

maquinalmente, un cigarrillo. Un joven soldado, que estaba de servicio, se le aproximó, diciéndole muy emocionado:

—Mi general, perdóneme; pero no puede fumar.

A lo que replicó De Gaulle, sin caer en la cuenta de la prohibición:

—Ya lo sé; todos los médicos me dicen lo mismo. Pero, créame, un cigarrillo no ha hecho nunca daño a nadie.

Amigos, partidarios y adversarios coinciden en que es un hombre austero; «es difícil tratar con él, dicen algunos: es obstinado, intransigente... algo parecido a una "estatua viviente"». Otros lo califican de profeta iluminado, de hombre superior, valeroso a toda prueba, que se consagra por entero a su país, y a quien ni la fama ni el poder corrompen.

En realidad, De Gaulle es un hombre enamorado, cuya eterna pasión es Francia.

He aquí dos aspectos que pintan al general presidente en los años que siguieron a la primera Guerra mundial:

Un salón de té, una damisela bien parecida y un oficial desmesuradamente alto que, embarazado con el quepis, el bastón y la misma longitud de sus brazos, vuelca la taza sobre el vestido de la joven.

Cinco meses más tarde volvemos a ver a la misma dama, Yvonne Vendroux, vestida de novia. Y a su lado el mismo oficial —De Gaulle—, tieso, serio y alto como un poste, deja traslucir su orgullo.

En la década de 1930, De Gaulle fue el profeta que expuso la trascendencia de las fuerzas mecanizadas. En Francia muy pocos lo escuchaban; si bien en Alemania (donde su libro sobre tácticas de guerra blindada se vendió bastante más que en su propia tierra) los estrategas alemanes le prestaron atención y aprendieron mucho.

Philippe Barrès (quien más tarde escribió su biografía) oyó hablar por vez primera de De Gaulle a von Ribbentrop, agente de Hitler.

Nuestro especialista en tanques ha demostrado que seremos capaces de atravesar vuestra línea Maginot con nuestros vehículos blindados —le dijo von Ribbentrop—. Y tengo entendido que el mejor técnico francés en esta materia está de acuerdo con él.

—¿Quién es ese técnico? —le preguntó Barrès.

El coronel Charles De Gaulle.

Todo el mundo sabe que después del desplome y la rendición de

Francia, De Gaulle marchó a Inglaterra y desde allí hizo por radio un llamamiento a sus conciudadanos para que continuaran la lucha bajo su mando.

—Al llegar a Londres —explicó más tarde—, creí encontrarme solo, completamente desamparado.

Los demás lo hallaban taciturno, casi hosco. De Gaulle les decía después:

—Vosotros me conocisteis cuando yo me avergonzaba de Francia.

Los altercados que tuvo con Churchill y con Roosevelt se hicieron famosos. En una entrevista con Roosevelt en Casablanca fueron tan acaloradas sus palabras, que un agente del Servicio secreto norteamericano, apostado detrás de una cortina, encañonó con su revólver al gigantesco y violento general extranjero.

Churchill llegó a comprender mejor la actitud de De Gaulle. Escribió: «Tenía que mostrarse rudo, para probamos que no era un muñeco». Por su parte, De Gaulle ha justificado su proceder:

—Me sentía demasiado débil para poder condescender.

Después de la liberación de Francia, De Gaulle fue durante año y medio jefe del gobierno provisional, coalición que contaba con cinco comunistas. Algunos partidarios suyos clamaban por el establecimiento de un partido único, para terminar definitivamente con las trifulcas y disputas. Dicen que De Gaulle les respondió:

— ¿Cómo se puede concebir un partido único en un país donde se fabrican doscientas clases distintas de queso?

Amargado, abandonó la política y se retiró a la vida privada, en Colombey-les-Deux-Eglises, 225 kilómetros al sudeste de París. A unos cuantos centenares de metros de la aldea está La Boisserie, finca de campo de dos hectáreas que compró De Gaulle hace casi treinta años.

Casi todos los fines de semana, desde que subió al poder, esta casa ha sido su refugio cuando huye de un mundo que no quiere hacer lo que él cree justo. Allí viven De Gaulle y su esposa, sin que nadie los moleste. Allí acude a verlo el resto de la familia: sus hijos y nietos.

Ante la espaciosa, si bien sencilla, casa de piedra, hay un relleno de flores en forma de Cruz de Lorena lo suficientemente grande para que pueda verse desde el aire. Desde hace muchos años los pilotos del ejército francés, al llegar a la Boisserie descienden en picado y saludan con las alas,

asustando a las gallinas de Madame De Gaulle. A veces sale también el general a devolverles el saludo. Y su destacada figura, un tanto desgarbada, cual estatua vestida de azul, levanta los dos largos brazos para formar la V de la victoria.

En su gabinete de la torre, que tiene tres ventanas, escribió De Gaulle sus Memorias de la guerra. Cuando algunos lo instaban a que volviese a la vida pública, respondía:

—Es inútil tratar de revivir un cadáver con inyecciones hipodérmicas.

Desde el escritor Gaston Bonheur que, le dijo al viejo político:

—*Mon général*: ¿es verdad que lo llaman de nuevo a asumir el poder?

—No —respondió De Gaulle—, no creo que las cosas se hayan puesto tan mal todavía.

A pesar de sus años, revela una sorprendente fortaleza física que, al igual que su valor moral, deja estupefactos a sus paisanos. De Gaulle se muestra impaciente con las discusiones bizantinas. En cierta reunión, cuando uno de los ministros terminó su informe, otro dijo:

—Estoy de acuerdo con mi honorable colega, pero... De Gaulle no le dejó terminar.

— ¿Está de acuerdo? Muy bien. ¿Hay alguien que tenga otra cosa que decir?

A otro ministro que tenía dificultad en comenzar su informe, le atajó:

—Si no ha venido preparado, dejaremos el asunto para la próxima sesión.

Otro día, al escoger a los hombres de su gabinete, se vio con qué sagacidad y flexibilidad procedía. Eligió a un socialista, para servirle de contrapeso a un conservador; a un desconocido, muy enérgico, para equilibrar la elección de otro muy conocido. *Monsieur X*, sorprendido al oír que De Gaulle consideraba su nombre para desempeñar un ministerio, visitó al general, el cual le dijo:

—Sí, mi querido señor, le han dicho a usted la verdad.

—Pero, general —protestó *Monsieur X*—: ya sabe que yo no participo de sus puntos de vista con respecto a su política exterior. Además, colaboro en un periódico que le ataca a usted.

—Eso es precisamente lo que me gusta —respondió De Gaulle.

Y *Monsieur X* entró a formar parte del gabinete.



Después de las últimas elecciones, en que el ochenta por ciento del pueblo le dio un *oui* abrumador, se ha convertido en uno de los estadistas más importantes del momento. Como presidente de la República y de acuerdo con la nueva Constitución, De Gaulle tiene tanta autoridad como ningún otro presidente de Francia la ha tenido nunca. Tiene la facultad de destituir a los miembros del gabinete, inclusive al presidente del Consejo. Y la de asumir todos los poderes ejecutivos y legislativos cuando alguna emergencia lo justifique.

Por cierto que para el plebiscito de la nueva Constitución francesa, en el pueblo del general De Gaulle se registró sólo un voto negativo. Los miembros de su gabinete sospechaban que, por modestia, el general mismo hubiese votado contra su propia Carta Fundamental; así, que alguien le preguntó:

—Ese voto solitario en contra, ¿lo depositó usted mismo?

De Gaulle dijo que no, y añadió:

—Fue Filemón, mi cocinero. No es que se oponga a la Constitución, sino que no tenía deseos de trasladarse a París.

Se dice que le *grand Charles* cree más en la grandeza de Francia que en la grandeza propia, y que está convencido de que los hombres no podrán ascenderlo a grado más alto de aquél que ya le dio la Historia hace mucho tiempo.

Hoy, en 1968, el destino de Francia está en manos del general Charles De Gaulle, uno de los hombres más grandes de la historia francesa y también de nuestro siglo.

Amigos y adversarios coinciden en que es un hombre austero, «es difícil tratar con él», dicen algunos; es obstinado, intransigente..., algo así como una estatua viviente. Otros lo califican de profeta iluminado, de hombre superior, valeroso a toda prueba, que se consagra por entero a su país, y a quien ni la fama ni el poder corrompen.

De Gaulle, cuyos discursos empiezan siempre diciendo: «Yo...», sabe escuchar pacientemente lo que dicen los demás, pero una vez pronunciadas las palabras «He resuelto...» se terminan las discusiones.

## VI.

### Del Tercer Reich a la muerte de Kennedy.

#### «GRACIAS POR NOMBRARME CABO HONORARIO»

*(Hitler)*

En 1936, el embajador francés, François Poncet, decía:

—Hitler se ha impuesto a Europa como una personalidad extraordinaria. No despierta solamente el temor y la repulsión, sino que también gana simpatías. Su fama crece. La fuerza de atracción irradia y sobrepasa las fronteras de su país. Reyes, duques, personajes célebres, van a la capital alemana... para encontrarse con este hombre de quien tanto depende el porvenir...

François Poncet hablaba perfectamente alemán y raras veces olvidaba incluir, en sus discursos, algunas expresiones llenas de buen humor y agudeza, por lo cual era famoso entre los círculos diplomáticos de Berlín.

En cierta ocasión, le dijo Hitler:

—Usted habla tan bien, que me gustaría nombrarle orador del Reich.

—Yo lo aceptaría con gusto, siempre que fuese «en misión especial»  
—contestó Poncet, irónicamente.

El embajador francés quiso burlarse, con su respuesta, de la manía que por aquel entonces tenían los jefes nazis de añadir a todos los cargos la expresión «. b. V.» ( «zur besondern Verwegung» = «en misión especial»). Por cuyo motivo había «embajadores especiales», «encargados especiales», etcétera.

François Poncet supo expresar, también, en varias ocasiones, conceptos más serios. Cuando la crisis de los sudetes amenazaba abocar a una guerra, dijo a Hitler:

—El más bello laurel será siempre aquel que pueda ser cogido sin que

una sola madre tenga que llorar por esta causa. En 1936 se registró un acontecimiento notable en Alemania: el encuentro que tuvo lugar a principios de septiembre entre Lloyd George y Hitler, en el Obersalzberg, cerca de Berchtesgaden.

—Me complace extraordinariamente poder saludar en mi casa al hombre a quien Alemania consideró siempre como su vencedor, propiamente dicho, en la Guerra mundial.

Dijo Hitler cuando, tendiéndole la mano, se entrevistaron.

—No, no, eso no es verdad —contestó Lloyd George sonriendo satisfecho ante las halagüeñas palabras del antiguo cabo alemán.

—Y yo me siento muy feliz —agregó, hábilmente, el político inglés— al verme frente a frente al hombre que, después de la derrota, ha sabido unir tras sí a todo el pueblo alemán, conduciéndolo por la vía del progreso.

Luego, dejando vagar sus ojos a través del enorme ventanal sobre el paisaje, inundado de luz, de Berchtesgaden, añadió:

— ¡Qué sitio más maravilloso ha elegido usted para sus horas de ocio!

Allí se reunieron le memorable tarde, uno frente a otro, dos mundos, representados por dos personalidades destacadas. El uno, ¡el vencedor de la primera Guerra mundial!; frente a él se hallaba el hombre que, al parecer, se disponía a aniquilar la obra de Lloyd George.

A eso de las siete terminó la decisiva entrevista, en la cual se habló casi de todo menos de política. Se despidieron los dos hombres cordialmente y fijaron una nueva reunión para el día siguiente, a la hora del té.

— ¿Os parece bien que mañana traiga conmigo a mi hija Megan y a mi hijo William, que me han acompañado en el viaje a Alemania? — preguntó Lloyd George.

—Será para mí un honor saludarles —contestó Hitler.

Algunos periódicos en Inglaterra dijeron, maliciosamente, al conocer el viaje del antiguo vencedor de la primera Guerra mundial:

«Se va a presentar en Alemania con todo su partido liberal».

Al mismo tiempo recordaban lo que se explica en las Memorias de Clemenceau. Parece ser que en la cena celebrada por Clemenceau y Lloyd George (la noche del Armisticio de 1918) se habló del futuro de Alemania, y la opinión del *Premier* inglés discrepaba en varios puntos de la de su compañero francés.

— ¿Qué le pasa a usted? —preguntó Clemenceau, algo bruscamente —. Está usted cambiando.

Y le contestó Lloyd George:

—Es que usted no lo sabe, pero, ¡desde esta noche, soy germanófilo!

La autenticidad de la anécdota se le confirmó Lloyd George a Hitler en la segunda entrevista. Asimismo le contó que cuando regresó el primer día al hotel, en Berchtesgaden, acudió corriendo su hija Megan, que saludó, a modo de broma, con la mano derecha levantada, mientras decía, riéndose:

—*Heil Hitler!*

Entonces el viejo Lloyd George se puso muy serio y contestó tranquilo y firme:

—Sí, *Heil Hitler!*, yo también lo digo.

— ¿Y por qué lo dice? —le preguntó, intrigado, Hitler.

Porque verdaderamente es usted un gran hombre —respondió convencido el político inglés.

En el primer tomo de sus Memorias, comentaría, luego, Churchill:

«Nadie fue más completamente engañado por Hitler que Lloyd George, cuya entusiasmada información de las entrevistas que tuvo con él constituye hoy una lectura extraña. No cabe duda alguna que Hitler ejercía una influencia fascinadora sobre los demás; y que su fuerza y autoridad influían de manera exagerada sobre sus visitantes».

A finales de septiembre de 1937 Benito Mussolini visitó Alemania, donde se entrevistó con Adolfo Hitler. Y tuvo efecto una ceremonia bastante singular: Hitler fue nombrado por Mussolini «cabo honorario de la Milicia Fascista». El dictador italiano le entregó al mismo tiempo las insignias y el puñal, además del documento acreditativo de tal honor y nombramiento.

—Gracias por nombrarme cabo honorario de vuestra Milicia Fascista —le dijo sonriendo irónicamente el dictador alemán.

Cuando, posteriormente, durante la guerra Winston Churchill apostrofaba por radio a Hitler llamándole «el cabo Hitler», había muchos que recordaban la ceremonia celebrada en Munich, aunque reconocían que el político inglés (con su alusión a la jerarquía militar) se refería al cabo de la primera Guerra mundial.

Innumerables serían las anécdotas que podrían contarse del *Führer*. Referiremos una:

Cuando Hitler iniciaba la tristemente «quema de libros», un importante librero de Londres, W. Foyle, le puso el siguiente telegrama:

«Puedo ofrecer altos precios por todas las obras prohibidas. No las queme. ¿Está dispuesto a vender?».

El *Führer* no contestó. Si bien Foyle se vengó más tarde usando todos los ejemplares no vendidos del *Mein Kampf* («Mi lucha»), en lugar de sacos de arena, para reforzar el techo durante los ataques aéreos alemanes a la capital de Inglaterra.

### «QUE SE ADMITA A ESE MUCHACHO»

(Truman)

Cuando Harry Truman era miembro del Senado le llovían solicitudes de recomendación y de empleos.

Víctor Messall, entonces ayudante de Truman, cuenta:

«Cierta mañana llevé a su escritorio cincuenta solicitudes de otros tantos jóvenes de Missouri que querían ingresar en la Academia Militar de West Point. Con cada escrito venían cartas de encomio firmadas por jueces, legisladores, alcaldes, etcétera. Metódicamente leíamos todas las solicitudes; hasta que llegamos a una que venía escrita con lápiz, en una sola hoja de papel barato y sin recomendación alguna. Truman leyó la solitaria página y me ordenó:

»—Que se admita a ese muchacho».

Tan pronto como Harry Truman resultó elegido presidente de los Estados Unidos, el ex presidente Herbert Hoover volvió a ser «persona grata» en la Casa Blanca.

Mas Truman, en uno de sus violentos discursos, tornó a agredir de palabra a Hoover, en forma que traía a la memoria la época en que éste fue objeto de gratuitas injurias.

Al recibir Hoover nuevamente una invitación para asistir a la Casa Blanca, vaciló en aceptarla; si bien resolvió concurrir por considerar que era su deber de ciudadano. Al verse con Truman, sin embargo, decidió poner las cartas boca arriba.

—Señor presidente —le retó—, quiero que sepa usted que su reciente

referencia sobre mi persona constituyó la ofensa más ruin dicha en la vida pública.

Sin alterarse lo más mínimo, Truman repuso, sonriente:

— ¿Verdad que sí? Y le diré más: al llegar a esa parte del discurso yo mismo tuve que hacer un gran esfuerzo para leerla.

Como Hoover era hombre de sutil humor, aquel comentario rompió el hielo entre los dos políticos.

Casi al final de su mandato presidencial, visitaron a Truman los dirigentes de la Federación de Agricultores de Ohio. El presidente de los Estados Unidos les explicó, riendo:

—Dos de mis sobrinos, Gilbert y Harry, hijos de mi hermano Vivian, trabajan actualmente en la hacienda de Missouri, de seiscientos acres, que yo mismo, en otros tiempos, había cultivado.

— ¿Y vuestros hijos? —le preguntaron.

—Mi único hijo es una hija —dijo el presidente.

Y cambiando de tono, agregó:

Por cierto, yo no la cambiaría por ningún muchacho; sin embargo, me hubiera gustado tener uno. Mis dos sobrinos son buenos agricultores y gozan, en la comarca, de una excelente reputación como tales. El único handicap que tienen es que su tío es presidente de los Estados Unidos...

— ¿Handicap, dice? —preguntó extrañado un dirigente.

—Sí —respondió Truman—, ustedes no saben qué terrible clase de handicap es éste para una familia...

Con motivo de celebrarse una fiesta en la Casa Blanca, Truman contó a unos amigos:

—Cuando era muchacho tenía muy débiles los ojos y no podía ver lo bastante para jugar al béisbol.

— ¿Acaso no veáis la pelota? —le preguntó uno.

—No, y como no podía verla me asignaron un puesto especial.

— ¿Cual fue? —inquirió otro contertulio—. ¿El de animador?

—No —contestó Truman—, el de árbitro.

El 6 de agosto de 1945, el presidente de los Estados Unidos, Harry Truman, anunció, por medio de la Casa Blanca:

—La bomba atómica se ha utilizado, por primera vez, en el Japón.

El mundo quedó aterrado y estupefacto. La declaración presidencial añadía que la nueva bomba ya estaba en «producción», y que «se estaban preparando otras todavía más potentes».

La bomba atómica —afirmaba la declaración— es la utilización del poder básico del Universo. La primera bomba ha sido arrojada sobre la ciudad japonesa de Hiroshima.

Truman continuó explicando que se habían invertido dos mil millones de dólares en «la mayor empresa científica de la Historia» y que el uso de la bomba atómica significaba que los Estados Unidos estaban preparados para aniquilar, con la mayor rapidez y eficacia, cuantas empresas productoras tuviera el Japón sobre la superficie de la tierra.

—Estamos decididos —subrayó Truman— a destruir por completo el poderío bélico japonés.

Y con el objeto de ahorrar al pueblo la «destrucción total», se cursó en Potsdam el *ultimátum* del 26 de julio.

Por cierto que, según se cuenta, durante la célebre reunión de los Tres Grandes, el presidente Truman ofreció un cigarrillo a Atlee, Churchill y otro a Stalin. El cual, antes de encenderlo, lo examinó cuidadosamente, y leyó, a un lado de la boquilla dorada:

«Al senador Truman, de sus colegas del Senado».

Poco después Atlee ofreció un pitillo a sus compañeros de deliberaciones. Truman y Stalin lo contemplaron, y leyeron:

«A Clement, del Comité Ejecutivo del partido Laborista».

Y antes de finalizar la reunión. Stalin sacó una pitillera de oro cuajada de perlas y piedras preciosas e invitó a fumar a Truman y Atlee. En cada pitillo vieron esta dedicatoria:

«Al príncipe Dimitri, de su Tania».

Los cigarrillos de Stalin sabían algo a rancios —comentó luego Truman.

## «ASÍ PODREMOS DESCANSAR LOS DOS»

(Juan XXIII)

Las conversaciones y los comentarios sobre la figura de Juan XXIII, siempre van unidos a alguna frase o episodio.

Su antecesor, Pío XII, había sido más reconcentrado, más solitario y menos popular que el Papa Juan. Anécdota conocida es la siguiente:

Durante la Conferencia celebrada por los Tres Grandes en Teherán, José Stalin, para disminuir la importancia de la Santa Sede en los asuntos internacionales, preguntó, entre irónico y despectivo:

— ¿Cuántas divisiones tiene el Papa?

Después de terminada la guerra, durante una visita a Pío XII, el famoso Winston Churchill, al recordar las palabras de Stalin, escuchó una recomendación del Santo Padre:

— Cuando vuelva a ver a nuestro hijo José, decidle que encontrará a nuestras divisiones en el Cielo.

Su Santidad Juan XXIII pudo ser un «desconocido» hasta el 28 de octubre de 1958; sin embargo, rápidamente, su apariencia amable, cordial y apacible era conocida en todo el mundo, que no tardó en llamarle «Tío Juan» y «El buen Papa Juan».

Sus anécdotas han hecho las delicias tanto de católicos como de no católicos:

Antes de la ceremonia de su coronación, el Papa Juan visitó la carpintería del Vaticano. Después de inspeccionarla atentamente, exclamó:

— Este parece ser un trabajo que seca la garganta.

Inmediatamente envió a por vino «para todos». Él también tomó una copita, con los asombrados carpinteros.

Siguiendo la tradición, los católicos se arrodillan cada vez que se presentan o despiden del Papa. Juan XXIII ordenó, entre la plantilla del Vaticano, que sólo deberían prosternarse dos veces al día ante él: al presentarse por la mañana y al despedirse por la noche.

Ese constante arrodillarse —dijo—, no sólo lleva la pompa al nivel del ridículo, sino que se pierde un tiempo precioso. Cuando el cardenal Roncalli



salió electo Papa, su ayuda de cámara, Guido Gusso, que le había servido durante muchos años, encontraba difícil hacerse a la idea de que su amo se había convertido en el representante de Cristo en la tierra. Cuando le llamaba se dejaba caer sobre las rodillas. Y luego tenía dificultad en poder levantarse, aun oyendo que Su Santidad le mandaba:

—Vamos, levántate, hombre.

—Perdóneme, pero es más fuerte que yo —trataba de justificarse Guido.

Y se refería a una especie de «fuerza misteriosa» que le hacía caer prosternado siempre que se acercaba al Santo Padre.

Si continúa portándose así —le amonestó Juan XXIII—, tendré que buscar otro ayudante... ¡Imaginarse que estamos todavía en Venecia!

Durante la primera semana de su Pontificado, un ayudante le hizo al Papa una pregunta, esperando la orden de poder hacer determinado asunto.

—Pregúntamelo cualquier otro día —le contestó Juan XXIII—. Yo todavía no he empezado.

El riguroso protocolo pontificio le imponía un aislamiento que el Papa suprimió poco a poco. Un punto concreto era el de las comidas, pues no le agradaba la idea de comer siempre sin compañía.

—Quieren que coma solo —se lamentó.

Sin embargo, fue una crisis que acometió y superó rápidamente. Con gracejo contó:

—Lo probé durante una semana y no me encontré cómodo. Luego busqué en la Sagrada Escritura un pasaje en que dijera que debo comer solo. Y al no encontrarlo me he decidido a suprimir esta costumbre. Ahora estoy más a gusto.

Para dirigirse al Sumo Pontífice se emplea la fórmula «Beatísimo Padre». Durante los primeros días de su pontificado, cada vez que oía la salutación, Juan XXIII se volvía para ver a quién iba dirigida.

Cierta noche oyó el Papa un ruido monótono y acompasado que le impedía dormir. Levantándose, subió a la habitación superior y encontró a un mocetón de la Guardia Suiza.

—¿Qué ruido es éste?

—Serán mis pisadas, Santidad. Me toca hoy de guardia.

—Pues vete a dormir y así podremos descansar los dos.

En su primera Navidad como Papa, Juan XXIII visitó la prisión Regina Coeli en Roma. Fue la primera visita de un Papa a la cárcel desde 1870.

—Como no podíais venir a verme, he venido yo a visitaros —dijo a los presos.

Luego les entretuvo contándoles que su propia familia había tenido sus escarceos con la ley.

—Uno de mis parientes —les explicó— fue a cazar sin tener la correspondiente licencia; los carabinieri le pescaron y lo mandaron a la cárcel, por un mes.

Después de la trascendental visita, el Papa acudió a menudo a los lugares más inesperados. Cuando fueron a visitarle seminaristas procedentes de cuarenta países distintos, se les sirvió una comida especial. Y Su Santidad quedó tan contento que personalmente fue después a la cocina para dar las gracias a los cocineros. Luego les explicó que también había puesto mano a la sartén; si bien sin éxito.

—Mi madre —les dijo— me encargó, una vez, que vigilara las gachas y las sacara del fuego cuando hirvieran. Yo lo hice. Las saqué tan pronto como vi aparecer la primera burbuja. Un verdadero desastre.

Durante una audiencia con unos prelados italianos, el Papa fue saludándolos hasta llegar a Arrigo Pontinello, capellán de todo el ejército italiano. Su Santidad, ante las insignias del Obispo General, debió recordar su época de sargento, y cuadrándose le saludó marcialmente, diciéndole:

—Mi general, el sargento Roncalli a sus órdenes.

Un funcionario del Vaticano, al enterarse de que Juan XXIII deseaba dar diariamente un paseo por el jardín, comunicó al Pontífice que había hecho los arreglos necesarios para tapar su camino de la posible observación por espectadores curiosos.

—¿Por qué? —preguntó el Papa—. ¿Es que no estoy presentable?

Y ante el asombro del funcionario, añadió:

—Dejen abierto el techo, también, cuando yo esté dentro. Les prometo no escandalizar a los turistas.

Antes de la coronación de Juan XXIII sus hermanas y hermanos expresaron sus dudas sobre la calidad de los alimentos de Roma. Assunta, su hermana, de sesenta y tres años de edad, llegó al Vaticano cargada con

grandes cantidades de chorizos caseros.

—Todo es para mi hermano —dijo previsoramente—, porque Dios sabe la clase de alimentos que le darán aquí.

Los tres hermanos, Saverio, Alfredo y Giuseppe, acudieron cargados con pesadas maletas de cartón.

Hemos traído provisiones para todo el tiempo que dure nuestra estancia aquí —manifestó Giuseppe—. Nos han dicho que las viandas de la ciudad no son tan buenas como las de nuestro pueblo.

El 4 de noviembre, después de la coronación, Juan XXIII se sentó a la mesa en sus habitaciones del Vaticano, con su hermana y tres hermanos. En una habitación contigua comieron dieciocho sobrinos, sobrinas y primos. Resultó una comida alegre y jocosa, amenizada por la charla y la risa.

La costumbre de que el Papa coma solo tiene un origen lleno de sentido común. De esta manera el Santo Padre no corre el riesgo de ofender a nadie al no invitarle.

Los maestros de ceremonias pasaron un mal rato cuando la reina madre de Inglaterra y la princesa Margarita visitaron al Papa, en abril de 1959. Juan XXIII quería que se les sirviera un desayuno.

—No, no —recomendaron los consejeros, esperando que Su Santidad no insistiría.

Finalmente pudieron convencer al Santo Padre de que el desayuno propuesto habría sido un golpe demasiado rudo contra los precedentes y el protocolo del Vaticano. Así, pues, el Papa no obsequió a Margarita ni a la reina madre como deseaba.

Juan XXIII sabía por experiencia que beber una taza de té o un vaso de vino con sus semejantes, con los trabajadores, es un gesto de amistad, una expresión práctica del mandato de Dios «de amarse los unos a los otros».

Después de una audiencia especial dedicada a la Guardia Suiza, este ejército del Vaticano, lleno de colorido (que conserva aún el tipo de uniforme y las armas de la Edad Media) se sirvió un té a todos los presentes, incluyendo al Papa.

—Nos vemos todos los días —dijo—, sin embargo, no tenemos ocasión de conversar; vosotros por disciplina y yo por protocolo. Ya es hora de que empecemos a conocernos mejor.

Posiblemente se ha abusado sobre el gran anecdotario del mencionado

Papa, pero conste que ello refleja claramente el relieve de la figura humanísima y simpática de Juan XXIII; siempre llamado «El Papa bueno».

## « ¿CÓMO PODREMOS RECONSTRUIR TODO ESTO? »

(Adenauer)

Cuatro años después de que el maltrecho Tercer Reich se rindiera, un nuevo régimen, investido de muchos poderes de nación soberana y respetada, surgió entre las ruinas de Alemania. El mundo occidental se disponía a quitar los grilletes a la Alemania derrotada. Quería observar si resultaba posible guiar al país conduciéndole y logrando que ocupase un puesto entre las naciones libres.

El alemán que con más firmeza y seguridad aseguró que aquella decisión de los aliados era acertada fue un político anciano y con clara visión del futuro, procedente de la región vinícola del Rin. Su nombre: Konrad Adenauer; convertido en Canciller de la República Federal de Alemania, fue, sin duda alguna, el alemán de influencia más trascendente después de la Guerra universal y del resurgir de su país.

Quizá el aspecto más desconocido de la vida de Adenauer sea el que se refiere a sus inventos.

En 1936 le ofrecieron una indemnización por las dos casas que le habían sido confiscadas, compensación, desde luego, muy inferior al valor real de las fincas.

—Me niego a cerrar esos tratos —dijo Adenauer.

Entonces le dieron a entender, de una forma velada, que caso de no acceder se situaría nuevamente en conflicto con el Partido Nacional-Socialista alemán, que tanto le perseguía.

Se cuenta que con el dinero que recibió por la venta de las casas, se compró un terreno en Rondorf, en la calle Zennigsweg, número 8-a. Su situación era maravillosa. Desde la cumbre de la montaña, la vista sobre el valle del Rin y las cadenas de montes de Eifel ofrecía una panorámica incomparable. Se cuenta que es el lugar al que se refirió el romántico poeta Lord Byron, en su «Childe Harold».

*Es éste un país al que Dios ha besado.*

*Quisiera estar siempre aquí...*

Exactamente en el mismo sitio que Byron alabó tan líricamente, hizo Adenauer construir una casa. Para su situación económica, en aquellas circunstancias, el edificio, con su gran terraza y sus amplias habitaciones, representaba cierto lujo.

—Lo hago así —explicó Adenauer— para proporcionar a mi familia un hogar bello, después de muchos años de inseguridad y de éxodo.

Durante el tiempo que duró la construcción, inspeccionaba la obra diariamente, para convencerse de los adelantos y del trabajo que se realizaba.

El mayor tiempo, sin embargo, lo dedicaba al jardín. Debido a las pronunciadas pendientes del terreno, resultó imposible construir parterres, y hubo por tanto que distribuirlo en terrazas (cual los viñedos), con los bancales protegidos por pequeños muros de piedra, de acuerdo con un plan trazado por el propio Adenauer.

El mismo preparaba las piedras necesarias para construir los muros de contención, y las colocaba. Plantó rosales, de los cuales todavía hoy se enorgullecen sus herederos. Por cierto que (según se ha dicho), los hijos de Adenauer han cedido la hermosa propiedad al Estado con el fin de que sea destinada a Museo.

Sus otras aficiones, además de la jardinería, a las que no pudo dedicarse mientras fue alcalde de Colonia, volvieron a renacer en él; sobre todo la que sentía por los inventos. Tenía un horario trazado para cultivar sus preferencias, que seguía escrupulosamente.

En 1937 se presentó un señor, sin anunciar su nombre, en la casa de la calle Zennigsweg.

—Deseo ver al señor alcalde —dijo a la muchacha.

—Lo siento, señor —respondió la joven—, pero de cinco a seis el señor Adenauer se dedica a sus inventos, y no quiere que se le moleste por nada.

Los inventos de Adenauer eran una fuente de diversión para la familia. Cierta día sorprendió a su mujer diciéndole:

— ¿Qué te parece este huevo de zurcir iluminado?

Aquel «huevo» se metía en el calcetín lo mismo que cualquier otro, pero en el interior se encendía una pequeña lámpara. Por este medio, se

vislumbraban inmediatamente los puntos en que el tejido estuviera más gastado.

La señora Adenauer probó el primer modelo; si bien pronto dejó la media, suspirando desolada:

—No va bien, querido. Se ven muchos agujeros.

Igualmente para sus trabajos de jardinería tenía ideas originales. Una vez rogó a sus «niños», durante la comida:

—Después de comer ya me buscaréis todos los gusanitos que podáis.

—¿Para qué los quieres, papá? —le preguntó uno de los pequeños.

—Estoy trabajando en una patente —contestó evasivamente.

Mas como todos sabían que no le gustaba hablar de las cosas que aún no tenía terminadas, no le preguntaron más. Sin embargo, los gusanitos los reunieron en grandes cantidades.

Un domingo, ante toda su familia, dijo:

—Os invito a acudir al jardín, para presentaros mi nuevo invento. Se llama «Matador eléctrico de insectos».

Se trataba de un instrumento parecido a un peine, con el cual se frotaba la corteza de los árboles.

—Los gusanos y las larvas —advirtió Adenauer— deben caer al suelo, como fulminados por el rayo.

El éxito de los experimentos con los primeros gusanitos fue rotundo; pero los restantes demostraron ser mucho más resistentes, porque, al terminar la prueba, debajo de cada árbol había nutridos grupos que habían huido, salvándose de la muerte.

El «Matador eléctrico de insectos» lo patentó; si bien cuando salió del jardín de Adenauer no volvió a utilizarse.

En cuanto al huevo de zurcir luminoso no pudo, en cambio, patentarlo, puesto que (con gran disgusto de su inventor) hacia poco tiempo se había pedido otra patente... para un aparato similar.

—Eso es que alguien me robó la idea —comentó Adenauer.

El mejor invento del canciller fueron las lentes que debían proteger a los peatones y a los conductores contra la luz deslumbradora de los faros de los coches. Adenauer había hecho la prueba con su mujer, de noche, en una calle a orillas del Rin, mirando directamente a los faros de los automóviles que llegaban en dirección contraria.

—Verás como casi todos apagan sus luces —advirtió Adenauer a su esposa.

El resultado fue contundente: todos los automóviles apagaban sus focos cuando veían aquel supuesto «ciego» que, ante ellos, se apoyaba en el brazo de su mujer.

Konrad Adenauer soportaba la burla de los suyos con alegre resignación. Cuantos le visitaban en Rondorf le admiraban por su tranquilidad y su sereno espíritu.

—Parecía —ha escrito uno de los biógrafos— como si ya se hubiera conformado, para siempre, a pasar el fin de sus días en el tranquilo silencio de su retiro.

En el fuero interno de Adenauer se había operado un decisivo cambio. El último año de la Guerra se trasladó a Colonia, con su amigo Giesen. Hacía muchos meses que no había estado en la ciudad. La vista de los múltiples destrozos causados por el conflicto, le impresionó profundamente. Pálido, silencioso, con los labios fruncidos, se acurrucó en el asiento del coche. De repente, pidió a media voz:

—Por favor, dé la vuelta. Regresemos. No puedo soportar esto por más tiempo.

Una vez abandonada la ciudad y cuando iban de nuevo por la carretera, Adenauer dijo a su amigo:

—Estoy empezando a pensar cómo podremos reconstruir todo esto, después de la guerra.

## **«ME ESTÁ ARREBATANDO EL TELÉFONO DE LAS MANOS»**

*(Khrushchev)*

Nikita Khrushchev admiraba mucho el carácter tranquilo y a la vez franco y perspicaz del ex embajador norteamericano Llewellyn Thompson,

En el transcurso de una comida ofrecida por los corresponsales de prensa norteamericanos en Moscú para sus más destacados colegas soviéticos, ocurrió un incidente de los que sirvieron para que Khrushchev simpatizara con Thompson.

Khrushchev no asistió Al ágape, pero sí su yerno, Aleksei Adzhubei,

director del diario «Izvestia».

Cercano el final de la agradable velada, Adzhubei se fijó en una caja de fósforos que uno de los norteamericanos le había pasado para que encendiera su cigarro. Dando unos golpecitos sobre la mesa para pedir silencio, se dirigió a Thompson:

—Tengo aquí unos fósforos norteamericanos —dijo, mostrando a todos la caja—. Como en su país se repite con tanta insistencia que el suyo es un pueblo pacífico, me asombra lo que pone aquí. Se lo leeré a usted, señor embajador, y le ruego me explique por qué una nación pacífica imprime tales cosas en las cajas de cerillas...

Adzhubei echó una mirada triunfante en torno suyo antes de leer, con voz fuerte:

— ¡Alístate en el Ejército nacional!

Reinó el silencio en el salón y todas las miradas se volvieron hacia Thompson, quien examinaba los fósforos que le acababan de pasar. Y comentó con gran calma:

—Temo que haya incurrido usted en un error que se repite muy a menudo por estas tierras, donde se empeñan en ver sólo un aspecto de las cosas. Si vuelve usted la caja de fósforos por el anverso, verá que allí se advierte: « ¡La seguridad ante todo! ¡Evite accidentes! ».

Adzhubei, con una perspicacia parecida a la de su suegro Khrushchev, se rió espontáneamente.

En vida de Stalin, Nikita Khrushchev supo ir escalando las gradas jerárquicas del partido y ocupar, finalmente, un cargo de responsabilidad en el seno del Comité Central. Se contentaba con ir tejiendo, en la sombra, una red de contactos que le permitiese acumular los elementos precisos para que cuando llegase el momento oportuno pudiera transformarlos en actas de acusación contra el estalinismo.

Stalin, mientras, extendía su férreo poder sobre todo el aparato del partido, cuyos componentes temblaban al menor gesto del dictador. Un solo hombre esperaba pacientemente, desafiando a la policía de Beria, arriesgando su libertad personal, noche y día. Aquel hombre era Khrushchev.

A la muerte de Stalin, Khrushchev puso el descubierto su gabinete fantasma. Y luego, al ser designado secretario general del Partido, organizó pacientemente otro proceso político, el más importante, sin duda, de todos los que ha vivido la U.R.S.S.: el «proceso al cadáver de Stalin».



El XX Congreso de Estado estalló en él una bomba en el cielo del comunismo internacional. Khrushchev subió a la tribuna con una carpeta bajo el brazo, extendió un dedo y empezó a lanzar acusaciones contra los héroes de ayer, revelando el *bluff* histórico del estalinismo.

Al acabar de asegurarse en el poder, había conseguido reducir al silencio a los camaradas del dictador fallecido.

—Ha matado a un muerto —comentó el embajador norteamericano.

Khrushchev anhelaba ser un gran líder de Rusia y un gran personaje del comunismo mundial. Poseía, al parecer, todo lo necesario para ello. Y parecía avanzar viento en popa. Lo detuvo la incompatibilidad básica de sus dos designios.

—Fidel Castro fue para mí un trofeo, y luego un gran engorro —ha manifestado Khrushchev.

En efecto, cuando se encontraron en las Naciones Unidas, en 1960, todo marchaba bien. Dos años después Khrushchev retrocedió y retiró sus cohetes de Cuba.

Al año siguiente se reunieron en Viena Khrushchev y Kennedy, presidente de los Estados Unidos. No tomaron ninguna decisión de importancia; y Kennedy declaró al regresar a Washington:

—Traigo una nueva imagen de Khrushchev: la de un hombre tenaz, no un bromista jovial.

El 12 de octubre de 1964 se hallaba en órbita la nave espacial soviética «Voshhod». Haciendo uso de su proverbial buen humor, Nikita Khrushchev se dirigió por radioteléfono a la tripulación, con estas palabras:

—Voy a pasarle el teléfono a Anastas Mikoyan, que está materialmente arrebatándomelo de las manos.

Fue la última declaración pública del jovial, corpulento y ocurrente anciano que durante más de una década atrajo, atemorizó y divirtió al mundo.

Posiblemente la tripulación de la nave espacial no captó la ironía que encerraba el mensaje de Nikita. Como tampoco la captaron los millones de rusos que estaban viendo la televisión en aquellos momentos. Sólo Anastas Mikoyan, presidente de la Unión Soviética y hasta aquella fecha el más íntimo amigo del dirigente ruso, sabía que dentro de poco la existencia política de Khrushchev quedaría completamente aniquilada.

—A nadie sorprendió más mi propia caída, que a mí mismo —declaró Khrushchev.

**« ¡QUE DIOS ME AYUDE! » « AHORA O NUNCA »**

*(Presidente Johnson)*

El 22 de noviembre de 1963, fue un día de luto en la historia de los Estados Unidos.

A la 1.33 de la tarde, el secretario de Prensa adjunto de la Casa Blanca, Malcolm Kilduff, con los ojos enrojecidos por el llanto y la voz trémula, leyó:

—El presidente John F. Kennedy ha fallecido a la una de la tarde, hora oficial, en la ciudad de Dallas, en el día de hoy. Lo muerte fue causada por un disparo de rifle en el cerebro.

Conseguir la continuación del gobierno era, de inmediato, el problema principal. La Constitución norteamericana exige que la Presidencia pase directamente a la Vicepresidencia. En la mencionada circunstancia, a Lyndon B. Johnson, un tejano alto, sencillo y de probada habilidad política.

Johnson fue conducido, sin previo aviso, al aeropuerto de Dallas. Allí subió a bordo del avión presidencial. La jueza federal, Sarah T. Hughes, vieja amigo de Johnson, había sido convocada para tomar juramento al nuevo presidente de la nación.

Tan pronto como llegó el coche mortuario, el ataúd, seguido muy de cerca por la viuda de Kennedy, fue izado por la rampa posterior del aparato. La sala de conferencias del avión estaba abarrotada de gente; en el interior de la aeronave, el calor era sofocante.

Larry O'Brien, uno de los ayudantes de Kennedy, entregó a Johnson una pequeña Biblia forrada de cuero, que se encontraba en la cabina posterior. La señora de Johnson se colocó a la derecha de su marido y la esposa de Kennedy a la izquierda. Detrás de ellos, entre los veintisiete espectadores, con los puños de la camisa todavía ensangrentados, estaba el almirante George Burkley, médico personal de Kennedy.

Acto seguido el juez Hughes leyó el juramento. Sus palabras resultaron casi imperceptibles, debido al zumbido de los motores del reactor.

«Juro solemnemente que cumpliré con toda fidelidad el cargo de presidente de los Estados Unidos y que haré todo cuanto esté en mi mano para conservar, proteger y defender la Constitución.»

En voz baja, el nuevo presidente repitió estas palabras, y al terminar añadió:

— ¡Que Dios me ayude!

Seguidamente se volvió hacia su mujer, que tenía los ojos llenos de lágrimas, y la besó en la frente. A su vez, la señora Johnson cogió la mano de Jacqueline Kennedy, diciéndole:

—La nación entera llora a su marido.

A las 2.41 de la tarde, Johnson dio su primera orden como presidente.

—Es hora de despegar —dijo.

Mientras con un rugido el avión se elevaba y se dirigía hacia Washington, el presidente redactaba la siguiente declaración, que habría de leer a su llegada a la base aérea de Andrews:

«Es ésta una triste ocasión; acabamos de sufrir una pérdida inconmensurable, que para mí constituye una honda tragedia personal. Sé que el mundo comparte el dolor que sufren la señora Kennedy y su familia. Haré cuanto esté a mi alcance. Es todo lo que puedo ofrecerles. Pido la ayuda de todos... y la de Dios.»

Ya en 1959, siendo miembro del Senado de los Estados Unidos, el presidente Johnson expuso claramente su ideario político y personal, manifestando:

—Soy un hombre libre, un norteamericano, un senador de los Estados Unidos y un miembro del partido demócrata. Esto es lo que soy, y en este orden.

Después, haciendo constar que no había orden alguno de precedencia, agregó:

—Soy también un liberal, un conservador, un tejano, un contribuyente, un hacendado, un hombre de negocios, un consumidor, un padre, un elector y un hombre no tan joven como lo fui, ni tan viejo como podría serlo.

Hablando en San Francisco, Richard Nixon hizo la siguiente comparación entre él y el presidente Johnson:

«Lyndon Johnson ha sido diputado, senador y vicepresidente; yo también he sido diputado, senador y vicepresidente. Lyndon Johnson tiene

un perro; yo también lo tengo. Lyndon tiene dos hijas; yo también tengo dos hijas. Lyndon tiene una esposa encantadora; yo tengo una esposa encantadora. Lyndon tiene una emisora de televisión; yo también la tengo...».

«Lady Bird» Johnson, la esposa del presidente de los Estados Unidos, fue bautizada con el nombre de Claudia Alta. Refiriéndose a ella, dijo su niñera:

—Es tan bonita como una «Lady Bird» («Avecilla»).

Dicha comparación fue la que le dio el nombre por el cual todos la llaman; aunque ella misma diga a sus amigas:

—En ciertas ocasiones prefiero el nombre de Claudia Alta.

En 1934, en la oficina de una amiga suya, en Austria, «Lady Bird» conoció a Lyndon Johnson, entonces secretario del congresista Richard M. Kerberg, de Tejas.

Era el joven Johnson excesivamente delgado; si bien, según ella, «muy bien parecido, con abundante cabello oscuro». Era, también, la persona más franca, íntegra y decidida que jamás habla conocido.

—Sabía que me había tropezado con algo excepcional; pero no supe a ciencia cierta lo que era —comentó años después.

A la mañana siguiente de su primer encuentro, Johnson la invitó a que desayunaran juntos. Claudia vaciló; si bien después aceptó. A continuación salieron a pasear. Él le dio toda clase de información sobre sí mismo —el sueldo que percibía, a cuánto ascendía su seguro de vida, etc.— y le describió a casi todos sus parientes. Y le propuso, casi a bocajarro:

—¿Quieres casarte conmigo?

«Lady Bird» no le contestó que sí; pero tampoco que no. Durante dos meses de llamadas telefónicas, a diario, desde Washington, Johnson mandó un *ultimátum*:

—Ahora o nunca.

Y «Lady Bird» lo aceptó como esposo.

## COLOFÓN

Las frases famosas —tanto del pasado, del presente como del futuro—, las frases que reflejan momentos decisivos; las frases que pintan caracteres y reacciones... continuarán incluyéndose en el libro de la Historia, y permanecerán en el recuerdo perenne, porque constituyen valiosos testimonios y reflejan figuras y episodios que dejaron huellas singulares.